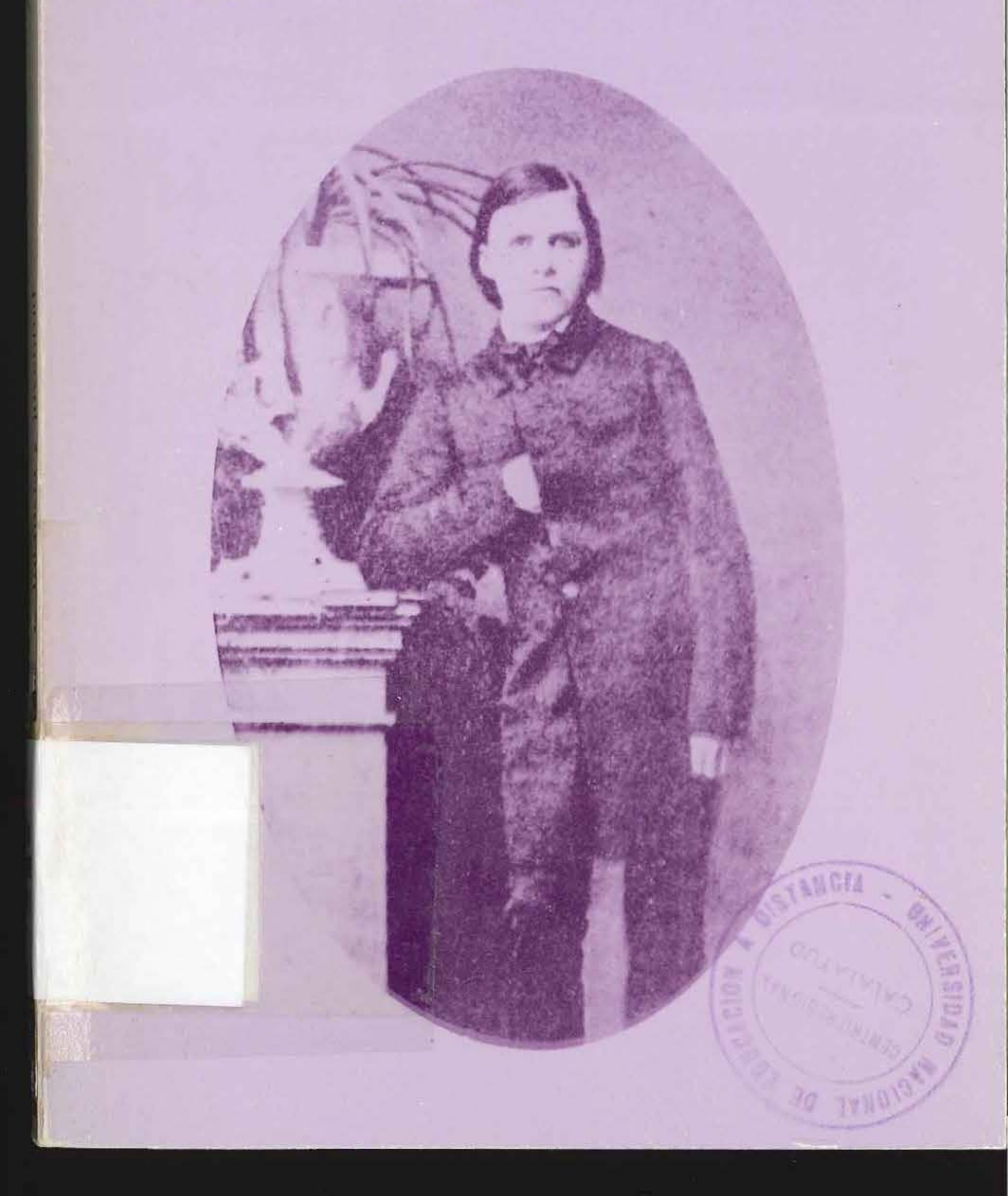
Curt Paul Janz

Friedrich Nietzsche

1. Infancia y juventud

Alianza Universidad



Alianza Universidad

PLAN DE LA OBRA

Volumen I
Infancia y juventud

Volumen II
Los diez años de Basilea
(1869-1879)

Volumen III
Los diez años como filósofo errante
(1879-1888)

Volumen IV
Los años de hundimiento
(1889-1900)

Curt Paul Janz

Friedrich Nietzsche
1. Infancia y juventud

Versión española de Jacobo Muñoz

Alianza
Editorial

Título original:
Friedrich Nietzsche. Biographie. Erster Band
I. Kindheit und Jugend

Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2975-8 (O. C.)
ISBN: 84-206-2305-9 (T. 1)
Depósito legal: M. 26.864-1981
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

PROLOGO GENERAL

Habent sua fata libelli[19]. Este viejo refrán resulta perfectamente aplicable, cuanto menos, a la historia de la génesis del presente trabajo. Cuando apareció en 1934 el primer volumen de textos[2] y en 1938 el primer volumen de cartas[6] de la «Edición General Histórico-Crítica de las obras y cartas de Friedrich Nietzsche» pudo verse que por fin se había aplicado en la investigación nietzscheana, por vez primera, un método largamente acreditado —el de la filología clásica— a los escritos póstumos de Friedrich Nietzsche. La primera consecuencia fue el hundimiento de la imagen de Nietzsche construida con mucha fantasía y no poca imaginación por la hermana del filósofo, Elisabeth Förster-Nietzsche. Por aquellas mismas fechas la filosofía nitzscheana comenzó a ser funestamente falseada por móviles políticos, ciertamente, pero por intenso que fuera el abuso cometido con ella, lo cierto es que la investigación científica sobre sus textos prosiguió su marcha silenciosa y objetiva.

La biografía publicada por la hermana[86] era considerada como uno de los pilares sobre los que se alzaba esta imagen de Nietzsche. Pues bien: precisamente sobre ella incidió el trabajo de investigación de Richard Blunck. Examinó las viejas fuentes y comenzó a interesarse por fuentes nuevas. En 1945, como dice en el prólogo a su biografía enteramente nueva de Nietzsche, el trabajo estaba, en lo esencial, acabado. El torbellino de los últimos días de la guerra destruyó, sin embargo, la obra, que acababa de ser impresa. Lo cual dio a Blunck la posibilidad de comenzar de nuevo. Incitación suficiente para ello pudo encontrar en la nueva situación política y en la mucho más favorable situación de las fuentes. Y no desaprovechó la ocasión.

Blunck programó su biografía de Nietzsche en tres volúmenes, de los que el primero pudo salir en 1953*. Se extiende desde los años de

* En la Editorial Ernst Reinhardt, München/Basel.

juventud y de estudio de Nietzsche hasta su entrada en la vida profesional. Blunck prometió los volúmenes siguientes en breve. Y, sin embargo, se entregó a una crítica cada vez más dura de su obra. Cada vez quería enriquecerla con y revisarla a la luz de nuevos materiales y nuevas fuentes. En 1958 comenzamos una correspondencia. A Blunck le resultó favorable que yo viviera tan cerca de los manuscritos conservados en la Biblioteca de la Universidad de Basilea. El mismo quiso volver otra vez a esta ciudad. Cuando en 1959 hice mi primer viaje a Weimar, en razón de la edición de los escritos póstumos de temática musical de Nietzsche[125], no dejó de hacerme algunos encargos. Con ello tuve ocasión de entrar también en contacto con los esbozos y manuscritos de cartas de Nietzsche, que estaban enteramente a mi disposición en el «Archivo de Goethe y Schiller» en Weimar —donde hoy se conserva todo el antiguo depósito de manuscritos del viejo «Archivo de Nietzsche» de Weimar.

El segundo volumen no llegó a ver la luz. Richard Blunck, que desde hacía ya algunos años padecía del corazón, murió de un infarto el 18 de septiembre de 1962 a la edad de sesenta años.

Con toda decisión, cuidado y prontitud Karl Schlechta se dispuso a evitar que por este motivo se perdieran los trabajos de Blunck. Tomó de manos de los administradores del legado de Blunck su material manuscrito con vistas a favorecer su ulterior utilización. La parte fundamental estaba constituida por veintiún cuadernos densamente escritos[54]. Que todos ellos lo hubieran sido con un sistema estenográfico, el de Roller, que entretanto había caído en desuso, supuso una fuerte decepción. Pero Karl Schlechta encontró en Darmstadt, en la persona de Hans Karpenstein, un especialista en sistemas antiguos que se declaró dispuesto a meterse en la escritura de Roller y a ocuparse de su traducción. Incluso un pequeño capital supo conseguir a este efecto Karl Schlechta de una Fundación. Lo único que hacía falta ya era encontrar, en círculos de germanistas y en las facultades de Filosofía, algún joven docente que tuviera tiempo y ganas de sacar a flote en manuscrito impreso los trabajos preparatorios de Blunck para el segundo y tercer volumen. Después de algunos esfuerzos fallidos, acordamos que yo mismo me ocuparía de ello paralelamente a mi edición de los escritos musicales póstumos. Calculamos dos años para la tarea. Y una vez más correspondió a Karl Schlechta el mérito de interesar por nuestros planes a la *Deutsche Forschungsgemeinschaft* y obtener de ella la correspondiente ayuda a la investigación. El encargo fue hecho al Instituto de Filosofía de la Escuela Técnica Superior de Darmstadt, con el acuerdo de que su realización me fuera encargada a mí. La tarea consistía, esencialmente, en revisar y reelaborar los manuscritos de Blunck, completándolos allí donde fuera necesario.

La transcripción de los cuadernos de Blunck en escritura normal trajo consigo, sin embargo, una nueva decepción; porque no contenían otra cosa que extractos e indicaciones bibliográficas; ni *una* sola línea de texto asumible como continuación de la obra en un segundo o tercer volumen. Los extractos, por otra parte, procuraban más bien poco del material de fuentes aún no publicado. Las indicaciones bibliográficas, en cambio, eran muy valiosas.

Blunck vivía en Neumünster. Allí no tenía a su disposición, ciertamente, ninguna biblioteca particularmente rica; tenía que guiar sus pasos, en este sentido, a Hamburgo. Y para tener a mano los textos, los extractaba masivamente. Yo, por el contrario, tenía en el Archivo Estatal de Basilea y en la Biblioteca de su Universidad a mi disposición —también en su departamento de Manuscritos— la mayor parte de las fuentes citadas por Blunck. Y muchas otras cosas. Y todo ello de modo directo. Lo que dio lugar a una nueva decepción. Porque vino a quedar claro que la estenografía de Roller no había recogido demasiado unívocamente los dictados verbales de Blunck. Comparando las transcripciones con los originales que tenía a mi disposición fui descubriendo errores considerables. Lo que me llevó a la sospecha de que acaso con el primer volumen hubiera ocurrido algo similar. Sospecha que las pruebas confirmaron: apenas una sola cita era correcta, los nombres estaban mal transcritos, las fechas eran falsas, al igual que las indicaciones de fuentes, que en ocasiones llegaban incluso a faltar totalmente. Con ello el trabajo se vio obligado a descender todavía un nuevo escalón: aunque la crítica textual a la que el encargo hacía referencia incidía sobre los volúmenes segundo y tercero, tuvo que aplicarse también al primero.

La situación del primer volumen obligó, pues, a la total reelaboración del mismo. Cuando Blunck redactó su biografía, apenas se sabía nada —ni podía tampoco saberse— sobre la extensión y contenido de los escritos póstumos musicales de Nietzsche, que tanta luz arrojan sobre sus años en Pforta y su año de estudiante en Bonn. Importaba, pues, reinsertar los nuevos conocimientos. Y así pasó a convertirse el volumen publicado por Blunck sobre los «Años de Juventud y de Estudio» en la primera parte de nuestra biografía, en esta su forma ampliada, que ha conservado casi sin transformaciones el texto del propio Richard Blunck.

Para la prosecución era preciso encontrar una nueva disposición y un nuevo método, que no llevara, de todos modos, consigo la pérdida de la conexión con el comienzo. Lo que no dejó de plantear problemas específicos[120]. En la estructura formal se renunció a la cesura después del «Zaratustra» postulada por Blunck (1883) y se escogió una ordenación y división obedientes exclusivamente a los datos biográficos, a las cesuras inequívocas de y en la propia vida de Nietzsche: la segunda parte se ocupa de sus diez años como catedrático de Basilea, la tercera de sus diez años de entera y libre dedicación a la filosofía y ala cuarta parte de los once años que median entre la muerte psíquica y la física de Nietzsche.

Desde un punto de vista metodológico, lo relevante era conseguir un aprovechamiento de las fuentes que a la vez que apuntaba a la exhaus-

tividad, permitiera la mayor independencia posible respecto de las exposiciones anteriores. En cualquier caso, lo importante es que el trabajo no se convirtiera en una confrontación con la gran biografía salida de la pluma de la hermana de Nietzsche[86], cosa que sólo vino a serlo en muy pocos puntos, en aquéllos, a lo sumo, en los que resultaba inevitable. Pero había otra delimitación a la que era preciso guardar un respeto enérgico. Me refiero, claro es, al distanciamiento respecto de cualquier posible interpretación o valoración de la obra de Nietzsche. Había que tener un cuidado estricto en no desbordar el marco de una biografía en sentido restringido, llegando en caso extremo sólo hasta la frontera última en la que los puntos de contacto y los puestos fronterizos que permiten avanzar a otros dominios *pueden* ser mostrados. Cuando lo que está en juego es una dedicación tan intensa a Nietzsche, y en el curso de ella, la tentación de pasar a una reflexión filosófica sobre su obra es, ciertamente, grande. De ahí que el autor ruegue benevolencia a quienes en ocasiones puedan percibir que ha sucumbido a ella. En cualquier caso, siempre resulta difícil trazar una nítida línea de demarcación entre la mera exposición de la obra y lo que ya comienza a ser una interpretación de la misma. Interpretación que en modo alguno se ha buscado programáticamente.

En el ámbito histórico-biográfico importaba evitar el peligro de reducir la vida de Nietzsche correspondiente a la década de los 80 a una historia trivial: la historia de una enfermedad. Y haciéndolo venía a resultar, en cambio, fácil extender la mirada a la vinculación de Nietzsche con su época. Los hombres importantes, esto es, los hombres que en algún momento de su vida aparecen como importantes, independientemente de que este momento sea fugaz o duradero, no pueden reducirse a meros nombres. Es preciso que resulten captables por el lector como personalidades vivas. Lo que ha de ser conseguido gracias a la introducción de excursus, excursus que pueden ir de la mera nota a pie de página al capítulo entero.

También tienen que ser tomadas en consideración las corrientes espirituales y políticas de la época, al menos en la medida en que resultan importantes para la comprensión de Nietzsche, así como el «paisaje» en sentido amplio (por ejemplo, en los capítulos dedicados a «Basilea» o a «Tribschen», etc.).

En donde la biografía de los años tardíos no puede ni debe entrar, por el contrario, es en la historia de la obra a partir de 1889 —que tendría que ser más bien objeto de una edición crítica—, ni tampoco en la del viejo «Archivo de Nietzsche», apenas alcanzado en sus comienzos. En lo que hace a esto, cabría desear una exposición específica y diferenciada de la evolución entera.

El lector interesado por los detalles puede utilizar la obra —fácilmente consultable recurriendo al registro y al sumario— como «Diccionario de la vida de Nietzsche». Quien apunte, por el contrario, a una lectura

rápida o a una apropiación inmediata de la información ofrecida, puede saltarse estos pasajes*.

Como fuentes se han utilizado, sobre todo, cartas. En su edición en tres volúmenes de la obra de Nietzsche[4] Karl Schlechta ha llamado ya la atención, de todos modos, sobre lo problemático que, en su mayor parte, resulta el material publicado en el caso, precisamente, de Nietzsche. En mis trabajos en Weimar a propósito de los escritos musicales póstumos descubrí no pocas lagunas, por otra parte, en las «Cartas reunidas» editadas por Elizabeth Förster-Nietzsche y sus colaboradores[7]. A la vista de ello, opté por comparar cuidadosamente todas las existencias de cartas manuscritas del «Archivo de Goethe y Schiller» de Weimar con los textos impresos y por hacerme, también, con un índice completo de las correcciones y adiciones necesarias[124]. En este trabajo no precisamente fácil he contado, de todos modos, con la ayuda de mi mujer, que puso también a mi disposición un fichero completo de cartas, instrumento de trabajo particularmente valioso elaborado por ella misma.

Y con ello tengo que entrar ya en la serie de personalidades a las que debo particular gratitud por su ayuda y colaboración.

Ante todo figura el Prof. Dr. Karl Schlechta. Ha velado sobre y por mi trabajo con celo infatigable, impulsándome con su crítica, con sus consejos incitantes, con material y con indicaciones. Sin él esta biografía jamás hubiera visto la luz.

El hecho de que los administradores del legado de Richard Blunck me donaran generosamente sus apuntes manuscritos y catálogos de notas, así como su *Nietzscheana* (ediciones de obras y cartas, así como bibliografía secundaria), constituyó, para mí, otro impulso importante.

Nuestro venerado helenista el Prof. Dr. Peter von der Mühll († 1970) aún alcanzó a leer detenidamente la parte correspondiente a los años nietzscheanos de Basilea. A él debo no pocas indicaciones valiosas extraídas de su inmenso saber. También el Dr. Max Burckhardt, director del departamento de Manuscritos de la Biblioteca de la Universidad de Basilea, puso a mi disposición importantes documentos de los fondos de ésta.

En cuanto hace especialmente a «Lou», el Dr. h. c. Ernst Pfeiffer (Göttingen) siguió mi trabajo con particular interés, ayudándome con informaciones provinientes de su fondo de manuscritos (Legado de Lou Andreas-Salomé)[12].

Con el Prof. Dr. Mazzino Montinari, coeditor de la «Edición Completa Crítica»[6] y de los *Nietzsche-Studien* mantuve durante todos estos años un fructífero contacto. Le agradezco alguna información y ayuda en el desciframiento de los manuscritos de Nietzsche.

* Da información sobre el resultado de este trabajo de crítica de fuentes mi libro *Die Briefe Fr. Nietzsches; Textprobleme und ihre Bedeutung für Biographie und Doxographie*[121].

Estos manuscritos no me hubieran resultado accesibles sin la comprensión del Prof. Helmuth Holtzhauer (†), director de los «Monumentos y Centros de Investigación de la Literatura Clásica Alemana en Weimar», que con tanta benevolencia facilitó mis gestiones para conseguir permiso de residencia en dicha ciudad, del Prof. Dr. Karl-Heinz Hahn, director del «Archivo de Goethe y Schiller» de Weimar, que me facilitó todo tipo de trabajo en su Instituto, y de frau Anneliese Clauss, colaboradora en el «Archivo de Goethe y Schiller» de Weimar, que conoce perfectamente los escritos póstumos de Nietzsche y hasta su caligrafía, y que en todo momento estuvo a mi disposición con sus consejos e indicaciones.

Particular gratitud debo expresar a la *Deutsche Forschungsgemeinschaft* (Bonn-Godesberg) por su comprensión ante las sorpresas que hubo de procurarle un trabajo mucho más extenso de lo previsto y, sobre todo, mucho más costoso en tiempo, aproximadamente dos años más de lo acordado.

Consultar y hacer entrar en el juego a la entera bibliografía secundaria de Nietzsche, de dimensiones tan gigantescas, era cosa que estaba, ciertamente, excluida desde un principio. Hacer una selección de la misma tampoco era cosa fácil, desde luego. Excluidas quedaron, desde un principio, todas las interpretaciones filosóficas. De ahí que en el registro falten nombres ilustres. Todo lo biográficamente relevante, en cambio, tenía que ser utilizado. Que el trabajo tuviera que alargarse durante tantos años es cosa que trajo consigo, cuanto menos, el regalo de poder tomar en consideración los valiosos *Diarios* de Cosima Wagner como último documento auténtico. La autenticidad de los documentos biográficos fue, en cualquier caso, el criterio máximo a la hora de seleccionar. Mi desconfianza frente a muchos meros «Recuerdos», extendidos incluso a lo largo de decenios, acaso pueda parecer, en algunos casos, un tanto exagerada; pero se trata, simplemente, del talante crítico de la Escuela de Filología de Basilea representada por mis venerados maestros, los profesores doctores Karl Meuli, Peter von der Mühll, Bernhard Wyss, Felix Heinimann, a los que debo no pocas incitaciones e incluso aportes fundamentales al presente trabajo. Algunas indicaciones decisivas pude obtener también del Prof. Dr. Karl Jaspers, sobre todo en lo que hace a la valoración biográfica significativa de la llamada *Wahnzettel*.

La comprensión y el consejo de los colaboradores de la Editorial Carl Hanser me fueron de no poca importancia, facilitándome grandemente la tarea a la hora de la configuración definitiva del texto y de su impresión. Nos pusimos de acuerdo, por ejemplo, en dar unitariamente todas las citas correspondientes a las partes biográficas en ortografía y puntuación actualizadas, dado que lo que aquí está en juego no es una edición documental. Con vistas a descargar el texto remitimos buen número de citas documentales al correspondiente apartado de la parte quinta. Aquí se reproducen, en cualquier caso, tal y como originalmente fueron escritas, dado que por lo general se trata de textos que no parece que vayan a ser publicados, o por lo menos no en un tiempo previsible, en alguna otra parte, o cuya publicación original no resulta hoy apenas accesible.

También intentamos descargar el texto con vistas a una lectura lo más fácil posible del mismo renunciando a introducir las referencias relativas a las fuentes en el texto o en notas a pie de página, y remitiendo, en lo que hace a las mismas, mediante cifras pequeñas al registro de fuentes. En lugar de pergeñar tentativamente un índice bibliográfico de la literatura nitzscheana, que siempre hubiera tenido que quedar incompleto y cuya función cumplen perfectamente las bibliografías existentes[205], nos hemos limitado a recopilar las fuentes realmente utilizadas en un índice. También hemos renunciado a una sección de notas. Cuando hay que introducir notas, se hace en el lugar correspondiente y a pie de página.

El registro únicamente reproduce y recoge nombres y conceptos. Unicamente en aquellos casos en los que en el texto no figura nada más sobre estos nombres da el registro datos complementarios (fechas, por ejemplo).

Por muy extenso que sea el trabajo, la complejidad de Nietzsche no queda, naturalmente, agotada. Ni siquiera biográficamente hablando. Mucho es introducido como mera alusión, como punto de partida para investigaciones ulteriores, más detalladas. Y la mejor recompensa para el autor de estas páginas sería ver unirse a ellas, a esta biografía, nuevos trabajos críticos. Y en número no pequeño.

Muttenz b/ Basel, en octubre de 1977.
CURT PAUL JANZ

PRIMERA PARTE

INFANCIA Y JUVENTUD

(Richard Blunck*)

* *Como hace constar Curt Paul Janz en su anterior* Prólogo general, *la incitación última de su biografía de Nietzsche corresponde a Richard Blunck. Y no sólo ello, sino buena parte también del material sobre el que se alza la parte inicial de la misma, así como algunos de sus pasos literales, tal el* Prólogo *al presente volumen que, en consecuencia, se da bajo su firma. La mayor parte del trabajo y su factura definitiva se deben, en cualquier caso, a Janz, y a él corresponde, pues, su titularidad definitiva. En nuestra edición nos hemos apartado, sin embargo, por varias razones, tanto técnico-editoriales como de comodidad de lectura, de su ordenación del vasto material biográfico de Nietzsche que hoy comienza a ver la luz en castellano. La edición alemana consta, en efecto, de tres volúmenes. La nuestra consta de cuatro, divididos según criterio estrictamente biográfico: cada uno de ellos acoge —como el lector puede comprobar en el* Plan de la Obra *con que se abre este primer volumen— la reconstrucción de un periodo bien definido de la vida de Nietzsche. Por lo demás, no se ha introducido ninguna otra variación.* (N. del T.)

PROLOGO

Los grandes autores sistemáticos de la más reciente filosofía occidental ponían todo su empeño en separar por completo el pensamiento de la persona, en dar la espalda a todo lo subjetivo y en avanzar, gracias a un supuesto método enteramente objetivo, a un «conocimiento puro». Hoy sabemos que tales intentos se quedan en el terreno puro y simple de los deseos y que, en definitiva, están condenados a resultar vanos. Porque si unas veces ocurre que hasta el pensador más independiente está sometido a las condiciones históricas de su tiempo, otras no deja de resultar innegable que su pensamiento viene necesariamente vinculado a fuerzas de su propio ser que son mucho más fuertes que la inteligencia y la consciencia, y que confieren carácter y orientación a aquél en medida mucho mayor de lo que estas últimas quisieran reconocer. Y sin embargo, hay casos en los que la apariencia de un pensamiento realmente objetivo se ha alcanzado en tan alto grado, que harían falta oídos muy finos y aguzados para percibir lo subjetivo a él subyacente. No otro sería el caso, por ejemplo, de quien a partir de sus obras teóricas quisiera penetrar en la personalidad viva de su autor, de la que, en definitiva, también dependen. Pero la personalidad queda tan relegada a un último término en él, cuanto menos en la *Crítica de la razón pura*, y parece tan sometida a las leyes del intelecto, unas leyes que irrumpen autónomamente en sí y a partir de sí, que resulta enteramente posible captar todo lo esencial de la filosofía kantiana sin tenerse que enfrentar con él, esto es, sin saber nada de la vida y de la persona de Kant.

Muy otra es la cosa a propósito de Nietzsche. Su pensamiento no busca desvincularse de la vida un solo momento, ni menos evadirse de los impulsos de su personalidad. Todo lo contrario: nace y surge una y otra vez, renovadamente, de las profundidades de ambos y es su expresión.

La «objetividad» ni siquiera es en él un desideratum, porque vacía y acartona una vida que siempre es superior; y el «conocimiento puro» se le presenta siempre como mero autoengaño y parálisis de la personalidad creadora. La vida misma es, para él, la verdad. De ahí que no pueda hacer abstracción de ella para acceder al conocimiento de algo «verdadero en sí». La personalidad creadora es para Nietzsche, por otra parte, la forma más alta de la vida. Con ello se mantiene todavía en la tradición platónica, que cifraba en el filósofo, en cuanto tipo humano de mayor perfección relativa posible, la capacidad para dirigir los asuntos públicos. Pero va mucho más allá de los límites de ésta. Porque Nietzsche integra en ellos al artista creador. Nietzsche era perfectamente consciente de sus dobles dotes, de su doble naturaleza como filósofo y artista, y su obra nace en esta tensión y, en parte al menos, precisamente de esta tensión. En realidad, la pregunta que siempre se plantea acerca de la pertenencia o no de Nietzsche a la historia de la filosofía hunde sus raíces últimas en esta ambivalencia de su personalidad.

Para él, todo conocimiento, todo pensamiento y toda obra no pueden ni deben ser otra cosa que expresión de la personalidad entera, y han de servir para enriquecerla y potenciarla, en lugar de para debilitarla y disolverla en el reino de las ideas. En esta proximidad, llena de carne y de sangre, a la vida y a su subjetividad, que hace, ciertamente, mayor justicia a nuestra existencia y a una veracidad proviniente del sentido *entero* de la misma que toda posible objetividad vocada a abstraer de todo y siempre sólo para sí misma, pero raras veces veraz ante la vida, hay que buscar las raíces del poder y de la novedad, la magia, en fin, de la obra de Nietzsche.

Quien por vez primera penetra en un libro de Nietzsche —como nosotros mismos hace cuarenta años— percibe de inmediato que las exigencias que impone no van dirigidas a la inteligencia. Que lo que aquí está en juego es algo más que seguir los pensamientos de otro, de premisas a conclusiones y de concepto a concepto, de cara a acceder a unas «verdades». Se siente inmerso más bien en un inconmensurable campo de fuerza del que parten conmociones de naturaleza mucho más profunda que las que pueden sobrevenir cuando se busca con la sola red del entendimiento. No se siente afectado tanto por opiniones y conocimientos cuanto por un hombre, el hombre que hay detrás de unas y de otros. En no pocas ocasiones opondrá resistencia a ello, sobre todo cuando tiene algo que defender; pero del hombre que las pronuncia y del campo de fuerza que configura jamás podrá ya apartarse enteramente. Al hilo de su propia reconstrucción de los puntos de vista que le salen al paso en frases magníficas, hasta el punto de llegar, en ocasiones, a resultar formalmente sobrecogedoras, irá haciendo suyo el sentimiento de estar en un laberinto en cuyos ramificados pasadizos va encontrando riquezas inconmensurables, pero también la imagen amenazadora de un Minotauro que reclama sacrificios humanos. Creerá estar ante las más verdaderas

de las verdades, verdades que afectan al corazón de las cosas; pero al entrar en el siguiente libro verá cómo éstas, las más verdaderas de las verdades, se superan a sí mismas. Y se sentirá arrojado a un nuevo corredor del laberinto. Y sin embargo, si es de naturaleza despierta y no de entendimiento simplemente interrogante, jamás perderá la certidumbre de estar, con Nietzsche, más cerca de la vida y de su rostro genuino que con cualquier otro pensador. Lo que se le comunica, en fin, con toda la contradictoriedad de los puntos de vista y de las posiciones, es un poder espiritual más alto y profundo, que no viene subordinado a puntos de vista y verdades, sino que constantemente los supera, y los supera en orden a una veracidad que no conoce otra ley que sí misma y la corriente siempre fluyente, siempre llamada a transformarse y recrearse, de la vida.

Una veracidad de este tipo no es, ciertamente, una propiedad del conocimiento acumulativo y del entendimiento ordenador. Ni puede venir de ellos. Lo es más bien de una personalidad moral, de la valentía del corazón y de la intrepidez e insaciabilidad del espíritu. Para adquirir en el pensamiento el ímpetu que muestra la obra de Nietzsche, esta veracidad tiene que ser vivida y padecida. Y porque viene unida a la mayor receptividad imaginable respecto de todas las posibilidades del espíritu europeo y, a la vez, a la iluminación crítica de las mismas, y unida también a una singular profundidad de penetración en la esencia de los hombres, a una visión, en fin, luminosa y profética, amplia y profunda, que se evidencia, en la obra que nos ocupa, en una medida para la que en la historia del pensamiento europeo no cabría encontrar correlato, es por lo que la vida y la obra de Nietzsche nos importan tan poderosamente. Una vida y una obra que, bajo el látigo de esta veracidad, fueron siempre una lucha sin descanso contra una época condenada a decaer en la mentira más desesperanzada, una lucha contra la propia felicidad, contra la gloria y contra el corazón propio lleno de amor, hazaña, en fin, que cuya pureza y cuya necesidad ningún efecto o irradiación basados en la manipulación o incluso en el más terrible de los abusos podrán aniquilar nunca.

De esta vida, de esta hazaña, queremos dar cuenta aquí. Hemos ido tras de las huellas conocidas y, en buena medida, desconocidas hasta ahora de la vida de Nietzsche, y las hemos seguido hasta lo más insignificante y falto de relevancia, a conciencia de que en esta vida nada hay que carezca de importancia. Hemos procurado purificar su imagen de las deformaciones, falsificaciones y malentendidos que tanto una adoración ignorante de su verdadera naturaleza como una polémica aquejada de lo mismo le allegaron. De todo ello ha padecido mucho, y tenía, sin duda, que padecerlo, dado que una veracidad tan multilateral y tan capaz de penetrar en todas las mentiras y «verdades» de su época estaba necesariamente condenada a ser objeto de los abusos y malentendidos de ingenuos y mendaces. Nos hemos esforzado por reconstruir esta vida en su sustancia legaliforme propia con respeto profundo y, a la vez, sin inhibiciones.

Y todo ello tomando las debidas distancias. Nuestro objetivo ha sido, en fin, el siguiente: sintetizar todo el «material» que de modo disperso ha ido estando disponible sobre esta vida en una imagen que haga visible e intuible al hombre tal y como éste, según creemos, fue. Y que al hacerlo ilumine cuanto en la obra tiene carácter existencial, por decirlo con un término de moda. Sólo esto puede tener aún importancia para nosotros de cara al futuro y puede resultar orientador o incluso modélico en algún sentido. Reconstruir y presentar la obra detalladamente en toda su multiformidad y su riqueza de estratos es cosa que ni entraba en nuestra intención ni podía corresponder a nuestras posibilidades. Hubiéramos tenido, para ello, que copiarla volumen a volumen. Lo que creemos estar en condiciones de dar es una clave para esta obra y con ello, la tentación de leerla, de leerla más y mejor de lo que se ha hecho hasta ahora. La influencia de Nietzsche está sólo en sus comienzos, por mucho que a algunos les parezca de otro modo. Donde se detuvo un momento en torno a una «verdad» hasta que su veracidad le hizo luego ir más allá de ella, sus imitadores echaron el ancla; donde experimentó con una posibilidad, escribieron recetas; donde reposó para tomar aliento y seguir su marcha, optaron por adormecerse. No llegaron a avanzar hasta su naturaleza profunda y su fuerza genuina. Mostrarla y reproducirla ha sido, por el contrario, el objetivo que nos ha guiado.

Queremos dar las gracias también en este punto al archivero del «Archivo de Nietzsche» de Weimar, el señor Max Oehler. En la medida en que nos hizo por vez primera accesibles numerosos documentos no publicados del Archivo nos ha sido dado clarificar algunos episodios y problemas discutidos de la vida de Nietzsche. También puso a nuestra disposición del modo más desinteresado los resultados de sus investigaciones sobre los antepasados de Nietzsche, ayudándonos con valiosas informaciones personales y facilitándonos el trabajo. Igualmente expresamos nuestra gratitud a su ayudante, el señor Rolf Dempe, por su impagable ayuda durante nuestro trabajo en el Archivo, que aún pudo tener su punto final en 1943. El primer volumen de nuestra biografía de Nietzsche que ofrecemos hoy, biografía planeada en tres, de los que éste es el primero, estaba ya impreso en la primavera de 1945. Pero los ataques aéreos a Berlín y el derrumbamiento del régimen nazi en Praga trajeron consigo la destrucción de la totalidad de la edición, incluidas las galeradas y los originales manuscritos. Sólo quedó el manuscrito guardado en Schleswig-Holstein, que es el que hoy damos a la luz.

El material correspondiente a los otros dos volúmenes se ha conservado también, de modo que podrán aparecer en breve.

RICHARD BLUNCK (1953)

Capítulo 1
LOS ANTEPASADOS

Ya en sus manifestaciones tempranas y hasta sus últimos días de lucidez venía a resultar visible en Nietzsche un sentimiento raramente profundo de vinculación de su ser a los antepasados, un sentimiento que a pesar de todos los conflictos corresponde, en última instancia, a un sentido familiar indestructible.

En un trabajo de 1862 sobre *Libre albedrío y fatum* puede, en efecto, leerse[2]: «Pero la actividad de los humanos no comienza con el nacimiento, sino en el embrión y quizá —quién podría decidir aquí— ya en los padres y antepasados.» En sus años de madurez no dejó asimismo de creer que tenía que agradecerles buena parte de sus dotes, dato este que debe ser asumido juntamente con el de su sentido de la gratitud, sentido que era una necesidad de su espíritu. Gratitud e inserción acogedora en una tradición indestructible. El enraizamiento, la pertenencia a una tradición familiar, tangible y aprehensible de modo real en el continuo de las generaciones, en hombres que vivieron realmente, todo eso era *religio*, algo que desde su temprana pérdida de las referencias metafísicas constituyó para él una necesidad acuciante. En 1861 entró en contacto con los escritos de Ludwig Feuerbach; en una nota sobre sus deseos en cuanto a regalos de cumpleaños figuran *La esencia del cristianismo* y *Pensamientos sobre la muerte y la inmortalidad*. En 1859 vio la luz *La evolución de las especies*, de Darwin, obra que desató por doquier las más violentas discusiones. Su efecto sobre los trabajos tempranos de Nietzsche, de la primavera de 1962, *Fatum e historia*[2] y *Libre albedrío y fatum* resulta bien evidente. Aunque desarrollada de manera juvenilmente retraída, contienen ya, de todos modos, la primera toma de posición escéptica respecto del Cristianismo y también el primer recurso decidido a la consciencia de los antepasados también en lo espiritual, el recurso, en fin, a una «ley fundamental filoge-

nética» llamada a aparecer una y otra vez. Así en 1881 en *Aurora* (Af. 540): «¿Acaso es talento otra cosa que un nombre para una pieza *más antigua* de aprendizaje, experiencia, ejercicio, apropiación, asimilación, bien al nivel de nuestros padres, bien a un nivel anterior?» Lo que no le impide, por supuesto, proseguir inmediatamente, en la clara consciencia de la inderivabilidad de lo genial en su irrepetibilidad única y en su esencia, así: «Repitamos: quien aprende, *se dota a sí mismo de talento* —sólo que no es tan fácil *aprender*, y no es cosa de la mera buena voluntad; hay que *poder* aprender.» De manera cada vez más decidida ve la precondición para ello y para todo mérito o rendimiento excepcional en el linaje (*Más allá del bien y del mal*, Af. 213): «Para entrar en un mundo elevado hay que haber nacido, o dicho con más claridad, hay que haber sido *criado* para él: derecho a la filosofía —tomando esta palabra en el sentido grande— sólo se tiene gracias a la ascendencia, también aquí son los antecesores, la "sangre", los que deciden. Muchas generaciones tienen que haber trabajado anticipadamente para que surja el filósofo; cada una de sus virtudes tiene que haber sido adquirida, cultivada, heredada, apropiada individualmente.» Y más adelante (Af. 264): «No es posible borrar del alma de un hombre aquello que sus antepasados hicieron de manera más gustosa y más constante: bien fueran, por ejemplo, asiduos ahorradores y, por así decirlo, simples piezas de una escribanía o de una caja fuerte, modestos y burgueses en sus apetitos, modestos también en sus virtudes; o bien viviesen habituados a dar órdenes, desde la mañana hasta la tarde, propensos a las distracciones toscas y, junto a eso, tal vez, a unos deberes y unas responsabilidades más toscos aún; o bien, finalmente, hayan sacrificado en algún momento viejos privilegios de nacimiento y de posesión a fin de vivir íntegramente para su fe —su "Dios"—, como hombres de conciencia implacable y delicada, la cual se ruboriza de toda mediación. No es posible en modo alguno que un hombre no tenga en su cuerpo las propiedades y predilecciones de sus padres y antepasados: y ello digan lo que digan las apariencias.»

El viejo Nietzsche está particularmente convencido de que lo decisivo, las fuerzas «morales», son cosa a la que se accede por la vía del linaje, de la sangre[4/6]: «No hay otra nobleza que la nobleza de nacimiento, la nobleza de linaje. (No apunto con esto, por supuesto, a la partícula "de" ni al Almanaque de Gotha: anecdotario para burros). Cuantas veces se habla de "aristócratas del espíritu" no hay, ciertamente, y por lo general, sino motivos para ocultar algo; se trata, como es bien sabido, de una de las expresiones oraculares preferidas por los judíos. El espíritu por sí mismo no ennoblece; más bien se precisa de algo capaz de *ennoblecer el espíritu*.—¿Y qué se precisa para ello? Linaje.»

Este filósofo, al que el mayor de los malentendidos presentó durante años como el profeta de un individualismo ilimitado e implacable, pero que no por ello ha dejado de ser quien con mayor intensidad ha revelado la libertad *creadora* del individuo, este filósofo no duda en reconocer en los últimos años de su labor: (*El ocaso de los ídolos. Sentencias y dardos*, Af. 33): «El único, el "individuo", tal y como el filósofo y el pueblo lo han entendido hasta ahora, no es un error: no es nada para sí, ningún átomo, ningún "anillo de la cadena", nada meramente heredado de ayer, es la entera y sola línea hombre hasta él mismo.» Y el genio es para él (*loc. cit.*, Af. 47): «el resultado final del trabajo acumulado de generaciones... Las buenas cosas son valiosas más allá de toda medida: y siempre vale la ley de que quien las *tiene* es alguien diferente a quien las *conquista*. Todo lo bueno es herencia: lo que no ha sido heredado es incompleto, es comienzo». Otra cosa hay, de todos modos, que hace notar aquí también su presencia: ese gusto por la antítesis tan característico de *El ocaso de los ídolos*. De manera innegable queda parodiado el dicho goethiano «Lo que de tus padres heredaste, *conquístalo* para poseerlo.»[101] Invertir o parodiar de algún modo citas es un recurso dialéctico cien veces aplicado por Nietzsche. En otro lugar[4] leemos: «Los costes de lo que uno es han sido pagados por sus predecesores.» De su entera fuerza acumulada surge al final el gran individuo[4/6]: «Toda virtud y destreza en el cuerpo y en el alma es costosa y ha sido conquistada pacientemente, paso a paso, mediante mucho esfuerzo, autodisciplinamiento, limitación a poco, mediante mucha repetición fiel, tenaz, de los mismos trabajos, de las mismas renuncias: pero hay hombres que son los herederos y señores de esta múltiple riqueza de virtudes y destrezas largamente conquistada —porque... las fuerzas conquistadas y acumuladas a lo largo de muchas generaciones no son disipadas ni divididas, sino que han venido a quedar unidas por un gran anillo y una gran voluntad. Al final aparece, en efecto, un gigante de fuerza que reclama una tarea gigantesca.»

Basten estas pruebas para mostrar lo intensamente que Nietzsche sentía determinada y condicionada su naturaleza por el legado de sus antepasados; con decisión en sus años jóvenes y en los primeros de la madurez, con acento casi confesional en los años tardíos de su soledad espiritual. Determinada y condicionada, sí, pero no limitada: «El hombre es algo *nuevo* enteramente y *creador de lo nuevo*, algo absoluto, y toda acción es enteramente *suya*.»[4] Y en el momento en el que la fuerza creadora se ve ante su tarea genuina, valen las frases del *Zaratustra* (1883), cap. «De la virtud que hace regalos» 2: «Peligroso es ser heredero» y cap. «De las tablas viejas y nuevas» 12: «No hacia atrás debe dirigir la mirada vuestra nobleza, sino hacia *delante*! ¡Como proscritos debéis ser vosotros de todos los países de los padres y antepasados! El *país de vuestros hijos* es el que debéis amar.» Una y otra vez se aferra, sin embargo, a la certidumbre de guardar dentro de sí lo bueno y el trabajo de sus antepasados, mostrando gratitud por ello. Y mostrándola incluso cuando el legado tuvo que ser percibido como un peligro, como contrario a la posición propia. Aunque cuando más extrema era ésta, cuanto más solitario tenía que sentirse en su condición

de pionero, más necesaria le resultaba a Nietzsche la fe en la fuerza de la herencia. Y el aparente conocimiento mostrado en estos contextos resulta tanto más asombroso cuanto que el propio Nietzsche sabía, en realidad, muy poco de sus predecesores. Jamás puso tampoco un excesivo empeño en hacerse con la historia de su linaje. Solamente dedicó una viva atención a *una* leyenda familiar en la que creyó acríticamente, con consecuencias un tanto sorprendentes. El 5 de noviembre de 1862 compuso dos piezas para piano[125]: «En memoria de nuestros predecesores; dos danzas polacas: 1. Mazurca, 2. De la Czarda.» Ya durante los meses anteriores compuso varias piezas para piano «del género húngaro», lo que no dejó de acercar al muchacho a lo eslavo. Aunque en realidad, cuando más impetuosamente se allegaba a este prejuicio alimentado, según parece, en su familia, era en los momentos en que su desvío respecto de sus contemporáneos alemanes alcanzaba un punto culminante. Su hermana informa de un apunte del año 1883[88]: «Se me ha enseñado a retrotraer el origen de mi sangre y de mi nombre a nobles polacos que se llamaban Nietzky y que hace más de cien años abandonaron casa y solar cediendo, al fin, a insoportables opresiones de tipo religioso: eran, ciertamente, protestantes. No quiero negar que de muchacho no me sentía especialmente orgulloso por este origen mío polaco: lo que en mí hay de sangre alemana proviene exclusivamente de mi madre, de la familia Oehler, y de la madre de mi padre, de la familia Krause, y me parecía que a pesar de ello, en lo esencial seguía siendo polaco. Que mi aspecto externo corresponde hasta hoy al tipo polaco es cosa que me ha sido confirmada a menudo.» Y el 10 de abril de 1888 escribe a Brandes aún más decididamente[7]: «Mis antepasados eran nobles polacos (Nietzky); parece que el tipo se ha conservado bien a pesar de tres madres alemanas.» A lo que la hermana añade aún[88]: «La tradición familiar cuenta que un Schlachzize Nicki (fonéticamente Nietzky) tomó intenso partido a favor de Augusto el Fuerte como rey de Polonia y recibió de él el título de conde. Cuando el polaco Stanislaus Leszcinski se convirtió en rey, este mítico antepasado nuestro se vio implicado en una conjura a favor del sajón y del protestantismo. Fue condenado a muerte, huyó con su mujer, que acababa de tener un hijo, y erró fugitivo con ella durante dos o tres años por las pequeñas ciudades alemanas, mientras la tatarabuela alimentaba al niño de su propia leche.»

Esta romántica historia se ha revelado como totalmente insostenible gracias a las exactas investigaciones del primo de Nietzsche, Max Oehler, sobre los antepasados de éste que vamos a reproducir a continuación[182]. Prescindiendo ya de que en la época citada no hubo en Polonia conjura alguna a favor del sajón y del protestantismo, resulta, en efecto, que el tatarabuelo de Nietzsche, que vivió aproximadamente entre 1675 y 1739, no fue ningún Schlachzize polaco, sino el notario imperial público e inspector del general Accis, del Príncipe Elector, Christoph Nietzsche de Bibra (departamento Ekkartsberga). Un alto funcionario sajón de Hacienda, por tanto. También conocemos al padre de éste, que llevaba asimismo el nombre de Christoph: tenía casa en Burkau, en Oberlausitz, donde era carnicero.

La hermana informa también de un documento que un polaco procuró a Nietzsche en el invierno de 1883/84 en Génova o en Niza y que llevaba el siguiente título: *L'origine de la famille seigneuriale de Nietzky*[88]. Es de suponer que Nietzsche se vio expuesto aquí a una de las frecuentes falsificaciones de árboles genealógicos, dado que el diccionario en diez volúmenes de la nobleza polaca «Herbarz polski» de K. Niesicki, Leipzig, 1839/48, no registra en absoluto ese apellido noble.

Cabe, ciertamente, la posibilidad de que en el siglo XVI los Nietzsches (Niczen) inmigraran de Bohemia, pero nada habla a favor de una parte, en ellos, de sangre eslava. Los antepasados directos de Nietzsche, que se extienden hacia atrás en el tiempo a lo largo de dos siglos, hasta el XVI, llevan, en efecto, todos ellos sin excepción nombres alemanes, incluso en la línea femenina. El propio nombre Nietzsche resulta enormemente frecuente en Europa Central, y en las formas más diversas: como Nietzsche, Nitsche, Nitzke, etc. Ha sido retrotraído por los lingüistas al prenombre Nikolaus, Nick, bajo la influencia del eslavo Nitz, pronunciado Nitsch, o al altoalemán antiguo nît —envidia, originariamente celo, odio.

De cara a las frases de Nietzsche arriba citadas, nada más instructivo que una investigación de los antecedentes profesionales de los antepasados de Nietzsche. Porque de esta reflexión se desprenden resultados dignos de reflexión: casi todas las líneas particulares de sucesión del árbol genealógico nietzscheano desembocan, partiendo de la burguesía acomodada —labradores figuran muy pocos en ellas—, en una profesión muy concreta: la de pastor (protestante). Algunas en fecha ya muy temprana. Y, en cualquier caso, más por línea paterna, globalmente hablando, que por línea materna. Nietzsche venía, pues, de esa tradición de familias de pastores que acostumbraba a verse reforzada por el matrimonio con jóvenes de líneas de sucesión similares, y que dio de sí, sobre todo en Suabia y Sajonia-Turingia, gran cantidad de talentos geniales, fundamentalmente en la poesía y en el pensamiento, o en ambos a un tiempo.

Este paso de la burguesía a la inteligencia humanista-pastoral en los antepasados de Nietzsche ofrece, particularizadamente, la siguiente fisonomía:

Los Nietzsche estuvieron asentados durante tres generaciones, entre 1570 y 1650 aproximadamente, en Burkau en Oberlausitz. A ello sigue una generación, de 1650 a 1706, en la que el negocio de carnes es el centro profesional, y dos generaciones, de 1660 a 1804 en Bibra, en las que destaca el ya citado funcionario sajón. Su hijo, el abuelo de Nietzsche (1756-1826), fue ya pastor y murió como superintendente en Eilenburg. El hijo de éste, Ludwig, padre de Nietzsche, fue también, a su vez, pastor, y tomó en matrimonio una hija de pastor, Franziska Oehler.

Los Oehler fueron durante seis generaciones ciudadanos de Greiz (1600-1818), donde comerciaron asimismo en carnes. El primero en convertirse en pastor, David Ernst Oehler, que lo fue en Pobles, y al que aún habremos de referirnos a menudo, fue abuelo por línea materna de Nietzsche. La abuela de éste por línea materna, Erdmuthe, que llegó a vivir también buena parte de los avatares de su nieto, fue una Krause. Los Krause fueron durante cuatro generaciones (1600-1740) ciudadanos de Eger y Plauer, donde hacían sombreros, y el padre de Erdmuthe, Christoph Friedrich Krause (1740-1783) fue ya, también él, pastor, archidiácono en Reichenbach (Vogtland).

La madre de su marido, el superintendente de Eilenburg, venía asimismo de una familia de pastores. Era una Herold. Los Herold habían sido pastores ya durante cinco generaciones (de 1600 a 1725).

La madre del archidiácono Krause nació en el seno de la familia Stauss. Su padre fue el primer pastor de su familia, cuyas dos generaciones anteriores habían estado constituidas por carpinteros asentados en Reichenbach, en Vogtland.

Esta rápida visión de conjunto muestra que el árbol genealógico de Nietzsche ofrece un ejemplo revelador de cara a la afirmación de Ernst Kretschmer sobre esa educación de talentos, ciertamente no buscada, pero no por ello menos acompañada por el éxito, tan característica de las familias alemanas de pastores, educación a la que se refiere en los siguientes términos[144]: «Como la demanda de juristas y médicos fue tan pequeña durante aquellos siglos, los teólogos —que ocupaban también los niveles más altos de la enseñanza— constituyeron la masa fundamental de las profesiones pasadas por la Universidad... El acceso a esta carrera venía regulado ya en los años escolares mediante exámenes sumamente difíciles. De ahí que fuera formándose toda una selección de talentos, una selección que afectaba tanto a quienes eran hijos ya de la profesión, como a quienes, provinientes de otros medios sociales, aspiraban a integrarse en ella. Durante siglos esta selección de talentos fue llevada a cabo casi exclusivamente, convendría subrayarlo, con criterios humanistas. Esto es: sólo las capacidades lingüísticas y lógico-abstractivas resultaban decisivas... No constituye, pues, milagro alguno que de esta educación, comenzada ya en el siglo XVI y proseguida a lo largo de los siglos XVIII y XIX fueran surgiendo e integrándose en la historia espiritual de Alemania, tantos nombres famosos, tantos talentos fuera de lo común, talentos dotados de esa maestría unificadora de cuño lógico-lingüístico a la que nos hemos referido ya, tantos poetas o pensadores, o ambas cosas a la vez, por decirlo brevemente.»

También la aquí citada fidelidad a la tierra, la permanencia en un suelo durante generaciones enteras, resulta característica de los antepasados de Nietzsche. Todos ellos provienen, con muy escasas excepciones, de una pequeña área limitada por Langensalza, Sangerhausen, Eisleben, Eilenburg, Zwickau, Plauen, Saalburg, Stadtilm. A ello hay que unir Burkau, en Oberlausitz, unos 120 kilómetros al Este.

Max Oehler —a quien, como ya hemos dicho, seguimos aquí— subraya que la población de este territorio centroalemán, que ha dado una masa realmente impresionante de personalidades creadoras, es, en realidad, el resultado de una mezcla de varios linajes germánicos muy distintos entre sí. «Las combinaciones nuevas cada vez más frecuentes no dejaron en paz la sangre del hombre centroalemán. Consecuencia de ello fueron la vivacidad y el celo, un celo a veces excesivo, la intranquilidad y la búsqueda de novedades, la movilidad espiritual y anímica, el exceso de sentimientos y una imaginación muy desarrollada, la excitabilidad y la fantasía como rasgos característicos de la población.»

La brusquedad sin mediaciones con la que en este paisaje se interpenetran las «zonas de razas» da, por una parte, el suelo propicio para una evolución particularmente rica de genios, por otra es, sin embargo, la causa de tensiones individuales particularmente intensas en este ser genial. La causa, en fin, de una sobrepresión afectiva, de un equilibrio lábil y de un sentirse interiormente impelido sin descanso, que intelectualmente se traducen, como ha hecho ver Kretschmer, en amplitud de miras, polifacetismo y complejidad[144].

También de esta riqueza suya, de una riqueza así condicionada, y de sus peligros, tuvo consciencia Nietzsche, una consciencia que no dudó en proyectar —violentándolas, ciertamente, un poco— sobre algunas figuras históricas hacia las que se sentía inclinado (*Más allá del bien y del mal*, Af. 200): «El hombre perteneciente a una época de disolución, la cual mezcla unas razas con otras, el hombre que, por ser tal, lleva en su cuerpo la herencia de una ascendencia multiforme, es decir, instintos y criterios de valor antitéticos y, a menudo, ni siquiera sólo antitéticos, que se combaten recíprocamente y raras veces se dan descanso, tal hombre de las culturas tardías y de las luces refractadas será de ordinario un hombre bastante débil: su aspiración más radical consiste en que la guerra que él *es* finalice alguna vez; la felicidad se le presenta ante todo, de acuerdo con una medicina y una mentalidad tranquilizantes (por ejemplo, epicúreas o cristianas), como la felicidad del reposo, de la tranquilidad, de la saciedad, de la unidad final, como "sábado de los sábados", para decirlo con el santo retórico Agustín, que era, él mismo, uno de esos hombres. Si, en cambio, la antítesis y la guerra actúan en una naturaleza de ese tipo como un atractivo y un estimulante *más* de la vida, y si, por otro lado, una auténtica maestría y sutileza en el guerrear consigo mismo, es decir, en el dominarse a sí mismo, en el engañarse a sí mismo, se añaden, por herencia y por crianza, a sus instintos poderosos e inconciliables: entonces surgen aquellos seres mágicamente inaprehensibles e inimaginables, aquellos hombres enigmáticos predestinados a vencer y a seducir, cuya expresión más bella son Alcibíades y César (a quienes me gustaría añadir aquel que

fue, para mi gusto, el *primer* europeo, Federico II Hohenstaufen), y, entre artistas, tal vez Leonardo de Vinci. Ellos aparecen cabalmente en las mismas épocas en que ocupa el primer plano aquel tipo más débil, con su deseo de reposo: ambos tipos se hallan relacionados entre sí y surgen de causas idénticas.» Algo más de su propia naturaleza dice, sin embargo, la siguiente frase[4]: «Las morales son la expresión de una *ordenación de rango* localmente limitada en este mundo múltiple de los instintos: de tal modo que el hombre no sucumba a causa de sus *contradicciones*. Un instinto, pues, como señor, su instinto contrario debilitado, refinado, como impulso que procura la *incitación* a la actividad del impulso principal. El hombre más grande poseería la mayor diversidad de instintos y los poseería en la medida y con la fuerza máximas soportables. De hecho: allí donde la planta hombre se muestra fuertemente, se encuentran los más poderosos impulsos en lucha unos con otros (por ejemplo Shakespeare), pero domados[4/6].» «Los más grandes tienen quizá grandes virtudes, pero precisamente por eso también sus contrarios. Creo que el hombre más grande, el arco más tensado, surge precisamente de la presencia de los contrarios y del sentimiento de los mismos.»

Si en el marco interno de un paisaje cerrado como el que hemos dibujado a propósito de los antepasados de Nietzsche se establecen comparaciones con los árboles genealógicos de otros hombres importantes, se llega a la sorprendente conclusión de que más personalidades relevantes de lo sospechado hasta ahora tienen parentesco consanguíneo, que en las filas de sus predecesores surgen una y otra vez las mismas familias, en cualquier caso mirando hacia atrás a lo largo de unos doscientos años, por término medio, esto es, de seis o siete generaciones.

Las investigaciones de Oehler[182] han probado la existencia de una comunidad de antepasados de Nietzsche con los siguientes hombres sobresalientes:

1. Con Richard Wagner. Las madres de ambos son, en efecto, parientes consanguíneos. El antepasado común es el alcalde de Saalburg-Schleiz, Caspar Spörel (Spörl), que vivió entre 1530 y 1600, aproximadamente. De cara a la historia de la amistad entre Nietzsche y Wagner y su ruptura, que tan importante papel jugó en la vida de Nietzsche, este hecho hasta el momento poco conocido puede resultar, sin duda, interesante.

2. Con el poeta Johann Elias Schlegel y los hijos de su hermano, los románticos tempranos August Wilhelm y Friedrich Schlegel, por línea paterna en ambos casos. El antepasado común es el pastor de Dresden Martin Schlegel, que vivió entre 1581 y 1640.

3. Con el mariscal de campo Neithart von Gneisenau, en ambos casos por parte de padre. El antepasado común es el consejero municipal de Schleiz Georg Schmidt, que vivió aproximadamente de 1550 a 1606.

4. Con el historiador y profesor de derecho natural y de gentes Samuel von Pufendorf, en ambos casos por línea materna. El antepasado común es el tundidor Thomas Hinckmann, que vivió aproximadamente entre 1570 y 1635 en Dippoldiswalde.

5. Con el poeta y consejero eclesiástico Julius Sturm, cuya madre descendía, al igual que el padre de Nietzsche, del pastor Johannes Herold, que vivió en Huteroda de 1644 a 1715.

Cabría afirmar con un alto grado de probabilidad que investigaciones ulteriores revelarían también una comunidad de antepasados entre Nietzsche y Goethe. De todos modos, el exceso de celo en investigaciones de este tipo llevó ya en vida de Nietzsche a conclusiones e identificaciones falsas no exentas de gracia. Como cuando en julio de 1887 se identificó, por ejemplo, en el Archivo de Goethe, a la abuela de Nietzsche Erdmuthe, nacida Krause, como la «Muthgen» de Goethe. Semejante conjetura no duró mucho: se vio en seguida que entre ambas vidas había mediado el espacio de una generación. El propio Nietzsche se divirtió mucho con la mistificación y escribió, en tono jocoso, sobre el asunto a sus amigos Overbeck y Peter Gast.

Si optamos por buscar talentos sobresalientes entre los antepasados de Nietzsche, lo cierto es, de todos modos, que no aparece nada particularmente digno de mención. Su padre revela ciertas dotes musicales, que también resultan perceptibles en la familia de la madre. Entre sus abuelos sólo destacó literariamente uno de ellos, el ya citado Friedrich August Ludwig Nietzsche, que fue primero pastor en Wolmirstedt y luego, a partir de 1803, superintendente en Eilenburg. Fue promovido al grado de doctor en teología por la Universidad de Königsberg. Murió el 16 de marzo de 1826. El propio Nietzsche no llegó, pues, a alcanzarle en vida y apenas dedicó atención a sus libros. Y sin embargo vamos a detenernos algo en él, porque sus escritos muestran un perfil espiritual relativamente nítido y nos permiten examinar en qué medida se muestra en ellos una parte de la herencia que asumiría Nietzsche y en qué medida resulta válida para él también la siguiente frase nitzscheana de 1886[1]: «Se es más bien el hijo de los cuatro abuelos que del padre y de la madre. Lo que se debe, sin duda, a que en la época en que somos engendrados los padres aún no han apurado, por lo general, ya su propio perfil. Los gérmenes tipológicos de los abuelos maduran en nosotros, los de nuestros padres, en nuestros hijos.»

Entre los escritos de este abuelo, cuya dignidad y erudición fue especialmente subrayada por sus contemporáneos, figuran dos particularmente notables: *Aportaciones al desarrollo de un pensamiento racional sobre religión, educación, deberes de los súbditos y amor al prójimo*, Weimar, 1804[175], y *Gamaliel o la inextinguible duración del Cristianismo; para edificación y pacificación en el momento de inquietud que vive hoy el mundo teológico*, Leipzig, 1796[176].

Este último escrito cae claramente bajo la influencia de la Ilustración de su tiempo, sin ir, de todos modos, nunca más allá de sus límites. Propugna, por ejemplo, la libre interpretación del texto bíblico y la crítica

bíblica, pero rechaza toda duda posible en lo que hace a las verdades fundamentales del Cristianismo. Destaca, de todos modos —y sobre todo para su época— lo plástico de la expresión, la fuerza lingüística, en una palabra. Pero también lo agudo de su ingenio y la pasión espiritual y la fortaleza moral que se perciben en el escrito. Y así, leemos, por ejemplo: «El espíritu humano no es un flemático, que se pasa la jornada entera descansando sobre su sofá tapizado, soñando y durmiendo, y que incluso cuando recibe de fuera un golpe medianamente serio y desagradable se limita a medio despertarse, levantar las cejas y buscar una postura aún más cómoda, a la vez que bosteza y vuelve al sueño. El espíritu humano está más bien siempre activo y efectivo, como Dios, su padre y modelo. Piensa y lleva adelante sin fatiga su pensamiento, reelabora los conceptos de que ya dispone, transforma sus representaciones, las enriquece con el paso del tiempo, tiende hacia una luz cada vez más clara y gratificante, a la vez que con fuerza y valor rompe, sin dudarlo un momento, las ominosas cadenas con que se busca mantenerlo preso, impidiéndole avanzar en su esfuerzo hacia la verdad.»

Este es espíritu del espíritu de Nietzsche, sin que su portador tuviera, por supuesto, el valor de llevarlo hasta sus últimas consecuencias, como sí lo tuvo, en cambio, su nieto. También el afán y la búsqueda de superación del nieto vienen aquí prefiguradas: «Sollozar y quejarse siempre no es cosa que convenga a un hombre de pensamiento elevado: tiene más bien que forjarse en la indiferencia, tiene que mantenerse por encima de su dolor, ha de ser más fuerte que el dolor y ni siquiera ante los golpes más duros e implacables del destino debe inmutarse, reaccionando ante ellos como quien tropieza, simplemente, con algo desagradable.»

De esta madera eran los hombres de los que Nietzsche se sentía heredero, aunque apenas supiera algo de ellos como, sí lo sabía, en cambio, de las otras tres partes de abuelos, con algunos de los que habremos de encontrarnos en su infancia.

Entre los restantes predecesores deben nombrarse aún algunos hombres de inteligencia superior al promedio, de fuerte iniciativa y de capacidad creadora, como el sucesor de Herder en Weimar, el superintendente general Johann Friedrich Krause, antes catedrático de la Universidad de Königsberg, un hermano de la abuela Erdmuthe. Otro Krause de Lauen es nombrado como «fundador de la industria sajona del bordado».

Entre los Oehler destaca, en la segunda mitad del siglo XVIII, un «Consejero de Cámara del Príncipe Elector de Sajonia, Señor, Feudatario y Juez de Frankenhausen y Schiedel», fundador de la industria textil en Crimmitschau.

Lo que dio su carácter más acusado al núcleo central de la herencia asumida por Nietzsche fue la casa pastoral evangélica. Toda su infancia y su primera evolución fueron decisivamente determinadas por ella.

Capítulo 2
CASA PATERNA Y PRIMERA ESCUELA

Karl Ludwig Nietzsche, padre del filósofo, era el hijo menor del ya varias veces citado superintendente de Eilenburg Friedrich August Ludwig Nietzsche y de su segunda mujer Erdmuthe, nacida Krause. Cuando vino al mundo, el 10 de octubre de 1813, su padre tenía ya cincuenta y siete años, en tanto que su madre no pasaba de los treinta y cinco. El padre murió a los setenta, el 16 de marzo de 1826, cuando Ludwig Nietzsche aún no alcanzaba los trece años. La madre Erdmuthe sobrevivió a su hijo más joven y aún llegó a jugar un papel importante en los doce primeros años de Friedrich Nietzsche[182].

Karl Ludwig Nietzsche, padre de Friedrich Nietzsche, estudió teología en Halle. Destacó tanto por sus «sobresalientes rendimientos» como por su «sentido piadoso, serio, modesto» y fue examinándose en las convocatorias precisas. Acto seguido fue primero preceptor privado en casa de un coronel en Altenburg y después educador en la corte ducal del lugar. Sus alumnas, las tres princesas Therese, Elisabeth, luego gran duquesa de Oldenbourg, y Alexandra, después princesa Konstantin de Rusia, guardaron siempre un amable recuerdo de él y protegieron, después de su temprana muerte, a su viuda. De sus años de servicio en la corte conservó una clara predilección por la ropa cuidada y las maneras cortesanas, que heredó su hijo Friedrich. Su talante monárquico aún tuvo ocasión de reforzarse más cuando en 1842 obtuvo, «por orden suprema» del rey de Prusia Friedrich Wilhelm IV, que le había conocido en la corte de Altenburg, el puesto de pastor en el pueblo de Röcken, junto a Lützen, donde pudo tener al fin casa propia junto con su madre Erdmuthe y sus hermanas Auguste y Rosalie.

A raíz de las visitas a las casas pastorales vecinas emprendidas con ocasión de su toma de posesión, aquel hombre alto, esbelto, y de ojos

oscuros entró en relación también con su colega David Ernst Oehler, pastor de Pobles, a una hora de Röcken. El joven pastor de Röcken llamó la atención de la familia Oehler por la «finura y el brillo de sus trajes de paño negro, de una finura como sólo puede verse, ciertamente, en la corte». Por su parte no pudo menos de sentirse impresionado por el sexto de los once hijos de esta familia pastoral, honrada y veraz, Franziska, joven nacida el 2 de febrero de 1856, que entonces tenía diecisiete años. Mucho tiempo después, siendo ya casi una anciana, la propia Franziska escribió, con su estilo vivo, despreocupado y nada artificial, sus recuerdos de esta época. «Tomamos café charlando alegremente y en seguida el señor pastor, que ya nos era conocido por su dominio del piano, comenzó a animarse y a fantasear, cosa que por entonces hacía con gran maestría. Acto seguido salimos al jardín, donde me pidió un ramillete, también un tallo de eneldo, de cuyo aroma gustaba tanto...»

Así fue desarrollándose el idilio, en el mejor estilo Biedermeier, hasta que después de un periodo oportuno de noviazgo tuvo lugar el matrimonio en Röcken, el 10 de octubre de 1843, precisamente el día en el que Ludwig Nietzsche cumplía los treinta años. En aquella ocasión el recién esposado, tan mesurado, por lo general, e incluso un poco solemne, hizo gala de un temperamento desbordante. «Dirigió a los reunidos un discurso de agradecimiento y quiso que su mujer entrara, junto con él, en casa, atravesando la puerta, situada unos escalones más arriba. Con fuerza desusada se empeñó en abrir la otra mitad de la puerta de dos hojas, algo hinchada por la humedad y generalmente cerrada, y al hacerlo provocó el hundimiento de todo el entrepaño inferior.»

Después del viaje de bodas a casa de los parientes de Plauen, cuyo favorito era el joven pastor, hijo menor de su madre, comenzó la vida cotidiana en Röcken, que para Franziska Nietzsche no fue precisamente fácil. El tren de la casa en la que entró se diferenciaba notablemente, a pesar de ciertas similitudes externas, del de su casa paterna de Pobles. Su padre David Oehler, abuelo por parte de madre, por tanto, de Friedrich Nietzsche, era hombre de un talante espiritual totalmente distinto al del abuelo de Nietzsche del que veníamos hablando. Había tenido una juventud muy dura como hijo de un pobre tejedor de Zeitz, hasta que llegó a convertirse en pastor de Pobles, donde permaneció hasta su muerte a los setenta y dos años. Poco después de tomar posesión de su puesto de pastor hizo un matrimonio muy ventajoso: se casó con una hija del propietario de mayorazgo en Wählitz y comisario de Finanzas del Príncipe Elector de Sajonia Hahn, llamada Wilhelmine, a quien su padre, hombre acomodado, pudo procurar, a raíz de su boda, carruaje, cochero y cocinera. De este matrimonio nacieron once hijos, de los que Franziska hacía, como ya hemos dicho, el número seis. Los Oehler formaban, por lo regular, un linaje fértil y longevo de gran vitalidad. Pero también hubieron excepciones, sobre las que ha informado ya P. J. Möbius[168]: «... algunos hermanos de la señora Nietzsche fueron psíquicamente anormales; una hermana suya llegó a suicidarse, otra se volvió loca. A ello hay que añadir que su hermano padeció, a los sesenta y ocho años, trastornos psíquicos. Por otra parte, la propia esposa del pastor reconoció una vez que uno de sus hermanos había muerto en un "sanatorio para enfermos de los nervios"... La señora Förster... replicó que no sabía nada de enfermedades mentales, que tenía que haber un error, que lo único cierto es que una parte de los hermanos Oehler tenían "algunas singularidades", y que uno de ellos había sido de temperamento melancólico». La señora Förster venía, ciertamente, a desmentir algo que ella misma había eliminado en su edición de las cartas de Nietzsche a su madre. A raíz de la muerte de su tío el pastor Theobald Oehler el verano de 1881 le escribió[124]: «Era un hombre tan apacible y de tanta calidad, nuestro Theobald, exigente consigo mismo y, sin embargo, todo lo contrario de un fanático; siempre le tuve por el mejor de los Oehlers. Quién sabe si en su enfermedad nerviosa la mayor parte de la culpa no habría que cargarla más a las charlatanerías de su suegra que a su teología. Prefirió morir en un manicomio y creo que hizo bien. Siempre le recordaremos con emoción.» Su madre le replicó enérgicamente y pocos días después (el 13 de julio de 1881) reformuló el asunto en los siguientes términos[124]: «Sí, creo que eso es lo más probable: en un estado de excitación de ánimo el pobre Theobald quiso tomar un baño (para tranquilizarse) y le dio el golpe. Eso pasa a menudo.»

Un año después llegó incluso a formular, en carta a Paul Rée del 11 de marzo de 1882, la siguiente interpretación[12]: «Imagínese usted que el verano pasado uno de mis parientes más próximos sufrió tal ataque en el baño, que no habiendo nadie cerca de él, se ahogó.» Nada fácil para la señora Förster que acogerse, años después, a propósito de su hermano, a esta fórmula de presentar como un «ataque cerebral» una penosa desgracia familiar.

La casa parroquial de Pobles, que se alzaba aislada sobre un promontorio en las afueras del pueblo y desde la que podía contemplarse un panorama que se extendía, por encima de los grandes huertos de árboles frutales, hasta los campos de batalla de Leipzig, Lütten y Grossgörschen, fue el escenario de muchas vacaciones del muchacho Friedrich Nietzsche. Con sus establos, cobertizos, graneros y horno parecía más una granja que una parroquia alejada del tráfico del mundo. Y el pastor de Pobles era, a pesar de su piedad genuina, todo lo contrario de un hombre casero o de un hipócrita pietista de los que tanto abundaban en su época. Para poder alimentar adecuadamente a sus muchos hijos y cumplir con la hospitalidad debida a sus huéspedes, acostumbraba a cultivar él mismo con dos caballos, vacas y cerdos las tierras pertenecientes a su parroquia. Seguido de un criado iba también a menudo de caza y no desdeñaba jugar alguna partida con éste o aquél propietario de la vecindad. Su retrato nos devuelve la imagen de un hombre sano, varonil, enérgico, de mirada inte-

ligente y no exento de sentido del humor. Paralelamente a su profesión tenía los más vivos intereses espirituales: tocaba él mismo el piano y organizaba con sus hijos y huéspedes conciertos caseros en los que llegaron incluso a interpretarse obras como *La Creación* de Haydn. Un manifiesto impulso educador le llevaba a ocuparse particularmente de sus muchos hijos, que sentían por él y por su madre un gran respeto y que le obedecían literalmente. Su mayor alegría la constituía una gran biblioteca, con obras valiosas de temática en modo alguno sólo teológica. Aquí pudo leer un día de vacaciones el escolar Friedrich Nietzsche, lector insaciable, por vez primera un tomo de Stifter, que figuraba en aquélla, en un rincón tranquilo del huerto, entre el murmullo de los olmos que separaban la granja del pueblo.

Nada tiene de extraño que con tantos intereses David Ernst Oehler no les pareciera a sus superiores un pastor tan modélico como su colega Nietzsche, aunque nada serio tenían que objetarle. En una *Conduite* de su superintendente Förster del año 1838 puede leerse: «Sobre su carácter nada desfavorable tengo que decir. Como predicador es un tanto osado; en ocasiones se muestra extemporáneo, y no felizmente. No he tenido la oportunidad de controlar sus conocimientos. Educa a otros niños junto con los suyos propios, dándoles clase, y eso llena la mayor parte de su tiempo. Aunque no es frío, podría ser algo más afectivo. En ocasiones parece como si le faltara la característica prudencia pastoral. Cierta austeridad que le es propia repele más que atrae, aunque los que le conocen saben que no lo hace con mala intención... Nada hay que oponer a su conducta. De todos modos, en una revisión local tuve que rogar a algunos interlocutores que se abstuvieran de resucitar harto intencionadamente —haciéndole daño con ello— un conflicto un tanto vidrioso que hace ya varios años llegó al conocimiento de los honorables *consistorii* (por revelaciones poco prudentes, todo sea dicho, de la cancillería).»

Parece, pues, que el pastor Oehler fue un hombre de gran temperamento, que no siempre destacó por la dulzura y contención que acostumbra a suponerse a las gentes de su oficio. Pero tampoco cabe duda de que fue perfectamente consciente de estos rasgos de su temperamento y de que luchó siempre contra ellos. En este sentido se expresa una comunicación que tomamos de los apuntes de su hijo Oskar Ulrich: «Cuando estaba enfadado por algo, mi padre no hablaba demasiado sobre ello, lo escribía: todo su enfado, toda su amargura, acostumbraba a dejarlos sobre el papel. En tales casos decía: "El papel es paciente, lo aguanta casi todo." Acto seguido doblaba cuidadosamente el papel y lo guardaba en un rincón escondido de su escribanía. Allí permanecía largo tiempo sin volver a ser sacado.» Más adelante tendremos ocasión de ver cómo estos fuertes accesos de ira y este modo de reaccionar a ellos cuidando de suavizarlos, volvieron a repetirse en su nieto Friedrich Nietzsche, sin que éste hubiera sabido nada de este talante específico de su abuelo.

Doblemente necesarias le resultaban, por lo demás, al párroco Oehler, técnicas de apaciguamiento de su temperamento explosivo y de sus —tan escasamente supramundanas— ganas de lucha, dado que su mujer Wilhelmine era de naturaleza no menos apasionada y cuando se acaloraba daba rienda suelta a sus impulsos. «A veces hacía pensar», escribía su hijo, «en una caja de polvos de esas que explotan fácilmente; pero después de la explosión se sentía aligerada y todo volvía a ir bien.» De todos sus nietos fue Elisabeth, la hermana de Nietzsche, quien heredó este rasgo de manera más clara, uniendo a él, desde luego, una implacabilidad muy característica. Por lo demás, es posible que esta falta de autodominio de la abuela Oehler se debiera a dos defectos físicos por los que en su casa paterna fue, sin duda, algo más mimada de lo entonces recomendado por las concepciones pedagógicas vigentes. Por culpa de un accidente del que fue víctima a consecuencia de la falta de cuidado de una niñera tenía, en efecto, una pierna más corta que la otra. Y, por otra parte, a raíz de unas viruelas perdió la visión en un ojo. Pero estos defectos no le impidieron en modo alguno dirigir su casa de Pobles con toda energía y vigor, educando a sus once hijos con una salud admirable. Trabajaba y economizaba infatigablemente, sin que por ello le quedara demasiado tiempo para mostrarse tierna con sus hijos. Pero cuidaba de todos ellos con sentido común, y tenía una sensibilidad perfectamente desarrollada para lo que de singular había en cada uno de ellos. Tuvo que ser, en fin, una mujer inteligente que sabía observar con mirada penetrante y «reproducir de manera única en su género lo observado», don que, por cierto, también poseyó su hija Franziska. Al igual que su marido y sus hijos, todos ellos perfectamente sanos, jamás se fio demasiado de la medicina, hasta el punto de que un médico amigo de la vecindad acostumbraba a decir: «Si uno quisiera vivir como médico de vosotros, tendría que ir con coche arrastrado por perros hasta Bautzen.» Si a alguien le iba mal algo, era curado con hidroterapia, frotamientos y cataplasmas. El pastor Oehler era considerado, en efecto, en toda la comarca como el hidroterapeuta al que se pide consejo cuando los médicos han dado ya por perdido un enfermo.

Franziska heredó de sus padres esta aversión a la medicina académica, así como su gusto por la naturaleza, por levantarse pronto y por los ejercicios corporales. Era, pues, una criatura natural, casi salvaje, cuando no teniendo más allá de dieciocho años el pastor Nietzsche, de Röcken, se casó con ella. Era bella, a pesar de lo anguloso y acaso excesivamente pronunciado de su frente, y tenía unos grandes ojos marrones que miraban el mundo de manera infantil y muy ingenua. Su formación era deficiente, como ocurría entonces de manera generalizada con las hijas de los pastores. La seguridad gramatical y ortográfica de su alemán, un alemán plástico y vivo, era más bien pobre. Y del latín y del francés no poseía sino algunos retazos con los que se había hecho medio jugando. Pero tenía una buena cabeza para el cálculo, su sentido común era muy notable,

así como su sentido práctico y su memoria. Llevada desde fecha muy temprana por su padre, que «tenía una capacidad magistral de interpretación y entre cuyos dones figuraba el de representar de modo plástico y drástico cualquier posible persona o rasgo», a la poesía y a toda clase de inocentes representaciones teatrales. Solía recitar poesías con voz sumamente agradable. Y, por otra parte, había sido educada en la obediencia y la modestia y era de una piedad inapelable, que junto a su natural capacidad de adaptación, le fue siempre de gran ayuda en la vida.

Así pudo insertarse sin dificultades externas o internas demasiado grandes en el hogar de su marido —marido que le llevaba más de doce años—, por mucho que la atmósfera de este hogar fuera de todo punto distinta a la reinante en su casa de Pobles. Por lo demás, en un principio su tarea apenas pudo consistir en otra cosa que en eso, en insertarse, dado que se trataba de un hogar ya completamente en marcha.

Ludwig Nietzsche había llevado a su madre Erdmuthe a su casa, y aquella vieja dama, distinguida, silenciosa, algo enfermiza, de hermosos ojos oscuros y cabellos sorprendentemente negros, que tardaron muchos años en encanecer, era la verdadera ama de casa, el ama de acuerdo con cuyos deseos discurría todo.

La hermanastra de Ludwig Nietzsche, la «bondadosa» Auguste, se ocupaba, junto con la vieja y experimentada doncella Mine, de la economía doméstica, en tanto que su hermana, Rosalie, se dedicaba sobre todo a asuntos de índole espiritual, a cosas caritativas y eclesiásticas. Rosalie se interesaba hasta por cuestiones políticas, llegando a estar suscrita —cosa de todo punto inusual en las damas de la época— al *Vossische Zeitung*. Siempre estaba enferma y era muy irritable. Ya en su época de prometida había puesto en apuros a Fränzschen diciéndole un día que la hermosa vista que se disfrutaba desde la casa del párroco le atacaba a los nervios. «Jamás había oído», cuenta Fränzschen, «la palabra *nervios*, y me sentí muy tonta al ignorar de qué se trataba. Cuando nuestros huéspedes se fueron por fin, le conté a mamá mi conversación con la señorita Nietzsche, preguntándole qué era realmente eso de los "nervios". Mi madre no supo darme en aquel momento ninguna respuesta precisa y me dijo algo así como que, en su opinión, se trataba de "una debilidad general".»

De todos modos Franziska, criatura llena de naturalidad, supo moverse con mucho tacto en esta atmósfera urbana y un tanto mórbida. Contemplaba con admiración a las tres mujeres, aunque Rosalie no le hacía la vida precisamente fácil con su irritabilidad nerviosa. Si discutían, y su temperamento y amor propio querían afirmarse, su sensible esposo se sentía tan afectado que se encerraba en su despacho rechazando la comida y la bebida. Esto bastaba para hacer callar y volver transigente a su joven esposa, que le amaba y admiraba. Por lo demás, se sentía feliz cuando su marido la arrancaba ocasionalmente de aquella inactividad y viajaba con

ella, a Dresden, por ejemplo, a la Suiza sajona o a casa de parientes. Cuando comenzaron a llegar los niños, su vida cobró plenitud y sentido.

Un año después de la boda, y al cabo de un embarazo normal, sin apenas haber cumplido aún los diecinueve años, esta mujer dio a luz un hijo sano. El feliz padre escogió para el muchacho, que nació el día del cumpleaños de su venerado rey, el nombre de *Friedrich Wilhelm*. Las palabras finales de la plática que pronunció el día del bautizo del niño resultan muy representativas de su estilo y de su tendencia a la exaltación[88]: «¡Bendito mes de octubre, en el que en los años más distantes han tenido lugar los acontecimientos más importantes de mi vida, éste que vivo hoy, el bautizo de mi hijo, es, sin duda, el mayor, el más valioso! ¡Oh momento feliz, oh fiesta impagable, oh obra sagradamente inefable, sé bendito en nombre del Señor! Con el corazón profundamente conmovido lo expreso: concédeme consagrar al Señor a este mi amado hijo. Te llamarás, hijo mío, sobre la tierra, Friedrich Wilhelm, en recuerdo de mi benefactor real, el día de cuyo cumpleaños naciste.»

Este pathos no dejó de parecerle «un tanto excesivo» a su superior, el consejero consistorial. De todos modos, en su *Conduite* podemos leer: «Un hombre amable, apasionadamente entregado a su cargo, un catequista y predicador de talento. Su forma de llevar su trabajo es loable en todos los sentidos. Hábil y activo. Su conducta espiritual es generalmente respetada y querida.»

Aparte de sus tareas profesionales, estaba apasionadamente entregado a la música y sabía improvisar magistralmente al piano. Muy en el estilo de ese pathos suyo al que acabamos de referirnos, tendía también —en cierto modo— a adoptar un tono fanático. Así le ocurrió, por ejemplo, a propósito de las ideas de Hahnemann y de sus métodos curativos homohepáticos, que hizo suyos poco tiempo después de su matrimonio. «Mi Ludwig se ha encargado toda una farmacia homohepática», leemos en el *Diario* de su mujer, «con la que quiere curar cuanto huele a enfermedad; por mi parte me he excluido de sus curas. Cuando algo me duele sé aliviarme muy bien con el agua.»

La bendición de los hijos pareció proseguir su curso. El 10 de julio de 1846 les nació una hija, a la que en recuerdo de una de las alumnas principescas de su padre dieron el nombre de *Elisabeth*. Y en febrero de 1848 tuvieron un segundo hijo, que recibió el nombre de *Joseph*.

Sobre el mayor —que se desarrollaba muy bien— vino a centrarse en seguida la predilección del padre. Tardó, de todos modos, más de lo normal en hablar, aunque no dejó de hacerlo en seguida a raíz de que el experimentado médico de cabecera de la familia le indicara a la madre que atendiera al menor signo del niño para obligarle a abrir la boca.

En sus horas libres el padre se dedicaba con particular cariño al niño, tan pronto como éste pudo hablar un poco. Por otra parte, el niño tampoco molestaba nada a su padre cuando estaba con él en su cuarto de tra-

bajo dedicado, como escribió la madre, a contemplar «callado y pensativo» a aquél mientras trabajaba. Lo que más encantaba al niño, de todos modos, es que el padre se sentara al piano e improvisara. Teniendo sólo un año, el pequeño Fritz, como todos le llamaban, se dirigía ya con su cochecito a donde tocaba su padre y le oía en absoluto silencio sin apartar ojo de él. Tampoco parece que fuera un niño totalmente modoso en sus primeros años. Cuando algo no le iba según sus deseos, se tumbaba de espaldas al suelo y movía con furia las piernas. En tales casos parece, de todos modos, que su padre actuaba con energía; porque aunque cuando quería algo se mostraba muy insistente, si se lo negaban callaba al fin, cesaba en sus deseos, y se ponía callado en un rincón en el que procuraba ajustar cuentas con su propia furia.

Los testimonios del Nietzsche maduro de los que disponemos indican que de estos años infantiles le quedó una profunda afección espiritual por su padre, una afección de la que fue perfectamente consciente en momentos decisivos de su evolución, y que no dejó de ser más intensa y más interiormente vinculante de la algo más animal que le unió a su madre. En orden a ella y a lo que oyó de su padre, que fue siempre más de lo que supo de él, vino a elaborar la siguiente imagen estilizada que encontramos, por ejemplo, en una carta a Overbeck del 14.9.1884, en la que se refiere a la compasión como su mayor peligro[11]: «La peor consecuencia quizá de la *extraordinaria* naturaleza de mi padre es que cuantos le conocieron le allegaron más a los "ángeles" que a los "hombres".» Y aún más acentuadamente en *Ecce homo*[197]: «Considero como un privilegio haber tenido un padre como el que tuve: me parece que explica incluso cuanto de privilegiado hay en mí —*sin* contar la vida, el gran sí a la vida. Sobre todo que para entrar en un mundo de cosas más altas y bellas no tengo por qué proponérmelo, me basta esperar y entro sin ni siquiera quererlo: quererlo: estoy ahí en mi casa, sólo ahí vive en libertad mi pasión más profunda.»

En el año 1848 el idilio de la casa pastoral tuvo un final brusco. A aquel pueblo apartado apenas si llegaron las últimas oleadas de la revolución, y el muchacho de catorce años no vio de todo ello sino algunos coches con banderas y mozos que cantaban, pero al padre —fiel siempre y en todo momento al rey— los acontecimientos le afectaron grandemente. Cuando leyó en el periódico que el rey se había mostrado a su pueblo en Berlín con la escarapela revolucionaria en el sombrero, estalló en lágrimas y se encerró durante horas en su habitación de trabajo. Después prohibió a los suyos que le hablaran otra vez de la cosa. La vida siguió normal durante algún tiempo en Röcken, y a finales de agosto el padre enfermó, muriendo de este mal el 30 de julio del año siguiente, 1849.

Sobre la naturaleza de este mal se ha fabulado y discutido mucho, sobre todo a raíz de la polémica sobre las causas del derrumbamiento espiritual de Nietzsche en 1889. Cuando en 1890 Ola Hansson afirmó por vez primera, de acuerdo con una comunicación del profesor Heinze, que la enfermedad mental de Nietzsche era hereditaria y ya su padre había muerto de ella, la madre de Nietzsche no dudó en salir al paso con toda energía: su marido «tuvo una afección cerebral a raíz de una caída por una escalera de piedra, pero *jamás* había estado loco» (a Carl Fuchs, el 6.11.1890). Pocos días después caracterizó este mal, dirigiéndose a Gast, como un «reblandecimiento cerebral». Su hija Elisabeth no dejó, por otra parte, de repetir en numerosas publicaciones que el origen del mismo tenía que buscarse en una caída por la escalera de piedra de la casa. Lo cierto, en cualquier caso, de esta historia es que Ludwig Nietzsche murió de un reblandecimiento cerebral que no es hereditario. Sin tener en cuenta, además, que este mal, innegable, no le sobrevino hasta casi cuatro años después del nacimiento del hijo. Möbius no deja de consignar, por supuesto, que la madre había comentado al médico de la casa, Gutjahr, que Ludwig Nietzsche había tenido sus cosas ya *antes* de enfermar. Se hundía en ocasiones en su sillón, ensimismado, sin hablar, mirando fijamente, y sin enterarse luego de su estado anterior. Möbius lo interpreta como ataques epilépticos leves[168].

Frente a estas vagas indicaciones vamos a atenernos aquí a dos testimonios que datan de la época inmediatamente posterior a la muerte de Ludwig Nietzsche. Uno se debe a Friedericke Dächsel, una hermanastra de Ludwig Nietzsche, y lo tomamos de una carta a su hijastro August de agosto de 1849. El otro, al superintendente Wilke, un superior del fallecido. Se trata de una nota escrita el 19 de marzo de 1849, por las fechas, pues, por las que fue contraído el mal. Leemos en esta nota: «Enfermo desde el otoño anterior de tensión nerviosa y de afección cerebral, tuvo al principio que recurrir a la ayuda de colegas, y ahora se hace representar totalmente por ellos. Ya hace tiempo que hubiera informado, de acuerdo con mi obligación profesional, sobre ello, pero en toda la primera época se venía diciendo, de semana en semana, que el enfermo no cesaba de mejorar. En los últimos tiempos, sin embargo, se han presentado ataques nerviosos y el mal parece haberse convertido en un *reblandecimiento cerebral*, hasta el punto de que también semana tras semana parece esperarse, incluso según el juicio del médico, el desenlace»; por otra parte no deja de dar cuenta de la esperanza reciente en una mejoría.

Friederike Dächsel escribe que la muerte tuvo lugar el 30 de julio, a las cinco horas y cuarenta y nueve minutos. «Se le ha abierto la cabeza y ha quedado confirmado que murió de un reblandecimiento cerebral que le ocupaba ya un cuarto del cerebro.» No era otro por lo demás, el diagnóstico del doctor Oppolzer de Leipzig, que también le trató. En su informe final del 3 de agosto de 1849, el superintendente Wilke da también el 30 de julio como fecha del fallecimiento.

De una caída de la escalera nada dicen ambos informes; en sus tempranos apuntes autobiográficos de 1858 y 1861 Friedrich Nietzsche tampoco

dice nada de ello. Sobre la época que media entre agosto y septiembre de 1858 viene a decir más bien[4]: «En septiembre de 1848 mi amado padre enfermó repentinamente del ánimo», frase que en la primera publicación de este apunte, en el marco del primer volumen de su gran biografía de Nietzsche, aparecida en 1895, su hermana cambió de este modo[86]: «En septiembre de 1848 mi amado padre enfermó repentina y gravemente a causa de una caída.» A la vista de tan poco escrupulosa falsificación de fuentes cabría pensar que lo que se buscaba era imponer a la posteridad una *fable convenue* sobre la muerte del padre, y que habría, en consecuencia, que dar una importancia mayor a la revelación de la madre sobre las «cosas» de su marido antes de la propia irrupción genuina del mal y a la de Wilke sobre la «tensión nerviosa y la afección cerebral» previas al reblandecimiento cerebral.

De acuerdo con una comunicación verbal de Max Oehler en Weimar, la disección de la cabeza reveló una tumescencia en el cerebro; podría, pues, haberse tratado de un tumor cerebral, causante, asimismo, de las «cosas» anteriores. Lo que está en juego, en cualquier caso, es un mal orgánico, como se afirma también en el historial médico de Nietzsche redactado por el médico de Pforta[54]. Lo cual no excluye, por supuesto, que la caída por la escalera tuviera realmente lugar. Lo que pasa es que bien pudo deberse a un mareo asumible como síntoma de la enfermedad, lo que haría que tal caída tuviera que dejar de ser considerada como causa de la misma. Aún queda, de todos modos, otra posibilidad: seis años después de la temprana muerte de Ludwig murió, el verano de 1855, su siempre enfermiza hermana Auguste, algunos años mayor que él; ocho meses después falleció la abuela Erdmuthe, no menos enfermiza siempre; el 3 de enero de 1867, a los cincuenta y cinco años de edad, murió Rosalie de una grave enfermedad pulmonar, que le había devorado más de la mitad de los pulmones. ¿Fue acaso Ludwig Nietzsche la primera víctima familiar de esta peste «moderna», murió acaso de una tuberculosis cerebral que había llegado a afectar ya a una cuarta parte de su cerebro? En ningún caso se trataría, de todos modos, de enfermedades hereditarias. No hay, pues, ningún puente a trazar, de modo obligado, entre ellas, esto es, entre la familia Nietzsche, y el hundimiento psíquico de Friedrich Nietzsche, ocurrido en 1889.

El citado apunte de la mano de Nietzsche se debe a una demanda aclarativa a la tía Rosalie. En un esbozo de autobiografía que data de mayo de 1861 Nietzsche habla de «una inflamación cerebral, singularmente parecida, en su sintomatología, a la del bienaventurado monarca». En la versión definitiva de esta autobiografía escribe, a consecuencia, sin duda, de una pregunta a la madre: «La aguda mirada del consejero real Oppolzer reconoció en seguida los síntomas de un reblandecimiento cerebral.»[4] El curso de la enfermedad fue muy doloroso. El enfermo comenzó por perder la visión. Pero «era consciente de *todo* (se lee en la ya

citada carta de la madre a C. Fuchs, escrita cuarenta y un años después) y como no podía ensamblar las palabras en frases, según ocurre en los casos de reblandecimiento cerebral, se mostraba muy reconfortado si yo daba síntomas de entender sus pensamientos».

Pocos meses después de esta desgracia, en febrero de 1850, murió también el hermano más joven de Nietzsche, Joseph, pocos días después de su segundo cumpleaños, a consecuencia, según informes de la madre, de espasmos debidos a la dentición.

En los citados apuntes autobiográficos informa el joven Nietzsche de un sueño que tuvo inmediatamente antes de ponerse su hermano enfermo[4]: «Oí cómo en la iglesia sonaba música de órgano de la que se toca en los funerales. Al intentar averiguar de qué se trataba, vi cómo se abrió de pronto una tumba y de ella salió mi padre con su mortaja. Fue apresuradamente a la iglesia y volvió con un niño pequeño entre los brazos. Volvió a entrar en la tumba, cayendo la losa sobre ella. Inmediatamente cesó la música de órgano y yo me desperté. Un día después de esta noche, el pequeño Joseph comenzó a tener espasmos y murió a las pocas horas. Nuestro dolor fue inconmensurable. Mi sueño se había cumplido enteramente.»

Poco después de estos golpes del destino acabó la vida de la familia Nietzsche en Röcken. La casa parroquial tuvo que ser vaciada, para su ocupación por el sucesor. La abuela de Nietzsche decidió mudarse a Naumburg, donde tenía un amplio círculo de parientes y amigos.

La joven esposa del pastor pasó, pues, a verse totalmente dependiente de la familia. Su pensión de viuda ascendía a 30 táleros al año, a los que se unían 8 por cada hijo, hasta los quince años. Esto y una pequeña ayuda de la corte de Altenburg era todo en orden a ingresos. La familia Nietzsche poseía, de todos modos, algún capital. Nada más normal, por tanto, que la decisión de Franziska de trasladarse a Naumburg a comienzos de abril de 1850 con la abuela Erdmuthe, que a la sazón contaba ya setenta y dos años, con las dos tías de los niños, con los niños y con Mine.

El pequeño Friedrich, de cinco años y medio por entonces, apenas pudo dormir la noche de su despedida de Röcken, que era también la de su despedida de sus compañeros de juegos. Bajó a media noche al patio y pudo observar cómo los carruajes de la mudanza iban siendo cargados a la luz de linternas. Esta melancólica escena nocturna le acompañó largamente, y tuvo que pasar no poco tiempo hasta poder considerarse al fin medianamente reconciliado con el tráfico urbano de Naumburg, donde la abuela había encontrado una vivienda en la esquina de la Neugasse, en casa del comisionista de ferrocarriles Otto. Franziska pasó a ocupar con sus dos hijos, a cuya educación decidió dedicar su vida entera, algunas habitaciones interiores, de las que una, bastante desapacible, fue adjudicada a los niños, cosa que éstos recibieron sin la menor alegría, dado que en seguida tuvieron que ponerse a leer y estudiar; ambos habían

heredado la miopía de su padre, así como su proclividad a migrañas y jaquecas. A iniciativa de la abuela Oehler, el profesor Schillbach de Jena examinó los ojos de Friedrich, llegando a dictaminar la menor capacidad de visión de uno de ellos. Pero también la madre tenía pupilas de tamaño desigual y veía menos con un ojo, y como nada de ello afectaba a la belleza ni a la duración de sus ojos, nadie se preocupó más de la vista en lo que hacía al hijo.

Por lo demás, la joven madre hizo todo lo posible para la salud y el bienestar espiritual de sus hijos. Lo que no obsta, sin duda, a que desde un punto de vista médico cometiera algunos descuidos, dada su idea, que la acompañó desde la casa de sus padres a lo largo de su vida, en la que gozó de una salud envidiable hasta su extrema vejez, de que no hay trastorno que en última instancia no se cure mejor con hidroterapia, frotamientos y paseos. En la alimentación de los niños mostró mayor tacto del usual en la época: mucha verdura, fruta y platos hechos a base de harina, poca carne y ni cerveza ni vino, entonces usuales por pensarse que fortalecían. Incitó, además, a su hijo a hacer deporte, desde un principio, como nadar, patinar y practicar el tobogán. En la educación de sus hijos mostró siempre firmeza, evitando todo mimo inútil. En ello fue fiel toda su vida a los sanos principios que había conocido en su casa paterna.

Por su parte supo resignarse, adecuándose a su situación dependiente por mor del futuro de sus hijos. Y lo hizo sin malos humores, sin quejarse ni mostrarse atormentada y llena de amargura, actitudes tan frecuentes en viudas jóvenes que pueden destrozar con ellas la vida entera de sus hijos sensibles. No había golpe del destino que pudiera poner en peligro su fuerte vitalidad y su natural vivo y alegre estaba totalmente volcado a la vida cotidiana y sus obligaciones. Desde un punto de vista espiritual puede, por otra parte, decirse que jamás vaciló en su fe infantil, que la protegió siempre y a la que siempre se acogió. Su sentido maternal era de naturaleza animal y a pesar de toda su capacidad sentimental de respuesta puede decirse que fue una mujer fría, con una vida afectiva de escasa profundidad y amplitud. Su carácter activo le llevó siempre a preocuparse por el entorno y a intentar ser útil, pero su escasa fantasía y su estrechez mental le imposibilitaron toda participación profunda en el desarrollo de un espíritu joven como el de su hijo. De ahí que desde el primer despertar cabal de su autoconsciencia Nietzsche no pudiera menos de despegarse de ella, aunque jamás perdió su vinculación filial.

Es posible que a la vista de la casi sobrehumana dosis de amor maternal que le allegó en los últimos años de su vida esta apreciación parezca dura o injusta. Y sin embargo, la creemos cierta, como aún habrá ocasión de probar a lo largo de nuestra exposición. La propia infancia de Nietzsche, y no digamos ya su ulterior soledad espiritual, resultan ininteligibles sin este dato, por mucho que contravenga arraigadas ideas recibidas. Por pronto que cobre vida la autoconsciencia de un muchacho inteligente, no por ello está siempre en condiciones de conformarla e interpretarla con igual prontitud. Hacia fuera esta consciencia se revelará, ciertamente, de modo tanto más tardío cuanto más desarrollada esté la vinculación animal a la madre y la caballerosidad en el hijo. Y no otra cosa ocurría en el caso de Nietzsche. De ahí que en su existencia espiritual tuviera que separarse enteramente y para siempre de su madre y que su imagen del mundo se fuera formando a sus espaldas. Con ello perdía un punto de apoyo esencial: el enraizamiento en lo maternal, en el calor liberador del sentimiento. Tal vez por eso en su existencia física volvió, ya al final, a sus brazos.

Aunque la joven viuda era bella y a través de las muchas relaciones de la abuela de Nietzsche se vio en seguida inmersa en un círculo social amplio, cuyo escenario era preferentemente la casa de ésta, dada su falta de salud, nunca volvió a casarse, decisión por la que su hijo, que veneraba con unción la figura de su padre, siempre le estuvo agradecido.

Para el muchacho de seriedad poco común, largos cabellos rubios que le caían por los hombros y ojos grandes, oscuros y de mirada un tanto fija comenzó al fin la época del aprendizaje y de la escuela.

Cuando en Pascua de 1850 fue enviado a la Escuela para hijos varones de los ciudadanos de Naumburg, lo que hoy llamaríamos una escuela pública, hacía ya tiempo que su madre le había enseñado a leer y escribir. La abuela de Nietzsche sustentaba la racional opinión de que era conveniente que los hijos de familias educadas convivieran, en los primeros años escolares, con muchachos provinientes de las «capas bajas», con vistas a aumentar su comprensión social. El tutor del joven, su tío Dächsel, abogado en Sangerhausen, era de la misma opinión. Pero el intento fracasó. Lo que en la escuela tenía que aprender es cosa que, en la medida en que no le era ya conocida, no le procuró la menor dificultad, desde luego. Pero la esperada camaradería con otros muchachos no llegó a producirse. Nietzsche les parecía diferente; siempre vieron en él a un extraño. Crecido hasta el momento entre mujeres sólo, era demasiado educado y afable. Sus «formas dignas, corteses» y su «modo pastoral de expresarse», que le acompañaron a lo largo de toda su infancia, como escribe su hermana, o «la dignidad de un pequeño filisteo» a la que él mismo se referiría a sus diecinueve años[4], le conferían un aspecto cómico e incitaban a sus compañeros a toda clase de bromas sobre el «pequeño pastor». Puede que alguno de ellos le admirara por «el sentimiento con el que podía leer versículos bíblicos y poemas religiosos, un sentimiento que obligaba casi a llorar a quien le oía»[88], pero nunca tal admiración estuvo exenta de extrañeza. Nietzsche era un niño solitario en este círculo, y nunca dejó de serlo. Ya entonces le rodeaba, pues, ese aura de diferenciación, tan protectora para él como dolorosa y peligrosa, que le acompañaría a lo largo de su vida, imposibilitándole toda integración social plena. Lo que no le impidió

ganar amigos, desde luego. Pero eran muchachos tan modosos y bien educados como él.

La vieja abuela de Nietzsche había vivido en sus años jóvenes largo tiempo en Naumburg, en casa de su hermano, predicador de la catedral de aquella localidad y luego superintendente general y sucesor de Herder en Weimar, Krause, y había entrado en relación con la mejor sociedad de Naumburg, sociedad que no dudó ahora en acogerla de nuevo con entusiasmo. En Naumburg dominaban entonces los juristas de la Audiencia de Oberland y sus esposas. Eran estrictamente clericales, conservadores y monárquicos. Ni las ideas revolucionarias de la época, ni menos el socialismo emergente, habían penetrado lo más mínimo en aquella ciudad entonces todavía enmurallada, cuyas cinco puertas permanecían cerradas desde las diez de la noche a las cinco de la mañana. El nivel cultural de los hombres de este círculo no era bajo, aunque venía limitado por los contornos clásicos de la literatura alemana y la música; las mujeres, en cambio, dedicaban su tiempo preferentemente a reunirse en tertulia a la hora del café, a los chismes sociales y familiares, a sus tareas de amas de casa, a la educación de los hijos y a sus deberes piadosos. En este círculo de funcionarios bien pagados, acostumbrados a un tren de vida ahorrativo, aunque confortable, no habían, propiamente hablando, preocupaciones económicas. Tendía a recluirse en sí mismo en lo que hace a la vida social, dejando a un lado a las otras capas, aunque sin la arrogancia que vendría a caracterizarle a raíz de la fundación del Imperio y, sobre todo, en la Alemania guillermina.

Una de las damas más importantes y celebradas de la ciudad era la esposa del consejero secreto Pinder, cuyo hijo era consejero de la Audiencia de Oberland, y cuya hija había contraído matrimonio con el consejero Krug, miembro asimismo de la Audiencia de Oberland. Esta vieja dama era amiga de juventud de la abuela de Nietzsche, lo que le dio la idea de reunir a sus respectivos nietos. Así surgió una temprana amistad juvenil entre los muchachos Wilhelm Pinder, Gustav Krug y Friedrich Nietzsche. Como a lo que parece los otros dos muchachos tampoco se sentían a gusto en la escuela de la ciudad, apenas transcurrido un año los tres fueron sacados de ella y enviados al Instituto Privado del candidato Weber, que hacía las veces de escuela preparatoria para el instituto de segunda enseñanza catedralicio. En él pasó Nietzsche el periodo de su vida comprendido entre la primavera de 1851 y el otoño de 1854.

Del año transcurrido en la escuela de la ciudad ha quedado, de todos modos, una anécdota que convendría consignar, por lo reveladora que resulta respecto del carácter del muchacho. La hermana informa[88]: «La escuela para hijos varones de los ciudadanos de Naumburg quedaba entonces en el Topfmarkt, no lejos, por tanto, de nuestra casa. Un día, al filo mismo del final de las clases, comenzó a llover torrencialmente; nos pusimos a mirar todo a lo largo de la Priestergasse por si veíamos a nuestro

Fritz. Los jóvenes corrían todos, en bandada desbordante, hacia sus casas; al final pudimos divisar a Fritzschen, que caminaba tranquilamente, con la gorra debajo de la pizarra y el pañuelo encima. La mamá le hizo una señal y le gritó desde lejos: "¡Corre, corre!" La lluvia que caía nos impidió oír su respuesta. Cuando nuestra madre comenzó a hacerle reproches, a la vista de cómo se había empapado, Fritz respondió con toda seriedad: "Pero mamá, en el reglamento de la escuela se dice que al dejarla los muchachos no deben salir corriendo ni ponerse a saltar, sino que tienen que volver calmados y despacio a sus casas".»

La hermana añade que esta escena dio lugar «a algunas bromas». En nuestra opinión, sin embargo, esta historia hubiera tenido que dar que pensar, a pesar de su comicidad, a un educador. Porque en ella se revela un fanatismo de fidelidad a una ley que ha sido asumida, de fidelidad que no duda en llegar a las últimas consecuencias, aunque para ello tenga que ir contra toda naturaleza, una autosuperación, en fin, que —dándose como se daba en un muchacho algo apasionado y obcecado— tenía que llevar a las más agudas tensiones.

En el Instituto del candidato Weber, en el que los tres jóvenes alumnos Pinder, Krug y Nietzsche tuvieron ocasión de tratarse íntimamente, no se exigió demasiado de ellos. Lo fundamental era la enseñanza religiosa; se daban, paralelamente, rudimentos de latín y de griego, de tal modo que en el otoño de 1954 los muchachos estaban ya en condiciones de entrar en la quinta del instituto de segunda enseñanza catedralicio. Por lo demás, Weber organizaba excursiones con sus alumnos, jugaba con ellos a policías y ladrones y les hacía practicar el tiro al plato.

Lo que no parece que recibiera excesiva atención en este Instituto era la enseñanza del alemán: en los primeros ensayos poéticos, aún infantiles, de Nietzsche, hay abundancia de errores gramaticales y ortográficos, así como de cómicos modismos locales. En este sentido, ni el Instituto de segunda enseñanza ni Pforta le hicieron avanzar demasiado. Tenía ya quince años y aún escribía *Gedraite* en lugar de *Getraide* (trigo), y bien entrado ya en los dieciocho todavía confundía a menudo el *dem* (dativo) con el *den* (acusativo), error que vuelve a encontrarse, a raíz de su hundimiento psíquico, en un saludo a Overbeck. Todo ello por muy libre y poco común que fuera su estilo por estas fechas, estilo que por entonces comenzaba ya a adquirir su fisonomía propia. Por lo demás, el muchacho tuvo desde un principio buen cuidado en evitar el dialecto de su lugar natal, no usándolo en épocas posteriores ni siquiera en broma; hasta tal punto lo encontraba detestable. Su sentido de la lengua fue determinado ya en sus primeros años juveniles de acuerdo con el modelo clásico, y a lo largo de su vida no se sintió incitado sino por la literatura en cuanto canon aceptable, nunca por las fuentes dialectales ni los recursos retóricos de la cotidianidad.

El consejero Pinder, padre de Wilhelm, el amigo de Nietzsche, se interesaba profundamente por la poesía de la época clásica. En su casa,

el muchacho de doce años oyó por vez primera algo de Goethe. Pinder leía a los niños, en voz alta, trozos de la *Löwennovelle*. De manera igualmente temprana pudo vivir en casa del consejero secreto Krug las más fuertes impresiones musicales; no sólo se practicaba en ella muy buena música familiar, sino que cuantos músicos famosos visitaban Naumburg no dejaban de frecuentarla. Su madre no dejó de manifestar en todo momento su interés por la educación musical del hijo, que correspondía a sus propias y más profundas inclinaciones. Y, por otra parte, tampoco dejó de animar a los niños a que en toda ocasión posible, fiestas, etc., leyeran sus propios versos. Compró un piano y ella misma se decidió a tomar lecciones de un viejo cantor, con vistas a estar en condiciones de impartir los primeros rudimentos de piano a su propio hijo. Poco después tomó como profesora a la mejor virtuosa de Naumburg. Por aquellas fechas dedicaba mucho tiempo a practicar música con él. Eso es, por lo menos, lo que cuenta su sobrino Adalbert Oehler[181]. El propio Nietzsche escribe el 18 de septiembre de 1863: «Por aquellas fechas germinaba mi inclinación por la música, a pesar de que las primeras clases parecían apuntar, ante todo, a destruirla ya en sus raíces. Mi primer profesor fue, en efecto, un cantor, al que aquejaban todos los defectos —amables, sin duda— de un cantor. Y además, estaba jubilado, y ni siquiera tenía demasiados méritos[4].»

Junto a todas estas cosas no dejó de quedarle mucho tiempo para los genuinos juegos infantiles, a los que junto a los dos amigos fue admitida Lisbeth, su hermana, dos años más joven. El pequeño Fritz mostró gran capacidad inventiva en ese sentido, así como un espíritu sistemático notable. Compuso escenas dramáticas tomando como objeto una ardilla de porcelana, el «Rey Ardilla I», hizo construcciones con ayuda de su mecano y pintó una galería de retratos, la primera vez de la que tenemos noticia de un supuesto gusto de Nietzsche por la pintura. Con sus muchos soldados de plomo hizo un regimiento entero que puso al servicio de su rey de porcelana.

Sólo que estos soldados de plomo no llegaron a tener todo su papel y toda su efectividad sino a raíz de la guerra de Crimea de 1853. Los muchachos tomaron partido de la manera más apasionada a favor de los rusos. Reconstruyeron y siguieron día a día el sitio de Sebastopol con sus construcciones y sus soldados de plomo, llegando hasta construir un estanque con puertos según los planos reales, y llenándolos de barcos con los que reprodujeron las batallas navales de la época. Pero tampoco tenían bastante con ello. Nietzsche escribía, en efecto, a sus catorce años[4]: «Todo lo que sabíamos sobre las ciencias bélicas lo habíamos saqueado enteramente. Así es como yo me formé algún conocimiento de la cosa, con diccionarios y libros militares recientes que enriquecían nuestra colección y que nos hacían desear escribir, a nosotros mismos, nada menos que un diccionario militar.»

El afán de exactitud y fundamentación fue, pues, más allá de lo meramente lúdico. Y con las ganas de aprender, y el aprendizaje mismo, se despertó la inclinación a la propia producción.

Cuando Sebastopol cayó el 1855, el talante de los muchachos cambió por completo: pasaron a estar terriblemente irritados por la mala defensa de la Torre de Malakoff por los rusos. Con los acontecimientos, su juego llegó a su punto final. Un año más tarde —en 1856— todavía vino a traducirse la amarga decepción en dos poemas, bastante desiguales, dedicados a la caída de la fortaleza[2]. He ahí, pues, ya al muchacho Nietzsche dedicado a conformar y dominar sus vivencias profundas por vía artística, dado que entretando había comenzado a escribir, siguiendo, en cierto modo, la línea que le trazó su madre con sus exigencias de que compusiera versos de circunstancias, pero haciéndolo ahora desde la mayor de las autoexigencias.

El Instituto de Segunda Enseñanza que frecuentó desde octubre de 1854 hasta finales de septiembre de 1958 no le procuró excesivas dificultades, ni siquiera el griego en sus comienzos, aunque, desde luego, tuvo que trabajar más de lo que lo hizo para la escuela. Muchas noches de invierno hubo de pasarlas sobre sus cuadernos y apuntes hasta las once o las doce, teniéndose luego que levantar a las cinco de la mañana. Al principio estaba temeroso, se sentía poco seguro; poco a poco vino a encontrarse mejor, aunque tampoco llegó a insertarse nunca en la vida común de sus compañeros. De todos modos, su condición de estudiante de Enseñanza Media le llenaba de orgullo. Y así supo hacérselo ver, ante todo, a su hermana.

No obstante, lo que vino a llenar estos años no fue la escuela, sino la escritura y la música, los amigos y las vacaciones. Lo que le llevó a componer poemas fue el impulso a ser productivo en orden a cuanto veía y leía, aunque en un principio se limitara a la mera imitación, llevado, a lo sumo, del «propósito de escribir un pequeño libro y de leerlo acto seguido», como él mismo reconocía a sus catorce años[4]: un impulso un tanto autista, diría la psicología moderna. Los ensayos dramáticos y los poemas que compuso entre sus diez y sus catorce años, y que no dejaron, de acuerdo con su propia confesión, de costarle un notable esfuerzo, dado que no dominaba la versificación ni la rima, no revelan dotes excesivas, ni tampoco una originalidad apreciable. Respecto de su propia evolución resultan menos instructivos de lo que vienen a serlo sus manifestaciones sobre ellos. Manifestaciones que se encuentran en un apunte, fechado entre agosto y septiembre de 1858, *De mi vida*[4], que es el primero de toda una serie de apuntes autobiográficos, obedientes a una necesidad que no dudaba en manifestarse en cada uno de los puntos y momentos cruciales de su vida. La necesidad, en fin, de clarificarse sobre sí mismo —cosa que siempre buscó de manera renovada— y sobre sus puntos de vista.

El catorceañero divide ya sus productos poéticos en tres periodos. Rechaza enteramente los poemas del primero, «por no mostrar uno solo

de ellos el brillo de la verdadera poesía». En el segundo «intenté expresarme en un lenguaje ornamental y radiante, pero sin conseguir otra cosa que convertir la elegancia en afectación y el lenguaje brillante en retórica amanerada. Sin contar con la ausencia de lo fundamental: las ideas. En cualquier caso, el primer periodo supera con mucho, precisamente por esto, al segundo, aunque se ve cómo no se pisa aún tierra firme, se vacila entre los extremos y sólo se alcanza el descanso en la dorada vía media[4]».

«En el tercer periodo de mis poemas intenté unir el primero y el segundo. Esto es, busqué armonizar la ternura con la fuerza. En qué medida pude llegar a conseguirlo es cosa que yo mismo ignoro. Este periodo comenzó el 2 de febrero de 1858, día en el que mi amada madre celebraba su cumpleaños. Normalmente acostumbraba a ofrecerle una pequeña colección de poemas. A partir de ese momento me propuse practicar algo más la poesía, escribiendo, de serme posible, un poema cada tarde. Durante dos semanas llegué a hacerlo así, teniendo una gran alegría cada vez que veía ante mí un nuevo producto de mi espíritu. También intenté escribir del modo más sencillo posible, pero pronto tuve que dejarlo. Porque un poema consumado tiene que ser, desde luego, lo más sencillo posible, pero en cada una de sus palabras ha de latir la verdadera poesía. Un poema vacío de todo pensamiento, saturado de frases y de imágenes, a lo que más se asemeja es a una manzana fresca y roja por fuera, pero con un gusano en su interior. Los efectos retóricos tienen que faltar por completo en el poema, porque el uso frecuente de frases hechas hace pensar, sobre todo, en una cabeza que no es capaz de crear algo ella misma. Al escribir una obra hay que atender fundamentalmente a las ideas: se perdona antes un descuido estilístico que una idea confusa. Buen ejemplo de ello lo constituyen los poemas de Goethe, con sus ideas profundas, brillantes como el oro[4].»

¡Qué penetración tan asombrosa y —lo que aún es más importante— qué autocrítica tan implacable en un catorceañero! Al impulso productivo, que se deja ir despreocupadamente, sigue de inmediato el entendimiento incorruptible, que a la vez que lo analiza implacablemente lo incita hacia delante, y un gusto muy superior.

Si en estos ensayos poéticos primerizos la participación anímica es muy escasa y el amor propio incide con más fuerza que la necesidad interior, en lo que hace a la música la cosa es diferente. Aquí Nietzsche entra ya desde el primer momento como en su mundo propio, por mucho que lo haga con igual conciencia autocrítica despierta. La música es su pasión substancial: «El día de la Ascensión —posiblemente del año 1854— fui a la iglesia de la ciudad y oí el coro sublime del Mesías: ¡el Aleluya! Me sentí incitado a acompañarlo y, a la vez, me parecía que era el canto de júbilo de los ángeles, entre cuyos arrebatos ascendía Jesucristo a los cielos. Inmediatamente tomé la seria decisión de componer yo mismo algo parecido. Tan pronto como abandoné la iglesia me puse manos

a la obra, alegrándome como un niño ante cada acorde que conseguía hacer sonar. No lo dejé durante años, y creo que gané mucho con ello, aprendiendo, sobre todo, a improvisar mejor gracias al estudio de la composición[4].»

Y toma partido apasionadamente: «Pasé a sentir, a la vez, un odio inextinguible contra toda la música moderna, contra todo lo que no era clásico, Mozart y Haydn, Schubert y Mendelssohn, Beethoven y Bach eran las columnas sobre las que descansaba la música alemana y yo mismo. También escuché entonces varios oratorios. Aquel réquiem profundamente turbador —seguramente el de Mozart— fue el primero... Iba a menudo a los ensayos.» Ese odio a lo moderno no iba a durar mucho, desde luego. Pero en aquel momento se oponía, con acento propio de un viejo maestro, a la nueva música, y lo hacía de modo implacable. La encontraba «pecaminosa y dañina», porque puede «ser usada para divertirse» o «para lucirse entre la gente». «Deja frío el buen oído humano» con sus artificiosas oscuridades, por mucho que éstas puedan encantar a algún conocedor. «Sobre todo esa llamada música del futuro, la de un Liszt o un Berlioz, lo que busca es hacer ostentación de cuantos pasajes extraños y llamativos le sea posible», leemos en un tratado *Sobre la música*[4] incluido en su esbozo autobiográfico de 1858.

Pero se siente cautivado por la música y se entrega a ella y la glorifica como un orador fanático a su Dios: «Hay que considerar a los seres humanos que la desprecian como gente sin alma, como criaturas parecidas a los animales. Este don supremo de Dios me ha acompañado a lo largo de mi vida y puedo considerarme feliz por haberle llegado a tomar amor. ¡Demos gracias eternas a Dios, que nos ofrece tan hermoso placer!», así acaba el pequeño tratado[4].

De su actividad como compositor de estos años han quedado, efectivamente, testimonios considerables. El bosquejo más antiguo data, posiblemente, ya de la época de la escuela del candidato Weber. Se trata de un fragmento de melodía en una hoja de papel secante escrito a lápiz con líneas del pentagrama trazadas por él mismo. Siguen inmediatamente ejercicios tonales, de intervalos y acordes, como era de rigor en la clase de piano comenzada por aquellas fechas (1854), pero también ya pequeños ensayos de composición, «Introduzion» y «Marcia»[125].

Es de suponer, dadas sus dotes y su capacidad de trabajo, que el muchacho haría buenos progresos en el piano, puesto que ya al cabo de dos años (1856) tocaba las sonatas de Beethoven p. 7, 26 y 49; también cita la Segunda Sinfonía de Beethoven en arreglo para piano a cuatro manos[4].

Para «Orkadal»[2], una tragedia que comenzó, compuso una obertura (no conservada) para piano a cuatro manos que califica de «furiosa» y en noviembre de 1856, dos «Sonatas» que dedicó a su madre por su cumpleaños (el 2 de febrero de 1857). Se trata de piezas sumamente inhábiles, tanto desde el punto de vista formal como técnico-compositivo, pero todas ellas

muestran un rasgo común a sus composiciones: van dedicadas. Casi siempre componía para alguien concreto, desde el pensamiento sobre y la devoción a una persona admirada. De ahí que sus obras musicales asuman casi enteramente el carácter de una carta sublime.

En esta época siguen aún una «Sinfonía de cumpleaños» para piano y un coro de violines, y hasta 1858, junto a varios esbozos, una obertura en *sol* menor para orquesta de cuerda, una composición para cuatro voces «Pasa un ángel silente», dos piezas de piano para dos y cuatro manos, una composición para cuarteto de cuerda y esbozos de melodías corales. Una considerable productividad musical, en fin, por poco lograda que fuera[125].

El amor de Nietzsche a la música encontró, como ya quedó dicho, alimento suficiente en casa de Krug, el padre de su amigo Gustav, que era un notable melómano. Junto con los juegos comunes, fue la música lo que mantuvo viva durante años la temprana amistad, de modo similar a como la poesía fue la que lo hizo en el caso del algo más enfermizo y delicado Wilhelm Pinder. Ambos fueron, como el propio Nietzsche, alumnos excelentes y buenos hijos, que además —y contrariamente, en este caso, a él— siguieron la ordenada vía de sus padres.

La amistad de Nietzsche es una amistad que crece en torno a unos ideales comunes, una amistad cultural. Por fuerte que sea, no deja de faltarle todo lo elemental y espontáneo.

A pesar de toda su devoción a sus amigos, el catorceañero Nietzsche no duda en valorarlos y esbozar su carácter con toda frialdad. Y así dice de Gustav Krug[4]: «Puede decirse que poseía gran tenacidad para todo... Se veía del modo más claro en su forma de tomar apuntes y en su capacidad organizativa. Sólo que en ocasiones iba demasiado lejos con esta tenacidad; podía ocurrir así que una vez tomaba una opinión, por muchos esfuerzos que uno hacía no era posible convencerle de su injusticia o de su error. Generalmente se mostraba también muy orgulloso de no ocuparse nunca de cosas vulgares. Con todo, le tengo mucho cariño, y él me ha distinguido siempre con la misma amistad.» Y de Wilhelm Pinder, con el que estudió y paseó muchas veces y que, sin lugar a dudas, era su preferido[4]: «Como Wilhelm era, con mucho, más afable que Gustav, es más, era incluso su antítesis, el trato con los dos tenía grandes ventajas para mí... Su aplicación como estudiante fue siempre modélica, y los profesores le tenían en gran estima. Podía parecer que no participaba demasiado en algunas empresas concretas, pero, en realidad, se trataba sólo de una apariencia: jamás manifestaba exteriormente sus intereses con pasión o violencia. Pero en su interior era tal vez incluso más sólido que Gustav. Su cariñosa actitud para conmigo y para con cuantos entraban en relación con él, le ayudaba a entablar amistad con todo el mundo. En realidad, nadie le odiaba. Más tarde, cuando creció nuestro interés por la poesía, nos hicimos del todo inseparables y a nuestras conversaciones nunca les faltaba materia. Nos comunicábamos el uno al otro nuestras ideas sobre

poetas y escritores, sobre los libros que leíamos, sobre las novedades en el campo literario, elaborábamos planes conjuntos, nos leíamos nuestros poemas, y no nos quedábamos tranquilos hasta no habernos abierto por entero nuestros respectivos corazones. Estos eran mis amigos y con la edad la amistad no hizo sino crecer. Tener amigos verdaderos es algo grande y noble, ciertamente, y Dios hermosea mucho nuestra vida dándonos compañeros que aspiran a nuestros mismos objetivos. En lo que a mí afecta, tengo que dar especiales gracias a Dios en este sentido, porque sin ellos jamás me hubiera encontrado a gusto en Naumburg.»

Si se prescinde del pathos pastoral que impregna las anteriores frases, se percibe bien cómo el catorceañero, que todavía está en el centro de esta amistad, es amigo más bien por la amistad como tal y por unos ideales comunes que por inclinación y entrega; que no sale del círculo mágico de su soledad interior y que es capaz de contemplar sus sentimientos con esa lejanía que años después determinará siempre, como «pathos de la distancia», su pensamiento y su conducta.

Y los amigos eran conscientes de esa lejanía. Nietzsche fue para ellos desde un principio un superior y un guía. Sobre este punto hablan con total claridad unos apuntes que Wilhelm Pinder compuso, también a sus catorce años, sobre su amistad con Nietzsche y que la hermana de éste nos ha transmitido[88].

Caracteriza el conocimiento de Nietzsche como «uno de los acontecimientos más importantes de mi vida». «Este muchacho... ejerció desde entonces la mayor y más valiosa influencia sobre mi vida entera, sobre mis ocupaciones, sobre mi talante espiritual.» Habla acto seguido de la temprana muerte del padre y del hermano de Nietzsche y prosigue: «De ahí tal vez que el rasgo fundamental de su carácter fuera cierta melancolía, que se manifestaba en todo su ser. Desde su más temprana infancia ha amado la soledad y a ella ha vinculado sus pensamientos, evitando en cierto modo la sociedad de los hombres y buscando lugares provistos de singular belleza por la naturaleza. Tenía un talante interior piadoso, concentrado, y siendo todavía un niño pensaba ya sobre ciertas cosas que a los muchachos de su edad no les preocupan en absoluto. Su espíritu fue conformándose así desde muy pronto... Dirigía también todos nuestros juegos, aportaba nuevos métodos, y conseguía así que todo fuera más atractivo y variado. En todos los sentidos era, en fin, un muchacho extremadamente bien dotado. Poseía, además, una aplicación de lo más loable, sólida y nunca vacilante, y también en esto era para mí, como para los otros, un modelo. Muchas inclinaciones y aficiones eran despertadas y alimentadas exclusivamente por él, sobre todo en el terreno de la literatura y de la música... Ya desde su primera juventud se preparaba para el puesto al que quería consagrarse de mayor: el de predicador. Tenía un natural siempre serio y, a la vez, afable, y desde entonces ha sido para mí un amigo fiel y bienamado... Jamás hacía nada impremeditadamente,

y cuando lo hacía, no le faltaba algún motivo determinado, algún motivo bien fundamentado. Esto se manifestaba particularmente en los trabajos que hacíamos juntos. Cuando escribía algo con lo que yo no me sentía inmediatamente de acuerdo, sabía explicármelo y justificármelo siempre de un modo claro y comprensible. Sus dos virtudes fundamentales eran, por otra parte, la modestia y el sentido de la gratitud, que en toda ocasión se mostraban del modo más decidido. Esta modestia suya mutaba a veces en timidez. Entre desconocidos o extraños no se sentía bien, característica que comparto totalmente.»

Nietzsche reveló, pues, desde bien temprano la inclinación y las características del educador nato: el cuidado en no subrayar la superioridad propia, la paciencia, y el don de exponer con claridad. El sentido de la gratitud, que Pinder subraya aquí, fue siempre una de sus características más hermosas. Por lo demás, Pinder no deja de adivinar en su amigo un destino solitario, por mucho que lo interprete más superficialmente de lo que en realidad hubiera tenido que hacerlo.

En definitiva, la introversión y diferenciación sensible de la naturaleza del muchacho Nietzsche era la expresión de un hombre joven que domina su determinación singular, por mucho que no sepa cómo es ésta y adónde va a llevarle. La singularidad de estos muchachos es precisamente, lo que causa extrañeza en sus camaradas: a los más burdos les incita generalmente a la burla, porque les parece altanería y engreimiento; los más sensibles perciben el aura del escogido, pero les queda ajena, o la respetan, simplemente, desde lejos. La mayor parte de las veces ocurren ambas cosas. Ante este tipo de hombres los espíritus se dividen muy pronto, como también muy pronto, en ocasiones demasiado pronto, les rinden reconocimiento. En este sentido tienen que ser interpretadas algunas informaciones proporcionadas por su hermana[88]. Según sus palabras, un compañero de escuela de Nietzsche, quien luego sería el catedrático Pitzker, le habló en una ocasión de la gran opinión que sus condiscípulos tenían de su hermano, opinión que en algunos casos «había llegado hasta el endiosamiento» del muchacho. Y de un antiguo condiscípulo habría oído asimismo que los más lerdos enmudecían ante su mirada, y que a él, que era algo mayor, Nietzsche se le había aparecido siempre como Jesús a los doce años en el templo. Lo que no le impide, claro es, tener que informar en otro lugar de las bromas sufridas por su hermano. Todo llevaba, pues, a que Nietzsche se sintiera solo ya de muchacho, pero también a que ya de muchacho amara esta soledad suya.

Gozaba de ella sobre todo en sus vacaciones. No dejaba de visitar, claro es, a otros parientes, como los industriales acomodados de Plauen, que llevaban un tren de vida totalmente distinto, y con los que hacía muchas excursiones por los bosques de Turingia. Pero donde más a gusto se encontraba es en Pobles.

«Lo que más me gustaba era pasar las horas en la habitación de trabajo

de mi abuelo, revolviendo en los viejos libros y cuadernos.» ¡Libros, libros! Cuando podía retirarse con ellos al huerto, a algún rincón bajo sus árboles, vivía realmente. Y cuando en una ocasión pasó las vacaciones en Schönefeld, junto a Leipzig, no dejó de visitar diariamente la librería, cuando no vagaba sin rumbo por las calles.

De todos modos, no hay que imaginárselo como un muchacho enteramente sedentario. Su madre tuvo buen cuidado en impedirlo. Aprendió a nadar; se sentía fuertemente gratificado cuando, en invierno, podía patinar; incluso llegó a practicar los placeres invernales del trineo. Lo que no vemos en todo ello es desbordamiento juvenil por exceso de fuerza o hambre de libertad. Sus momentos de mayor felicidad correspondían a las fiestas caseras, a los cumpleaños y nochebuenas, figurando en estos años de su adolescencia las palabras «calma» y «apacibilidad», tan escasamente propias de un hombre que lucha y que madura, entre sus favoritas. Como un niño se sentía protegido en esa calma. La llama todavía no ardía en su pecho y ningún desafío podía venirle de resistencias serias.

En casa vivía rodeado de mujeres y de una paz entrañable. En la escuela fue pasando sin pausa de clase a clase. Ninguna brutal intervención masculina podía molestarle. Evitaba el ruido de la calle. Sus amigos eran afables y sensibles como él y le manifestaban en todo su buena disposición. Su hermana pequeña le adoraba y se dejaba adoctrinar por él gustosamente. Algunas tardes los niños se sentaban en torno a la anciana abuela, por consideración a la cual evitaban todo movimiento brusco y toda palabra dicha en un tono más alto que otro. A esta suavidad de modales les obligaba también el mal estado de salud de su tía. La anciana Erdmuthe les contaba gustosa historias de su juventud, de las guerras de liberación y de Napoleón, y fue ella, sin duda, quien allegó al ánimo sensible del muchacho la primera imagen seria e imborrable de la grandeza de Napoleón.

En esta vida tranquila, que discurría en un marco doméstico puramente femenino, pocas cosas cambiaron cuando en el verano de 1855 la tía Auguste, que hacía ya muchos años que padecía del estómago, murió a consecuencia, según parece, de una afección pulmonar. El 3 de abril del siguiente año murió asimismo, contando ya setenta y siete años, la abuela Erdmuthe.

La madre de Nietzsche se sintió poseída por el deseo vehemente de formarse un hogar propio. Financieramente estaba, por fin, en condiciones de hacerlo, dado que a sus dos hijos vino a tocarles su parte correspondiente de la herencia de la abuela, de la que ella era, en principio, usufructuaria. Pudo, pues, separarse de su nerviosa cuñada Rosalie y tomó casa propia en mayo de 1856 cerca de su amiga, la esposa del pastor Harseim. Una casa, en cualquier caso, con jardín, cosa importante para ella, que había crecido en el campo. El jardín se convirtió en seguida en el lugar favorito de los niños.

Aquella mujer, que contaba ya treinta años y que durante tanto tiempo se había sometido dócilmente a su suegra y a sus cuñadas, comenzó a respirar. Su temperamento vivo y alegre, que sus hijos sólo podían haber percibido realmente en Pobles, irrumpió con fuerza incontenible. «Comenzamos a ver», escribe su hija Elisabeth, «en ella, nuestra joven y amada madre, más bien una hermana algo mayor, un tanto severa, desde luego, pero a la que queríamos mucho y que compartía todos nuestros sentimientos juveniles y participaba, como una igual, en nuestras empresas.»

Los hijos fueron haciéndose mayores y la casa vino a resultar pronto pequeña. Y así, en el verano de 1858 tuvo lugar una nueva mudanza. La familia se instaló en una casa situada en Weingarten 18, donde la madre vivió hasta el día de su muerte (en 1897).

Este verano Nietzsche pasó sus vacaciones nuevamente en Pobles. Desde aquí escribió a mediados de agosto a su tía Rosalía pidiéndole, entre otras cosas, informaciones «sobre la vida del papá» y entre el 18 de agosto y el 1 de septiembre escribió su ya tantas veces citada primera autobiografía. Lo que de ella citamos sobre la muerte del padre parece venir, pues, como ya ha quedado dicho, de la tía Rosalía y no de la madre, al igual también que las restantes manifestaciones más tardías de Nietzsche. Es evidente que al redactar esta mirada retrospectiva ignoraba aún que por aquellas fechas cerraba un periodo de su vida. Porque pocos días después su madre recibió una carta del rector de la Escuela Provincial de Pforta en la que le ofrecía un puesto para su hijo, cuyas dotes singulares tanto habían llamado la atención. La aceptación fue inmediata. Y con ello terminó para Nietzsche su primera infancia, una infancia en la que había vivido bajo una constante protección femenina. Ahora iba a entrar en un mundo notablemente más rudo.

Sobre su estado físico a lo largo de estos años poco es lo que nos ha sido transmitido. Sabemos, gracias a una carta de su madre a Overbeck[199], fechada el 16.12.1889, que a los nueve años tuvo una enfermedad. En su gran biografía, la hermana le caracteriza primero como «enteramente sano» a lo largo de toda su juventud, incluido el periodo de estudiante universitario. Sobre su miopía y la anomalía ocular no dice más de lo que hemos reproducido ya. Veremos cómo esta afirmación no resulta válida, de acuerdo con testimonios indiscutibles, para los años de Pforta. En la reelaboración ulterior de su biografía ella misma pone ya en relación la debilidad ocular que padeció Nietzsche en sus años tempranos con «los dolores de ojos que se le presentaron por vez primera después del invierno 1856-57, en el que tantos esfuerzos tuvo que hacer» y que «al principio fueron considerados como dolores de cabeza». A lo que añade: «A consecuencia de ello mi hermano se vio obligado a prolongar, durante el verano, sus vacaciones algunas semanas.»[86] El propio Nietzsche informa que «en el último semestre del cuarto curso —o sea, en el verano de 1856— no pudo ir a la escuela a consecuencia del dolor de cabeza»[4]. De donde se deduce que ya en estos años tuvo que haber padecido de jaquecas que, en cualquier caso, bien podrían tener su origen en el sobretrabajo impuesto a sus ojos miopes, todavía no ayudados por gafas, o ayudados de un modo insuficiente. Por lo demás, y en conjunto, puede asumirse que fue un muchacho sano, de aspecto exterior incluso robusto. Precisamente en junio/julio de este año (1858) aprendió a nadar, convirtiéndose en un tenaz y excelente nadador.

En la medida, por otra parte, en que tampoco tuvo que trasladarse demasiado lejos, y siguió manteniendo un contacto frecuente con la familia de Naumburg, no puede decirse que esta despedida —la primera de su vida— de lo que había sido un hogar bien abrigado le representara un cambio excesivamente brusco o incluso doloroso.

Capítulo 3
PFORTA

No tuvo que alejarse, pues, demasiado de Naumburg. Pforta queda entre Naumburg y Kösen y puede alcanzarse, a pie, en una hora desde Naumburg. De ahí que entre los habitantes de ambos lugares se desarrollaran las más variadas relaciones personales y sociales.

La Escuela Provincial Real de Pforta ocupaba una posición especial entre las escuelas superiores de Alemania, que siguió manteniendo durante mucho tiempo. Pasaba por ser el mejor centro de formación humanista y ya en la época en que Nietzsche entró a formar parte de ella podía aducir con orgullo nombres ilustres del mundo científico a los que un día había contado entre sus escolares. Surgida en 1543 a partir de una abadía cisterciense, guardaba en una gran extensión de terreno, protegida por gruesos muros conventuales, lo que bien podría llamarse un estado dentro del estado. Un estado escolar paradigmático, ciertamente, con costumbres y leyes propias, tan estrictas como honradas y obedecidas de antiguo, con economía propia y con una hermosa iglesia antigua igualmente propia. El edificio de la escuela tenía, en torno a los claustros conventuales, las aulas necesarias para los alumnos, las salas de estar y las instalaciones para el baño, la gimnasia y los juegos. A ello había que unir un gran jardín y viviendas para los doce profesores, en una zona en la que además de los alumnos internos ordinarios, cuyo número no podía pasar de 180, eran instalados asimismo otros veinte pensionados, los llamados *Extraneer*.

En un escrito conmemorativo del rector Kirchner del año 1843 leemos lo siguiente sobre los principios educativos de Pforta[88]: «Se trata de una institución docente y educativa en la que un determinado número de pupilos son preparados a lo largo de un periodo cuya duración viene legalmente fijada (seis años), para la vida científica superior o para el cultivo profesional de la erudición y del saber. Lo que caracteriza a Pforta

es, precisamente, su condición de estado escolar cerrado en sí mismo, en el que las vidas individuales se diluyen enteramente en el conjunto de sus relaciones. Los pupilos son entregados por sus padres o tutores, que delegan en ella todos los derechos paternales, al *alma mater* no sólo para desarrollar su aprendizaje científico, como ocurre a propósito de los institutos de las ciudades, sino también para adquirir una formación moral y caracterológica y encontrar aquí, en la totalidad de su formación, algo más que un segundo hogar paterno en el que pasar los años decisivos de su proceso educativo "desde muchachos hasta el momento de entrar en la universidad". De ahí que cuantos se forman en Pforta hagan suya, por lo general y para el resto de sus días, la impronta de una solidez hábil y capaz, no arbitrariamente buscada por sus educadores, sino naturalmente nacida, como con necesidad interna, del espíritu viril, estricto y potente de la disciplina, de la sana convivencia de cara a un objetivo digno y bien delimitado, de la seriedad de sus estudios clásicos, y afines a éstos, de espaldas a cualquier posible distracción ciudadana, así como del método mismo de estos estudios. Una impronta, en fin, de la que se sienten orgullosos, puesto que han llegado a hacerla suya con gran lucha interior y no pocos esfuerzos. He ahí por qué se es injusto cuando se enjuicia el valor de los formados en Pforta exclusivamente a la luz de sus rendimientos científicos. Que los pupilos de Pforta se conviertan en hombres de una sola pieza, que sean formados en la obediencia a la ley y a la voluntad de los superiores, en el rigor y el cumplimiento puntual del deber, en el autodominio, en el trabajo serio, en la espontaneidad alegre y autoimpuesta por amor a la cosa, en la solidez y el método en el estudio, en la regularidad en la ordenación del tiempo, en el tacto seguro y en la firmeza autoconsciente en el trato con sus iguales, todo ello son frutos de la educación y de la disciplina de esta casa.»

Pforta tenía, pues, un gran parecido con las instituciones prusianas de formación de cadetes, con la diferencia de que en este caso no se formaban oficiales para el ejército, sino oficiales para la dirección espiritual del pueblo. El espíritu de Pforta no era, de todos modos, puramente prusiano-conservador y militarista, como el del cuerpo de cadetes, sino que venía enteramente informado por los ideales del humanismo, tal y como los clásicos alemanes los conformaron y la filología del siglo XIX los había reelaborado y desarrollado. Se concedía, sin duda, atención a la lengua y a la literatura alemanas y en profesores y estudiantes alentaba el sueño de la unidad alemana, pero el eje mayor lo constituía el espíritu de la Antigüedad. Los autores antiguos eran leídos, estudiados e interpretados en una medida tal, que un bachiller de Pforta disponía, a este respecto, de un grado de saber y de dominio de todo punto superior al de cualquiera de los restantes institutos alemanes de enseñanza media.

Desde un punto de vista político puede decirse que el catorceañero Nietzsche se encontró en Pforta con una atmósfera de todo punto distante

a la de Naumburg, que era una típica ciudad de funcionarios. Por supuesto que también aquí dibujaban su presencia el espíritu monárquico y el clericalismo, pero no era éste el talante dominante de la vida interior de Pforta. Porque ésta giraba en torno a los ideales de la Antigüedad, y era conscientemente apolítica, por mucho, claro es, que no haya que olvidar que detrás de la tradicional fidelidad a la monarquía y del conservadurismo superficial latía un vago ideal de libertad y de republicanismo en el sentido de la polis griega y de la antigua Roma. Lo que, en cualquier caso, tenía vigencia real en Pforta era el espíritu crítico de la investigación lingüística erudita, que se desentendía enteramente de los problemas del día y que concedía poca atención a las ciencias naturales emergentes. El tiempo discurría tranquilo en estos espacios claustrales; la realidad alemana de 1858 no atravesaba los gruesos muros; la juventud que crecía entre ellos —una juventud muy letrada— afirmaba su presencia en el mundo de la Hélade y de Roma, de Goethe y de Schiller. Un mundo de libros, de literatura, de técnicas y saberes eruditos, un mundo de pura disciplina espiritual en la que las jóvenes mentes se apoyaban en su búsqueda de las fuentes de la vida y de la verdad. Cierto que el cultivo del cuerpo mediante la natación, la gimnasia y los juegos no era desdeñado; pero se trataba de un simple medio de cara a obtener una fortaleza capaz de coadyuvar al mejor desarrollo espiritual de los pupilos. En agosto de 1859 el propio Nietzsche describía, en un diario, la jornada de los internos en Pforta en los siguientes términos[4]:

«A las cuatro de la mañana se abre el dormitorio, y a partir de ese momento uno es libre ya de levantarse. A las cinco nadie debe, en cualquier caso, permanecer aún en la cama. Suena la campana de la escuela y los inspectores del dormitorio gritan amenazadores: ¡Levantaos, levantaos, a ver cuándo salís!, y no dudan en castigar a los que se retrasan en dejar el nido. Acto seguido todos se visten tan rápida y ligeramente como pueden y se apresuran a ir al cuarto de baño intentando conseguir un sitio antes de que esté totalmente lleno. Diez minutos después del breve lapso de tiempo dedicado a levantarse y arreglarse, se vuelve a las habitaciones, para vestirse adecuadamente. Cinco minutos antes de la media suena la campana por vez primera llamando a oración y a la segunda vez hay que ir al oratorio. Aquí los inspectores imponen orden, antes de que venga el profesor, prohiben hablar y animan a los "primeros", que por lo general llegan mucho después, a sentarse. Entonces aparece el profesor con el *famulus* que le acompaña y los inspectores le comunican si los bancos están llenos. Suena acto seguido el órgano y después de un breve preámbulo, se toca la canción de la mañana. El profesor lee a continuación algunos pasajes del Nuevo Testamento, algún poema religioso, recita el Padrenuestro y clausura, con algún verso, la sesión. A continuación todos se trasladan a sus habitaciones, donde aguardan cafeteras con leche caliente y panecillos. A las seis en punto la campana llama a clase. Todos cogen

sus libros y van a ella, que dura hasta las siete. Acto seguido hay una hora de trabajo o de repaso, como se le llama. Vienen después lecciones hasta las diez, a las que sigue otra hora de repaso y, finalmente, clase hasta las doce... A las doce en punto hay que llevar rápido los libros a la habitación apresurándose con la servilleta por el claustro»... «En el claustro los pupilos se ponen de pie frente a las mesas, de tal modo que se reparten en grupos de doce colocados de dos en dos, y los inspectores ordenan silencio. Tan pronto como el profesor se ha colocado en su sitio, los de la mesa número quince se sientan, y acto seguido todos los demás. Se dan los nombres de los que faltan. A continuación uno de los inspectores dice en voz alta la siguiente oración: Señor Dios, Padre celestial, bendícenos a nosotros y a estos tus dones, que podemos hacer ahora nuestros gracias a Tu bondad infinita a través de Jesucristo, nuestro Señor. Amén. Y acto seguido el auditorio entero entona un viejo canto latino: *Gloria tibi trinitas/ Aequalis una deitas/Et ante omne saeculum/Et nunc et in perpetuum*.

Inmediatamente después se sientan todos y comienza la comida.» Nietzsche consigna a continuación el algo rígido menú de la semana. La comida termina con una larga oración de gracias, a la que aún sigue un verso.

«Cuando la comida es dada por terminada, hay que llevar a la habitación el pan y la servilleta, yendo en seguida, sin perder un minuto, al huerto de la escuela. Antes de la una y media nadie tiene que aparecer por la habitación. De lo contrario, los inspectores imponen castigos muy severos. Primero se mira si ha llegado algún paquete o alguna carta, que el mensajero de Pforta trae a diario, o compra uno fruta con su dinero a alguna vendedora. Después se juega a los bolos en el jardín o se va a pasear. En verano se juega también mucho a la pelota. A las dos menos cuarto se llama a clase y a los cinco minutos hay que estar allí. Las lecciones duran hasta las cuatro menos diez. Inmediatamente después viene la merienda, en la que se da mantequilla y panecillos o puré de ciruelas, bollos, fruta y cosas parecidas. El superior —un "primero"— da a continuación una clase, de una hora de duración, en la que se escriben *docimastica* —trabajos de clase— griegos, latinos o matemáticos. A las cinco hay una pequeña pausa, a la que siguen clases de repaso hasta las siete. Después viene la cena, igual en todo a la comida... Una vez cenados podemos ir otra vez al jardín de la escuela hasta las ocho y media. Acto seguido viene la oración nocturna y a las nueve hay que ir a la cama. Los compañeros superiores —los "primeros"— que han perdido una hora dando clase, pueden velar hasta las diez»... «En verano el domingo transcurre como sigue: nos levantamos a las seis y a las siete menos cuarto es la oración. Después se puede pasear libremente por el jardín hasta las ocho. Luego viene una hora de repaso, que acaba con la llamada de la campana a la iglesia. Acto seguido hay que situarse en el claustro y se va a la iglesia, donde el hebdomadario hace una inspección. Hasta las doce hay luego otra vez libertad

para pasear por el jardín, igual que después de la comida, que consta de sopa, *fricassee*, asado y ensalada, hasta la hora de la oración, que comienza a la una y media. Hasta las tres hay que trabajar de nuevo, hasta las cuatro se puede pasear por el jardín, pero inmediatamente después de la merienda comienza el ansiado paseo hasta las seis. Una hora de trabajo llena el tiempo hasta las siete. Acto seguido el día termina como de costumbre, con cena, tiempo libre en el jardín y oración.»

A Nietzsche, con sus múltiples inclinaciones y aficiones, a este mucho complejo y reconcentrado, esta «rígida y coactiva ordenación del tiempo», que a sus veinticuatro años aún recordaba con horror, le hubiera resultado insoportable de no haber contado cada semana con una interrupción, el llamado día de estudio o de descanso. Este día los estudiantes de Pforta podían dormir una hora más, y luego, a lo largo de la jornada entera, no habían horas de lectura o de clase, sino sólo horas de repaso, en las que los alumnos podían tanto reflexionar sobre lo que habían ido aprendiendo, sobre su propio nivel de rendimiento, como dedicarse libremente a sus estudios propios. Por lo demás, no eran estos los únicos *intermezzi* de ocio de los que podían disponer, y por muy férreo y monótono que pareciera este programa y por muy sombrío que el recuerdo lo devuelva, lo cierto es que la vida en Pforta tenía sus compensaciones.

Al deporte se le daba entonces, por regla general, menos valor que hoy. Tanto más notable resultaba, por tanto, la importancia concedida a la natación en la escuela. Se hacían exámenes (Nietzsche lo pasó el 12 de agosto de 1859) y se organizaban competiciones en un ambiente festivo. Los días calurosos, cuando la temperatura pasaba de los 24° (Reamur), se suspendían las clases de la tarde y había «baño general»[4]. También se practicaba con frecuencia el juego de bolos en el jardín de la escuela. En invierno el patinaje era la ocupación deportiva favorita. A los musicalmente dotados el coro de la escuela les ofrecía entretenimiento, alegría y ventajas. Nietzsche fue admitido definitivamente el 20 de agosto de 1859. «Desde ayer formo parte ya de verdad del coro, cosa que me alegra mucho. Canto en él en la iglesia, participo en sus desplazamientos y gozo de todas las ventajas e inconvenientes de ser miembro del mismo», puede leerse en un apunte de su diario del 21 de agosto de 1859[4]. Una y otra vez informa de interpretaciones valiosas, que le procuraban vivencias apreciables y en las que Schumann, Mendelssohn y Mozart eran columnas centrales. El coro actuaba, además, como es lógico, en todas las fiestas escolares. Nietzsche participaba así más íntimamente en estos aspectos de la vida escolar. Un recuerdo imborrable le quedó, por ejemplo, del homenaje a Schiller celebrado el 10 de noviembre de 1859.

En la época del Carnaval se organizaban regularmente representaciones muy apreciables, a las que los parientes de los escolares asistían con gusto. Se recitaban poemas y, sobre todo, se interpretaban pequeñas piezas teatrales en las que también Nietzsche jugaba un papel activo.

El mismo no dejó de visitar Pforta, años después, precisamente por esa época del año. En estas fiestas los visitantes llegaban incluso a bailar.

Pero también con las figuras importantes de la literatura contemporánea mantenía Pforta cierto contacto. En octubre de 1863 Hoffmann von Fallersleben pasó unos días allí, y el coro se preparó semanas antes para estar en condiciones de ofrecer interpretaciones de sus poemas, a los que a tal efecto ponía música, convirtiéndolos en canciones.

Los escolares eran enviados a sus casas no sólo durante las grandes vacaciones del verano, sino también en las más cortas. De ahí que Nietzsche jamás dejara de estar en contacto con su familia y con los parientes y amigos de Naumburg, Pobles y Plauen. A ello hay que unir las visitas dominicales, con encuentros en localidades muy próximas, como Bad Kösen, o en «Almrich». Eran fechas de particular felicidad para el joven Nietzsche. De ello dan cuenta cartas y apuntes de diario, poemas, observaciones y composiciones. Sobre sus primeras vacaciones navideñas —1858— escribió su madre a su hermano Edmund Oehler, párroco de Gorenzen[181]: «Fritz ha compuesto para mí un pequeño motete de Navidad escogiendo ese texto maravilloso: "Abríos en toda vuestra grandeza, puertas del mundo, para que entre el rey de los honores...", que Fritz ensayó muy bien con Lieschen en la habitación de Oscar *(el hermano más joven de la madre, por aquellas fechas en Naumburg)*, y lo cantaron unas horas después de la entrega de regalos, haciéndonos vivir a todos una Nochebuena muy intensa. Fritz no ha perdido el dominio del instrumento.» Poco tiempo después rehizo este texto enteramente, pero componiéndolo otra vez a tres voces.

Nietzsche ingresó en Pforta el 5 de octubre de 1858. Había conseguido una beca de la ciudad de Naumburg, de manera que su madre se vio libre de todo gasto, en lo relativo a sus estudios, durante los siguientes seis años. Después de un examen fue admitido en el cuarto curso, con el que se comenzaba en Pforta. Perdía así medio año, pero podía desarrollar su formación entera en la escuela, como ésta exigía.

En un principio tuvo que luchar fuertemente contra la nostalgia, aunque casi cada domingo podía visitar a su madre y a su hermana en Naumburg, o bien encontrarse con ellas a medio camino en la aldea de Altenburg, llamada «Almrich» por los pforteanos. En los primeros tiempos escribía siempre, a primeras horas de la mañana, una carta a su madre. Se dio cuenta en seguida, el 9 de octubre de 1858: «En lo que hace al trabajo y a la severidad, Naumburg no puede compararse con Pforta y tendré que irme acostumbrando», «me había imaginado a Pforta más incómoda de lo que realmente es; de todos modos, no hay grado de comparación posible, en lo que hace a la comodidad, entre Pforta y Naumburg.»

Manifiesta ya su alegría por las próximas vacaciones de Navidad y la posibilidad de reencontrarse con sus viejos amigos de Naumburg; amigos

nuevos no encuentra tan rápidamente. Es difícil contactar con él. De ahí que en sus cartas a Pinder —con Krug tuvo, según parece, un enfriamiento de relaciones hasta la Navidad de 1860— pusiera siempre, bajo su firma, el siguiente lema: *Semper nostra manet amicitia* (Prevalezca siempre nuestra amistad).

Con Pinder se sinceraba más que con su madre sobre sus verdaderos estados de ánimo, como, por ejemplo, cuando en febrero de 1859 se apoderó de él la nostalgia. Le envió en la carta una prosecución de su biografía infantil en la que puede leerse lo siguiente: «Cuando vi Pforta ante mis ojos creí encontrarme más bien frente a una cárcel que frente al *alma mater*. Crucé la puerta. Mi corazón palpitaba, lleno de sentimientos sagrados: me alcé hasta Dios con una oración silenciosa, y una paz profunda me llenó el ánimo.» Después de las vacaciones de verano de 1859, la nostalgia se apoderó nuevamente de él con gran fuerza. Pero esta vez Nietzsche pudo luchar con entereza contra ella contando con la ayuda de su comprensivo tutor, de un profesor con el que tenía confianza personal, el predicador y catedrático Buddensieg.

Por mucho que en un principio le desagradara la severa disciplina de Pforta, no dejó de percibir en seguida como ésta venía también a satisfacer en él una necesidad, hasta ese momento poco desarrollada, de dureza y resistencias. Echaba de menos la laxitud y la «comodidad» del instituto de Naumburg, ciertamente. Pero ya en noviembre de 1858 escribía a Pinder: «La verdad es que había allí demasiada libertad, no me lo negarás. Incluso en algún sentido me alegro de haber dejado aquello.» Pronto comenzó a darse cuenta de lo mucho que le había faltado una mano paterna. Su naturaleza rica, intrépida desde muy pronto e indomeñable en lo relativo a todas las cuestiones morales exigía fuertes tensiones, alimentaba capacidad de superación y sabía hacer prevalecer intacto lo propio e irreductible, lo genuino de sí misma. Desarrolló así desde muy pronto en Pforta un talante que años después, en 1868, poco antes de un nuevo viraje en su existencia, describiría en los siguientes términos[4]:

«Mi educación es algo que en sus partes esenciales me fue dejado a mí mismo. Mi padre... murió demasiado pronto. He carecido, por tanto, de la dirección severa y madura de un intelecto masculino. Cuando siendo un muchacho llegué a Pforta, no pude conocer sino un sucedáneo de educación paterna, la disciplina uniformadora de una escuela reglamentada. Pero precisamente esta rigidez casi militar, que por tener que incidir sobre la masa e influenciarla trata fría y superficialmente al individuo, me hizo volver a mí mismo. De la ley uniforme pude salvar mis inclinaciones y esfuerzos privados, viví un culto secreto a determinadas artes, me esforcé en una búsqueda exaltada tanto de un saber universal como del placer de romper la rigidez de una ordenación y un empleo del tiempo reglamentados sin resquicios. No se dieron algunos azares externos; de lo

3

contrario me hubiera atrevido entonces a convertirme en músico. Desde que tenía nueve años me sentí atraído con intensidad incomparable por la música; en esa feliz situación en la que uno ignora todavía los límites de sus dotes y considera alcanzable cuanto ama, compuse incontables piezas y me hice con algo más que con un conocimiento diletante de la teoría musical. Sólo en la última época de mi vida en Pforta abandoné, habiendo alcanzado ya un autoconocimiento más justo, todos mis proyectos vitales artísticos. A partir de ese momento, el hueco así abierto vino a llenarlo la filología.»

La decisión fue, pues, tardía. Y, sin embargo, desde un principio hizo todo lo necesario para cumplir con las exigencias de la escuela, conservar su sitio y hacerse, mediante el rendimiento y el trabajo, con el debido prestigio, sin actuar nunca, por otra parte, como uno de tantos ambiciosos. Caracterizar a Nietzsche, al modo como lo ha hecho su hermana, como un estudiante modelo, es cosa que sólo resulta acertada a propósito de, a lo sumo, los tres primeros años de su época de Pforta. Después tanto algunos de sus rendimientos como, sobre todo, su conducta, dieron, desde luego, más de una vez motivos de queja a sus profesores, aunque no dejó de ser repetidamente *primus* también por estas fechas. En lo que hace a sus rendimientos escolares reales, que según parece cumplía sin emplearse a fondo, pero siempre mejor que sus condiscípulos, desde luego, jamás mostró ese orgullo que hacía acto de presencia en él cuantas veces lo que estaba en juego era su propio pensamiento. Tenía ya esa perfecta consciencia de los puntos flacos del muchacho modelo que en 1887 le llevó a comentar, a propósito de sí mismo, a Meta von Salis[212]: «Fue por término medio el tercero de su clase, de acuerdo con el supuesto natural de que el más aplicado es el primero, el espejo de virtudes el segundo y el ser de excepción el tercero en una institución ordenada de acuerdo con los principios morales usuales.»

Nietzsche destacó entre sus condiscípulos sobre todo por sus redacciones, en las clases de lengua y literatura alemanas, en las que le era más fácil poner algo propio; pero también en las restantes materias fueron muy altos sus niveles de rendimiento desde un principio. Al cabo de un año, su expediente muestra las siguientes calificaciones: latín IIa, griego IIa, matemáticas IIa, alemán IIa, la segunda mejor calificación en todas las materias principales. Para las matemáticas no estaba, pues, tan mal dotado como se ha dicho tantas veces: cuando en el otoño de 1861 pasó al séptimo curso, su calificación seguía siendo IIb. E incluso cuando sus intereses se habían desviado ya del todo de las matemáticas, su calificación fue hasta las Pascuas de 1864 III; únicamente en el último medio año bajaron sus rendimientos en matemáticas hasta el punto de amenazar, con un IV, el buen éxito de su examen. Encontraba las matemáticas «en exceso razonables» y «demasiado aburridas»[4]. Pero puede ser también que el matemático de la escuela, el profesor Buchbinder, no fuera capaz, como les

ocurre a tantos profesores de esta materia, de despertar el interés por su disciplina; porque todavía en *Aurora* se lamentaría Nietzsche, en unas reflexiones particularmente amargas y críticas sobre las instituciones educativas superiores de su tiempo, de que «nos impusieron por la fuerza las matemáticas y la física, en lugar de prepararnos primeramente haciéndonos ver los males de la ignorancia y de reducir nuestra pequeña vida cotidiana, nuestros movimientos y todo lo que sucede de la mañana a la noche en el taller, en el cielo y en la naturaleza, a miles de problemas, de problemas supliciantes, humillantes, irritantes, para mostrar entonces a nuestro deseo que tenemos ante todo necesidad de un saber matemático y mecánico y enseñarnos luego la primera embriaguez científica que proporciona la lógica absoluta de este saber.» (Af. 195.)

Hace responsable de este fallo al espíritu entero de la formación puramente humanista: «¡Si se nos hubiera, por lo menos, enseñado el respeto ante estas ciencias, si se nos hubiera hecho temblar de emoción aunque sólo fuera *una vez* ante las luchas, las derrotas, los combates insistentes de los grandes, ante ese martirologio que es la historia de la ciencia pura! Más bien nos sentimos afectados, por el contrario, por el soplo de cierto menosprecio ante las ciencias genuinas, a favor de la historia, de la formación cultural global y del clasicismo. ¡Y nos dejamos engañar tan fácilmente!»

A pesar de cuanto hubiera podido reavivar su interés por ellas, en los años posteriores Nietzsche tampoco entró nunca seriamente en las matemáticas. La explicación hay que buscarla en la naturaleza misma de su intelecto, que hundía sus raíces en la intuición viva, plástica, y que a ella volvía siempre, más allá de la conceptualidad pura de la lógica abstracta. La plenitud rica, fluyente, de su sentimiento de la realidad y de la vida le cerraba el acceso a la matemática, hacía imposible que ésta se le presentara en su valor específico: «La infinitud entera radica siempre como realidad y obstáculo entre dos puntos.»[6]

Con particular intensidad, con intensidad en cualquier caso mayor que en las otras escuelas superiores, eran cultivados en Pforta el latín y el griego. A lo largo de los cursos escolares regulares no sólo eran leídos e interpretados, con exhaustividad poco común, los clásicos, sino que los estudiantes mismos se veían animados a cultivar por su cuenta los autores antiguos, con ese mismo afán de completitud, en su tiempo libre. El dominio puramente lingüístico del latín era impulsado hasta el uso escrito y oral libre de este idioma, por mucho que semejante objetivo no fuera siempre alcanzado.

Ya en febrero de 1859 escribía Nietzsche a Pinder: «Cuando no tengo nada mejor que hacer redacto en latín lo que en tal o cual momento he oído o leído, obligándome, paralelamente, a pensar en latín cuando lo hago (en eso sigo, además, las indicaciones del mal humor).» Pero, dada su íntima vinculación al idioma alemán, esto último jamás llegó a conse-

guirlo. A pesar de toda su facilidad, de su elegancia retórica y de lo incisivo de su carácter epigramático, tan próximo a lo romano, sus mejores trabajos latinos parecen siempre como traducidos del alemán. Por lo demás, la mayor parte de ellos tienen en su origen esbozos o esquemas alemanes anteriores. Solamente vino a hacer suyo el sentido genuino de lo latino y, con ello, el gusto por su dominio, cuando a finales de 1861 leyó a un escritor de cuyo estilo tuvo por fuerza que sentirse muy cercano. Me refiero a Salustio, «*quo nemo gravius et nervosius mihi scripsisse videtur*», como escribió en octubre de 1862 en un ensayo latino sobre Livio[2]. Le atrajo, pues, lo cargado y nervioso, lo moderno, en una palabra, de Salustio, a quien todavía en agosto de 1864 llamaba el más brillante, «*florentissimus*» de los escritores romanos[2].

Al encuentro con Salustio confiere todavía en 1888, en *El crepúsculo de los ídolos*, una importancia que nos parece, obviamente, tan exagerada como su afirmación de que anteriormente había sido el peor de los latinistas (*El crepúsculo de los ídolos*, «Lo que debo a los antiguos», af. 1): «Mi sentido del estilo, del epigrama como estilo, se despertó, casi de golpe, al contacto con Salustio. No he olvidado todavía la sorpresa de mi venerado maestro Corssen, cuando tuvo que conceder las mejores calificaciones a su peor latinista —había aprendido de *un solo* golpe.»

De los autores griegos y latinos consiguió Nietzsche, en cualquier caso, en los seis años de Pforta tal conocimiento y tal comprensión filológica, que de cara a sus ulteriores estudios universitarios lo único que le quedó ya por hacer era completar un tanto su conocimiento material o seguir desarrollando la técnica filológica. En lo que hace a los idiomas modernos en Pforta no se exigía mucho: quedaban más o menos confiados a los esfuerzos voluntarios de los escolares. En noviembre de 1861, en el momento culminante de su hambre de saber, Nietzsche escribía a su hermana: «El doctor Volkmann se ha declarado además... dispuesto a dar clases particulares de inglés. Se han apuntado muchos, aunque yo no pienso unirme hasta Pascua. De momento estudio italiano todavía *privatim*. Latín, griego, hebreo, con la lectura del primer libro de Moisés, alemán, donde leemos, en alemán antiguo, el poema de los Nibelungos, francés, en cuyas clases se lee a Carlos XII, en un pequeño grupo de tres, aparte de mí, *Atalie*, italiano, con la lectura, en un pequeño grupo, del Dante. Si para empezar no hay bastante con ello, pues no sé. Piensa que en latín leemos al mismo tiempo a Virgilio, Livio, Cicerón, Salustio. Y en griego, *La Iliada*, Lysias, Herodoto.»

De todos modos, este programa no llegó en modo alguno a cumplirse.

Nietzsche comenzó a estudiar hebreo obligatoriamente como preparación a su futura carrera teológica, a la que por estas fechas aún parecía externamente quererse dedicar, de acuerdo con los deseos entrañables de su madre. Pero no avanzó demasiado, en lo que bien puede verse un signo de lo poco seriamente que ya entonces pensaba en la teología. En sus

notas finales puede leerse, a propósito de su hebreo: «Dado su deficiente conocimiento de la gramática, por el momento parece aún inmaduro.»

Ni en Pforta ni más tarde llegó a adquirir verdadera maestría en los idiomas modernos. Porque aunque leía asiduamente a Shakespeare y aún más a Byron, que era entonces su poeta favorito, lo hacía en versión alemana. De inglés sólo aprendió algunos rudimentos. Tampoco llegó nunca a dominar el italiano, aun viviendo, como llegó a vivir después, largo tiempo en Italia. En cuanto al francés, leyó muchos libros en este idioma más tarde, pero no sin recurso frecuente al diccionario, como sabemos gracias al testimonio de Overbeck. Como tantos otros seres dotados creadoramente para su propio idioma, Nietzsche no era un «hombre de idiomas».

En la siguiente carta a su hermana, escrita a finales de noviembre de 1861, irrumpe un nuevo interés. Desea obtener la historia de los años 1816-56 de Menzel, esto es, la historia de su propia época[163], y también la historia de la gran revolución francesa[44] de Barrau, y escribe al respecto: «Tienes que saber que ahora me intereso por la historia.» Este interés permaneció y creció, yendo ya en esta época por caminos que en Pforta no solían roturarse: quería procurarse conocimientos acerca de los fundamentos de su propia época, como también vino ya a procurárselos, por estas fechas, en lo que hace a la historia universal general. Las clases de historia, en cambio, no parece que, en cuanto tales, llegaran a interesarle demasiado: «Mostró dedicación al curso, pero sus conocimientos no son enteramente seguros», se lee en la columna "Geografía e Historia" de su certificado de madurez. Estas materias pasaban como materias secundarias, en el sentido mismo que las ciencias naturales, a propósito de las que también puede leerse un lacónico «aprobado». En cuanto al dibujo es evidente que a diferencia de su época de Naumburg, en la que lo había practicado mucho a la manera de juego, no se interesó prácticamente por él: «Ha frecuentado muy poco las clases públicas de dibujo, y, además, no ha obtenido ningún resultado satisfactorio», leemos en sus calificaciones finales.

Ni de joven ni en su madurez tuvo Nietzsche una relación natural, fuertemente enraizada en él, con el arte figurativo, como la que sí tuvo, en cambio, con la poesía y la música. Era más un hombre de oídos que de ojos. Aparte de los inconvenientes que su fuerte miopía y su debilidad ocular pudieran causarle —ya al entrar en Pforta tenía que ponerse unas gafas para leer y otras de color azul para protegerse de la luz intensa—, no nos ha quedado noticia alguna de que la magnífica catedral de Naumburg, a cuya sombra pasó unos años tan receptivos, o la Galería de Dresden, o los viejos claustros de Pforta, le dijeran nada esencial. Años después se allegaría como pocos al paisaje, a la poesía y a la música del sur, pero sin detenerse ante las grandes obras de arte figurativo, salvo que asumieran una particular importancia para él por razones literarias o de

talante anímico momentáneo. Cosa que tampoco fue frecuente, desde luego.

Los bienes culturales que Nietzsche hizo suyos en Pforta eran, pues, de naturaleza paradigmáticamente literaria y humanística. Llegó a conocer a los autores fundamentales de la Antigüedad con una profundidad poco común, habiendo, además, aprendido a leerlos e interpretarlos con la penetración y maestría filológicas propias de Pforta. Hizo apasionadamente suya también la literatura clásica alemana, y una buena porción de la universal, particularmente Shakespeare y Byron.

Nietzsche llevó a cabo las tareas que Pforta le impuso, y las llevó a cabo mejor que casi todos sus condiscípulos, como dijimos, pero no se entregó a ellas.

Su verdadera vida transcurrió por otros caminos y buscó su hueco en otros sitios. Fue fiel, sin duda, a los preceptos a los que un día decidió someterse, pero no se convirtió en su prisionero. Siguió con seguridad de noctámbulo, y del modo más estricto, el camino de su propia libertad, y cuando en una ocasión, la única, mostró a sus maestros una pieza de este camino suyo, y no fue comprendido, supo que éste era un camino de soledad, que tenía que permanecer apartado del camino del deber, y por el que sólo a los amigos podía intentar llevar consigo.

El 18 de octubre de 1861 escribió un trabajo en lengua alemana sobre Hölderlin en forma de carta a un amigo «en la que le recomiendo la lectura de mi poeta preferido» [4].

Hölderlin, al que sólo la generación de la Primera Guerra Mundial vendría a asumir en su entera grandeza, era entonces prácticamente un desconocido, y entre los especialistas pasaba por ser una especie de confuso balbuceador, un mero *curiosum* de la historia de la literatura alemana.

Nietzsche, que a la sazón tenía diecisiete años, vislumbró en este «monje helénico», por el contrario, un afín, y se atrevió a loar la fuerza de sus versos y de su escritura, defendiéndolo contra la opinión dominante: «estos versos... que hunden sus raíces en el más puro, más dulce, de los ánimos, estos versos, que en su naturalidad y veracidad originaria oscurecen el arte y la perfección formal de Platón, estos versos que bien se alzan majestuosos al ritmo poderoso de sus odas, bien se pierden en los tonos más dulces de la melancolía» y el *Empédocles*, «en cuyos tonos melancólicos resuena el futuro del infeliz poeta, la tumba de una larga locura, pero no, como tú piensas, en un discurso confuso, sino en el más puro lenguaje de Sófocles, y en una plenitud infinita de pensamientos profundos». Y el *Hyperion*, «que con el movimiento armonioso de su prosa, con la sublimidad y belleza de las figuras que en ella toman cuerpo, me impresiona de modo similar a como podría hacerlo el golpear del oleaje de un mar embravecido». (¡Audaz metáfora en un Nietzsche que aún no había visto el mar!) «Este poeta... eleva a la idealidad más alta, y sentimos con él que ése era su elemento propio.» Y cuando dice a los

alemanes «verdades amargas», lo que dice «suele estar, por desgracia, más que fundamentado» y «resulta conciliable con el mayor de los patriotismos, que Hölderlin poseía, ciertamente, en alto grado. Pero odiaba, en el alemán, al mero especialista, al filisteo».

¡Hasta qué punto habla Nietzsche aquí ya de sí mismo cuando habla de su poeta! ¡Y con cuánta ponderación, a pesar de todo su entusiasmo! Reconoce que «la noche de la locura dibuja su presencia al fondo de la hondura de espíritu» y razona que «el hecho de que no responda a las objeciones que le haces por lo contradictorio de sus puntos de vista religiosos es cosa que debes achacar a mi escaso conocimiento de la filosofía, que un enjuiciamiento cuidadoso de todo fenómeno exige en alto grado». Sólo desea «mover a una valoración libre de prejuicios de ese poeta al que la mayoría de su pueblo apenas si conoce de nombre».

El profesor llamado a corregir este trabajo —es casi seguro que fue Koberstein— escribió perplejo, al margen del mismo, unas líneas inspiradas por el erróneo juicio de la época sobre Hölderlin, un juicio que hoy apenas nos resulta inteligible: «Quiero dar al autor el consejo amistoso de que dedique su atención a un poeta más sano, claro y alemán.» [88] Por lo demás no dudó en concederle la calificación de II a IIa. Esto bastó a Nietzsche para no volver a mostrar nunca a sus profesores nada de lo que realmente le movía y para tomar respecto de ellos la misma distancia que percibía. Y no deja de ser un signo notable de su ya tempranamente desarrollado sentido de la justicia que consumara este distanciamiento sin odio, sin ni siquiera desprecio. Simplemente con aguda penetración en las debilidades y flaquezas a que asistía. Había aumentado, simplemente, sus conocimientos. Había visto sus limitaciones, y eso le había hecho más libre. Pero su devoción permaneció dentro de estos límites. A algunos hasta los recordaría mucho después con veneración sincera. De ahí sus palabras de 1868 [2]: «Su sobriedad filológica y su rigidez hubieran podido repugnarme: pero en cuanto imagen de una personalidad universalmente viva y versada en su especialidad, tenía a Steinhart* en gran estima. Como a Corssen, enemigo natural de todo filisteísmo pequeñoburgués y, sin embargo, entregado sin fatiga al trabajo científico.»

* Steinhart fue el profesor de griego de Nietzsche, con el que por vez primera leyó a Platón.

Capítulo 4
EL PRIMER PASO

La vida privada de los pupilos de la Escuela de Pforta se desarrollaba, salvo en las vacaciones y en los días libres, en las salas de estar. Cada una de estas salas acogía a entre doce y dieciséis estudiantes, que se distribuían, a su vez, en un número de mesas oscilante entre tres y cuatro. En torno a cada mesa se sentaban un alumno del último curso *(Primaner)*, otro de algún curso intermedio *(Sekundaner)* y dos de los cursos inferiores *(Tertianer)*. El más adelantado tenía encomendada la vigilancia moral y científica de los más jóvenes y dirigía la sesión vespertina de lectura de cuatro a cinco, en la que se repasaba gramática latina y griega. Cada estudiante tenía además un profesor como tutor, al que podía dirigirse en todas sus dificultades.

El primer tutor de Nietzsche fue, como ya quedó dicho, el catedrático de teología Buddensieg, «uno de los pocos, tan pocos eran, cristianos de fe infantil», como dice de él el condiscípulo de Nietzsche Guido Meyer.

Según parece, Nietzsche confiaba en él. Cuando le aquejaba la nostalgia, encontraba consuelo en sus palabras; en casos de enfermedad, Buddensieg tranquilizaba a la madre y parientes con su estilo paternalista y pastoral. Administraba asimismo el dinero de bolsillo de su pupilo. En las fiestas escolares, como en los *Bergtagen*, la madre y la hermana eran huéspedes suyos. Los estudiantes tenían afecto, en general, a aquel hombre cariñoso. Cuando murió el 20 de agosto de 1861, Nietzsche lo sintió sinceramente. Como sucesor escogió a un profesor recién llegado, el doctor Max Heinze, que años después sería colega suyo en Basilea y que llegaría a darse a conocer como historiador reputado de la filosofía[246]. Entre Nietzsche y él se desarrolló asimismo una relación amistosa, en la que participaron también su madre y su hermana. Es uno de los pocos vínculos humanos

que se mantuvieron sin sombras graves a lo largo de toda su vida, tal vez porque tampoco fue nunca demasiado íntimo.

Durante mucho tiempo Nietzsche no mantuvo relaciones cálidas con sus condiscípulos. Le ocurrió aquí como en el Instituto de Naumburg. Sus violentas y ruidosas diversiones no le atraían. En una excursión a Schönburg, por ejemplo, subió él solo a la torre, mientras sus compañeros bebían en la bodega, y se sintió feliz.

Sin otra compañía que la mía,
que ellos se entreguen en los sótanos a sus libaciones
hasta caer en el suelo.
Yo practico mi oficio de señor[2].

De todos modos, no temía los puñetazos y los empujones cuando eran necesarios, y cuando en otoño el muñeco de paja que representaba al «hombre de los exámenes» era golpeado por toda la colectividad y arrojado con gran estruendo a la pequeña aula, no dudaba en participar y desgarrarse la ropa con los demás. Pero por lo general se mantenía apartado, y en los ejercicios físicos apenas destacaba.

Pronto llegó a ser, ciertamente, un buen nadador, que cumplía todas las condiciones. Pero en lo tocante a la gimnasia, su miopía y su tendencia a las congestiones de cabeza no le facilitaron mucho las cosas. Por lo demás, los ejercicios colectivos de gimnasia que se organizaban, a la manera de espectáculo, con ocasión de las fiestas, le parecían «martirio de animales» y «terriblemente aburridos».

En la medida en que en los primeros años se sometió, además, puntualmente a todas las prescripciones y normas y fue repetidamente *primus*, es posible que a ojos de algunos pasara por un ambicioso. No todos tuvieron, por otra parte, una actitud decididamente abierta frente a él. La disimulada altivez de su naturaleza daba lugar, en ocasiones, a burlas, y en otras a una timidez extrañadora. «Su indiferencia frente a los pequeños intereses de los camaradas», escribe Deussen[73], «su falta de *esprit de corps*, eran interpretados como falta de carácter, y aún me acuerdo de un día en el que un tal M. construyó discretamente para diversión de los presentes, en el paseo de las musas del jardín de la escuela un títere hecho a imagen de una fotografía de Nietzsche. Por suerte mi amigo no se enteró de nada.»

En otras ocasiones Nietzsche desconcertaba a sus condiscípulos con acciones asombrosas. Así su hermana informa, por ejemplo, de un acto suyo cuando su primer año, como estudiante que comenzaba, que asustó sobremanera a Krämer, el estudiante veterano que presidía la sesión[88]. «Los chicos más jóvenes hablaban de Mucius Scaevola, y uno de ellos, de talante sensible, debió observar que era algo terrible y casi insoportable eso de dejarse quemar tranquilamente la mano. "¿Por qué?", preguntó Fritz con toda calma, y cogió un manojo de cerillas, las encendió sobre la palma de la mano y la extendió sin pestañear siquiera. Los muchachos se quedaron petrificados de asombro y admiración. El que dirigía la reunión se dio cuenta de repente de lo que estaba pasando y, de un salto, le hizo arrojar las cerillas ardientes, que ya le habían causado alguna quemadura, de la mano. Sobre la historia se hizo el silencio, ya que el jefe se sintió en cierto modo responsable ante el tutor y nuestra madre. De todos modos, conmigo se confió, llegando a pedirme que rogara a Fritz que se abstuviera de hacer cosas tan terribles.»

La hermana interpreta esta acción como comportamiento «heroico»; Podach ve en ella «desprecio activo del cuerpo y actitud positiva frente al dolor». Desde nuestro punto de vista esta forma de comportamiento debe situarse en la misma línea que la ya descrita del pequeño estudiante de primera enseñanza de Platzregen. Tras del heroísmo físico y del desprecio del cuerpo latía en él un impulso poderoso a la autosuperación y a la voluntad de vivir y llevar tanto los preceptos asumidos como el propio ideal hasta sus últimas consecuencias. Un impulso en el que venía a tomar primer cuerpo expresivo un afán de veracidad de aliento clásico, un afán de veracidad incapaz de soportar que el hombre oscile indeciso entre el ideal y la praxis, un afán de veracidad que desde un principio tiene su hogar espiritual verdadero en espacios que no corresponden al siglo XIX, en el espacio de esa «idealidad superior» en la que dos años después situaría, como en su «elemento familiar», según vimos ya, a Hölderlin.

Nada tiene de extraño que en los primeros tiempos no encontrara ningún amigo entre sus condiscípulos. Con el primero que se le aproximó sólo muy lentamente fue desarrollándose una relación algo más estrecha. Se trata de Paul Deussen, hijo asimismo de pastor, de Renania, y uno de los mejores estudiantes de aquella institución. Se conocieron en el otoño de 1859.

«No sé qué es lo que nos aproximó primero», informa Deussen[73], «creo que fue un común amor por Anacreonte, de cuyos poemas gustábamos tanto más en aquellos primeros cursos cuanto menos dificultades de comprensión nos presentaba su fácil griego. Recitábamos sus versos en paseos comunes, y sellamos nuestra amistad el día en que —en el dormitorio, en el momento en que yo guardaba en mi maleta debajo de la cama, entre otros secretos, un pequeño paquete de rapé— cambiamos el usted usual en Pforta también entre estudiantes por el tú reservado a los amigos más íntimos. Nuestra fraternidad no nació, pues, bajo el signo de la bebida, sino bajo el del tabaco.»

De todos modos, esta relación amistosa con Deussen no se tradujo, desde un principio, en intimidad verdadera. Descansaba más sobre los intereses comunes por los escritores antiguos y la filología, sobre el plan conjunto de estudiar teología, o sobre la inclinación, común a ambos,

a mantenerse apartados del grupo general y tomarse muy en serio las cosas del espíritu. Desde un principio Nietzsche se sintió, sin duda, el superior en esta amistad, si no en lo que hace al saber, sí en penetración y espíritu. Y este sentimiento permaneció incluso cuando la amistad se hizo más íntima.

Hasta los últimos cursos los amigos verdaderos de Nietzsche siguieron siendo Krug y, aún en mayor medida, Pinder. Eran, también lo que más le atraía a Naumburg a la llegada de las vacaciones, dado que respecto del mundo de su madre y de su hermana iba tomando tanto más distancia, a pesar del amor que sentía por ellas, cuanto más se ampliaba su horizonte espiritual. El aburrimiento y la vaciedad de sus tés para señoras y de sus tertulias vespertinas con los recurrentes temas de conversación le asqueaban tanto, que ya en el verano de 1859 pergeñó en un ensayo novelístico sin más importancia una abrupta imagen satírica de todo ello; un ensayo que él mismo vino, por lo demás, a calificar en seguida como contrario a sus intenciones artísticas.

En las mismas vacaciones de verano hizo Nietzsche un viaje a Jena a visitar a su tío Emil Schenk, que era a la sazón primer alcalde de aquella localidad. Pudo bañarse en el río Saale, en el que estuvo en una ocasión a punto de ahogarse; dio largos paseos con su tío por los altos que rodeaban la ciudad; y pasó también no pocas tardes revolviendo en su biblioteca, donde, a lo que parece, dio por vez primera con Novalis, «cuyas ideas filosóficas me interesaron», como él mismo diría. En el castillo de Kunitz se hizo una imagen romántica del caballero medieval, aunque el espíritu crítico del historiador nato le llevó a añadir inmediatamente con la debida sensatez: «Es difícil situarse en el punto de vista del caballero medieval; siempre nos imaginamos su vida del modo más exagerado, bien en tonos románticos idealizados, bien como una apoteosis del derecho del más fuerte, de asesinatos, de asaltos por los caminos.»

Lo que le causó una impresión más fuerte fue, de todos modos, la vida estudiantil. Su tío era miembro antiguo de la asociación estudiantil Teutonia, donde, con sus quince años, fue amablemente admitido como huésped. Según informa su hermana, la cosa le llenó de entusiasmo, pero, a lo que parece, las conclusiones que sacó para sí fueron otras: «*Etsi Plato meus amicus est*, esto es, aunque no dejo de sentirme atraído por la vida de las pequeñas ciudades universitarias, *tamen veritatem ducem sequor**, la verdad es que en Jena el ambiente es muy rudo, aunque según tengo entendido en otras épocas aún lo era más»[4], escribió al final de estas vacaciones, que pasó en Pobles otra vez con su madre y su hermana, en unos apuntes privados. Sería la última vez. Su hermana informa de un sueño de Nietzsche que resulta muy similar al del muchacho poco antes de la muerte de su hermano[88].

* «etsi...» = aunque Platón es amigo mío; «tamen...» tomaré la verdad como guía...

«Celebrábamos el 2 de agosto de 1859 el setentaydosavo cumpleaños del abuelo Oehler*. Los hijos, las nueras y los yernos, así como los nietos, se habían congregado en gran número. Cuando bajé muy temprano, Fritz salió a mi encuentro en el jardín y me dijo que él se había levantado antes porque había tenido un sueño muy extraño: había entrevisto totalmente destruida la casa parroquial de Pobles, con la abuela sentada entre los escombros y las paredes derrumbadas. Esta visión le había provocado tal acceso de llanto, que se había tenido que despertar sin poder volverse a dormir. La mamá nos prohibió repetir el sueño. Nuestro querido abuelo, por otra parte, estaba tan fuerte y sano que cualquiera le habría calculado veinte buenos años más de vida. Y, sin embargo, al final del verano se resfrió tanto, que acabó por coger una enfermedad grave; el abuelo, que nunca había tenido en casa al médico como médico, sino en calidad de amigo, tuvo que recurrir a él. Fue diagnosticado de gripe y hacia la mitad del invierno (17 de diciembre de 1859), murió, él, a quien tanto amábamos.»

Según parece, Nietzsche no tuvo posteriormente sueños premonitorios como éste y el antes citado. O en cualquier caso, no nos ha quedado noticia.

Las alegrías veraniegas en Pobles vinieron a encontrar así su final, dado que la abuela Oehler tuvo que trasladarse a Merseburg, a casa de uno de sus hijos, donde murió a los ochenta y dos años de un ataque al corazón.

Después de la muerte de su abuelo Oehler, que había sido para él más un amigo bueno y comprensivo que un severo abuelo, Nietzsche aún estrechó más sus lazos de amistad con su amigo Pinder, que tenía sus mismos años.

En las vacaciones de verano de 1860 emprendieron ambos un viaje hacia Gorenzen, en el Harz, a casa del tío de Nietzsche Edmund Oehler, que oficiaba allí de pastor. Llegaron a Gorenzen por Eisleben y Mansfeld. En un paseo por el bosque elaboraron aquí un plan de intercambio espiritual regular. «El plan se extendía al principio sólo a la poesía y la ciencia. La música todavía quedaba excluida.»[4] Una vez de vuelta en Naumburg, Gustav Krug se unió a ellos —y con él la música—, y de este modo vino a tomar cuerpo la asociación regular de los tres. En 25 de julio de 1860 hicieron una excursión a Schönburg, en cuya torre se conjuraron en una alianza a la que dieron el nombre de «Germania». El 16 de enero de 1872, siendo ya catedrático, Nietzsche se expresó en los siguientes términos sobre los objetivos de esta alianza[4]**: «Decidimos fundar entonces una pequeña asociación de pocos camaradas, con la intención de encontrar una organización firme y vinculante para nuestras inclinaciones creadoras en

* El autor comete un error: David E. Oehler tenía setenta.

** «Sobre el futuro de nuestras instituciones educativas», Primera Conferencia.

materia de arte y literatura. Expresando la cosa de un modo más sencillo: cada uno de nosotros se obligaba a enviar cada mes un producto propio, fuera una composición literaria o un ensayo o un esbozo arquitectónico o una pieza musical. Todos los demás quedaban invitados a manifestarse sobre dicho producto con la sinceridad ilimitada de la crítica amistosa. Supervisándonos así entre nosotros creíamos poder incitar y domeñar mejor nuestros impulsos culturales.»

Dada la intensa inclinación de Nietzsche hacia Robert Schumann no es de excluir que *Los conjurados de David* de éste (que a su vez se retrotraen a *Los hermanos de Serapion* de E. T. A. Hoffmann) le sirvieran más o menos conscientemente de modelo. En cualquier caso, la fundación de «Germania» pertenece todavía de lleno a la imagen global del Romanticismo alemán. Hay, no obstante, un punto esencial en el que la idea nitzscheana al respecto se diferencia de otras asociaciones y uniones de este tipo. En tanto que, por ejemplo, *Los conjurados de David* de Schumann se unen en lucha contra una concepción banal del arte con vistas, sobre todo, a conseguir que prevalezcan las propias convicciones y orientaciones, «Germania» apuntaba a superar más bien la propia incapacidad, a posibilitar la lucha contra el peligro de aletargamiento espiritual de los aliados. Los tres amigos fueron fieles, en términos generales, a este programa durante algún tiempo, y cuando los otros dos amenazaban con abandonar, era Nietzsche una y otra vez quien intentaba mantenerles en la brecha. Durante dos años la cosa funcionó pasablemente, pero al tercero era Nietzsche el único que se mantenía aferrado a la alianza, y que efectuaba los envíos mensuales. En agosto de 1863 la decisión de disolver la alianza había madurado ya hasta el punto de resultar la cosa inevitable, habida cuenta, sobre todo, de que ya con anterioridad se habían tenido que superar problemas económicos y había habido una crisis de confianza. También es cierto que el plan entero había sido esbozado siguiendo el modelo nitzscheano. Y en febrero de 1859 Pinder le había invitado a enviarle sus poemas, añadiendo: «Vamos a criticarnos entre nosotros por carta, alabándonos y censurándonos de acuerdo con nuestros merecimientos.» En esta época, el impulso productivo era en Nietzsche tan vivo como el crítico.

Cuando el tema de Prometeo pasó a subyugarle, escribió*, como reconoció al propio Pinder, «primero una frustrada pieza de teatro... salpicada de conceptos falsos sobre esta materia, y después tres poemas que he enmarcado en un tercer (escrito)», pero acto seguido intenta volver a organizarse con los amigos de cara al dominio y desarrollo de una materia de la que no conseguía librarse. Y lo hace de un modo tan modélicamente metódico-pedante, que no delata menos la escuela de Pforta que esos

* Abril-mayo 1859.

esquemas a un tiempo sabios y empapados del más vivo sentimiento del peligro de la dispersión y fragmentación con cuya ayuda intentaba, por aquellos años, clarificarse en lo relativo a sus propias necesidades espirituales: «Prometeo se ha convertido para mí en una materia muy interesante, y sería muy de mi agrado que fuéramos apuntando ambos nuestras ideas al respecto. Estoy ante todo procurándome una imagen lo más completa posible de su vida, así como de su ámbito mitológico entero, con ayuda de diccionarios, libros, tratados de mitología... Apúntate todas las ideas que se te ocurran al analizar y considerar más de cerca la cosa; yo haré lo mismo. Acto seguido podremos dividirnos así la materia: I. Titanes. II. Prometeo. III. Epimeteo y Pandora. IV. Los últimos destinos de Prometeo. V. Epimeteo y Prometeo, Pandora (relación entre ambos). VI. El final de Zeus (en relación con las leyendas alemanas).»

De todas estas manifestaciones, lo que primero impresiona, y no siempre gratamente, es un tono tan profesoral-magistral en alguien de quince años. Pero se trata sólo del pathos que le tocó asumir con la masa misma de su herencia, una herencia de predicadores, maestros y educadores. En realidad, la riqueza del mundo espiritual que le rodea, y la riqueza misma que lleva dentro de sí, le embriagan, y lo que busca es un freno, un poder sobre ellas. El conocimiento y las técnicas intelectuales que la escuela le ofrece no puede bastarle. Su ideal no es la erudición, sino esa cultura universal de la que a través de un contacto fugaz con la obra de Alexander von Humboldt ha tenido ya noticia. Pero para ello necesita, en el mar de las vivencias espirituales, guías y amigos a los que anime igual impulso. Aquí, como luego, los encontró para una parte del camino, pero nunca para el camino entero, cuya implacable coherencia nadie de su siglo hubiera podido ni querido hacer suya.

«Germania» fue para Nietzsche la primera tribuna desde la que pudo hablar con voz propia; todos sus impulsos productivos pudieron encontrar en ella un ámbito de irradiación.

Los tres amigos celebraban sus «sínodos» y «plenos» en las vacaciones, esforzándose, a la vez, en dar forma literaria madura y publicable a su correspondencia, que llevaban con cortesía ceremoniosa. Con sus aportaciones monetarias se procuraban revistas, libros y publicaciones. Cada uno de ellos enviaba a los otros sus trabajos mensuales, y era criticado sin la menor compasión, así como también sin la usual cortesía.

La entrada de Gustav Krug confirió un nuevo impulso a la producción musical de Nietzsche, que hasta ese momento había cedido no poco su puesto a la literaria. Sus primeros trabajos para «Germania» fueron piezas para un Oratorio de Navidad. Daba curso en ellas a ideas reformistas que expuso largamente a sus dos amigos en una extensa carta del 14 de enero de 1861: el Oratorio debía tener un carácter unitario, todas las adiciones profanas tenían que ser eliminadas; de ser posible, no debía conservarse nada que no pudiera ser cantado y de no poderse evitar tal,

el recitativo tenía que ser sustituido por la palabra hablada acompañada de música, o sea, por melodrama (ya realizado por Schumann en su «Manfred») o incluso por interludios puramente instrumentales, «cuadros tonales». Y efectivamente, tanto los esbozos para una Misa (1858-59), como los correspondientes a este Oratorio de Navidad contienen piezas puramente instrumentales de duración inusitada, e incluso hay piezas corales compuestas sin texto. La idea musical se revela como primaria[125].

Para Nietzsche el oratorio era absolutamente superior a la ópera, en su condición de género artístico de naturaleza más noble y más pura, lo que —entre otras cosas— excluye para estos años cualquier posible entusiasmo wagneriano.

A los primeros tiempos en Pforta tienen, sin duda, que corresponder los extensos y ricos esbozos para una misa, y eventualmente también para un réquiem, objetivo de cara al que se hizo enviar gran cantidad de papel musical de su casa. Al igual que la misa, también un motete titulado «Jesús, sustento mío» quedó en estado fragmentario. Se conserva asimismo la copia en limpio de un «miserere» para coro *a capella* a cinco voces, fechada el 4 de julio de 1860. Entretanto compuso, para interpretarla en Navidades de 1859, con su hermana, una fantasía para piano a cuatro manos. A partir de 1860 se entregó, de todos modos, centralmente al proyecto de su «Oratorio de Navidad». Entre los envíos mensuales a «Germania» dominan piezas, completas como tales, de esta obra. Obra que en cuanto todo, quedó truncada, hasta el punto de que a pesar de sus muchos elementos conservados, no puede ser reconstruida en lo que hace a su plan conjunto. Debió ser concebida y planeada con indudable grandiosidad, pero poco después de la fecha de su confirmación, el 10 de marzo de 1861, Nietzsche abandonó la obra y con ella la temática religiosa en general. Aunó y arregló tres piezas instrumentales de la misma —«Mundo pagano», «En espera de la estrella» y «La muerte real»— como fantasías para piano a cuatro manos y las envió como trabajo a «Germania» en agosto de 1861 bajo el *motto* «El dolor es el tono básico de la naturaleza» (tomado de Justinus Kerner) como título. Ya en septiembre le ocupaba una «composición sinfónica», «Ermanarich», en la estela musical de la «Hungaria» de Franz Liszt.

De todos modos, mucho más importante que sus propias composiciones de estos años vino a ser para él un cambio operado en su gusto musical. Se trata de un cambio debido, indudablemente, a la influencia de Gustav Krug. Ya cuando la fundación de «Germania» se decidió adquirir para el grupo la *Revista de Música* que por aquellas fechas había tomado ya partido a favor de Richard Wagner y su obra. En marzo de 1861 Gustav Krug dio una conferencia a sus amigos sobre «algunas escenas de Tristán e Isolda», y en las mismas vacaciones de Pascua debió interpretar ya ante Nietzsche algo de la partitura para piano de *Tristán*. En abril Krug escribía, en efecto, a Nietzsche: «Inmediatamente después de las vacaciones devolví

Tristán e Isolda, de la que tú por desgracia sólo has oído más o menos la mitad. Y precisamente el segundo y el tercer acto son maravillosos, aunque en un principio el segundo no resulte del todo comprensible y pueda fatigar algo. Pero una vez escuchado varias veces, cabe penetrar en sus grandes bellezas, y bien podría decirse que el segundo acto representa la culminación de la ópera. Espero oír contigo *Tristán e Isolda* en Weimar, en la Asamblea de Artistas Tonales, según creo, que de acuerdo con la última revista musical, tendrá lugar en esa ciudad entre el 3 y el 8 de agosto.» *

De esta visita no salió nada, pero la propaganda de Krug a favor de Wagner se hizo cada vez más intensa. Habló a sus amigos de la escuela neoalemana de música, de la obertura del *Fausto* de Wagner, del *Oro del Rhin*, y en abril de 1862 adquirió, para «Germania», en lugar del correspondiente libro, y contraviniendo así los estatutos, la partitura para piano de *Tristán e Isolda*. Con ello creía poder ganar a Nietzsche para la causa wagneriana, pero lo que siguió a esta transgresión fue un serio conflicto. Conservamos del propio Nietzsche sólo una manifestación sobre la música de Wagner correspondiente a esta época. Figura en un fragmento sobre la esencia de la música[2]. En la primera parte, que no se ha conservado, debía hablar de la composición, formalmente muy estricta, a base de fugas, y de que hay hombres a los que tal cosa emociona, hombres que se sienten afectados en su sensibilidad por ella. Y proseguía: «Pero ante ti y tu capacidad mental no deja de haber quien prefiere mover la cabeza cuando te ve como fulminado por el poder de la música ante las hojas apasionadas de *Tristán e Isolda*. Ambas cosas, tanto las contrafugas de Albrechtsberger ** como las escenas amorosas de Wagner, son música; algo deben tener en común; la esencia de la música. El sentimiento no es criterio alguno de medida para la música.» Ya aquí vienen a condensarse para él ámbitos enunciativos musicales en personalidades que pasan a ser asumidas como símbolos, como más tarde vendría a ocurrir con la antítesis Wagner/Bizet, en la que cristalizaría su superación del romanticismo y del idealismo a favor del realismo.

Joh. Georg Albechtsberger fue profesor de teoría de la composición de Beethoven en 1794. Como compositor era ya demasiado conservador para su tiempo, y pasó prácticamente desapercibido, aunque sus escritos teóricos eran muy valiosos y su manual fue durante mucho tiempo uno de los pilares de la técnica contrapuntística. El propio Nietzsche estudió de manera autodidacta en este manual y sus composiciones hasta el Oratorio de Navidad muestran claramente, en su linealidad desarrollada a menudo con dureza y sin compromisos, la influencia de esta orientación artística.

* Krug a Nietzsche, aprox. abril 1861[8].

** J. G. Albrechtsberger, 1736-1809, contemporáneo, pues, casi de Jos. Haydn, organista de la corte a partir de 1772 en la Catedral de Stefan de Viena.

En el *Tristán* de Wagner lo que se le ofrecía era —saltando por encima del entero clasicismo musical— exactamente lo contrario; el dominio ya no de los órdenes lineales (horizontales), sino el de los armónicos (verticales): y una y otra cosa es música, una y otra cosa son reconocidas y asumidas por Nietzsche como música. Busca un denominador común, sin encontrarlo; pero el problema está ahí, y lo va a tener planteado, desasosegándole, de por vida; y es Wagner quien está en el comienzo y en el final de este desasosiego; al comienzo, como superador de estructuras preclásicas; al final, como romanticismo superado.

Así, pues, ya en 1862 tenía Nietzsche que habérselas con la vivencia wagneriana, aunque el modo como mucho después dejaría constancia de este recuerdo en *Ecce Homo* tal vez haya contribuido a exagerar la realidad: «Desde el instante en que hubo una partitura para piano del *Tristán* —¡muchas gracias, señor von Bülow!— fui wagneriano.» El talante general de Nietzsche respecto de la música hasta su encuentro personal con Wagner permite, de todos modos, inferir que el entusiasmo no debió apoderarse de él de un modo tan abrupto e incondicional. Lo que a su hermana no le impide, por supuesto, informar de ello en los siguientes términos[88]: «Recuerdo que las vacaciones de otoño de 1862 fueron aprovechadas por mi hermano y su amigo Gustav para interpretar partituras para piano de la mañana a la noche. Como el padre de Gustav rendía un culto exclusivo a la música clásica, estas orgías wagnerianas tenían lugar en nuestra casa. Una vez que Fritz me preguntó "si no era maravilloso", tuve que reconocerle, no sin escrúpulos, que a mí esa música no acababa de convencerme. Dudo además que la interpretación de ambos jóvenes hubiera podido gustar entonces a alguien. Ninguno de los dos había escuchado la ópera y no estaba, en consecuencia, en condiciones de acentuar la melodía más allá de la desmesura tonal. Armaban un ruido terrible; el canto de sus potentes voces hacía pensar a veces en un alarido.»

Por muy importante que al ojo retrospectivo pueda parecerle este encuentro juvenil con el *Tristán*, en modo alguno representa un acontecimiento espiritul decisivo, ni menos *el* acontecimiento espiritual decisivo de estos años de Pforta. El domingo 10 de marzo de 1861, Nietzsche recibió la confirmación juntamente con Deussen, que nos informa en este sentido[73]: «Recuerdo muy bien el estado de ánimo sagrado, flotante sobre el mundo, que nos embargaba durante las semanas anteriores y posteriores a la confirmación. Nos hubiéramos declarado dispuestos incluso a entregar nuestras vidas para estar con Cristo, y todos nuestros pensamientos, sentimientos e impulsos irradiaban una felicidad supraterrena, que no podía durar mucho, por supuesto, dada su condición de pequeña planta artificialmente cultivada, llamada a secarse bajo la presión del estudio y de la vida cotidiana tan rápidamente como había brotado. Aún así, cierta credulidad se mantuvo en nosotros hasta el examen final del Bachillerato, e incluso algo más. Poco a poco, y sin estridencias, fue haciendo crisis, de todos modos, por obra del exigente método histórico-crítico con el que en Pforta se trataba a los antiguos y que del modo más natural venía a ser aplicado también, al fin, al dominio bíblico.»

Deussen confiere aquí un valor causal al momento emancipatorio. Y sin embargo, el joven Nietzsche jamás se ocupó intensivamente del Cristianismo; en cualquier caso, no le dedicó más atención que a cualquier otro fenómeno histórico. Incluso menos, por mucho que al hilo de su Confirmación pudiera embargarle la correspondiente emoción.

¿Cuáles eran los objetos de su reflexión y de su impulso productivo en aquella época? Poemas, composiciones, Byron, una leyenda nórdica de gran aliento (Ermanarich) y un gran problema filosófico. Del Cristianismo, nada. Durante algún tiempo le quedó un hábito familiar y una ley heredada, a la que obedeció y de la que se sabía deudor. Pero la dirección de su espíritu no vino determinada por el Cristianismo. Por otra parte, su total entrega a la música, pocos meses después de su Confirmación, en el verano de 1861, nos es ya conocida.

Sólo cuando al año siguiente, en 1862, y partiendo de un problema filosófico de mayor cuantía, puso sus ojos en el Cristianismo, pasó éste a convertirse en objeto de su reflexión; pero de una reflexión de carácter más bien crítico desde un principio. Y sin embargo, guardó silencio sobre ello, sobre todo frente a su madre. Y con razón, dado que no dejó de dar un duro golpe a su madre y a su tía Rosalie, que se negaban a aceptar cualquier posible vacilación en su fe, cuando en noviembre de 1861 recomendó a su hermana la lectura de la *Historia de la Iglesia* y de la *Vida de Jesús* de Hase, el «inteligente defensor del racionalismo ideal».

Acaso por razones parecidas tuvo un «desacuerdo» y un «desgarro» con su madre en las Pascuas de 1861, por los que en abril le pidió disculpas. En cualquier caso, desde este momento y hasta su decisión —de consecuencias de orden también externo— en Bonn, guardó sus ideas críticas sobre el Cristianismo para sí y para sus amigos de «Germania». Su madre y su hermana quedaron, a partir de ese momento, tan excluidas de su auténtica vida espiritual como sus profesores.

Los poemas de esta época tienen tan escasa importancia como los del periodo de Naumburg; pero antes y después del viaje del verano de 1861, que le llevó, pasando por Plauen y Nürnberg a los bosques de Bohemia, comenzó a ejercer la materia histórica un atractivo tan grande sobre él, que se entregó a ella, con interrupciones, hasta agosto de 1865. Se trata, en realidad, del ciclo legendario del rey de los godos orientales Ermanarich, con el que entró por vez primera en contacto, sin duda, en las clases de lengua y literatura alemanas de Koberstein.

Con evidente injusticia se ha subrayado siempre la dedicación de Nietzsche, en los últimos años de Pforta, al poeta gnómico griego Teognis, sin duda bajo la impresión de su ulterior carrera filológica y de la similitud de su ideal aristocratizante con el del Teognis. Pero, en realidad, su en-

trega a Teognis no se salió, por aquellas fechas, del marco de los trabajos escolares, sin participación interior esencial alguna.

Por la figura de Ermanarich y el mundo nórdico, de sangre heroica, se sintió, sin embargo, tan fascinado, que no se entregó a todo ello con los solos medios de la investigación histórica. Intentó, en efecto, hacer suya esta materia en el marco de un «poema sinfónico», construido con la ayuda de fragmentos dramáticos y poéticos. Al final se conformó, de todos modos, con una exposición crítico-literaria global, aunque «con el sentimiento de haberme metido tanto en la vieja leyenda que ahora, al despedirme de ella para largo tiempo no dejo de verme presa de un dolor innegable»[2].

De estas figuras y del campo histórico-mundial de sus luchas en la llanura del Danubio le atrajeron, sobre todo, las fuertes pasiones, que «en lo que a la leyenda popular afecta pueden ser acaso motivo de espanto, pero nunca objeto de censura moral, al menos en tanto fluyen originaria y puramente»; sí, la crueldad misma, «una crueldad a la que no falta cierta dignidad trágica», como escribe citando a Wilhelm Grimm.

Estudió con el mayor cuidado las fuentes, Jornandes, Saxo Grammaticus, las crónicas y el Edda, y se sintió como fulminado[2]: «Aquel crepúsculo de los dioses en el que el sol se ennegrece, la tierra se hunde en el mar, el torbellino ardiente devora el árbol del mundo que todo lo alimenta, y la lengua de fuego abrasa el cielo, es la invención más poderosa que haya podido dar de sí el genio de un hombre, algo sin par en la literatura de todos los tiempos, infinitamente audaz y terrible y capaz, a un tiempo, de ser vertido en tonos mágicos y tonificantes.»

Pero cuando intentó domeñar esta materia por vía musical vino a tener que reconocer en seguida con el sentido autocrítico que desde un principio le acompañó[4]: «No son godos, no son alemanes aquellos a los que he dado cuerpo... sino figuras húngaras; la materia ha sido trasladada del mundo germánico a la Puszta húngara, a la más profunda y ardiente alma húngara... De ahí que a las personas les falten los rasgos poderosos y las características protogermánicas; los sentimientos, que hierven con mayor fuerza, han sido modernizados; demasiada reflexión y demasiado poca fuerza de la naturaleza.» A la vista de esta vivencia y de esta penetración del joven de dieciséis años, ¿cómo no pensar en su posterior encuentro apasionado con Wagner y su rechazo de él?

Cuatro años largos vivió dedicado a esta materia y las estaciones de su entrega no dejan de resultar interesantes.

Del 3 de julio de 1861 data un trabajo todavía enteramente dependiente de una fuente, el Edda[2]. Ya en septiembre («el día de San Miguel») intenta conformar musicalmente las figuras y la acción en un «poema sinfónico» compuesto para piano a cuatro manos. La austera técnica de Albrechtsberger ha sido superada y el joven compositor ha entrado, bajo la influencia de Liszt, y concretamente de su «Hungaria», en el mundo de la música descriptiva. Pero por esta vía no acaba de dominar la conmoción que la materia le produce, y al final la composición se queda en un mero esbozo[125]. El 29 de abril de 1862 pasa a reorganizar la materia en un poema, pensando así en consumar un mejor dominio sobre la misma. En mayo dispone ya de «La muerte de Ermanarich», poema que envía a «Germania»[2]. Otra vez en septiembre (día de San Miguel, 1862) vuelve a la forma musical, esta vez a la composición para piano a dos manos, en cierto modo como partitura pianística de una composición pensada para gran orquesta. Es la primera de sus obras musicales en gran formato que acaba realmente. Formalmente, la composición viene determinada por un «programa» externo. Y, sin embargo, también las formulaciones musicales son primarias en este caso, dado que el «programa» no aparece hasta las anotaciones del siguiente mes de octubre de 1862[4]. El orden de sucesión que figura aquí, con las letras indicativas A-O, se corresponde exactamente con las partes y denominaciones de la composición de 1862, en tanto que no puede concordar con el esbozo de 1861 que, sin embargo, contiene ya todas las formulaciones musicales.

En noviembre de 1862 toman cuerpo un esbozo escénico y una serie de caracterizaciones de personajes; la idea de una reelaboración dramática cobra fuerza[2]. Por fin —en octubre de 1863— siguen estudios en profundidad de las fuentes, que dan lugar, en noviembre, a un trabajo erudito[2]. Y una vez más regresa Nietzsche al plan de una remodelación artística, en agosto de 1865, con un escenario para una ópera[2]. En este ir y venir, en este oscilar entre iluminación científica, histórico-crítica y filológica, por un lado, y reelaboración intuitiva, artístico-personal del problema con vistas a su dominación, por otro, se revela ya, y por vez primera, con toda su fuerza, lo fascinante, lo llamativamente ambiguo de Nietzsche: la doble naturaleza de su talento.

Precisamente estos trabajos le procuraron el conocimiento más próximo de uno de sus condiscípulos, con el que acabaría por mantener una larga amistad. Me refiero al joven barón Carl von Gersdorff.

Cuarenta años después, el 14 de septiembre de 1900, o sea, poco después de la muerte de Nietzsche, Gersdorff escribiría sobre ello a Peter Gast:

«Yo era alumno externo del viejo profesor August Koberstein, el conocido historiador de la literatura, que enseñaba lengua alemana también en el sexto curso. En su condición de alumno de este curso Nietzsche había hecho un trabajo autónomo, libre, histórico-crítico, sobre la leyenda de Ermanarich, y se lo había entregado a Koberstein. Para éste —que se deshizo en alabanzas de la erudición, agudeza, capacidad de establecer relaciones y maestría estilística de su alumno—, tal trabajo fue un singular motivo de alegría. Como Koberstein, que en la mesa acostumbraba a mantenerse en silencio, me había manifestado una actitud amistosa y propicia, aproveché la ocasión para entrar en contacto con Nietzsche. Ya al incor-

porarme al sexto curso me había dado cuenta en seguida de su superioridad espiritual sobre sus compañeros. Percibí que haría algo grande, de acuerdo con una evidencia que se me impuso. Por otra parte, la espontánea seriedad de su talante, y su capacidad para reducir al silencio toda muestra de vulgaridad o de extravagancia irresponsable, resultaban no menos atrayentes. Pero como mi trato con otros alumnos del curso me dificultaba la frecuentación de Nietzsche, al menos en la medida en que yo lo hubiera deseado, tuve que esperar aún medio año hasta que nuestras relaciones ganaran algo en intimidad... A partir del último curso nuestro trato se hizo más frecuente e íntimo. La música cooperó no poco a ello; todas las tardes nos encontrábamos, entre las siete y las siete y media, en la sala de música. No creo que Beethoven fuera capaz de improvisar tan deslumbrantemente como Nietzsche, por ejemplo, cuando estallaba una tormenta en el cielo.»

Nos encontramos aquí por vez primera con la gran impresión que hacía Nietzsche, improvisando al piano, en cuantos le oían. Una impresión que se repetiría hasta el final de sus días fueran aquéllos quienes fueran, hombres sencillos o de gran formación musical. De la fuerza liberadora que las tormentas ejercían sobre el estado de ánimo de Nietzsche da testimonio un párrafo de su diario[4]: «Ha oscurecido en la habitación. Enciendo una luz; el ojo del día nos contempla aún, de todos modos, con curiosidad a través de la ventana medio cerrada. Ojalá pudiera seguir mirando, hasta el centro mismo de este corazón, que es más claro que la luz, más rico en brumas que la tarde, más ágil y tembloroso que la voz que llega desde la lejanía, que tiembla profundamente y que se balancea como una gran campana que alguien pone en marcha al filo de una tormenta.

Y yo imploro una tormenta; ¿acaso el repicar de las campanas no atrae los rayos? ¡Bien, tormenta, acércate, haz sonar, purifica, sopla aromas de lluvia en mi naturaleza extenuada, sé bienvenida, sé por fin bienvenida! Tú, rayo primero, mira cómo te adentras hasta lo más profundo de mi corazón, mira cómo asciendes como una niebla larga y lívida. ¿Conoces al sombrío, al astuto? Ya mis ojos miran con luminosidad mayor, y mi mano se alarga hasta él para maldecirle, y el trueno se queja: y una voz resuena: "Quedad purificados".

Húmedo sofoco: mi corazón se agranda. Nada se mueve. Y ahí, un soplo leve, tiembla la hierba en la tierra —¡sé bienvenida, lluvia, tú que traes la calma, tú que vienes a liberarnos!—. Porque aquí todo está yermo, vacío, muerto; plántalo tú todo de nuevo.

¡Mira, un segundo golpe! ¡Incisivo y cortante en medio del corazón, un corazón que partes en dos! Y una voz resuena: "¡Espera!"

Y un aroma suave asciende desde el suelo, un viento sopla, y le sigue la tormenta, aullando y persiguiendo su presa. Arroja de sí y revuelve las hojas caídas. La lluvia anega alegremente la tormenta.

En el centro mismo del corazón, atravesándolo. ¡Tormenta y lluvia! ¡Rayo y trueno! Atravesándolo. Y una voz resuena: "¡Conviértete en un ser nuevo!".»

Este es el sentimiento vital que le caracterizaba a los veinte años, cuando el destino y la tarea aún latían en él oscura e ignotamente.

Dos años después se reconoce ya mejor en la tormenta. El 7 de abril de 1866 escribe, en efecto, a Gersdorff, que había oído improvisar al piano al alumno de último curso en medio de una tormenta, y que ahora estudiaba Germanística: «Ayer estalló una tormenta singularmente grandiosa en el cielo. Corrí a un monte próximo, llamado "Leusch" (tal vez puedas interpretarme la palabra) y encontré arriba una cabaña con un hombre que estaba sacrificando dos cabritos, y sus hijos. La tormenta se descargaba en toda su majestad con borrasca huracanada y pedrisco. Me sentí elevado al infinito... ¿Qué era para mí el hombre y su inquieta voluntad? ¿Qué era para mí el eterno "Tú debes", "Tú no debes"? ¡Qué diferentes la borrasca, el rayo, el granizo, potencias libres, sin ética! ¡Qué felices, qué fuertes son, voluntad pura, no oscurecida por el intelecto!»

Se siente próximo a la tormenta, en la tormenta se desvela su naturaleza, ahora y años después. «Quiero desaparecer en la oscura tormenta: y en mis últimos momentos quiero ser a un tiempo hombre y rayo», escribirá en el momento más alto de su creación, en la época del *Zaratustra*, en su libro de notas[1]. Como una tormenta que no resulta incompatible con la tenue luz de la reflexión puede ser interpretado también el primer trabajo filosófico en sentido genuino que el joven de diecisiete años compuso en marzo de 1862 para «Germania» y que en abril leyó a sus amigos, después de varios meses de dedicación al tema *Fatum e historia* y *Voluntad libre y fatum*[2].

Se trata de la primera erupción de su ser espiritual propio, aunque mitigada y domeñada por una consciencia alerta; de algo que no es sino un comienzo, evidentemente imperfecto, pero asumible ya, en cierto modo, como un programa de su entera vida y pensamiento. Casi todos sus temas importantes vienen apuntados ya en estas páginas, unos temas a los que a partir de este momento, tensado su ánimo en círculos más amplios y cada vez más rico en descubrimientos, volverá una y otra vez con pasión creciente y con lucidez cada vez más penetrante.

Hay que pensar en la fortaleza de Nietzsche, fruto de su herencia y de su educación, para poder sopesar la audacia de estos pensamientos tempranos. Sin que, por otra parte, quepa infravalorar el peso de esta herencia a la hora de comprobar cómo esta audacia en ningún momento muta en la arrogancia de una juventud que se sabe genial, sino que es y sigue siendo, incluso en los momentos en que su silenciosa consciencia viene a autoafirmarse con mayor fuerza, la manifestación de un talante cautivador.

«Si pudiéramos contemplar la doctrina cristiana y la historia de la

Iglesia con mirada exenta de todo prejuicio, nos veríamos obligados a expresar algunas conclusiones opuestas a las ideas generales vigentes. Pero claro, reducidos desde nuestros primeros días al yugo de la costumbre y de los prejuicios, frenados por las impresiones de nuestra infancia en la evolución natural de nuestro espíritu, y determinados en la formación de nuestro temperamento, nos creemos obligados casi a considerar como un delito la elección de un punto de vista más libre desde el que poder emitir un juicio no partidista y acorde con los tiempos sobre la religión y el Cristianismo.

Un intento de este tipo no es obra de varias semanas, sino de una vida.» Para no perder pie en «especulaciones estériles», es preciso tomar como única base la historia y las ciencias naturales. «Cuántas veces no se me habrá aparecido nuestra entera filosofía anterior como una torre babilónica: alzarse hasta el cielo es el objetivo de todos los grandes esfuerzos, el reino de los cielos en la tierra significa prácticamente lo mismo.

El desconsolador resultado ha sido una infinita confusión de ideas en el pueblo; grandes transformaciones habrán de ocurrir aún para que la masa comprenda que el Cristianismo descansa sobre conjeturas; la existencia de Dios, la inmortalidad, la autoridad de la Biblia, la inspiración y tantas otras cosas que nunca dejarán de ser problemas. He intentado negarlo todo. Pero destruir es fácil; edificar, en cambio, qué difícil. E incluso destruir parece más fácil de lo que es; estamos tan determinados por las impresiones de nuestra infancia, por las influencias de nuestros padres, por nuestra educación, y lo estamos hasta un nivel tan profundo de nuestro ser interior, que dichos prejuicios, profundamente arraigados, no pueden ser fácilmente removidos por argumentos racionales o mera voluntad. El poder de la costumbre, la necesidad de algo superior, la ruptura con todo lo establecido, la disolución de todas las formas sociales, la duda acerca de si durante dos milenios la humanidad no se habrá dejado extraviar por una falsa imagen, el sentimiento de la propia osadía y audacia insobornable: todo ello mantiene una lucha no resuelta, hasta que al final, una serie de experiencias dolorosas, de acontecimientos tristes en nuestro corazón, nos llevan de nuevo a la vieja fe infantil. De todos modos, observar la impresión que estas dudas causan sobre el ánimo tiene que ser, para cada cual, un hito importante de su propia historia cultural. No puede pensarse sino que algo tiene que permanecer firme, un resultado de toda aquella especulación, que no siempre es saber, sino que bien puede ser mera fe, sí, algo que incluso un sentimiento moral puede en ocasiones reanimar o dejar en suspenso.

Al igual que la costumbre es un resultado de una época, de un pueblo, de una disposición del espíritu, es la moral el resultado de una evolución general de la humanidad. Es la suma de todas las verdades para nuestro mundo; es posible que en el mundo infinito no signifique ya otra cosa que el resultado de una dirección del espíritu en el nuestro; es posible que a partir de los resultados de las verdades de los diferentes mundos evolucione de nuevo una verdad universal.

Apenas sabemos si la humanidad no será ella misma, ciertamente, otra cosa que un estadio, un periodo en lo general, en lo que deviene, si no será una manifestación arbitraria de Dios. ¿Acaso no es el hombre sino mera evolución de la piedra por mediación de la planta, animal? ¿No se habrá conseguido ya aquí su plenitud y no radicará también aquí la historia? ¿Carece este devenir eterno de final? ¿Cuáles son los motores de esta gran obra de relojería? Están ocultos, pero son los mismos en ese gran reloj que llamamos historia. La numeración horaria son los acontecimientos. Hora tras hora avanzan las agujas para comenzar de nuevo sonando ya las doce; irrumpe un nuevo periodo del mundo.» ...

Todo se mueve en círculos gigantescos, que giran unos en torno de otros a la vez que devienen; el hombre es uno de los círculos más interiores. Si quiere medir las oscilaciones de los que están en la periferia, tiene que abstraer de sí y de los que le quedan más cerca camino de los más amplios y englobantes. Los más próximos a él de éstos son la historia de los pueblos, de la sociedad y de la humanidad. La búsqueda del centro común de todas las oscilaciones, del círculo infinitamente pequeño, es tarea de la ciencia natural; puesto que el hombre busca, al mismo tiempo, en sí y para sí ese centro, ahora sabemos qué importancia única han de tener para nosotros la historia y la ciencia natural.

Pero en la medida en que el hombre es arrastrado a los círculos de la historia universal, surge esa lucha de la voluntad individual con la voluntad general; aquí viene a dibujar su presencia ese problema infinitamente importante que es el de la justificación del individuo respecto del pueblo, el del pueblo respecto de la humanidad, el de la humanidad respecto del mundo; aquí se dibuja, en fin, la relación fundamental entre *fatum* e *historia*.

La concepción más alta de la historia universal es imposible para los hombres; el gran historiador pasa a ser, igual que el gran filósofo, profeta; porque ambos hacen abstracción del círculo más interior camino del que queda más lejos.»

Pero ¿qué ocurre con el fatum?

«¿Acaso no se nos aparece y enfrenta todo en el espejo de nuestra propia personalidad? ¿Y no dan a un tiempo los acontecimientos el tono mismo de nuestro destino, en tanto que la fuerza y debilidad con que se nos aparece depende exclusivamente de nuestro temperamento?... ¿Qué es lo que arrastra con tal fuerza el alma de tantas gentes hacia lo vulgar, dificultando así su ascensión a un mayor vuelo de ideas? Una estructura fatalista del cráneo y de la columna vertebral, el estado y la naturaleza de sus padres, lo cotidiano de sus relaciones, lo común de su entorno, incluso lo monocorde de su lugar originario. Hemos sido in-

fluenciados sin llevar en nosotros la fuerza suficiente para contrarrestarlo, sin saber siquiera que somos influenciados. Renunciar a la propia autonomía por la aceptación inconsciente de impresiones externas, reprimir capacidades del alma por el poder de la costumbre y llenar, contra toda voluntad, el alma, hasta lo más profundo, con los gérmenes del extravío es, ciertamente, una experiencia dolorosa.

En medida mayor volvemos a encontrarnos con todo esto en la historia de los pueblos. Muchos pueblos afectados por los mismos acontecimientos han sido influenciados de modos muy distintos.

Querer imponer a la humanidad entera alguna forma especial de estado o de sociedad, sometiéndola a tales o cuales estereotipos es, por tanto, un proceder muy restrictivo. Todas las ideas sociales y comunistas adolecen de este error. Porque el hombre nunca es el mismo; tan pronto, sin embargo, como fuera posible revolucionar, por obra de una voluntad fuerte, el pasado entero del mundo, nos uniríamos a las filas de los dioses libres, y la historia universal no sería para nosotros otra cosa que un autoencantarnos en brazos de la ensoñación; cae el telón, y el hombre se encuentra de nuevo, como un niño que juega con mundos, como un niño que se despierta con la luz de la mañana y que borra de su frente los sueños terribles con una risa fresca.

La voluntad libre se presenta como lo sin ataduras, lo arbitrario, es lo infinitamente libre, oscilante, el espíritu. El fatum, en cambio, es una necesidad, salvo que optemos por creer que la historia de la humanidad es un extravío onírico, las quejas indecibles de los humanos meras imaginaciones, y nosotros mismos simples juguetes de nuestras propias fantasías. El fatum es la fuerza infinita de resistencia contra la libre voluntad; la libre voluntad sin fatum es tan escasamente pensable como el espíritu sin lo real, lo bueno sin lo malo. Porque sólo la contraposición da lugar a los rasgos característicos...

Tal vez la libre voluntad no sea, de modo similar a como el espíritu sólo es la substancia más infinitamente pequeña y lo bueno no puede ser sino la más sutil evolución de lo malo a partir de sí mismo, otra cosa que la potencia máxima del fatum...»

«En la medida en que el fatum se le aparece al hombre en el espejo de su propia personalidad, la libre voluntad individual y el fatum individual son dos aguerridos contrincantes, de ahí que "la entrega a la voluntad de Dios" y la "humildad" no sean a menudo sino coberturas del temor cobarde a asumir con decisión el propio destino y enfrentarse a él. Ahora bien, por mucho que el fatum se nos aparezca, en su condición de delimitador último como más potente que la libre voluntad, ello no debe llevarnos a olvidar dos cosas. Primero, que el fatum sólo es un concepto abstracto, una fuerza sin materia, que para el individuo sólo hay un fatum individual, que el fatum no es otra cosa que una concatenación de acontecimientos, que el hombre determina su propio fatum tan pronto como actúa y crea,

con ello, sus propios acontecimientos», y que su actividad no comienza con el nacimiento, sino ya en padres y antepasados.

«La voluntad libre no es, a su vez, otra cosa tampoco que una abstracción y significa la capacidad de actuar conscientemente, en tanto que como fatum entendemos el principio que nos dirige al actuar incoscientemente», sin que deje de estar en ello en juego siempre «una dirección de la voluntad», una dirección «que nosotros mismos no tenemos por qué tener ante nuestros ojos como un objeto». «Así, pues, si no asumimos el concepto de la acción inconsciente como un mero dejarse-llevar por impresiones anteriores, desaparece para nosotros la contraposición estricta entre fatum y libre voluntad y ambos conceptos se funden y borran en la idea de individualidad.

Cuanto más se alejan las cosas de lo inorgánico y más se amplía la formación y la cultura, tanto más sobresaliente se hace la individualidad, tanto más ricas y diversificadas sus características. ¿Qué son la fuerza interior, capaz de autodeterminarse a la acción, y las impresiones exteriores, su palanca evolutiva, sino voluntad libre y fatum?

En la voluntad libre se cifra para el individuo el principio de la singularización, de la separación respecto del todo, de la irrestricción absoluta; el fatum pone, sin embargo, al hombre en conexión de nuevo con la evolución general y le obliga, en la medida en que ésta busca dominarle, a poner en marcha libremente fuerzas reactivas; una voluntad libre absoluta, carente de fatum, haría del hombre un dios; el principio fatalista lo convertiría en mero autómata.»

Hemos reproducido este trabajo temprano de Nietzsche con una prolijidad a la que no volveremos a entregarnos a propósito de trabajos suyos posteriores, porque muestra ya todos los impulsos del pensamiento nitzscheano y porque dibuja también los contornos de los que luego serán sus problemas decisivos, por mucho que, obviamente, no proponga las poderosas soluciones que luego encontrará para ellos. Quien lo lea con atención encontrará ya todo prefigurado: la cismundaneidad del pensamiento de Nietzsche, en el que el hombre es siempre el centro, cuando no también el objetivo, y la repulsa de la entrega inerme a la Divinidad y de la humildad doblada de renuncia. Ataca aquí también ya al Cristianismo —por mucho que aún lo defienda como «mal comprendido»— en un punto tan esencial como el que volvemos a ver subrayado en un apunte contemporáneo[2] (27 de abril de 1862), en el que a la vez que afirma el Cristianismo como «cosa del corazón», se dirige contra todos los mundos situados en algún más allá: «Que Dios se haya hecho hombre quiere decir sólo que el hombre no ha de buscar su felicidad en lo infinito, sino sólo fundar su cielo sobre la tierra; la locura de un mundo sobreterrenal ha puesto a los espíritus humanos en una posición falsa respecto del terreno: ha sido, en realidad, el fruto de la infancia de los pueblos... En medio de las dudas y de las luchas más duras accede la Humanidad

a la edad viril: reconoce en sí el comienzo, la mitad, el final de la religión.»

También vienen prefigurados aquí, aún cuando sólo como tentación y ensayo: el ateísmo, la transvaloración de todos los valores de dos siglos, la penetración en la relatividad de los sistemas morales, la filosofía del devenir y de la inocencia del devenir. Y también vemos prefigurada la idea de que el hombre es algo que hay que superar: por primera vez toma en Nietzsche la palabra el superhombre, tal como pudo verlo en el Edda, en las figuras semimíticas de la leyenda de Ermanarich, en una conferencia dedicada a Byron, su poeta preferido, en diciembre de 1861 [2]. También viene ya prefigurada aquí la idea del eterno retorno y del filósofo e historiador como profeta y legislador, llamado a remover el pasado entero del mundo. Pero también la idea del *amor fati*, que luego vendría a tener un desarrollo tan extraordinario.

Igualmente encontramos prefiguradas las ideas supuestamente «positivistas» del llamado segundo periodo de Nietzsche en su referencia a la «estructura fatalista del cráneo y de la columna vertebral». Y la crítica de la consciencia y del espíritu y la problemática del individuo en la sociedad y en la historia. Con no menor claridad viene expresado aquí también el odio —que le acompañaría durante toda su vida— a la idea de la igualdad de los hombres, que ve en la base del socialismo y del comunismo. A ello hay que unir que el conjunto viene empapado del sentimiento de un hombre que está a caballo entre dos épocas y que medio temblando, medio inclinado a un gran sí de su alma, ve irrumpir una era nueva, un ulterior estadio evolutivo, en el que la humanidad, plenamente consciente de su fuerza y de su tarea, accederá a la «edad viril».

Capítulo 5
EL FINAL DEL PERIODO ESCOLAR

No es de extrañar que a un muchacho de diecisiete años al que movían este tipo de pensamientos y que era ya capaz de darles semejante forma, no pudieran satisfacerle ni la estrechez de miras de su piadosa casa materna, ni la escuela, ni los dos amigos de Naumburg con los que hasta el momento había contado. Por no aludir ya al hecho de que nada de todo ello habría podido procurarle el espacio espiritual en el que su naturaleza, tan raramente cerrada, casi autista, y a la vez, paradójicamente, tan expansiva, hubiera podido realmente comunicarse y entrar en discusión fructífera con fuerzas de intensidad pareja.

La madre estaba, ciertamente, orgullosa de su hijo, pero mucho más en su condición de buen alumno que en la de pensador en ciernes. Siempre estuvo al margen de esta dimensión. Le dejó afianzarse en ella sin esforzarse por comprender de qué se trataba, y menos de acompañarle. Su sentido eminentemente práctico le llevó a preocuparse de cuanto podía afectar al bien físico de su hijo; no le permitió, por otro lado, intemperancia alguna. Y, desde luego, jamás dio en mimarle. Pero nunca tuvo para él peso espiritual alguno. Su crítica jamás apuntó a su naturaleza ni a los peligros reales que le acechaban. Se centró en su conducta y en su éxito. Le admiraba y a la vez sentía, en ocasiones, miedo por él. Comunicó feliz a su padre que un pariente del niño de doce años le había dicho que se parecía a Lutero y que acabaría siendo un Lutero. Pero no dejó de aconsejar a su hijo una y otra vez que «no hiciera siempre cosas diferentes a las de los otros».

Vivía en un mundo espiritual de todo punto distinto. Su piedad, sencilla y un tanto estrecha, no conocía la duda —cosa que en su posterior difícil destino no dejaría de ayudarle a estar modélicamente a la altura de sus deberes como madre— y jamás dejó que duda alguna le llegara

desde fuera, ni siquiera del lado de su amado hijo. Este respetó siempre esta peculiaridad de su madre, pero sin poder evitar el consiguiente distanciamiento espiritual. Distanciamiento que no dejó de coexistir con su profunda vinculación primaria, en cuanto criatura, a ella, ahora y a lo largo de toda su vida, y con la dificultad que siempre experimentó para separarse externamente de ella, a pesar de los sufrimientos que tantas veces habría de causarle su incomprensión e incluso su tendencia posterior a inmiscuirse brutalmente en su forma de vida.

Muy característico y revelador respecto de la relación entre madre e hijo resulta un episodio que tuvo lugar en 1862 en Pforta, precisamente cuando Nietzsche acababa de convertirse en alumno del último curso. El mismo escribió sobre ello a su madre y hermana el 10 de noviembre: «¡Querida gente!... Todas las semanas incumbe a uno de los nuevos alumnos del último curso la inspección semanal de las dependencias escolares, esto es, tiene que apuntar en una hoja todo lo que precisa reparación en los cuartos, armarios, auditorios, etc., y entregarla después, con todas estas observaciones, en el cuarto de la inspección. La semana pasada me tocó a mí; se me ocurrió, sin embargo, hacer algo más picante este aburrido asunto con un poco de humor, y redacté la hoja de un modo tal que todas las observaciones aparecían en forma de bromas. Los severos señores profesores se asombraron mucho de que se pudieran hacer chistes sobre una cosa tan seria, me hicieron comparecer el sábado ante el sínodo y me condenaron a una pena no menor a tres horas de encierro y la pérdida de algunos paseos. Si pudiera reconocerme alguna otra culpa que la de la mera falta de precaución, la cosa me fastidiaría; pero como no puedo, no me he preocupado ni un momento por ello, limitándome a sacar la enseñanza de tener más cuidado en lo sucesivo con las bromas.» En este informe tan importante, a lo que parece, Nietzsche había escrito, entre otras, las siguientes cosas[88]: «En el auditorio tal y tal arden las lámparas tan parsimoniosamente, que los estudiantes se sienten tentados a encender sus propias lámparas... En la séptima clase acaban de pintar los bancos, y éstos muestran una indeseable tendencia a pegarse a los que los ocupan.» La pena a la que fue condenado le fue dictada a él mismo, con la observación de que «corría peligro su puesto de *primus*».

La madre tampoco tenía demasiado humor en lo que hace a esta historia, según parece, y escribió a su hijo[8]: «Gracias sean dadas a Dios por no tratarse de una trastada demasiado grande, pero si he de ser sincera te diré, querido Fritz, que hubiera esperado más tacto de ti. Vas a ser inculpado de nuevo de tu vanidad de empeñarte en hacer siempre cosas diferentes a las de los demás, y encuentro muy justo el castigo, porque me parece de una arrogancia intolerable lo que te has permitido frente a tus profesores. Hazme, pues, el favor de ser más cuidadoso en tu forma de pensar y de actuar, obedece siempre tu mejor voz interior, y permanece al resguardo de las inquietudes y luchas que notarás dentro de ti y en

torno a ti. Escríbeme pronto, querido hijo, pero no con el tratamiento "Querida gente", espero que te des tú mismo cuenta de que no es lo más adecuado para una madre.»

Según parece la madre siguió refiriéndose, más allá de estas manifestaciones, a la cosa, expresando su temor de que el hijo hubiera caído bajo alguna mala influencia, dado que el 19 de noviembre Nietzsche volvió a referirse al asunto: «Tengo en estos momentos una cantidad enorme de trabajo, aunque me encuentro mejor que nunca, tanto espiritual como físicamente. Estoy siempre de buen ánimo y trabajo con muchas ganas. No puedo comprender cómo eres capaz de preocuparte un solo momento por las consecuencias de aquella historia, ya que lo comprendiste bien y me razonaste el caso perfectamente en tu carta. Tendré cuidado de no volver a actuar precipitadamente; pero no creas que la cosa me ha complicado demasiado la vida. Que busquen Hinze y los otros lo que quieran en ello; sé perfectamente de qué se trataba y estoy muy tranquilo. Como te decía: estoy de mejor humor que nunca, mis trabajos avanzan, tengo un trato muy variado y agradable, en alguna influencia especial no hay ni qué pensar, ya que las personas que he tenido que conocer están todas muy por encima de mí. Hasta esta temperatura tan fría me resulta agradable. En fin, me encuentro muy bien y en absoluto tengo nada contra nadie, ni siquiera contra los profesores. Es comprensible que como tales no pudieran tomar la cosa de otro modo que como la tomaron.»

Es posible que la cortante seguridad en sí mismo con la que el muchacho de dieciocho años puntualiza y replica a su madre y el gran sentimiento de superioridad —y, por supuesto, también de soledad— con el que tan abiertamente se expresa ya, aunque actúe más en él como inquietud que como determinación, resulten un tanto extraños y den pie a cierto sentimiento de extrañeza. Pero se le comprenderá mejor si se lee una confesión destinada a sí mismo que escribió por aquellas fechas, bajo la influencia, según parece, de esta vivencia[2]: «Nada más errñneo que cualquier posible remordimiento por el pasado; tómeselo como es, sáquense consecuencias de él, pero continúese viviendo en calma, asúmase uno a sí mismo como un fenómeno cuyos diferentes rasgos forman un todo. Frente a los demás cultívese la tolerancia, a lo sumo puede llegar uno a lamentarse, pero nunca hay que entregarse al enfado, ni tampoco al entusiasmo por nadie; los demás están, todos ellos, ahí solamente para servir a nuestros fines. Quien mejor (sepa) dominar, será también quien mejor conozca a los hombres. Toda acción de la necesidad está justificada, toda acción que es útil es necesaria. Inmoral es toda acción que no procura necesariamente necesidad a otro; nosotros mismos dependemos grandemente de la opinión pública, tan pronto como sentimos remordimiento y dudamos de nosotros. Si una acción inmoral es necesaria, es moral para nosotros.»

¡Con la fuerza misma con que percibe lo incondicionado y relativo al destino de su propio ser, se niega a soportar el sentimiento de depen-

dencia respecto de una opinión pública, siente decididamente liberada su moral de la moral usual!

En esta época se produjo su distanciamiento respecto de sus amigos Wilhelm Pinder y Gustav Krug, a raíz de la disolución de «Germania» el verano de 1863. Las expectativas habían sido tensadas en exceso, las condiciones eran demasiado duras, y la crítica de Nietzsche había pasado a ser dura y segura de sí misma en demasía. Ya en estos años tempranos resulta perceptible ese rigorismo tan desagradable que el Nietzsche tardío vendría a mostrar frente a todos sus amigos, así como esa ironía crítica en la que muchos comentaristas apresurados han querido ver un síntoma de su enfermedad.

Los envíos a «Germania» de Wilhelm Pinder, que Nietzsche tenía que comentar como «cronista», fueron el pretexto. Sobre una traducción de dos poemas del altoalemán medio de abril de 1862 observa el cronista[2]: «... evidentemente, un trabajo muy superficial, en el que lo único que hay que alabar es el arte caligráfico del autor, muy notable y prometedor de rendimientos futuros».

Sobre un poema titulado «Prometeo» se expresa así: «Qué ideas puedan haber en el trasfondo de esta confusión conceptual verdaderamente babilónica es un enigma para mí, al igual que el sentido del siguiente poema.» Del modo más negativo desmenuza los «Nueve Poemas» enviados en junio de 1862. Después de muchas observaciones aisladas, prácticamente ofensivas, resume: «El conjunto me parece un ejercicio de rima y de escritura. La imitación de un sentimiento no sentido, y de un sentimiento tan noble, además, como el del amor, es algo que siempre se toma venganza. Tiene una perfección formal algo mayor, pero dado lo desaliñado de los metros y lo extravagante de las rimas, todo tendría que ser más exacto.» Y: «Por lo general el progreso, tanto en lo que hace a la forma poética como a las ideas, es irreconocible. Lo que coarta a W. Pinder y apenas le permite dar de sí un producto puramente lírico es cierta sequedad del sentimiento, cierta rigidez de la fantasía y una insatisfactoria elaboración formal, que me obligan a encarecerle máximamente la lectura de los poetas más recientes. Sólo una lectura atenta de los mismos, y un continuo ejercitarse en su estela, podrán llevarle a conseguir el tanto y la seguridad necesarios, a evitar la retórica huera y a conferir a ideas atrayentes el adecuado ropaje suave, lleno de pliegues, hermosamente ordenado.»

Nada tiene, pues, de extraño que el interés que los amigos podían despertarse recíprocamente, ya bastante paralizado por aquellas fechas, desapareciera poco después enteramente. A partir del verano de 1862 los envíos de los amigos cesaron por completo. Ya nos hemos referido a cómo Nietzsche se mostró fiel, a pesar de todo, durante un año largo a la ficción de la asociación, cumpliendo mes tras mes con sus envíos hasta junio de 1863. En este momento, la crisis de la pubertad sacudió violentamente su sentimiento vital, haciéndole oscilar entre la veneración y la rebelión, entre el amor propio más cargado de orgullo y el más profundo autoodio. El mismo muchacho que, desde la fuerza más íntima de su ser era capaz de escribir, con la seguridad de un sonámbulo, aquellas ideas sobre *Fatum e historia*, se veía, al mismo tiempo, acosado por oscuros sueños, sufriendo por la rutina diaria, que le llevaba, como escribía quejándose a su hermana, a querer huir al corazón del bosque o a convertirse en carpintero, sin saber qué hacer con sus días, y ante un mundo que se le aparecía cargado de miseria:

No sé qué amo,
no tengo paz ni descanso,
no sé qué es lo que creo,
¿por qué vivo aún, para qué?

Atormentado por la falta de sentido de la vida, daba curso a su dolor en tonos cercanos a los de Heine:

Sería hermoso allegar el mundo
al ímpetu universal,
y escribir luego una revista
sobre el cosmos.

El hombre no es la digna imagen
de la Divinidad.

Cada día más hundido
También Dios me hizo
con mi carácter originario[2]*.

Idolatra las figuras de Shakespeare y Byron, en las que vislumbra una singular capacidad de supervivencia, pero se deshace a menudo en la nostalgia de la muerte, en la melancolía y el desprecio de sí mismo. En esta inquietud desborda ansiosamente con la lectura el marco del programa escolar de Pforta. A comienzos de 1862 es *Il principe* de Maquiavelo, al que sigue el americano Emerson, que acabaría por tener gran importancia para él; una y otra vez dedicó su atención, durante años, a este pensador, por el que se sentía sumamente atraído. Se compró también los finos cuadernos de la «Editorial de Clásicos Modernos» (Hofmann und Comp., Berlin), siendo ésta la vía por la que entró en contacto con las traducciones alemanas de Puschkin, Lermontov y Petöfi. Klaus Groth, Emanuel Geibel, Friedrich Rückert, Adalbert v. Chamisso, Hoffmann

* Poemas fechados en julio de 1862.

v. Fallersleben y Theodor Storm le inspiraron canciones. Particularmente incitado se sintió siempre, de todos modos, por Byron, a propósito de cuyos *Poemas hebreos* y *Foscari* se han conservado asimismo esbozos suyos de composiciones[125]. El mismo se encargó, como posteriormente su hermana, de destruir, en su mayor parte, los frutos literarios de esta época de crisis. De todos modos, gracias a uno de sus condiscípulos, Granier, que luego se haría médico, nos ha quedado una pieza muy significativa, un fragmento de novela con el título *Euphorion*, tal vez paródicamente inspirado en la figura goethiana del mismo nombre del *Segundo Fausto*[2]: «La temprana aurora juega en el cielo con mil colores. Pero se trata de un fuego de artificio ya muy visto, que me cansa. Mis ojos echan chispas de un modo muy distinto; temo que hagan arder agujeros en el cielo. Siento que he abandonado enteramente el capullo. Me conozco muy a fondo y sólo deseo encontrar la cabeza de mi otro yo para diseccionársela, o mi propia cabeza infantil con rizos dorados... ay... hace veinte años... un niño... un niño... qué extraña suena la palabra. ¿También yo he sido un niño, también yo he tenido que girar al compás del gastado mecanismo del mundo? Y ahora voy lenta y confortablemente —mera matraca de un molino con tambor— a remolque de esa cuerda a la que llaman fatum, hasta acabar podrido, hasta que el verdugo me soterre y sólo unas cuantas moscardas me aseguren aún un poco de inmortalidad?

Al hilo de estos pensamientos siento casi en mí una disposición a la risa. Pero entretanto, otra idea me inquieta: acaso surjan también de mis huesos florecillas, tal vez una "amable violeta" o incluso —precisamente cuando el verdugo defeque sobre mi tumba— un nomeolvides. Después llegarán los enamorados... ¡Repulsivo! ¡Repulsivo! ¡Qué podredumbre! Mientras saboreo todas estas ideas sobre mi futuro —porque me resulta más agradable pudrirme en la tierra húmeda que vegetar bajo el cielo azul, y más dulce hormiguear como un grueso gusano que ser un hombre, ese signo de interrogación flotante—, no deja de serenarme siempre el hecho de que hayan hombres por la calle, hombres limpios, decentes, divertidos, variopintos, que van de un lado a otro. ¿Qué son? Sepulcros blanqueados, como en algún sitio dijo algún judío.

En mi cuarto reina un silencio de muerte... Ante mí un tintero, en el que ahogar mi corazón, unas tijeras, para ir acostumbrándome a cortarme el cuello, manuscritos, para restregarme el cuerpo, y un orinal.

Frente a mí vive una monja, a la que visito de vez en cuando para gozar de su decencia. La conozco perfectamente, desde la cabeza al dedo gordo del pie, más exactamente de lo que me conozco a mí mismo. Antes era monja, una monja delgada y enjuta; yo era médico, y me las arreglé para que engordara en seguida. Con ella vive, en matrimonio temporal, su hermano, demasiado gordo y floreciente para mi gusto; me las ingenié también para adelgazarle, hasta hacerle parecer casi un cadáver. Morirá un día de éstos, lo que no deja de resultarme agradable, ya que así podré

diseccionarlo. Pero antes quisiera escribir la historia de mi vida, porque aparte del indudable interés que tiene, resulta de lo más instructiva de cara a hacer pronto de los jóvenes, viejos... en eso soy, sin duda, un maestro. ¿Quién la leerá? Mis otros yos, de los que en este valle de lágrimas tantos pululan. En este momento, Euphorion se reclinó un poco y comenzó a gemir, porque padecía de la espina dorsal...»

Nietzsche envió este fragmento, el 28 de julio de 1862, desde Gorenzen, donde pasaba sus vacaciones de verano, leyendo el *Emile* de Rousseau, componiendo piezas musicales, escribiendo poemas, y dedicado a la refutación del materialismo, a su condiscípulo Granier, que, a lo que parece, se sintió atraído por él, dado que buscaba en el cinismo la vía liberatoria de compulsiones y carencias propias de la pubertad muy similares a las suyas. Le escribió al hilo de este envío una carta en ese tono convulsamente ingenioso y jovial tan común en jóvenes inteligentes que atraviesan la pubertad —un tono que no volvemos, por cierto, a encontrar en Nietzsche—, en la que ya se advierte, por lo demás, la superación de esta fase: «Nada más escrito el primer capítulo... tiré por la borda, de puro asco, el plan de mi repugnante novela. Le envío el manuscrito del monstruo... para que haga usted con él el uso que tenga a bien. Al escribirlo rompí en una risa diabólica. Me parece difícil que la continuación pueda despertarle el apetito.»

Supo muy pronto que estas visiones fantasmales de sus sueños de la pubertad no le mantendrían preso mucho tiempo. Pero, por otra parte, tampoco veía un camino claro ante sí. Todo era en él inquietud, y en ocasiones parecía como si las manos más diversas —manos que no eran todas suyas— jugaran con el instrumento de su corazón y de su espíritu. Las ideas expresadas en *Fatum e historia* vinieron a ser, en su raíz primera, algo así como una erupción única, a la que siguió el descanso. Pero en la misma carta en la que transmite a su amigo Granier el cinismo salvaje del *Euphorion*, le envía dos poemas, «el primero, una prueba de mis canciones de iglesia, un género cuyo cultivo difícilmente podía usted suponer en mí; la otra, una pequeña pieza de vivencia propia, una pieza, créame, sobre la que bien podrá usted sonreírse, llevado de su gusto natural».

La primera irradia, ciertamente, por entero el espíritu de su piadoso hogar natal[2]:

1. *Me has llamado, Señor,*
y me apresuro
a acudir a las gradas de tu trono,
ante las que permanezco.
Lleno de amor,
los rayos de tu mirada
hacen blanco en mi corazón,
tan entrañablemente, tan dolorosamente,
que sólo puedo decirte: Señor, hacia Ti dirijo mi camino.

2. *Estaba perdido,*
ebrio de mi propio vértigo,
hundido,
condenado a la pasión y al tormento.
Te alzaste a lo lejos,
Tu mirada, indeciblemente
viva,
me hizo Tuyo: voy gozoso ahora hacia Ti, Señor.

La segunda es una típica canción de excursionista, muy en el estilo de Eichendorff, en la que la melancolía y la angustia cósmica se deshacen a la vista de la naturaleza; poco más que una lírica de alumno de último curso bien dotado, en tanto que la primera ostenta todos los rasgos de un oficio frío y malo.

La inquietud de esta época era de tal calibre que difícilmente hubiera podido ocultarla de puertas para fuera, por mucho que Nietzsche supiera dominarla. Pasó a odiar su propia probidad, y la de los demás. Se convirtió en un ser burlón, en absoluto dispuesto a disimular su espíritu crítico, como pudimos ver a propósito del episodio de su semana de inspector. Así se enajenó, por ejemplo, la benevolencia del médico de la institución, Zimmermann, al que llamó en el auditorio «viejo charlatán». Buscó contacto con los condiscípulos que se sometían menos disciplinadamente a la coacción escolar y que más despreciaban todo carrerismo. Resulta interesante, a este respecto, un testimonio de Deussen, a quien, según parece, no atormentaban estas tentaciones[73]: «El domingo por la tarde, de dos a tres, teníamos hora de repaso... Yo leía en Tito Livio precisamente el paso de Aníbal a través de los Alpes y estaba tan entusiasmado que pasada ya la hora, cuando los otros se habían apresurado ya a correr en busca de su libertad, me quedé aún un rato para acabar la lectura. En ese momento entró Nietzsche para recogerme, me pilló enfrascado en las páginas de Tito Livio, y me hizo víctima de un sermón de lo más severo: "¡O sea, que eso es lo que haces, esos son los medios a los que recurres para superar a tus camaradas y ganarte el favor de los profesores! Bueno, ya te hablarán más claro los otros". Avergonzado, reconocí mis fallos, y fui lo suficientemente débil como para pedir a Nietzsche que guardara silencio sobre la cosa, lo que me prometió y, desde luego, cumplió.»

Por estas fechas Nietzsche se allegó muy especialmente a un condiscípulo, Guido Meyer, muy dotado artísticamente, lo que llegó incluso a separarle durante un tiempo no breve de Deussen. Meyer era, como dice el propio Deussen[73], «guapo, amable y jovial, un excelente dibujante, también, de caricaturas, pero en constante guerra con los profesores y con el orden de la escuela... Estando ya en el séptimo curso tuvo que irse». En una carta del 1 de marzo de 1863, dirigida a su madre y hermana, Nietzsche se refiere al día en que a su amigo se le comunicó la expulsión como «el más triste de los que he pasado en Pforta». Hasta bien entrada la noche estuvo conversando con Stöckert, que más tarde marchó con él a Bonn, sobre la relación entre arte y moral, o bebió ponche con el ya citado Granier y otros compañeros, estando sin ningunas ganas de trabajar a la mañana siguiente. También se intercambiaron ideas sobre las «situaciones del corazón».

Después de la partida de Meyer ocurrió algo sobre lo que en el libro de castigos de Pforta se da, con fecha 14 de abril de 1863, la siguiente información: «El domingo Nietzsche y Richter bebieron, en la estación de Kösen, cuatro jarros de cerveza cada uno en el espacio de una hora. Como consecuencia de ello Nietzsche estaba borracho y Richter también, aunque de manera todavía más visible.» El profesor Kern se encontró con ambos en el camino de regreso a casa. Nietzsche fue destituido como *primus* y pasado a un tercer lugar. Se le privó, además, de una hora de su paseo dominical.

Esta vez se sintió realmente culpable frente a su madre, a la que informó el 16 de abril sobre este episodio en los siguientes términos: «No... tengo otra disculpa que la de no saber lo que puedo aguantar y, también, la de lo excitado de mi ánimo aquella tarde... Ya puedes imaginarte lo triste y deprimido que estoy, sobre todo y ante todo por crearte preocupaciones con una historia tan indigna... Estoy también tan enfadado conmigo, que no puedo avanzar en mis trabajos ni tampoco tranquilizarme... No necesito asegurarte que a partir de ahora voy a intentar contenerme y moderarme con todas mis fuerzas, porque me va a resultar muy necesario. Estaba demasiado seguro y ahora, por mucho que la cosa me desagrade, me he visto privado de esa seguridad.»

A partir de ese momento supo, ciertamente, concentrarse en su trabajo y cumplió, hasta el final, con todas sus tareas escolares, incluidas las matemáticas. Lo «indigno» de esta historia, la pérdida del autodominio en la embriaguez, le hizo temer el alcohol a partir de ese momento e incluso casi evitarlo en lo sucesivo. Exagera, sin duda, el pequeño exceso de Pforta cuando en *Ecce Homo* escribe[5]: «Cosa extraña, mientras que pequeñas dosis de alcohol, muy diluidas, me ocasionan esa extrema destemplanza, yo me convierto casi en un marinero cuando se trata de dosis *fuertes*. Ya de muchacho tenía yo en esto mi valentía. Escribir en una sola vigilia nocturna una larga disertación latina y además copiarla en limpio, poniendo en la pluma la ambición de imitar en rigor y concisión a mi modelo Salustio, y derramar sobre mi latín un poco de *grog* del mayor calibre, esto era algo que, ya cuando yo era alumno de la venerable Escuela de Pforta, no estaba reñido en absoluto con mi fisiología, y acaso tampoco con la de Salustio, aunque sí, desde luego, con la venerable Escuela de Pforta... Más tarde, hacia la mitad de mi vida, me decidí ciertamente, cada vez con mayor rigor, en contra de cualquier bebida "espirituosa".»

Después de este episodio vergonzoso, la crisis de pubertad real es-

talló enteramente en sus manifestaciones externas. Pero también vino interiormente a traducirse en la elaboración de algunos poemas, que nos lo revelan escindido entre dos polos, entre el Dios cristiano heredado de la tradición y la profunda desesperación respecto de cualquier posible verdad. De ahí que lo único que viniera aún a llenarle fuera una gran nostalgia de la muerte, esa nostalgia tantas veces perceptible en el genio alemán que despertaba[2]:

Para descansar
arrojé mi corazón palpitante,
y dejé caer sobre él placer, beneficios,
dolor, conocimiento, el peso de las montañas.
Cuando en las horas salvajes
se atormenta y oprime y estrecha,
lo que retuvo
se yergue hacia lo alto, llameante y abrasado.

Sobre todo ello escribí negro y grueso.
Y poco más quedó en las hojas
que la escritura
en caracteres sangrientos,
la escritura que a un sueño blanco
atrajo un Dios,
ese Dios era yo y ese sueño
se engañaba a sí y a mí mismo me engañaba.

Ay, si en mi cansancio del mundo
pudiera volar lejos,
y como la golondrina hacia el Sur
caminar hasta mi tumba:
el aroma de la tarde de estío alrededor mío,
y cintas doradas.
Aroma de las rosas de las coronas mortuorias
y risa infantil y discursos.

En estos versos de abril de 1863 resulta perceptible, hasta en la elección del vocabulario, la influencia de la lectura del poeta húngaro Petöfi, a algunos de cuyos poemas puso Nietzsche música un año después[125].

Lo que mantuvo, de todos modos, a Nietzsche aferrado a la vida y su curso diario fue, por una parte, su intenso trabajo de cara al último año escolar y, por otra, los planes para el futuro. Durante un año tuvo incluso la idea de dedicarse enteramente a la música, a su amada música: «Cuando no oigo música, todo se me aparece muerto», escribió el 27 de abril de 1863, desde la enfermería, a su madre.

En su actividad como compositor se produjo un cambio radical de los grandes planes de un Oratorio y de la poesía sinfónica a la pequeña forma lírica, que sería la dominante en él durante los años siguientes. Y así fueron surgiendo en los años de Pforta a partir del otoño de 1861 los «esbozos húngaros» para piano, de los que nos han quedado «La queja de los héroes», «Marcha húngara», «El baile de los gitanos», «Edes titok» («Dulce secreto»), «Noche de luna llena en el Puszta», a lo que hay que añadir «En memoria de nuestros ancestros, dos danzas polacas» e —inspirado por un poema de Klaus Groth—, «Por ahí va un arroyo», escribió un álbum para piano, y una canción. En líneas generales puede hablarse de un dominio absoluto, a partir de este momento, de la canción. La serie comienza con «Mi sitio ante la puerta» (Kl. Groth), a lo que siguen «De la época juvenil» (Fr. Rückert), «Oh tañer de las campanas en la noche invernal» (que hemos perdido), y «Cómo trepan los pámpanos entrelazados» (Hoffmann v. Fallersleben); entretanto surgen también «El anillo roto» (Eichendorff) como álbum y en forma de melodrama. Todavía en abril de 1863 comienza una «Gran sonata» para piano y en el programa de sus vacaciones de verano incluye su consumación; pero este es el momento en el que comienza también su primer gran descanso como compositor. Unicamente en el gozne entre los años 1863 y 1864 surge aún una pieza de cierta envergadura, y sólo bien entrado ya el otoño de 1864 revive como músico en una genuina «Canción de primavera del joven»[125]. En 1863 domina en principio, ante todo, la aspiración y el impulso al estudio científico, a la captación racional, incluso en la música, de lo que da testimonio el tratado en dos partes, de Pascuas de 1863, «Sobre lo demoníaco en la música». Por desgracia no nos ha quedado completo y sin pasos dudosos; es muy probable que los fragmentos «Sobre la esencia de la música»[2] tengan algo que ver con él, pero no son dicho tratado.

También los dogmas cristianos, los textos de los Evangelios, son sometidos a una consideración histórico-crítica. Junto a Emerson y la historia de la literatura de Bernhardy estudia, además, obras sobre Shakespeare, y Esquilo, así como una *Técnica del drama* (de Gustav Freytag, a lo que parece); el «oficio» literario, pues, junto con los problemas estéticos fundamentales, como, por ejemplo, determinaciones sobre lo bello. Pero dado lo universal de sus intereses, ¿a qué es a lo que definitivamente iba a dedicarse? En la citada carta del 27 de abril leemos: «De vez en cuando, y más de lo normal en mí, pienso sobre mi futuro; motivos externos e internos lo hacen un tanto dudoso e incierto. Es posible que aún fuera capaz de estudiar cualquier materia, pero al precio de tener la fuerza de desviarme de cuanto por otro lado pudiera interesarme. Escríbeme qué opinas al respecto; que estudiaré mucho es algo que tengo perfectamente claro, aunque no tanto allí donde lo que se me cuestiona, y se me cuestiona en todas partes, es un estudio cuyo único objetivo sea ganar lo necesario para vivir.» Y en la carta siguiente (2 de mayo): «Se deja uno llevar tan

fácilmente por preferencias momentáneas o por viejas tradiciones familiares o por tales o cuales deseos especiales, que la elección de profesión toma todo el aspecto de una lotería, en la que son muchos los billetes que circulan y muy pocos los premiados. En lo que a mí toca estoy, a decir verdad, en la desagradable situación de tener un número muy considerable de intereses repartidos por las materias más dispares, de manera que si opto por satisfacerlos me convertiré, sin duda, en un hombre culto, pero difícilmente en un profesional especializado. Veo, pues, muy claro que tendré que hacerme con algunos nuevos, por supuesto. Pero ¿a cuáles tendré que arrojar por la borda, a cuáles tendré que hacer tan infelices, siendo, como sin duda serán, mis hijos predilectos?»

La pregunta quedó, en principio, sin respuesta. Pero ya en septiembre de 1863 vio el bien que Pforta le había hecho obligándole «a orientar y ocupar durante seis largos años buena parte de sus fuerzas en el sentido de unos objetivos firmes. Aún no tengo esos seis años enteramente a mis espaldas; pero puedo considerar ya los resultados de esta época como algo ya consumado y operante, puesto que siento sus efectos en cuanto emprendo ahora.

Puedo, pues, sin duda por ello dirigir una mirada llena de gratitud hacia cuanto me afectó en el pasado, fueran penas o alegrías. Los acontecimientos me han guiado, ciertamente, hasta hoy como acostumbra a guiarse a los niños. Tal vez haya llegado, pues, el momento de tomar yo mismo las riendas de los acontecimientos, saliendo hacia la vida»[4].

El abrigo de los años primerizos y el extravío y la inquietud de los últimos años del muchacho han quedado ya, pues, atrás: «Y así se emancipa el hombre de cuanto un día le tuvo preso entre sus brazos; no necesita romper las cadenas, porque casi imperceptiblemente, como obedeciendo las órdenes de un Dios, caen ellas por sí mismas; y ¿dónde está el anillo que aún puede, al fin, abrazarlo? ¿Es el mundo? ¿Es Dios?»[4]*

Una y otra vez se hacía el joven Nietzsche consideraciones autocríticas como éstas, sobre todo al filo del cambio de año, que le procuraba cada vez la ocasión de volver la vista hacia atrás y reflexionar sobre cuanto había hecho y vivido, con una suerte de reflexión no exenta de profundos y casi dolorosos sentimientos de emoción. Una vez, a finales de 1863, dio cuerpo musical a estos sentimientos en una fantasía en gran estilo para violín y piano titulada «Noche Vieja»[125], que ensayó con su amigo musical Krug en las vacaciones de Navidad, esto es, a comienzos de enero de 1864, el único día que pasó entero en su casa de Naumburg. Un año después (en diciembre de 1864) escribió al respecto a su madre y hermana: «Lo he pasado muy bien en Gorenzen; la casa y el pueblo cubiertos de nieve, las iglesias al atardecer, la cabeza llena de melodías, el tío Oscar,

* «Mi vida», 18 de septiembre de 1863.

la piel de castor, la boda y yo en batín, el frío y muchas cosas alegres y serias. Todo junto le hacía a uno sentirse de buen ánimo. Un ánimo que me pareció que salía de las notas mismas al interpretar mi "Noche Vieja".»

En los versos de esta época todavía irrumpen, ciertamente, en ocasiones, las potencias oscuras en imágenes llamativas y rostros casi blasfemos, pero en términos generales puede decirse que el Nietzsche de los últimos años de Pforta estuvo más bien dominado por una disponibilidad y una apertura de espíritu casi colmadas de serenidad. Comenzaba ya, sin ser aún consciente, por supuesto, del cómo y del hacia dónde, a confiar en su naturaleza y en sus caminos. Es posible que a este proceso de tranquilización y aumento del sosiego coadyuvara la lectura, precisamente, del filósofo americano Emerson. En los días del verano de 1864 tomaba asiento, en efecto, en su casa de Naumburg, reflexionando con la pluma en la mano «sobre estados de ánimo»[4]. Daba curso a su voz interior y escuchaba: «Cuanto el alma no *puede* reflejar, cuanto no puede interesar al alma, es cosa que no llega a ella; pero como está en el poder de la voluntad hacer que el alma refleje y se interese por algo o no, al alma sólo llega lo que ella quiere. Y esto parece a muchos contradictorio; porque se acuerdan de cómo se resisten a determinadas sensaciones. Pero ¿qué determina en definitiva la voluntad? O ¡qué a menudo duerme la voluntad y sólo velan los impulsos e inclinaciones! Una de las inclinaciones más fuertes del alma, de todos modos, es cierta curiosidad, una tendencia a lo desusado, y esto es lo que explica por qué en ocasiones nos dejamos hundir en estados de ánimo desapacibles.»

Toman cuerpo así y se dibujan ante sus ojos rasgos fundamentales de su propia naturaleza: el poder de la voluntad, tan grande en él, la vigilia del espíritu, que percibe cómo esa misma voluntad aparentemente indomable «duerme a menudo y sólo velan los impulsos e inclinaciones», como leemos aquí. Este antagonismo seguirá moviéndole más tarde, y le llevará a formulaciones de todo punto distintas.

Sólo la lucha contra estos impulsos traerá consigo la plenitud: «La lucha es el alimento constante del alma que sabe sacar aún de sí suficiente belleza y dulzura.»

Confía en que el devenir sea un devenir hacia algo mejor: «Esto que ahora es tal vez tu felicidad entera o el dolor entero de tu corazón dentro de poco acaso no tenga sino el ropaje de un sentimiento más profundo y desaparezca, en consecuencia, por sí mismo cuando venga lo más alto.»

Y así se felicita de sus nervios irritables, de todas las aventuras espirituales, de las mutaciones y cambios de su espíritu: «Os saludo, estados de ánimo bienamados, cambio admirable de un alma atormentada, multiforme como la naturaleza misma, pero más grandiosa de lo que es la naturaleza, porque vosotros os acrecentáis constantemente, constantemente irrumpís hacia lo alto; el aroma de la planta, en cambio, no ha variado desde el día mismo de su creación. Yo no amo como amaba hace

semanas; mi talante en este momento no es el que era al ponerme a escribir.»

Confiando así en su fuerza evolutiva interna, centró toda su energía externa, a partir de agosto de 1864, en la superación de su examen final. Pero suponiendo que apuntara a un rendimiento homogéneo en todas las materias, hay que subrayar que tampoco en lo que hace a este último esfuerzo pudo sustraerse a sus «estados de ánimo». Porque descuidó hasta tal punto las matemáticas, en las que no encontraba sino aburrimiento, que el cuatro que obtuvo le hubiera costado por un pelo el certificado de madurez de no haber conseguido un rendimiento excepcional en su materia preferida, el griego. Entretanto había alcanzado ya claridad en lo relativo a su profesión. Cinco años después, en la primavera de 1869, escribió al respecto[4]: «Sólo en los últimos años de mi vida en Pforta abandoné, conociéndome al fin más exactamente a mí mismo, todo plan vital centrado en el arte; el hueco así abierto fue ocupado, desde ese mismo momento, por la filología.

Necesitaba un equilibrio frente a mis inclinaciones anteriores, tan cambiantes y cargadas de desasosiego, necesitaba una ciencia que pudiera y tuviera que ser cultivada con juicio templado, frialdad lógica y trabajo uniforme, sin que sus resultados dejaran necesariamente indiferente al corazón. Entonces creí encontrar todo esto en la filología... De haber tenido entonces profesores como los que conocí en el Instituto, estrechos de miras, desapasionados, preocupados sólo por los microanálisis, que de la ciencia no conocían otra cosa que el polvo erudito, lo último que se me hubiera ocurrido es elegir tal ciencia, una ciencia a cuyo servicio estaban semejantes chalanes. Pero ante mis ojos vivían filólogos como Steinhart, Keil, Corssen, Peter, hombres de mirada libre y ademán fresco, que en buena parte me dedicaron también una atención especial.»

Vamos a detenernos un momento en esta confesión. El tono frío y crítico con el que Nietzsche habla en ella de su propia eleccción de profesión resulta, sin duda, en buena parte retrotraíble al sentimiento de insatisfacción creciente que al cabo de un estudio de cinco años y con anterioridad incluso al ejercicio de esta profesión le dominaba ya claramente. Es evidente que Nietzsche no escogió la profesión de filólogo llevado de una inclinación elemental: esta profesión venía a llenar, para él, un «hueco», y representaba un intento de autolimitación que podía, a la vez, coincidir con una evasión posible respecto de algo que oscuramente presentía que tenía por fuerza que dejar «indiferente su corazón»; al mismo tiempo podía ganarse la vida con ella. En un principio, poco más, a decir verdad. Algo tenía, sin embargo, perfectamente claro al elegir esta profesión: el amor a la Antigüedad. Un amor al que permaneció fiel hasta el fin de sus días. Ya en el verano de 1864 escribía en su tantas veces citado esbozo autobiográfico[4] que esta inclinación había crecido en él paralelamente al deseo de limitarse científicamente: «Recuerdo

del modo más grato las primeras impresiones que causaron en mí Sófocles, Esquilo, Platón, sobre todo en aquella de sus piezas que aún es mi preferida, el *Banquete*, después los líricos griegos.» Al dar con este mundo dio, ciertamente, con un mundo con el que estaba íntimamente emparentado, y Pforta alimentó e hizo fructificar poderosamente su amor a este mundo. Sólo que Nietzsche nunca miró este mundo con los ojos del filólogo, aunque estudiara filología a fondo en Pforta; ya siendo alumno del último curso a quien realmente buscaba en este mundo era a sí mismo; buscaba hacerlo fructificar de cara a su propia cultura y a la cultura de su época. La filología no podía ser para él, nunca llegó a serlo, un fin en sí misma, por mucho que años después, y temporalmente, pudiera encontrar placer en sus técnicas y en la ayuda de sus métodos. Pasó a ser así un artista de la filología, que nunca le llenó, de todos modos, ni le satisfizo plenamente; su relación con la filología como ciencia fue desde un principio tan equívoca como inmediata, viva e incluso apasionada fue la relación que mantuvo con la Antigüedad.

Siendo alumno del último curso escribió un comentario al primer coro del *Edipo rey* de Sófocles en el que comenzaba ya a rastrear el origen de la tragedia[2]: «En tanto que el drama de los germanos se ha desarrollado a partir del epos, a partir de la narración épica de materias religiosas, el drama griego hunde sus raíces en la lírica, combinada con elementos musicales.» La impresión trágica tomó cuerpo entre los griegos «por la vía de las grandes escenas llenas de pathos, de los lirismos de gran aliento, en buena parte musicales, en los que la acción era de muy poca monta, en tanto que el sentimiento lírico lo era todo... El coro y las escenas llenas de pathos engloban, por tanto, uno de los momentos más importantes y decisivos de cara al éxito del drama: la música de la tragedia». No conocemos la reacción de sus profesores al razonamiento seguidamente desarrollado por Nietzsche, acerca de la negativa, por parte de los sensibles griegos, a rebajarse al sinsentido «en el que nuestra ópera se debate hoy —con la excepción de los geniales hallazgos y planes de reforma de Richard Wagner—, al monstruoso malentendido entre música y texto, entre tono y sentimiento», y a sus conclusiones: «Todas las observaciones nos llevan a la necesidad de subrayar un mérito característico de los trágicos: su condición no sólo de poetas, sino también de compositores. Aún más: eran ambas cosas, una iba de la mano de la otra, y si a eso añadimos que también en las disposiciones en grupo y a su consecuencia, la orquestación, el arte escénico, tenían, según todos los testimonios, una gran maestría, que incluso eran ellos mismos actores y hasta importantes..., venimos a encontrarnos con que en sus obras de arte, obras en las que las artes más sublimes se encuentran armoniosamente unidas, figura y opera ya lo que la más reciente escuela musical propone como ideal de la "obra de arte del futuro".» En estos términos sintetizaba el alumno de último curso su vivencia de la tragedia antigua. Su investigación filológica no era

para él sino un medio para sacarla a la luz del día. Las ideas aquí desarrolladas siguieron trabajando durante largos años en él hasta que después de su encuentro personal con Wagner vinieron a dar, finalmente, de sí la entera riqueza de su primer libro, *El origen de la tragedia a partir del espíritu de la música*.

Cuando se planteó la cuestión del tema a elegir por Nietzsche para su «trabajo final» —usualmente conocido bajo el nombre de trabajo de «valedicción»—, el joven profesor doctor Volkmann le recomendó una composición latina sobre el poeta elegíaco temprano Teognis de Megara. Nietzsche aceptó gustoso esta propuesta, porque vio abierta así una posibilidad para desarrollar agudeza filosófica y capacidad para rastrear interrelaciones reconstruyendo la importancia originaria de Teognis a partir del juicio histórico-literario tardío sobre el mismo, resituable en orden a aquélla. «Me he entregado», escribió el 12 de junio de 1864 a Krug y a Pinder, «nuevamente a una masa de conjeturas y fantasías, aunque pienso consumar el trabajo con todo rigor filológico y tan científicamente como me sea posible.» Este era, pues, su objetivo; elaborar, en cierto modo, y si puede hablarse así, una pieza para un examen de madurez. Se ha exagerado, de todos modos, la entrega personal de Nietzsche a la figura de Teognis, por lo menos en lo que hace a la época de Pforta. En un esbozo de la Introducción[2] leemos: «Me atrajo la confusión de los fragmentos. No lo ético. Lo problemático de los fragmentos. El correcto juicio de Welcker sobre la importancia del poeta para *Historia* y *ética*. κακός ἀγαθος Crítica del todo. Combinación e interrelación de lo que debe ir junto.»

El 8 de julio de 1864, pasando las vacaciones de verano en Naumburg, acabó el trabajo y en carta a Deussen se refirió a él en los siguientes términos: «El lunes por la mañana comencé a trabajar con el ánimo un poco vacilante, y escribí ese mismo día siete grandes páginas; el segundo día por la noche llevaba ya escritas 16; el tercero, 27. ¿No hay una buena progresión en estas cifras: 1 × 7, 2 × 8, 3 × 9? El jueves y hoy he escrito el resto; son 42 grandes páginas alargadas, que pasadas a limpio darán bien unas 60, acaso más... ¿Que si estoy contento? No, no. Pero no creo que hubiera podido decir algo mejor, ni siquiera esforzándome aún más. Algunas partes son aburridas. Otras lingüísticamente pobres. Aquí y allá incurro en alguna exageración, como cuando comparo Teognis con el Marqués de Posa. He incluido todos los apuntes y extractos que tenía ya hechos sobre Teognis. Lo que más me ha fastidiado es haber tenido a menudo que copiar trozos enteros. Cito tanto a Teognis, que creo que la mayor parte de sus fragmentos vienen citados en mi trabajo.»

Se ha afirmado posteriormente a menudo que Nietzsche vio en el aristócrata Teognis, campeón de la nobleza dórica, una naturaleza próxima a la suya, incluso que la ulterior transvaloración de todos los valores que Nietzsche llevó a cabo tuvo aquí su configuración primera. Pero de todo ello no cabe ni hablar en lo que hace a este trabajo de la época de Pforta.

Nietzsche lo único que señala es que Teognis luchó de manera central y apasionada al lado del partido de la nobleza contra el partido popular. Habría caracterizado a los nobles como los buenos, τοὺς ἀγαθούς, los titulares de toda religión verdadera, de toda justicia y de toda virtud, y al partido popular como los malos, τούς κακούς o δειλούς, esto es, aquellos en quienes se da toda corrupción de costumbres, toda falta de religiosidad y toda criminalidad. Y Nietzsche lo fundamenta y razona a partir de la situación histórica y personal de Teognis. Pero el propio Nietzsche en modo alguno se identifica, y así lo hace constar[2], con Teognis y su equiparación de bueno y malo con noble y plebeyo o rico y pobre. Todo lo contrario, caracteriza a Teognis como sigue[2]: «Teognis aparece como un gran señor feudal cultivado y venido a menos, con pasiones feudales, de las que gustaban en su época, lleno de odio mortal contra el pueblo ascendente, golpeado por un destino trágico que le moldea multidimensionalmente y dulcifica su carácter, llevándole a ofrecer la imagen de una naturaleza típica de aquella nobleza de sangre antigua, llena de espíritu, algo corrompida y ya poco tensa, situada en la frontera entre un tiempo viejo y una época nueva; una cabeza de Jano desgarrada, puesto que lo viejo le parece tan bello y codiciable como repugnante y odioso encuentra lo que emerge, con su equiparación de derechos; una cabeza característica de esas figuras nobles que representan a la aristocracia en vísperas de una revolución popular, a una aristocracia que se ve amenazada para siempre en sus privilegios y que se lanza a luchar con igual pasión tanto por la existencia de su casta como por su propia existencia.»

En el examen final de bachillerato, y a pesar de sus excelentes resultados en las tres materias fundamentales, Nietzsche no pudo ser liberado del examen oral por el cuatro que obtuvo en matemáticas; según informa su hermana, el propio Corssen habría hecho callar al matemático Buchbinder con las siguientes palabras: «¿Desea usted acaso que suspendamos al estudiante más dotado que ha tenido Pforta, al menos durante todo el tiempo que yo he estado aquí?»[88]

En cualquier caso, el 4 de septiembre de 1864 Nietzsche se presentaba en Naumburg habiendo acabado ya felizmente ese periodo de su formación. De acuerdo con un viejo uso de Pforta, el 7 de septiembre expresaba su agradecimiento, en una solemne fiesta de despedida, a Dios, al rey y a Pforta, a sus venerados maestros, a sus queridos condiscípulos, y tomaba posesión, al tiempo, de su certificado de madurez; todo ello con un nuevo objetivo a la vista: estudiar en Bonn. Para sí mismo escribió por aquellos días los siguientes versos[2]:

Una vez más y antes de seguir adelante
y dirigir mis miradas al frente,
elevo solitario mis manos
hacia Ti, hacia el que tiendo,

hacia Ti, a quien en lo más profundo de mi corazón
he consagrado solemnes altares,
a Ti, que en todo momento
con tu voz
una y otra vez me llamas.

Profundamente grabada arde
la palabra: al Dios desconocido.
¡Suyo soy, y aunque figure en el grupo de los impíos
nunca hasta ahora mismo he dejado de serlo!
Suyo soy, y siento las ataduras
que en la lucha me inmovilizan;
de poder volar,
entero me pondría a su servicio.

Quiero conocerte, desconocido,
a Ti, que tan profundamente me tienes en tus manos,
ahora que mi vida todo lo cruza como una tormenta.
¡Tú, inaprehensible, hermano mío!
Quiero conocerte, quiero incluso servirte.

Lo que Pforta significó para Nietzsche es del mayor peso en lo que hace a su evolución entera. Aquí fueron sentadas las bases, extraordinariamente sólidas, de su conocimiento de la Antigüedad, ese conocimiento que iba a determinar, en primera línea y durante muchos años, la dirección de su mirada. Aquí aprendió a concentrar su espíritu vacilante en el trabajo científico más riguroso. Aquí adquirió disciplina y autodominio, que sin duda le costaron esfuerzo, pero que, en definitiva, le resultaban necesarias y acordaban con su naturaleza misma. En años decisivos le faltó aquí, por supuesto, la influencia femenina directa, esa que en su casa materna le había pesado en demasía. Sólo un enamoramiento lleno de ensoñación parece haber tomado cuerpo en él a lo largo de esos años; un enamoramiento por Ana Redtel, la hermana de un condiscípulo que vivía en el muy cercano Bad Kösen. En septiembre de 1863 le regaló un volumen con composiciones propias, que se hizo pasar a limpio por un copista, y al que mandó encuadernar elegantemente, en cartón negro y con una viñeta dorada en el lomo, sin otra intervención de su propia mano que la correspondiente al título y a la dedicatoria[125]:

«Poemas rapsódicos a la señorita Ana Redtel, en septiembre del año 1863.» El contenido es el siguiente: 1. «De los años de juventud» (canción); 2. «Noche de luna llena en el Puszta» (piano); 3. «Edes titok» (piano); 4. «Marcha de asalto de Ermanarich» (piano; se trata, en realidad, de la «Marcha nupcial» del poema sinfónico); 5. «De la Czarda» (piano); 6. «Por ahí pasa un arroyo» (piano con letra); 7. «Hoja de álbum» (versión para piano del melodrama «El anillo roto»). Parece ser que Nietzsche hizo mucha música con la muchacha, a la que, sin duda, se refiere la pregunta que su amigo Wilhelm Pinder le hizo el 13 de octubre de 1863[8]: «Pero ¿cómo se llama esa señorita con la que tocas el piano?»

Ya el 29 de agosto había escrito a su madre y hermana: «El jueves por la tarde fuimos al campo con el tiempo más agradable del mundo. Lástima que no os uniérais, porque lo pasamos muy bien y nos divertimos mucho. Creo que bailé demasiado. La esposa del consejero secreto Redtel vino con sus hijas. Pienso visitarlas mucho porque me han invitado y son gente muy amable.»

Todavía en octubre de 1864 escribe desde Bonn: «Querida Lisbeth, si la señorita Anna Redtel está aún en Kösen, haz el favor de saludarla de mi parte y dile que cuantas veces estoy en el Café Kley a la vista de las magníficas Siete Montañas, tomo café y le envío mi saludo.»

De alguna posible amistad, unida a sentimientos tiernos, por algún condiscípulo, de las que eran usuales en los internados de aquella época, no sabemos, en cambio, nada; los impulsos de su corazón apuntaban siempre a mujeres delicadas, dotadas musicalmente y exigentes de caballerosidad.

En lo que a él mismo hace, la verdad es que no siempre lo tuvo fácil en Pforta, como ya hemos visto. Pasados cuatro años[4], todavía vemos cómo el sentimiento crítico es el dominante en una de sus miradas retrospectivas: «Cuando al cabo de una estancia de seis años en la Escuela de Pforta, maestra útil, pero severa, le dije adiós, partí para Bonn. Aquí me di cuenta, no sin asombro, de lo excelentemente instruido y a la vez tan maleducado que podía estar un estudiante de élite, como era yo entonces, al acceder a la Universidad. Porque aquel estudiante había cultivado mucho la autorreflexión, pero le faltaba toda habilidad para manifestar estos pensamientos. Lo desconocía todo de la influencia conformadora de las mujeres; creía conocer la vida a través de los libros y de los testimonios del pasado, y todo se le aparecía, sin embargo, como extraño y desagradable.»

Pero cuanto mejor se comprendía a sí mismo, cuanto mejor cumplía y más se entregaba a su tarea, tanto mayor iba siendo su gratitud para con Pforta[4/6]: «No veo cómo podría serle factible a quien le ha faltado a su debido tiempo una *buena escuela* retomar el camino justo. Quien está en esa situación no se conoce; va por la vida sin haber aprendido a ir por ella; el músculo flojo se traiciona a cada paso... Lo más deseable de todo sigue siendo una disciplina severa en *el momento adecuado*, sean cuales fueren las circunstancias; lo que quiere decir, simplemente, que se exija mucho de uno en esa edad en la que tal cosa enorgullece. Porque eso es lo que diferencia una escuela dura, que es una buena escuela, de cualquier otra: que se exige mucho; que se exige con severidad; que lo bueno, incluso lo excepcional, es exigido como normal; que la alabanza es rara, que

la indulgencia falta; que el juicio crítico apunta, con objetividad y dureza, a su blanco sin miramientos respecto de talento u origen. Una escuela así es lo que, desde cualquier punto de vista que se mire, se necesita: tanto en lo que hace a lo físico como en lo relativo al espíritu. ¡Nada más funesto que establecer divisiones en este sentido! Una misma disciplina es la que confiere su destreza al militar y al sabio. Y si se miran las cosas más de cerca, se percibe cómo no hay ningún sabio digno de ese nombre, ningún erudito en activo, que no tenga en el cuerpo los instintos de un verdadero y consumado militar. Formar en la fila, en el puesto que a uno le toca, pero presto siempre a dar un paso adelante; preferir el peligro a la comodidad; no sopesar lo permitido y lo no permitido en una balanza propia de un tendero; odiar lo mezquino, lo astuto, lo parasitario más que lo malo. ¿Qué se aprende en una escuela severa? Se aprende a obedecer y a mandar.»

Cuando Nietzsche dejó Pforta a los veinte años, daba una impresión sana, incluso fuerte. El propio médico caracterizaba su constitución como fuerte. Pero cuando su hermana informa que durante todo ese tiempo fue un muchacho absolutamente sano, igual que la familia de la que venía, no se ajusta en modo alguno, como vimos en su momento, a la verdad.

Dada la importancia creciente que fue adquiriendo la enfermedad en la vida y en el pensamiento de Nietzsche, parece conveniente alcanzar la mayor claridad posible al respecto, incluso en lo que hace a los años de Pforta. El embellecedor informe de la hermana parece menos adecuado para ello de lo que pueden resultarlo las propias confesiones de Nietzsche y, sobre todo, las anotaciones de los médicos en el diario oficial de la enfermería de Pforta. En lo relativo a las propias confesiones de Nietzsche, hay que señalar que en estos años reflexionó poco sobre sus enfermedades. Como cualquier joven sano, luchaba contra ellas, experimentándolas, simplemente, como impedimentos y molestias, con una sola excepción tal vez, como aún habremos de ver. Sus manifestaciones de la época son reservadas y no confieren demasiada importancia a las circunstancias físicas, como correspondía al talante viril de Pforta. Por otra parte, tenía la oportunidad de informar oralmente a su madre y hermana, a las que veía muy a menudo, sobre su estado, por lo que no es de extrañar que tengamos pocos apuntes suyos propios al respecto. Nos ha quedado, de todos modos, una observación escrita por él mismo, sobre su estado de salud de los años de Pforta. Pero se trata de una observación muy posterior, de la época de la locura. En la historia médica de Jena figura, con fecha 5 de septiembre de 1889, la siguiente entrada[197]: «Afirma haber padecido hasta los diecisiete años ataques epilépticos sin pérdida de consciencia.» Pero si a ello unimos el siguiente apunte del día anterior: «De vez en cuando clara perturbación de consciencia», queda clara la necesidad de desconfiar de esta confesión de perturbado mental. Y tanto

más cuanto que en las anotaciones médicas del diario de la enfermería de Pforta no figura alusión alguna a semejantes ataques, ni poseemos ningún otro posible testimonio contemporáneo en ese sentido.

El diario médico de Pforta revela[2], de todos modos, un número de enfermedades notablemente superior al que cabría esperar a la luz del informe de la hermana. Cosa tanto más digna de ser tenida en cuenta cuanto que en Pforta dominaba todo menos la blandura; dominaba, en realidad, una disciplina más bien espartana, teniendo que estar un interno declarada y reconocidamente enfermo para ser enviado al médico y a la enfermería. Reproducimos literalmente todos los datos sobre el tipo de enfermedad y las fechas registrados en este diario médico oficial de Pforta; hemos eliminado, simplemente, los números de registros, las referencias a la edad y los datos relativos de la naturaleza física del enfermo, que es, en cualquier caso, definida siempre como *fuerte:*

1859. Reumatismo, 15.-20.III; Catarro, 2.-9.XI.
1860. Catarro (30.XII.1859), 5.-16.I; Reumatismo (4.XII), 12.-26.VI.
1861. Jaqueca enfriamiento (18), 19.-27.I; Dolor reumático de cuello y de cabeza, a partir del 30.I; el 17.II viaja a casa (Naumburg) a pasar la convalecencia; Catarro, 28.-30.X; Jaqueca reumática, 4.-16.XI.
1862. Congestiones de cabeza, 7.-11.I; Dolor de cabeza, 4.-13.III; Catarro, 17.-24.VI; Congestiones de cabeza, 16.-25.VIII. (Observación): Nietzsche fue enviado a casa para acabar de curarse. Es una persona sana, de complexión recia, con una mirada sorprendentemente fija, miope y frecuentemente aquejado de jaquecas pasajeras. Su padre murió joven de un reblandecimiento cerebral, y fue engendrado tardíamente; el hijo, en la época en que su padre estaba ya enfermo. Todavía no resultan perceptibles signos preocupantes, pero la referencia a los antecedentes parece necesaria. Reumatismo, 24.-28.XI.
1863. Catarro, 2.-5.II; Catarro, 24.IV-5.V; Inflamación del oído, del *processus mastoidei ossis petrosi*, 7.-20.V; Diarrea, 12.-16.XII.
1864. Catarro, 11.-13.II; Congestiones de cabeza del 3 al 5.V.

En los catarros se trataba casi siempre de manifestaciones de enfriamiento, unidas a molestias en la respiración, afonía y dolores de cuello y de cabeza. Además de éstas, se presentaban a menudo otras más ligeras, que no eran tratadas médicamente. Por otra parte, no se habla aquí de las enfermedades contraídas por Nietzsche en su época de vacaciones y a las que él mismo hace aquí y allá referencia. A lo largo de todos estos años el dolor de cabeza fue un huésped constante de Nietzsche.

Llaman también la atención, por otra parte, los frecuentes ataques reumáticos. Sobre uno de éstos escribía a su madre a mediados de junio:

«El dolor ha cedido aún poco, y cuando ando y estoy de pie arrecia en seguida. Me paso, por lo tanto, la mayor parte del tiempo en la cama. Hoy tienen que ponerme un sinapismo en el pie.» Y acto seguido: «Ayer me pusieron una cantárida, fue una historia dolorosa.»

El doctor Zimmermann, el médico de la institución, trataba, pues, los dolores reumáticos con sinapismos, al igual que trataba la jaqueca recurriendo a la aplicación de ventosas y a las sanguijuelas. A mediados de enero de 1861 Nietzsche se sintió particularmente mal. «No me encuentro estos días nada bien», escribió a su madre, «pero no sé a qué se debe. Tengo constantemente dolor de cabeza, un dolor que siento en la cabeza entera; me duele además el cuello a cada movimiento, al igual que la garganta cuando respiro. Hace dos noches que no duermo, sintiendo alternativamente frío y sudor. No acabo de estar en plena posesión de mi consciencia, todo me parece un sueño.» Se enfrenta valientemente con su estado y prosigue: «Pienso, de todos modos, que si no hago nada contra ello, la cosa volverá a mejorar pronto.» Tuvo que instalarse, no obstante, en la enfermería «porque allí enfrente no puedo hacer nada ni, desde luego, trabajar». Zimmermann le prescribió ante todo reposo, pero el 30 de enero escribía nuevamente: «La jaqueca es tan intensa que no puedo trabajar nada. Además, el cuello me duele también, incluso siento esta vez molestias en la garganta. Llevo noches sin dormir de dolor. Estoy muy bajo de ánimo.»

Su tutor Buddensieg adjuntó a esta carta, por iniciativa propia, un informe médico según el cual la madre no tenía por qué preocuparse, dado que se trataba de un enfriamiento mal curado. «Por eso el doctor Zimmermann ha recetado sin compasión al robusto Fritz la aplicación de cuatro ventosas en la nuca.» Inmediatamente después sintió cierta mejoría, pero los dolores de cabeza volvieron «cada vez más violentamente». El 16 de febrero escribía a su madre: «El más pequeño esfuerzo con la cabeza me produce dolores. Ello me hace perder gran cantidad de lecciones, sin poder ir recuperando la materia por mi cuenta. Hoy me han vuelto a poner una cantárida detrás de cada oreja. No creo que sirva para mucho. ¡Si al menos pudiera dar cada día un largo paseo! De lo contrario, no veo cómo voy a mejorar. He llegado a pensar si no me convendría más bien ir un par de semanas a Naumburg, para curarme dando paseos.» Al día siguiente fue su madre a por él y lo llevó a casa. Allí vivió como había sido su deseo, regresando a fines de febrero a Pforta, aunque sin encontrarse todavía plenamente recuperado y viendo cómo volvían a aquejarle en seguida las jaquecas. Pero aprendió a resignarse: «Tengo que irme acostumbrando poco a poco a esto.»

Los enfriamientos no cesaron en este año de 1861. El 28 de octubre tuvo que instalarse nuevamente en la enfermería. «Tengo un pulso tremendamente rápido, el cuello hinchado y me duele la región occipital. Además, tengo constantemente escalofríos. Me siento como enmohecido.

Todo como el año pasado, en vísperas de aquella gran jaqueca.» Esta vez volvió, sin embargo, a encontrarse bien al cabo de pocos días.

Todas estas enfermedades muestran cierta proclividad del joven Nietzsche a inflamaciones infecciosas de garganta con fiebre y los correspondientes dolores de cabeza; durante el periodo de su cátedra en Basilea estas enfermedades de *influenza* volvieron a repetirse, desapareciendo en los años siguientes, aunque en las frías habitaciones en las que vivió usualmente en Italia estuvo sometido, casi ininterrumpidamente a los enfriamientos. De todos modos, es seguro que no deben ser puestos en relación con su posterior y grave enfermedad.

Particularmente grave fue el año 1862, como revela ya la más simple mirada al extracto, arriba transcrito, del diario médico; por otra parte, este año fue también, como ya vimos, el año de una grave crisis interior*. En agosto de 1862 las jaquecas se hicieron tan intensas, que tuvo que volver a la enfermería. El 25 de agosto escribía a su madre, que se había trasladado a Merseburg: «El señor doctor me ha aconsejado y permitido, pues, viajar hoy a Naumburg, para hacer allí mi cura de aguas y de paseos.» La observación arriba citada de Zimmermann en el diario médico revela que sus temores de enfermedad cerebral eran realmente serios. «Voy a trasladarme, pues, hoy lunes a mediodía a Naumburg, donde me instalaré en nuestro apartamento, dispuesto a llevar una vida tranquila, sin música y sin excitación alguna del tipo que sea. El señor doctor me ha dado las prescripciones dietéticas necesarias. No tienes, pues, que preocuparte en absoluto por mí, ni menos dejar Merseburg, donde eres, sin duda, muy necesaria. Es posible que lo mejor para mí sea precisamente esta vida tan solitaria que llevo, tan reducida a mí mismo, sin ayuda de nadie. No temas, pues, nada, querida mamá, te lo ruego. Si evito todo lo que me excita, los dolores de cabeza desaparecerán por sí solos. Pienso, de todos modos, quedarme algo más, a ver si acabo de raíz con ellos... La tía Rosalie se ocupará de mi vida cotidiana; por lo demás, tomo agua medicinal y polvos; lo que me resulta más desagradable es la frecuente excitación en la que caigo.» Esta enfermedad se prolongó hasta el día de San Miguel. Por desgracia, lo único que sabemos sobre su curso es lo que acabamos de transcribir. Lo que parece más nuevo en todo ello es la alusión a la «frecuente excitación», que a él mismo le desasosiega. ¿Es acaso el recuerdo de la misma lo que llevó al perturbado mental de 1889 a hablar de estado epiléptico sin pérdida de consciencia en su juventud? No deja de resultar curioso que él mismo llegara, a este respecto, a la idea de un medio curativo —al que, según parece, intentó allegarse tanto frente a Zimmermann como frente a su madre el año anterior—, a saber, la renuncia a su amada música y el recurso, en su lugar, a la soledad y a los

* Paso del «Oratorio de Navidad» al «Ermanarido»; fragmento de Euforion.

paseos. Desvío de la música que le «destrozaba los nervios»: he ahí el argumento con el que años después justificaría su desvío respecto de Wagner. En sus años más fructíferos, la soledad y el gusto por los paseos fueron, ciertamente, uno de los fundamentos de su existencia.

Las jaquecas volvieron, así como los insomnios; pero por lo general puede decirse que hasta el examen final de bachillerato consiguió librarse en una medida bastante aceptable de enfermedades graves. En cuanto a los dolores de cabeza de Nietzsche, su condición de jaquecas es algo que conocemos perfectamente gracias a una hipótesis tardía, pero sin duda cierta, de Möbius[168], que su hermana, que también padecía de este mal heredado del padre, hizo suya.

Capítulo 6
EN BONN

Una vez abandonado Pforta el 7 de septiembre de 1864, Nietzsche pasó sus primeros días de bachiller con su amigo Paul Deussen en su casa de Naumburg, con su madre y hermana. La elección a favor de la Universidad de Bonn había tenido ya lugar, y Nietzsche fue tan fiel a los deseos profundos de su madre, que se mandó reservar matrícula en la Facultad de Teología de Bonn. La madre y la hermana se sentían felices y orgullosas, y convirtieron estas dos semanas en Naumburg en una única fiesta en honor de los dos bachilleres.

Antes de partir para Bonn, ambos amigos emprendieron un viaje por el Rhin, que les llevó a casa de los padres de Deussen en Oberdreis. Antes del 25 de septiembre viajaron primero a Elberfeld, donde pasaron algunos días visitando a parientes y conocidos de Deussen; el 28 de trasladaron a Oberdreis. En Elberfeld se les unió un primo de Deussen, el joven comerciante Ernst Schnabel, «Divertido, ingenioso, vital hasta lo excesivo», escribió luego Deussen[73], «pero también irreflexivo hasta la punta de los dedos, Ernst Schnabel se unió a nuestra sociedad viajera, y llegó incluso a arrastrarnos a alguna que otra locura. Fuimos los tres a Königswinter, y embriagados de vino y amistad nos dejamos convencer, a pesar de lo limitado de nuestros medios, para alquilar unos caballos y cabalgar con ellos hasta Drachenfels. Es la única vez que he visto a Nietzsche a caballo. Estaba en tal estado que no se interesaba tanto por el hermoso paisaje como por las orejas de su caballo. Las medía una y otra vez, afirmando que no acababa de saber a ciencia cierta qué animal cabalgaba, si un caballo o un burro. A última hora de la tarde nuestra locura subió de grado. Recorrimos los tres las calles de la pequeña ciudad, ovacionando a cuanta muchacha vislumbrábamos a través de una ventana. En un momento en el que Nietzsche estaba tocando la flauta y suspirando —"amor,

dulce amor; amor dulce amor"—, Schnabel mantenía toda clase de conversaciones sin sentido con un pobre muchacho renano, que nos pedía un sitio para pasar la noche, y yo mismo, a su lado, no sabía qué hacer en semejante situación, salió bruscamente un hombre de una puerta, haciéndonos correr a fuerza de insultos y amenazas. Como expiación por este suceso —que no dejó, sin embargo, de ser algo aislado—, al día siguiente encargamos una botella de vino en la sala de música del *Berliner Hof* y purificamos nuestras almas con las maravillosas improvisaciones de Nietzsche. Por fin llegamos los tres a mi casa paterna en Oberdreis, donde gozamos aún, durante varias semanas, de una existencia sin preocupaciones, respirando el aire puro de montaña del Westerwald y frecuentando a padres y hermanos, amigos y amigas, que con sus idas y venidas llenaban de alegría la casa pastoral. El 15 de octubre celebramos el cumpleaños de mi madre y el de Nietzsche, y bajamos desde lo alto de las montañas del Westerwald hasta Neuwied, en el valle del Rhin, donde el vapor nos llevó en pocas horas a Bonn.»

Nietzsche, que se había propuesto dirigir más, a partir de este momento, sus ojos a las cosas de la vida real, comunicó a su madre y hermana en algunas cartas toda clase de observaciones de este viaje. De las señoras de Elberfeld le llamó la atención «su singular preferencia por las actitudes piadosas», que no impedía a las más jóvenes «vestirse elegantemente con abrigos muy ceñidos de cintura». Tuvo gran éxito con sus improvisaciones pianísticas. Sobre ello escribió el 27 de septiembre a casa: «... Se brindó con toda solemnidad en mi honor. Ernst está completamente encantado, como diría Lisbeth; donde estoy, tengo que tocar, se grita bravo, es cómico. Ayer por la tarde nos trasladamos a Schwelm, un balneario vecino, visitamos las montañas rojas, un lugar conocido del viejo Vehme y entramos en algunas cervecerías. Por la tarde toqué en el salón de la casa de huéspedes delante de un famoso director musical, cuya presencia allí ignoraba yo totalmente; después estaba con la boca abierta, diciéndome toda clase de cumplidos y animándome a unirme a su grupo coral aquella misma noche, cosa que, desde luego, no hice.»

Las impresiones de Nietzsche eran «fuertes, multicolores, sumamente variopintas». En Oberdreis le gustó especialmente la madre de Deussen, «una mujer de una cultura, finura de sentimientos, riqueza de conversación y capacidad de trabajo como difícilmente cabría encontrar otra... El pastor Deussen me parece, en cambio, bastante inferior a ella; es un hombre grande, educado y bondadoso, que no da siempre, sin embargo, demasiada impresión de consistencia». Y también Marie, la hermana de Deussen de dieciséis años, que le recordaba a su hermana Lisbeth, «razón por la cual no puedo negarle, naturalmente, mi preferencia especial», como escribía a su madre y hermana el 8 de octubre. El elevado estado de ánimo al que todos estos episodios le llevaron despertó en él nuevamente al compositor. En noviembre y comienzos de diciembre compuso doce

canciones, de las que nos han quedado nueve, porque las ofreció como regalo[125]: le envió a Marie Deussen un tomito maravillosamente encuadernado con cuatro canciones, haciendo notar al respecto en carta del 9 de diciembre dirigida a su madre y hermana: «He enviado a Marie Deussen con ocasión de su cumpleaños, que celebrará mañana, algunas canciones; creo que es una gentileza por mi parte, y en cualquier caso, el mejor modo que tengo de hacerle llegar mi reconocimiento.» De la casa de Deussen, de economía doméstica importante, y con un pensionado para señoritas incluido, le gustó, además, «un grupo de muchachas jóvenes, no particularmente guapas, pero de aspecto bondadoso, que parecen ser todas muy diligentes», así como también «la rara mezcla de sencillez y lujo». Se sentía recompensado: «Mis puntos de vista sobre la vida y las costumbres populares se enriquecen a diario. Me fijo en todo, en las peculiaridades de la comida, del trabajo, de la economía agraria, etc.» Estuvo en el bautizo de un hijo de campesinos, en el que se ofreció a los invitados café y patatas. «De eso se alimenta esta gente.»

En Bonn, a donde llegó el 16 de octubre con Deussen, prosiguió con estos intentos de liberarse de los libros y del cuarto de trabajo y de ganar contacto con la vida.

Después de visitar una docena de las más diversas habitaciones para estudiantes, alquilaron dos, una enfrente de otra, al maestro tornero Oldag, que ocupaba una vivienda que hacía esquina entre las calles de Bonn y de Gudenau, en el número 518 de la primera, donde almorzaban asimismo todos los días; entre las ventajas que Nietzsche encontraba a su nueva instalación estaba, precisamente, su proximidad a la casa natal de Beethoven.

Después de los seis años de la severa disciplina de Pforta, Nietzsche tenía ahora, en primera línea, la necesidad de actuar libremente y de llevar una vida estudiantil genuina, de la que, en cualquier caso, se hacía una imagen excesivamente confusa e idealizada. No se sentía particularmente atraído por la carrera teológica o, cuanto menos, filológica, en el sentido de asumirla como un objetivo consciente; se autoasumía más bien como «*studiosus liberalium artium* (entre las que infantilmente incluía la teología: ¡qué grave error de cálculo!), que miraba cargado de expectativas y esperanzas hacia un futuro incierto, pero demasiado poco experimentado todavía, por supuesto, como para poder determinar por mi cuenta la vida de Bonn de cara a un placer y un beneficio específica y singularmente míos.»* Buscaba más la vida y el arte que los libros y las aulas.

Ya en Naumburg había quedado de acuerdo con su madre y su tutor sobre la conveniencia de ingresar en una asociación estudiantil. Y así, el 23 de octubre de 1864 Nietzsche se convirtió en principiante de la corpo-

* Dos años después, el 10 de octubre de 1866, a su compañero de estudios Hermann Mushacke en Berlín.

ración estudiantil Franconia, juntamente con Deussen y toda una serie de antiguos alumnos de Pforta. Escogió esta corporación no sólo porque otros muchos ex alumnos de Pforta lo habían hecho también, sino asimismo porque, a diferencia de lo que ocurría en otras corporaciones de Bonn, pertenecían a ella numerosos filólogos, lo que sin duda hizo creer a Nietzsche en la posibilidad de encontrar allí unos intereses espirituales próximos a los suyos. Por otra parte, la práctica mayoría de los «francones» eran melómanos. Un antiguo interno de Pforta, Bruno Haushalter, igualmente filólogo, ofició de padrino suyo.

En un principio pareció entregarse totalmente a la vida corporativa. Pero por mucho que informe apasionadamente al respecto, no es posible zafarse de la impresión de que en todo momento tuvo que violentar, en aquel contexto, su naturaleza. Como ha informado su cofrade Hersting, que luego sería catedrático, Nietzsche «jamás fue un estudiante divertido y huyó siempre de todo exceso». Lo que no quiere decir, por supuesto, que no se esforzara por salir todo lo posible de su reserva natural. En cualquier caso, en un principio era muy estimado por sus compañeros. Sus dotes satíricas hacían de él un excelente colaborador del periódico humorístico de la corporación. Por otra parte, impulsó toda clase de chanzas poético-musicales, como la offenbachiada *Los francones en el cielo*[2]. Sus improvisaciones al piano no dejaron de tener también gran éxito. Sus cofrades le dieron el mote de «Caballero Gluck», que no dejaba de caracterizarle bastante bien. De todos modos, en ocasiones le encontraban demasiado burlón, sin darse cuenta en absoluto de lo que en este sentido escribía él mismo el 18 de febrero de 1865 a su madre y a su hermana: «a menudo me siento poco feliz, tengo accesos de mal humor y tiendo a mortificar a quienes me rodean, empezando por mí mismo». Lo que a sus compañeros de estudio les atraía, en realidad, más, es decir, los buenos ratos pasados frente a una cerveza, es cosa que pronto pasó a molestarle totalmente. Tampoco era dado a los enamoramientos. Aunque los versos que le dedicaron indican lo contrario, puede, sin duda, pensarse que se trata de pura ironía, o de que tras ellos alienta la sospecha, de todo punto infundada, de que su destinatario sabía disimular muy bien:

Muchas tragedias y romanzas
en las que tanta diversión encuentra
ha compuesto Gluck
poniéndoles además música.
Por las tardes cuando llega a casa
besa una boca roja;
y ahíto de té y de pasteles
aún encuentra tiempo para pasear a su perro.

En cualquier caso, ya por estas fechas prefería el té y los pasteles al

vino e incluso a la cerveza; una preferencia que con el tiempo no haría sino aumentar. La «boca roja» podría ser una alusión a la canción compuesta al modo de balada ardiente siguiendo el poema «A gusto y aún más a gusto» de Chamisso, en el que puede leerse:

tomar a gusto en la hora oscura el sol
en la clara mirada de tus ojos,
y beber de tu boca roja y dulce
las llamas abrasadoras[125].

En lo que hace a estos años de Bonn, de las vivencias eróticas de Nietzsche no nos ha quedado ningún testimonio suyo propio; según sus amigos y compañeros de estudios, en la medida en que se manifestaron en lo tocante a este punto, «no tuvo contacto alguno con mujer».

«En cuanto a la alusión al beso de la boca roja», escribe Deussen[73], «jamás percibí que Nietzsche se sintiera atraído por tales cosas. Voy a contar aquí, sin demasiado entusiasmo, una historia que merecería ser arrancada al pasado como aportación al modo de pensar de Nietzsche. Un día del mes de febrero de 1965 Nietzsche fue solo a Köln, hizo que un mozo de servicio le enseñara cuanto merecía ser visto en la ciudad, y al final le rogó que le llevara a un restaurante. Sólo que éste le llevó a una casa de mala nota. "Me vi", me contó Nietzsche al día siguiente, "rodeado de repente de media docena de apariciones en gasa y lentejuelas, que me miraban expectantes. Me quedé un rato sin saber qué decir ni qué hacer. Acto seguido me dirigí, casi instintivamente, al piano, como único ser con un alma en todo aquel grupo, y toqué algunos acordes. Conseguí liberarme de mi estupor, y salí a la calle."

De acuerdo con esto, y con cuanto sé de Nietzsche, tiendo a creer que le resultaban aplicables las palabras... *mulierem numquam attigit.*»*

Se han hecho toda clase de suposiciones respecto de este informe. Se ha creído, por ejemplo, que se trata de un error de memoria de Deussen, que la escena no pudo tener lugar así. Pero quien, como nosotros, aún pudo conocer bien a Deussen, no puede estar de acuerdo. Veinte años después de redactado este informe, Deussen tenía aún una memoria perfectamente intacta, y de una amplitud fuera de serie, y su carácter excluye por entero cualquier posible invención suya de esta historia. Cabe, ciertamente, que lo penoso del asunto le llevara a presentarlo de forma exageradamente anecdótica. Se ha querido, por otra parte, encontrar en la canción de Zaratustra «El desierto crece» evocaciones de esta escena de burdel, sacando la conclusión de que causó una fuerte impresión sobre la sexualidad de Nietzsche. O se ha tendido a creer que lo que aquí se contaba no era

* Jamás tocó mujer.

sino una pálida y debilitada imagen de una visita real a un burdel de Köln. Se ha hecho notar que en la corporación Franconia dominaba, en lo tocante al ámbito de la ciudad de Bonn, el principio de la castidad, de tal modo que para satisfacer sus necesidades sexuales los jóvenes acostumbraban a ir a Köln. Todos estos «problemas» han surgido, ciertamente, al hilo de la caza, por parte de los más recientes biógrafos, del origen de la infección luética que estaría en el origen de la parálisis sufrida por Nietzsche entre 1888 y 1889. El propio Thomas Mann se ha dejado llevar, por desgracia, de su fantasía literaria, haciendo gala de más conocimientos al respecto de los objetivamente posibles y acordes con la materia en discusión[159].

Los testimonios que nos han quedado de la época de Bonn no dan, de todos modos, pie alguno para poner en duda la narración de Deussen en su núcleo esencial. Ni tampoco para llevarla más allá de sus límites. Puede, ciertamente, que la vivencia con las damas del burdel de Köln animara la fantasía de Nietzsche e hiciera que se abrieran las esclusas que habían contenido su sexualidad. Una sexualidad que se habría descargado en los semestres de Leipzig, llevando así a Nietzsche a coger esa enfermedad que por culpa de una moral sexual burguesa falta de todo sentido y de la impotencia médica tantos estragos causaba en miles de estudiantes alemanes de la época.

Estas cuestiones pueden interesar más a fondo a los médicos; a nosotros solamente nos interesan en la medida en que puedan tener algún contenido de orden vital y espiritual importante a propósito de Nietzsche. Y lo erótico, y no digamos ya lo descarnadamente sexual, no lo tienen ni para este periodo de Bonn ni para muchos de los años siguientes. Por lo demás, que Nietzsche, un joven estudiante alemán de los años sesenta, con una moral sexual enmohecida, un estudiante de temperamento erótico indudablemente escaso, visitara o no un burdel, y cuándo, y si de hacerlo lo hiciera por mera curiosidad fisiológica —que es lo que más acorde vendría a resultar con él—, o porque acostumbraban a hacerlo casi todos sus compañeros de estudio, u obligado por una represión sexual retrotraíble a una moral burguesa que incluso pasados ya cincuenta años seguía sin dejar otra salida a los jóvenes académicos que el burdel, y si fue víctima o no de una infección luética que más de veintitrés años después le llevaría a la parálisis y a la enfermedad mental, es cosa que no podemos contemplar sino como una típica *querelle allemande*, por decirlo al modo francés. La propia enfermedad espiritual ulterior de Nietzsche nos importa únicamente en la medida en que pudo influir en su pensamiento y en su acción. Y no empezó a hacerlo de modo tangible hasta el año 1888, cuando perturbó su naturaleza primero y le llevó al derrumbe después. Lo que con anterioridad a ello muestra su vida y su pensamiento de extraordinario y poco común resulta, de todos modos, acorde siempre con esta naturaleza, una naturaleza de cuño tan personal, desde luego, con un destino tan propio

y un peso espiritual tan grande que cualquier otro ser menos tenso y menos rico hubiera parecido enfermo allí donde, en quien nos ocupa, lo único que había es una extensión vital hasta los límites mismos de lo en él natural y sano.

En los primeros semestres Nietzsche se esforzó, como ya hemos dicho, por hacer vida de relación. No dejó de visitar ninguna cervecería, ni de tomar parte en ninguna farra importante. Resistía bien la bebida, aunque sin ir más allá de los usos establecidos. Se sentía orgulloso de su cinta blanca-roja-dorada y de las celebridades que pertenecían a Franconia, como Treitschke, el historiador, y Spielhagen, el poeta. Frecuentaba la sala de esgrima, y aunque entre las prescripciones de la corporación no figuraba la de batirse en duelo, no dudó en hacerlo en una ocasión. Callejeando un día por el mercado se encontró, en efecto, con un miembro de otra corporación, Wilhelm Delius, por el que sentía no poca simpatía. Le abordó con el más amable de los gestos y le pidió que «saliera a habérselas con él», precisamente porque le caía bien. El duelo tuvo lugar. Delius recibió una fuerte herida en la frente y Nietzsche un rasguño en la nariz. Le quedó una pequeña cicatriz, que no le sentaba nada mal.

Pero entre sus compañeros de corporación no encontró ninguno del que pudiera decirse que llegó a estar verdaderamente cerca. Daba, sí, románticos paseos con algún pequeño grupo, al atardecer, a lo largo de las orillas del Rhin, cuando los fuegos de la vendimia brillaban en los montes. Pero le atraía mucho más la visita a las tumbas de Schumann, A. W. Schlegel y Arndt, y en ocasiones depositaba, en compañía de su casera y de la sobrina de ésta, una corona en la tumba de Schumann, en cuyo mundo musical vivía por entonces enteramente sumergido. O pasaba largas veladas con Deussen tomando una taza de té y leyendo alguna tragedia griega, pero tampoco con demasiado entusiasmo.

La vida de relación le llenaba cada vez menos; espiritualmente se sentía vacío. A ello hay que unir que iba siempre escaso de dinero. Apenas puede decirse que enviara una sola carta a su casa en la que no figuraran peticiones en este sentido. Bonn era una universidad cara, y Nietzsche tenía que ser muy cuidadoso con sus recursos. No era, en modo alguno, especialmente irreflexivo, pero las exigencias que imponía su vida de relación eran altas y, además, no quería privarse, en su condición de *stud. lib. art.*, de las facilidades y ventajas que en el orden artístico ofrecían Bonn y Köln. No pudo renunciar tampoco a algo tan imprescindible para él como un piano, que tomó en alquiler. Y cuando en el semestre de verano tuvo que dejarlo por falta de dinero, tal renuncia supuso para él casi más una penitencia que un sacrificio. Así, pues, los 30 táleros mensuales que le habían asignado su madre y su tutor le resultaron insuficientes desde un principio. Tampoco cuando le subieron la suma a 40 táleros —que era mucho dinero para un estudiante de la época— tuvo bastante. Al final del primer semestre había contraído deudas que ascendían a más de la mitad

de lo que le había sido concedido. Aunque exigía con bastante firmeza lo que creía necesitar, no dejaba de tener conciencia de vivir por encima de lo que le permitían sus recursos y de causar preocupaciones a su madre, que no dejaba de hacerle indicaciones en este sentido. Esta conciencia le pesaba, por otra parte, tanto más cuanto que no percibía ningún beneficio en la vida que llevaba. A ello hay que unir el fastidio y las incomodidades a que se veía sometido por culpa de la evidente torpeza con la que en su casa se trataban las cuestiones relativas a la vida práctica. En una ocasión necesitó, por ejemplo, un certificado de pobreza. Aunque lo reclamó varias veces, no le llegó hasta mediados de noviembre, por lo que se vio obligado a escribir: «El certificado de indigencia llega con tres semanas justas de retraso.» Tampoco el dinero le llegaba siempre a tiempo. O le llegaba mal. Ni siquiera en mayo de 1865 estaban ya estos asuntos en orden, lo que le forzó a escribir: «Envíame esta vez, por favor, el dinero en la fecha justa, ya que tengo que mantenerme dentro del plazo, o sea, a fines de mayo, o como muy tarde el 1 de junio. Y sobre todo, no te olvides de enviármelo en notas de caja prusianas. No puedes figurarte los problemas que tuve con el último dinero. Primero faltaba un tálero; luego, nadie quería cogerlo, de modo que no sé cómo no tuve hasta que pagar alguna multa por ponerlo en circulación.» Tiempo después nos encontramos con iguales molestias por culpa de direcciones mal escritas o paquetes incorrectamente declarados, etc.; en cualquier caso, todo esto fue para él una constante fuente de irritación.

Sus estudios, en cambio, le importaban poco, y no puede decirse que se dedicara a ellos con demasiada intensidad. No deja de ser menos cierto, sin embargo, que a mediados de noviembre de 1864, y no sin cierto enojo, le escribió a su madre, que también en lo tocante a este punto se sentía preocupada, que no salía de su asombro de que hubiera llegado a pensar que no iba con regularidad bastante a las clases: «Asisto, naturalmente, con el mayor interés a mis cursos, de los que hay que subrayar uno como especialmente importante, el del profesor von Sybel sobre política. Asisten a él entre 200 y 300 personas en un gran auditorio. Y a pesar de todo, buena parte de los oyentes tienen que quedarse siempre de pie. Por supuesto que las lecciones altamente científicas de Sybel vienen condimentadas con algunas alusiones políticas. Que hombres como Ritschl, que me habló largamente un día sobre filología y teología, o como Otto Jahn, que al igual que yo cultiva la filología y la música sin hacer de ninguna de ellas materia secundaria, ejerzan una notable influencia sobre mí es cosa que podrán comprender bien cuantos conozcan a estos héroes de la ciencia. El profesor Schaarschmidt, antiguo alumno también de Pforta, ha reparado con una amabilidad de todo punto excepcional en nosotros, declarándose de entrada amigo y compañero nuestro de estudios. Es cosa que tengo que agradecer a las calurosas recomendaciones del profesor Steinhart... El profesor Krafft, a cuyo curso de historia eclesiástica asisto,

me ha invitado los lunes a tomar el té y cenar en su casa, con discusión teológica obligada. Pero lo que más me alegra es haber entrado en contacto más estrecho con el profesor Springer; participo en el seminario de historia del arte. Es un hombre joven, bello, sumamente inteligente y dotado de espíritu artístico, cuyas clases están siempre llenas.»

Qué pudo atraer a Nietzsche a Bonn es cosa que no resulta ya documentalmente averiguable. Cabe pensar que la posibilidad de convivir allí con su amigo Deussen jugara un papel importante, si no decisivo, en su decisión; el traslado a Leipzig fue decidido un año después en razón, asimismo, de un amigo. Y en ambos casos la excusa frente a su familia era la filología: el mayor nivel del cultivo de la misma en la Universidad en cuestión. Por amor a su madre y como un último intento, incluso resolutorio, de comprobar la incompatibilidad de este estudio con su pensamiento, se matriculó en Bonn como teólogo. Pero al final de la época de Leipzig escribía[2]: «De la teología me preocupé tan sólo en lo relativo al lado filológico de la crítica bíblica y al problema de la investigación de las fuentes del Nuevo Testamento. Es lo único que me atrajo... Entonces todavía pensaba que la historia y su investigación podían dar una respuesta directa a determinados problemas religiosos y filosóficos.» Siguió, en cualquier caso, un curso de Schlottmann sobre el Evangelio de San Juan, y su asistencia a las lecciones de historia eclesiástica de Krafft ya nos es también conocida. Se hizo miembro asimismo de la Unión Académica Gustav-Adolf, en la que llegó a dar una conferencia extensa, correcta y de todo punto impersonal sobre «Las circunstancias eclesiásticas de los alemanes en Norteamérica»[2]; en otra ocasión le esbozó a su tía Rosalie, que se sentía interesada por el tema, un cuadro de la situación confesional en Bonn. Pero cuando a fines de enero de 1865 anunció a su madre: «Trabajo para la Unión Gustav-Adolf. Pronto daré en ella una conferencia», añadió sin más transición: «Aún otra cosa: mi viraje a la filología está ya decidido. De seguir con ambas cosas el mío sería un estudio truncado.»

Es posible que las arriba citadas reflexiones de Ritschl al joven Nietzsche coadyuvaran no poco a esta decisión. Por lo demás, en el primer semestre y, en general, a lo largo del año de Bonn estrechó su relación personal con Ritschl. Pasó a formar parte asimismo del seminario filológico. En un principio le atrajo más Otto Jahn, que no sólo era filólogo, sino que se había hecho paralelamente un nombre como biógrafo de Mozart. Ya en los últimos tiempos de Pforta Nietzsche estaba completamente decidido a hacer de la filología su profesión; y, sin embargo, sólo en Bonn, donde compuso mucho, vio con toda claridad que la música, a la que en su condición de *stud. lib. art.* seguía dedicando aún la mayor pasión, no podía ser para él materia central, por mucha pasión que sintiera y fuera a seguir sintiendo por ella. El gusto por el arte y las naturalezas artísticas le llevó a sentirse atraído también por Springer; pero de una

influencia duradera de algún tipo del mismo y de la breve incursión en la historia del arte a que se entregó en su estela, y que en Leipzig no tuvo continuación alguna, no cabe hablar. Otro tanto hay que decir del curso de Sybel sobre Política. Puede que la causa de ello tenga que ser, y no en última medida, buscada en la borrosidad y falta de energía de la concepción de Sybel, de quien Bismarck dijo en una ocasión que a diferencia de los historiadores del tipo de Taine, que clarifican el agua del pasado, pertenecía al grupo de quienes la enturbian.

Puede, en general, decirse que en su primer trimestre Nietzsche no siguió ningún curso con total asiduidad; en cualquier caso, no nos han quedado apuntes completos de ninguno de ellos. Por lo demás, no contamos con un solo cuaderno completo de apuntes de toda su carrera, lo que no debe, por supuesto, asumirse como prueba de falta de intensidad de sus estudios. Las Navidades de 1864 las pasó Nietzsche por vez primera lejos de la madre y de la hermana, en parte con sus compañeros de corporación en cervecerías y locales públicos, y en parte en su habitación con su camarada Gassmann, que de todos los francones era el que más atrayente le resultaba por su naturaleza artística. Cantaron juntos e interpretaron el *Manfred* de Schumann, que Nietzsche había recibido como regalo —regalo que valoró como el mejor de cuantos vinieron a hacerle por aquellas fechas— de su tía Rosalie. Los regalos que se intercambiaba con los hermanos de su padre pueden ser, sin duda, asumidos como testimonio de una relación particularmente armoniosa con ellos. Con ocasión de su cumpleaños, sus tías Friedericke Daechsel y Rosalie Nietzsche le habían enviado ya el retrato de la abuela (Erdmuthe Nietzsche). En diciembre les daba las gracias, y al hacerlo venía a añadir: «El retrato de mi santo padre cuelga sobre mi piano, bajo una reproducción en color que representa el descendimiento de la Cruz.»

Para Nochevieja quiso, como en otras épocas, enviar a su madre y hermana una felicitación en verso, pero la cosa no funcionó: «sea porque mis aspiraciones poéticas han aumentado mucho, sea porque mi timidez es cada vez mayor, así como mi espíritu práctico —lo que, desde luego, me va a venir muy bien—, sea, en fin, porque los diabólicos dolores de muelas que me atormentan me han quitado todo entusiasmo». De todos modos, con ocasión de las Navidades les había enviado ocho de sus canciones más recientes, de las que tres coincidían con las que en su momento hizo llegar a Marie Deussen, y presentadas de forma muy parecida, con una fotografía suya en la parte interior de la tapa[125]. Pero la escasez de dinero seguía atormentándole: «Más de medio año no creo que pueda aguantar tal como voy en cuestiones de dinero. Estoy decidido a irme a Halle y servir allí.» La idea de trasladarse a la Universidad de Halle le acompañó durante algún tiempo. Pasó la víspera de Año Nuevo solo en casa. En una carta a su madre y hermana de finales del año meditaba sobre ello: «Me gustan las nocheviejas y los cumpleaños. Porque nos procuran

horas —que puede uno, sin duda, procurarse en otras ocasiones, pero que no lo hace nunca—, en las que el alma se encuentra a solas consigo misma, tranquila, con una paz en la que puede meditar, sobrevolándolo, sobre lo que ha sido todo un periodo de su propia evolución. En esas horas toman cuerpo propósitos decisivos. Son ocasiones en las que acostumbro siempre a repasar manuscritos y cartas del año transcurrido, tomando algunas notas. Durante un par de horas se siente uno por encima del tiempo, y se independiza casi de lo que es su propia evolución. Se fija y coagula el pasado y se toman fuerzas para seguir discurriendo, con decisión y valor, por el camino elegido.» Y en un apunte del diario que llevaba por aquellas fechas, «Sueño de Nochevieja»[4], leemos: «Son las últimas horas antes de la medianoche; me he dedicado, hasta este momento, a revolver en mis cartas y manuscritos, a beber ponche caliente y a tocar el réquiem del *Manfred* de Schumann. Ahora todo pide en mí el abandono de cuanto no me afecta; todo me llama a pensar sólo en mí mismo.» Comienza en seguida a soñar, habla con las sombras del año transcurrido, al que bendice y maldice a un tiempo. Acto seguido escucha, sin embargo, una voz: «A vosotros, locos y chiflados de esta época, a vosotros que nada tenéis en vuestras cabezas y que lo que tenéis sólo lo tenéis en ellas, a vosotros os pregunto: ¿Qué habéis hecho? Si queréis ser y tener aquello a lo que aspiráis, aquello a los que os aferráis, haced lo que los dioses os han puesto como prueba antes del premio que seguirá a la lucha. Cuando estéis maduros, caerá la fruta. No antes.» Un año antes encontrábamos en él idénticas palabras. Pero su paciencia frente a sí mismo, su capacidad para esperarse, eran una y la misma.

Entretanto se entregaba a todos los placeres artísticos alcanzables, sin reparar en su constante precariedad económica. A fines de febrero se justificaba ante su familia por esta conducta en los siguientes términos: «En definitiva, aunque mi gusto por la música y el teatro resulta algo caro, gasto menos en estas cosas que otros en comer y beber.» Oyó gran cantidad de conciertos, entre ellos a Clara Schumann y Adelina Patti. Oyó a la Bürde-Ney en el *Fidelio* y los *Hugonotes*, gozando asimismo de muchas otras representaciones de ópera. Vio, en el teatro, a la Niemann-Seebach en los *Nibelungos* de Hebbel, sintiéndose lleno de entusiasmo por Friedericke Gossmann en *La doma de la bravía* y en toda clase de piezas ligeras del momento. «Estábamos, naturalmente, enamorados de ella hasta los tuétanos», escribe el 2 de febrero de 1865 a su casa, «y nos agotábamos coreando a voz en grito en las cervecerías sus canciones.» Ya a finales de diciembre había informado: «Me he quedado mucho en casa y he disfrutado grandemente con el *Manfred*. El tercer día de fiesta fuí a la ópera y oí el *Freischütz*, que, en líneas generales, me desagradó tanto como el *Oberon*. La escena de la bajada a los infiernos me hizo una impresión ridícula.» ¡En sus vivencias musicales no se sintió, pues, impactado ni siquiera por ese precursor de Wagner que fue Weber!

Por su parte, aún llegó a componer doce canciones según textos de Puschkin, Petöfi, Chamisso y un poema propio. Son lo mejor que ha dado el compositor Nietzsche, tanto desde un punto de vista formal —la forma viene dada por el poema y la forma de la canción acostumbra a ser estrófica—, como musical, en su intimidad lírica o en su rapto afín al de la balada. Con Deussen discutía a menudo y vivamente sobre Wagner, pero éste venía a parecerles, escribe Deussen, «totalmente problemático en lo que hacía a su importancia»[73].

No participó, sin embargo, para sorpresa general de sus compañeros de corporación en el Carnaval de Köln. «Me he quedado más bien durante estos días», escribía a finales de febrero de 1865 a su madre y hermana, «en casa de Deussen, donde he encontrado eso que tanto he echado a faltar durante todo un semestre, quiero decir, un poco de vida familiar.» Cuando llegó a su casa en las vacaciones de Pascua de 1865 estaba muy cambiado en rasgos no inesenciales, y así lo notaron en seguida su madre y hermana. Había engordado un tanto a causa, sin duda, de la cerveza. Pero, sobre todo, había cambiado su forma de hablar, que de una fidelidad inicial a recursos expresivos muy cuidados había ido asumiendo un tono crecientemente campechano. Y, sobre todo, había dejado atrás todo disimulo por razones de tacto y delicadeza, para pasar a exponer crudamente sus puntos de vista. De este modo dio a conocer no sólo su decisión irrenunciable de dejar definitivamente a un lado la teología, sino que no dudó en criticar el Cristianismo del modo más crudo ante su madre y hermana, negándose a ir con ellas a la iglesia con ocasión de la festividad pascual. La *Vida de Jesús* de David Friedrich Strauss le había abierto, de una vez por todas, los ojos.

A su madre se le hundió el mundo. Todas sus esperanzas de ver a su hijo por el camino del padre se habían esfumado. Por primera vez tuvo lugar una escena violenta entre ellos, en la que Nietzsche olvidó, en su afán de veracidad, todo ese tacto y ese cuidado a los que había acostumbrado a su madre. Por su parte ésta, que no dejaba de tener, a su vez, un temperamento muy fuerte, y cuya fe era inquebrantable, perdió, sin duda, también el control de sí misma. Sólo a la tía Rosalie, a la que la hermana informó de lo que estaba ocurriendo, le fue posible calmar a la madre, anegada en llanto. Le explicó, recurriendo al testimonio de la historia de la iglesia, que todos los grandes hombres de Dios habían tenido y tenían que pasar y vencer épocas de duda y vacilación. Era preciso, pues, concederles un plazo y evitar toda discusión. Llevada de su indiscutible amor a su hijo la madre se dejó convencer sin demasiado esfuerzo, habida cuenta, además, de que había comprendido la pureza de sus razones, por mucho que el sentido último de las mismas le resultara inaccesible. Y así escribió a su hermano Edmund: «Mi viejo querido hijo Fritz es, por grandes que sean nuestras diferencias, una persona noble, que interpreta la vida o, mejor dicho, el tiempo, verazmente, y que sólo se interesa por todo lo alto y lo

bueno, despreciando lo vulgar. Y a pesar de todo, este hijo bienamado me llena a veces de preocupación. Pero Dios ve en su corazón.»

Se negó a abandonar la roca firme de su religión, cerrando ojos y oídos a toda filosofía. De ahí que dijera a menudo: «En mi opinión, la filosofía no es cosa de mujeres; perdemos el suelo bajo los pies.» Siguió entregando, sin mengua alguna, su corazón a su hijo, que a partir de ese momento pasó a ser su principal fuente de preocupación —como luego lo sería, en no menor medida, su hija Elisabeth—. Y a la vez tomó buena nota de que en su presencia no tenía que volverse a hablar de dudas de fe. Por lo demás, dejó a su hijo seguir su propio curso, llevada de su devoción a él, y de la evidencia de lo inquebrantable de sus decisiones. Ambos se esforzaron honradamente en ser fieles a este pacto. A un pacto de tolerancia mutua y de cuidado en evitar, uno y otro, las discusiones. Que todo ello no dejó de dificultar su convivencia es cosa, de todos modos, obvia, dado lo fuerte e impulsivo de sus dos temperamentos, que les exigía un autodominio creciente constante, doblado, además, en el caso de Nietzsche, de la necesidad de llevar el disimulo casi hasta el virtuosismo. De ahí que las épocas en que tuvieron que vivir juntos no fueran fáciles, ni los choques ocasionales, sobre todo a propósito de las decisiones vitales, enteramente evitables.

De modo diferente se comportaba su hermana Elisabeth, que por entonces tenía ya casi diecinueve años. Adalbert Oehler[181] ha subrayado que Nietzsche jamás fue un dios para su madre, por intensamente que lo amara, puesto que su Dios permaneció siempre *por encima* de ambos. Elisabeth, en cambio, deificó a su hermano literalmente. Se dejó adoctrinar y tiranizar por él voluntariamente ya desde niña, como más tarde lo haría en su época de pensionista en Dresden. Lo que Nietzsche decía y escribía tenía para ella valor de palabra revelada; ya entonces hacía suya con unción cada página que salía de sus manos. Por estas fechas la falta de fe de su hermano le llenaba de desasosiego, e intentaba «volver a reposar firmemente en su fe» gracias a la ayuda de dos de sus tíos pastores, que destacaban por su piedad. Pero no podía sustraerse a la capacidad de persuasión y a la elocuencia de su hermano, como tampoco podía comprenderlo existencialmente en su compleja trama de vectores espirituales —durante toda su vida siguió siendo la típica hija de pastor—, y se vencía instintivamente del lado de la madre frente a él. Por otra parte, sin embargo, tampoco hacía demasiado caso del precepto materno según el cual los hijos tenían que evitar entregarse a cualquier posible discusión religiosa, tanto oral como escrita. Con su capacidad para el equilibrio y su desenvoltura intentaba, en cualquier caso, «reconciliar los contrarios», como el propio Nietzsche decía, al modo hábil y en ocasiones poco escrupuloso como sabía tratar a los humanos; todo ello con el único objetivo, claro es, de evitar los choques entre la madre y el hijo.

Fue surgiendo así ya desde este momento algo que vendría a mante-

nerse largo tiempo: un constante y tácito entendimiento entre ambos hermanos de cara tanto a escamotear ciertas cosas a la madre como a imponerle, en lo demás, su propia voluntad. Al hacer tal Nietzsche jamás perdió, de todos modos, su tierno amor filial a la madre, ni menos su caballerosidad innata; su hermana Lisbeth, en cambio, venía a comportarse a menudo, a pesar de su cuidada amabilidad, con menos miramientos. Ambos coincidían, por otra parte, y vinieron a coincidir en lo sucesivo, en su afán de independencia, que en el caso de Lisbeth siempre se doblegó, hasta un momento decisivo, a la voluntad y el pensamiento de su hermano, por mucho que no compartiera ninguna de sus motivaciones *espirituales*. Fue, en fin, y a pesar de esto, desde un principio el eco que aquel solitario, aquel hombre necesariamente condenado a una soledad creciente, encontró siempre dispuesto. Fue la discípula fiel, el ser volcado a ayudarle prácticamente en todas sus dificultades externas, la mujer, en fin, en cuya capacidad de comprensión de su propio ser siempre fió y que siempre estaba ahí, dispuesta para él. Tanto más dura vendría a ser, pues, la decepcion que un día sufriría con ella.

Que hermanos hagan suyos los ideales de un hermano mayor de superior inteligencia, por mucho que como tales, estos ideales les resulten de algún modo ajenos a su naturaleza profunda, es cosa bastante frecuente. Como lo es también que se entreguen a este hermano, sirviéndole con todos los esfuerzos de su ánimo y de su corazón, o que hasta sus sueños eróticos vengan determinados, en amplia medida, por la imagen de su hermano, en una medida en ocasiones tan amplia, que incluso llegan a sufrir así deformaciones en lo propio y específico de su ser. Lo cual no deja de conllevar cierto peligro para el hermano bienamado, dado que semejante entrega exige a un tiempo, aunque muchas veces de forma inconsciente, contrapartidas. Porque, en definitiva, esta entrega apunta a una imagen del hermano que se ha elaborado quien así hace donación de su ser, y sobre la que no puede edificar sino a tenor de sus propias fuerzas. Sobre esta imagen vela celosa, tan celosa como sólo una mujer puede serlo. ¡Ay de quién se la destruye, ay incluso del hermano, si es él mismo quien se la destruye!

Esta relación con su hermana tuvo una gran influencia en la vida de Nietzsche; en su vida y, desde luego, sobre su figura y sobre las interpretaciones posteriores de su obra; una influencia notablemente superior, en cualquier caso, a la que hasta el momento ha querido reconocerse.

Para comprender mejor esta relación de Nietzsche con su hermana hay que subrayar asimismo el dato de su inhabilidad en lo tocante al lado práctico de la vida. Una inhabilidad que el paso del tiempo fue aumentando, llamada a causarle molestias sin cuento, que le hizo depender crecientemente de ella, que no dejaba de ser, ciertamente, una mujer dotada de una habilidad práctica poco común. Desde un principio su tensión erótica fue, como ya vimos, más bien escasa, tan escasa como potente era

su tensión espiritual. La carencia de eros elemental —¡del eros sublime bien poco carente estaba!— es, ciertamente, lo que da a su imagen del mundo esa claridad sin fisuras, esa transparencia cristalina. Esta carencia es también la raíz en la que hay que buscar el porqué de la profundidad de su propia vinculación a su hermana, nunca inferior, a pesar de lo diferente de sus naturales espirituales profundas, a la de ella para con él. Una vinculación que se mantuvo, en esa identidad isomorfa, incluso cuando una vez madurado ya en sí, en su propia personalidad, se opuso con todos sus medios a ella.

Vino a ocurrir así que la imagen que Nietzsche se hizo de la mujer pasó a ser una réplica, en sus rasgos esenciales, y tanto en lo bueno como en lo malo, de la imagen que se hizo de su hermana. En la medida, claro es, en que no venía ya determinada por la que se hizo de su madre. Incluso físicamente se le representaba como el tipo ideal: era pequeña, dulce, bien hecha, con manos y pies de notable belleza, su piel tenía un tono rosáceo y el rostro era original, a la vez que no exento de hermosura. Acostumbraba a tapar su frente, demasiado grande, quizá, y angulosa, con algunos rizos artificiales. No carecía de gracia, y hasta bien entrada en años dispuso de esa coquetería innata tan propia, precisamente, y en no pocas ocasiones, de mujeres poco sensuales, y que no deja de causar impresión en la mayoría de los hombres cuando va unida, en mujeres pequeñas, a una aparente dulzura e inexperiencia. No en otra raíz hay que buscar el motivo por el que precisamente estas mujeres se imponen, en superioridad de condiciones, en el campo de los hombres, y tanto más cuanto mejor saben hacer prevalecer la fuerza de su voluntad y su implacabilidad en la elección de los medios, su orgullo, en fin, con la hábil picardía y la entrega espontánea en las que Elisabeth Nietzsche sería, en cualquier caso, años después, maestra.

A ojos de su hermano Elisabeth era el objeto más apropiado imaginable para su indomeñable impulso pedagógico y sus apetencias tiránicas, o parecía al menos serlo, mucho más, en cualquier caso, de lo que amigos como Pinder o, por estas fechas, Deussen, pudieran serlo. Lisbeth, como era llamada en casa, había asumido ya voluntariamente el magisterio de Nietzsche cuando éste no era sino un muchacho. Cuando se instaló en un pensionado de Dresden, el hermano escribió a la madre a fines de febrero de 1862: «Esperemos que haya ingresado en un pensionado distinguido... ¡Si consiguiera mejorar su estilo! Tendría que evitar todos esos "¡ays!" y "¡ohs!" hasta cuando no hace otra cosa que contar lo que ve, así como ese latiguillo: "No puedes imaginarte lo magnífico, lo maravilloso, etc., que era". Todo eso tiene que abandonarlo.» A lo que Lisbeth asintió obedientemente: «De acuerdo con tus deseos me muevo puramente en *hautevolée*. Por eso he renunciado, cuando hablo o escribo, a los ¡ays! y los ¡ohs! Me limito a hacer un *changement des pieds*, naturalmente no cuando escribo... Espero, además, poder interpretar ahora ya bien tus hermosas

cosas, sobre todo a cuatro manos; no sabes lo aplicada que estoy. Puedo bailar además *magnifique* tanto *lancier* como *française*. En vuestro baile de Pforta espero pasármelo, pues, en grande en el próximo San Miguel. Piensa que tomo clases de baile con una *comtesse* Ross; te diré además que incluso se muestra particularmente deferente con tu pequeña hermana. ¿Pudiste pensar alguna vez que frecuentaría con tanta soltura gentes de tan alto rango? La verdad es que todo esto me parece de lo más divertido.»[87]

Nietzsche fue siempre muy crítico en su trato con «*Pusselschen*», como en ocasiones la llamaba, pero tenía tanta autoridad sobre ella, que ésta le seguía en todo, incluso cuando iba contra la tradición de la casa paterna y de su círculo de Naumburg, con los que, en cualquier caso, se sentía profundamente identificada y a cuyo espíritu permaneció fiel a lo largo de toda su vida. Lo único que tenía en común con su hermano era un sentido de la independencia extraordinariamente desarrollado. Sólo que si lo que en su hermano estaba en juego, a propósito del mismo, era la verdad, en ella el objetivo último de tal aspiración tendría que ser cifrado, más bien, en su ambición y prestigio personales.

Inspirado por el *Libro de la Naturaleza* de Fr. Schoedler, Nietzsche le aplicó ya en sus años infantiles el mote «la llama», porque como ella misma escribiría[88], había leído en sus páginas lo siguiente: «"La llama es un animal singular; voluntariamente lleva las cargas más pesadas, pero cuando se ve obligada a ello o es tratada mal, se niega a tomar alimento y se tumba en el polvo para morir." Mi hermano encontró que ese rasgo me resultaba tan aplicable y tan crecientemente adecuado, que cuando en casos particularmente difíciles necesitaba mi ayuda, recurría a mí llamándome con ese nombre. Nadie volvió nunca a hacerlo.» Olvida añadir que en el libro de Schoedler la caracterización de la llama prosigue en los siguientes términos: «Es curioso el modo como este animal se defiende: cuando se siente atacada escupe saliva y alimento medio digerido a su enemigo.» Con el paso del tiempo vino, de todos modos, a dar pruebas más que suficientes de que este rasgo característico de la llama le resultaba tan aplicable, cuanto menos, como el por ella misma citado. Y su hermano no debió, ciertamente, olvidarlo al elegirle tal mote. Pero su comprensión era total, así como su humor a la hora de aceptar —salvo en circunstancias particularmente graves— su violencia y la falta de inhibiciones de su temperamento, un temperamento proclive, como ya hemos insinuado, a los estallidos. Por lo demás, nunca tuvo que dejar de luchar, en lo que a él afectaba, contra estos mismos rasgos.

Cuando después de su primer semestre en Bonn volvió a casa, las cosas no iban de modo muy distinto, en lo relativo a este punto, a como lo hacían en su infancia, cuando, como Lisbeth vendría a escribir: «Jamás me atreví a oponerme a su autoridad ni a ignorarla. Todo lo contrario: cuanto decía era para mí como el Evangelio y quedaba más allá de toda discusión posible.» De ahí que las máximas piadosas de los dos tíos en modo alguno

pudieran prevalecer contra los revolucionarios discursos del hermano, sobre todo cuando en una carta del 11 de junio de 1865 éste le remitió, con claridad cortante, a lo que estaba realmente en juego: «Tengo, ante todo, que ocuparme de unos párrafos de tu carta escritos a un tiempo con acento pastoral y amabilidad propia de una llama. No te preocupes, querida Lisbeth: si la voluntad es tan buena y decidida como escribes, nuestros queridos tíos tendrán poco trabajo. En lo que afecta a tu máxima central, según la cual lo verdadero se vence siempre del lado de lo difícil, te diré que estoy, en parte, de acuerdo. Aunque si es difícil de comprender que dos por dos no sean cuatro, ¿resulta por ello más verdadero?

Por otra parte, ¿resulta realmente tan difícil asumir todo aquello en lo que uno ha sido educado, cuanto ha echado lentamente raíces profundas en uno, todo aquello, en fin, que pasa por ser lo verdadero en los círculos de los parientes y de tantas gentes bondadosas, y que sirve, además, de consuelo y edificación efectivos a los hombres? ¿Es realmente más difícil asumir esto que ir por caminos diferentes, en lucha contra lo acostumbrado, en la inseguridad del caminar autónomo, sufriendo vacilaciones frecuentes del ánimo, incluso de la conciencia, sin consuelo, pero con el objetivo eterno a la vista de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno?

Asumir sobre Dios, el mundo y la reconciliación puntos de vista que le hagan a uno sentirse más cómodo ¿es lo realmente importante? ¿O no le ocurrirá más bien al investigador veraz que al final los resultados de su investigación vendrán a resultarle algo así como indiferentes? ¿Buscamos con nuestra búsqueda paz, felicidad y sosiego? No. Sólo la verdad, aunque pudiera ofrecérsenos al fin como terrible y repulsiva.

Y aún una última pregunta: si desde nuestra infancia hubiéramos creído que toda salvación del alma viene de otro que de Jesús, de Mahoma, por ejemplo, ¿no es acaso seguro que hubiéramos resultado acreedores a participar en iguales bendiciones? Por supuesto que sólo la fe bendice, sólo la fe salva, no lo objetivo, no lo que hay detrás de la fe. Te escribo todo esto, querida Lisbeth, con el solo objeto de oponerme al medio de prueba más corriente entre los creyentes, de acuerdo con el cual hay que invocar las experiencias interiores y derivar de ellas la infalibilidad de la propia fe. Toda fe verdadera es infalible, rinde lo que el creyente en cuestión espera encontrar en ella, pero no ofrece el menor punto de apoyo para la fundamentación de una verdad objetiva.

Aquí se separan los caminos de los hombres; si aspiras a la paz del alma y a la felicidad, limítate a creer; si quieres ser discípulo de la verdad, investiga. Entre uno y otro extremo hay muchos puntos de vista intermedios. Pero lo que importa es el objetivo fundamental.»

Toma cuerpo expresivo aquí de nuevo y con toda pureza un impulso nietzscheano básico. Con Lessing —y quizá gracias a él— ha llegado a la convicción de que lo importante para él no es tanto la verdad, como su búsqueda. Arde en él un afán indagatorio inextinguible. Un afán que no

puede hallar descanso en ninguna verdad encontrada y, por supuesto, en felicidad autosatisfecha alguna. El lema de Zaratustra «Esfuérzate por la felicidad, que yo me esfuerzo por mi obra» es ya por estas fechas el *leit-motiv* implacable de su ser. En esto no hay para él términos medios. No hay creencias ni verdades que no deban ser una y otra vez llevadas ante el tribunal de la veracidad. Esta veracidad implacable, lo que luego llamaría integridad o conciencia intelectual, es aquello con lo que desde este momento mismo selló un compromiso indeleble. Es el núcleo de su personalidad.

Entretanto había regresado a Bonn para proseguir sus estudios y su vida de corporación, ahora ya como *stud. phil.* y no como *stud. theol.* Siguió en el semestre de verano de 1865 un curso de historia general de la filosofía profesado por Schaarschmidt; otro de arqueología, profesado por Jahn y otro de gramática latina a cargo de Ritschl, así como uno, por último, de historia de la literatura alemana del siglo XVIII, cuyo titular fue Springer. Participó, además, en los ejercicios del seminario de filología bajo la dirección de Ritschl, así como en los del seminario de arqueología, dirigidos por Jahn, y en el de historia del arte, bajo la dirección de Springer. El resultado filológico de este semestre se redujo a un pequeño trabajo crítico sobre el lamento de la *Danae* de Simónides. Pero alcanzada ya la claridad, supo suya «desde ayer... la genuina consciencia filológica» (en carta del 3 de mayo de 1865 a su casa).

El 10 de mayo escribía, en cambio, a su madre y hermana: «He abandonado totalmente mi idea de ingresar en Berlín para San Miguel en el servicio militar. Me he propuesto con igual decisión abandonar Bonn para esas fechas, porque ni puedo ni quiero estar más de un año en la corporación. El tiempo y el dinero así me lo aconsejan. Debo reconocer que tengo dudas en lo que hace a mi próxima Universidad. Mi decisión no debe, por otra parte, obedecer exclusivamente a las excelencias de la Facultad en cuestión. Quiero conocer la vida de la Alemania del Sur. También me gustaría pasar una temporada en una Universidad extranjera. Después escogería un lugar en el que no tuviera demasiados conocidos, porque de lo contrario acaba uno viéndose arrastrado siempre a unos círculos determinados. No tengo los menores deseos de visitar Berlín, si no he de hacer allí mi servicio militar.»

Pocos días después la decisión estaba ya tomada, obedeciendo a motivaciones venidas de fuera.

Su amigo de Pforta Carl von Gersdorff había hecho en Pascuas de 1865 su examen final de Bachillerato; en un principio pensó en Leipzig como escenario de su carrera universitaria, pero su hermano mayor le instó a trasladarse a Göttingen y hacer allí, una vez ingresado en una corporación estudiantil, Derecho. Pero pronto dejaron de interesarle ambas cosas: la materia y, sobre todo, la vida corporativa con su entrega irracional a la bebida. Quiso dejarlo todo de inmediato, pero su hermano le pidió que

permaneciera en ese ambiente un semestre, asumiendo la cosa como prueba impuesta a su fortaleza de carácter. Se dejó convencer, comunicando todo ello a Nietzsche en carta del 17 de mayo[14]; dejaba entrever la posibilidad de trasladarse a Leipzig el siguiente semestre de invierno y de cambiar de materia. Su nuevo objetivo era la Germanística. De una decisión de abandonar su pertenencia a la corporación *Saxonia* no se habla todavía en esa carta.

Nietzsche se sintió muy afectado. Tampoco él se sentía totalmente a gusto con la materia elegida; en cualquier caso, acababa de abandonar ya la teología. Por otra parte, la música le atraía. En cuanto a la filología, la definitiva decisión a favor o en contra aún no estaba, en realidad, tomada. La pugna entre los dos grandes de Bonn —Jahn y Ritschl— conferían a estas vacilaciones un trasfondo inequívoco y adecuado: Nietzsche estaba humanamente más cerca de Jahn, hombre de intereses musicales y biógrafo de Mozart, y en la cuestión de la disyuntiva administrativa entre ambos se inclinaba a favor suyo. Pero acabó optando por Ritschl, y con él, por la filología estricta y rigurosa.

La sugerencia de Gersdorff a favor de Leipzig causó un gran efecto sobre él: se decidió firmemente por esta ciudad, uniéndose al proyecto. Cuando poco después Ritschl aceptó una cátedra en la Universidad de Leipzig, Nietzsche se sintió ya totalmente justificado en su elección. Convendría, de todos modos, no olvidar que la decisión a favor de Leipzig fue tomada por Nietzsche —a instancias de su amigo— un mes antes de la aceptación por Ritschl de la oferta académica a que nos acabamos de referir; la discusión al respecto había tenido lugar ya, en cualquier caso, en mayo. No «siguió», pues, a Ritschl, como una y otra vez se oye decir desde las críticas de Wilamowitz a un supuesto nepotismo.

A su amigo Gersdorff le escribía el 25 de mayo de 1865: «Si en lo que hace a la vida corporativa optas ahora por asumir los puntos de vista de tu venerado hermano, la verdad es que no tendré más remedio que admirar la fuerza moral con la que para aprender a nadar en la corriente de la vida te arrojas a un agua turbia, casi fangosa, y haces en ella tus ejercicios...

Une a eso, además, otro punto importante. A lo que parece, quien como estudiante quiera conocer bien su época y su pueblo tendrán que estudiar los colores*; las corporaciones y sus tendencias y orientaciones representan, por lo general, y ello del modo más nítido deseable, el tipo de la próxima generación de hombres. Las cuestiones que plantea una reorganización de la situación y circunstancias de los estudiantes universitarios son lo bastante candentes, por otra parte, como para no dejar a las gentes solas a la hora de conocer y enjuiciar la cosa.

* Alusión a las cintas multicolores de los bonetes que servían como distintivo de las diferentes corporaciones. *(N. del T.)*

Aunque tenemos que cuidar, claro es, de no vernos influenciados nosotros mismos demasiado en lo relativo a estas cuestiones. La costumbre tiene y es un poder enorme. Cuando se pierde el enojo moral ante lo malo, como ocurre a diario en nuestro círculo, se ha perdido ya mucho. Aplícalo, por ejemplo, a la bebida y a la ebriedad. Pero también al desprecio y a la falta de consideración de los otros y de sus opiniones diferentes.

Te reconoceré gustosamente que... muchas veces me he sentido de lo más molesto con la expresión de sociabilidad al uso en las tardes de las cervecerías y tabernas; que no he podido aguantar el materialismo de cerveza de tal o cual individuo; que me ha fastidiado sobremanera la increíble arrogancia con la que hombres y opiniones han sido condenados *en masse* en mi presencia. Y a pesar de todo he aguantado bien en la corporación, porque he aprendido mucho gracias a ella y, particularmente, en lo relativo a la vida del espíritu. El trato íntimo con uno o dos amigos me resulta, en cualquier caso, necesario; cuando uno goza al fin de él, los otros pueden ser tomados como una especie de aditamento; los unos como pimienta y sal, los otros como azúcar, los otros como nada.»

Acto seguido llega a la conclusión de que con la incorporación de Ritschl Leipzig vendrá a tener la más importante Facultad filosófica de Alemania. «Y ahora algo agradable. Tan pronto como me escribiste que querías ir a Leipzig, tomé yo la misma decisión. Volveremos, pues, a encontrarnos. Una vez decidido me he enterado del traslado allá de Ritschl, lo que me ha confirmado en mi proyecto. En Leipzig quiero, de resultarme posible, participar cuanto antes en el Seminario filológico, trabajando en él del modo más activo. Podremos gozar ampliamente de la música y del teatro. Por supuesto, que me quedaré como camello» (expresión estudiantil para «salvaje», esto es, para aquel que no pertenece a ninguna corporación).

El 4 de agosto le escribe nuevamente a Gersdorff que está seguro de encontrarle en Leipzig: Ritschl arrastrará consigo a aquel lugar una pequeña colonia de Bonn. Al día siguiente le manifestaba lo «agradablemente que le había sorprendido» el proyecto de su madre y hermana de trasladarse con él un año a Leipzig, proyecto que no llegó a cuajar.

A comienzos de junio Nietzsche gozó a plena satisfacción de los tres días del Festival Musical de Köln, que tuvo lugar bajo la dirección de Ferdinand Hiller. El mismo cantó en un coro gigantesco de 600 cantores y cantoras en su condición de miembro de la Unión Municipal de Canto de Bonn. «Muchas de las damas destacaban por su juventud y su belleza, En los tres conciertos principales aparecieron todas de blanco, con lazos azules en los hombros y flores naturales o artificiales en el pelo. Todas llevaban un hermoso *bouquet* en la mano. Los caballeros, todos de frac con chaleco blanco. La primera noche velamos hasta muy tarde, y pude dormirme al fin en un sillón en casa de un antiguo francón; por la mañana estaba como si me hubieran pegado una paliza. Une a eso que —dicho

sea de paso— sufro, desde las últimas vacaciones, un fuerte reúma en el brazo izquierdo... El domingo tuvo lugar el primer gran concierto, *Israel en Egipto*, de Haendel. Cantamos con entusiasmo indescriptible a 50° Reaumur.» Todos los hoteles estaban llenos, de modo que después de una búsqueda infructuosa hasta el amanecer tuvo que dormir en un banco del comedor del *Hotel du Dôme*, y sólo durante un par de horas, porque el dueño les echó en seguida, a él y a sus camaradas. Estaba tan cansado que la mañana siguiente se durmió durante el ensayo, «acompañado de timbales y trombones». Pero por la tarde ya estaba otra vez en forma para la interpretación de la obra: «Se ofrecieron mis cosas preferidas, la música del *Fausto* de Schumann y la sinfonía en *l*-mayor de Beethoven. Por la noche necesitaba realmente descansar y llamé a la puerta de unos trece hoteles, pero todos estaban llenos y superllenos. Al final, en el que hacía catorce, cuando el dueño me aseguró que todas las habitaciones estaban ocupadas, le dije, con la mayor sangre fría, que me era igual, que pensaba quedarme de todos modos, y que me pusiera allí mismo una cama, cosa que hizo. En una habitación en obras se pusieron camas de campaña en el suelo, a 20 *groschen* la noche. Al tercer día tuvo lugar al fin el último concierto... El momento más hermoso correspondió a la interpretación de la sinfonía de Hiller con el *motto* "Tiene que llegar la primavera". Los músicos estaban verdaderamente entusiasmados. Ya sabes lo que adoramos todos a Hiller... Su trono estaba cubierto de guirnaldas y *bouquets*, uno de los artistas le puso una corona de laurel, la orquesta interpretó por tres veces un toque de fiesta, y el anciano se cubrió la cara con las manos, llorando. Cosa que emocionó, claro es, infinitamente a las damas...

En cuanto a la última noche, tuve otra vez que pasarla, por pura carencia de *nervus rerum*, en casa del antiguo francón, y además sobre el suelo, lo que no me resultó precisamente agradable. Por la mañana emprendí el regreso a Bonn. "Toda una existencia de artista", como me dijo una dama. Acompañado por la ironía vuelve uno, como ves, a sus libros, a su crítica textual y a sus demás cosas.»*

Llama la atención, en este informe, la escasa distancia que el joven Nietzsche guardaba, en cuestiones musicales, respecto del entusiasmo general y, en especial, de las formas específicas de manifestación de este entusiasmo propias de su época. Un eco de este consumo indiscriminado de música en Köln puede cifrarse en el desgarramiento y desasosiego de la canción que, tomando como base un poema suyo, compuso el 11 de julio en Köln *Joven pescadora*, una canción —que luego dedicaría a su hermana con ocasión de su cumpleaños—, llamada a ser, durante mucho tiempo, su última composición.

Del ulterior crítico implacable de Wagner —y más allá aún, de la

* Todo este informe impetuoso del viaje y del concierto figura en una carta a su hermana fechada el 11 de junio de 1865.

música romántica y de toda práctica musical romántica en general—, nada hay todavía en este informe. Nietzsche se deja conquistar incluso por la música de un Ferdinand Hiller, un compositor de esos que siempre hubo y siempre habrá, que precisamente en aquel momento era popular, y que por eso ha dejado su impronta en este periodo de la historia de la música, un periodo del que, en cierto modo, es expresión. Se trata, en fin, de compositores que por poco tiempo y en el lugar en el que operan e irradian su influencia pueden despertar una ola de entusiasmo, llegando a ser más importantes a ojos de quienes los rodean que los verdaderos grandes, pero que cuando pasan y caen en el olvido, arrastran con ellos su obra en la caída.

También después se dejaría Nietzsche capturar por estos valores musicales mediocres, temporalmente o de forma duradera, como le ocurrió con Peter Gast. De haber sido «wagneriano» hubiera tenido cierta coraza protectora contra este tipo de peligros. Pero no lo era entonces y como músico, no lo sería jamás. Fue llevado de un modo muy particular a un vértigo momentáneo de entusiasmo sólo por la magia de la personalidad de Wagner y de su casa de Tribschen. Sus instintos musicales permanecieron fieles a lo heredado, de modo similar a como tampoco fue nunca, en cuanto compositor, un epígono de Wagner.

De acuerdo con un apunte fechado entre julio y agosto de 1865[2], puede inferirse que con ocasión de esta fiesta y bajo la impresión que le causaba Otto Jahn, fue nuevamente tentado por la idea de convertirse, además de en filólogo, en «crítico e historiador de la música». La idea de tomar, en fin, como su madre y las gentes de Naumburg tanto se temían, el rumbo de las «bellas letras», una idea que ni siquiera abandonó del todo en Leipzig y de la que sólo se despidió cuando tomó posesión de la cátedra de Basilea. E incluso entonces tomó nuevamente cuerpo en él con ocasión de la batalla a favor de Wagner. Cierta tendencia al *feuilleton*, no en lo profundo, pero sí en el estilo, operó siempre en Nietzsche. Todavía en 1888 le criticaba por ello Avenarius a propósito de *El caso Wagner*[40].

Entretanto fueron creciendo sus diferencias con sus compañeros de corporación. En las asambleas de los francones, celebradas semanalmente en este semestre de verano de 1865, tenían lugar las discusiones más vivas. Algunos afiliados de más edad, llegados a Bonn proviniendo de otras corporaciones, atacaron los colores blanco-rojo-dorado de los francones, propugnando su sustitución por los colores negro-rojo-dorado. Según Scheuer, lo que les guiaba era la idea de que la corporación «tenía que ostentar, en cuanto unión democrática que era, también unos colores democráticos». A esta idea se unieron todos los viejos alumnos de Pforta; solamente Nietzsche se opuso a ello, por «aristocratismo», según la expresión de Scheuer. A lo que parece, le disgustaba especialmente el parágrafo de los estatutos de la «Corporación Estudiantil de Eisenach», a la que

pertenecían los francones, de acuerdo con el cual sus miembros tenían que pronunciarse a favor de la unidad de Alemania realizada *sobre una base popular*.

De las ideas políticas del Nietzsche de esta época no sabemos prácticamente nada. Por desgracia, tampoco nos ha quedado una conferencia sobre los poetas políticos alemanes del siglo XIX que pronunció en su corporación. Está claro, de todos modos, que su posición respecto de las tendencias democráticas dominantes en *Franconia* era de rechazo. El 29 de mayo escribía a su madre: «Hemos cambiado los colores de nuestro bonete, contra mi voluntad. Ahora llevamos banderolas de asalto rojas...» y el 30 de agosto de 1865 a Mushacke: «No soy uno de esos seguidores incondicionales de *Franconia*... Su capacidad de juicio político me parece mínima. Además, descansa sólo sobre la cabeza de unos pocos.»

Sería falso, de todos modos, suponer que en esta época Nietzsche fuera un monárquico decidido o un seguidor de Bismarck. Cuando el rey y sus ministros fueron a mediados de junio de 1865 a Köln, con ocasión del medio siglo de la integración de Renania en Prusia, Nietzsche escribió a su madre: «Los periódicos hablan del júbilo y entusiasmo del pueblo. Yo mismo he estado en Köln y puedo juzgar al respecto. Estaba casi asombrado de la frialdad de las masas. Pero la verdad es que tampoco comprendo de dónde podría venir ahora el entusiasmo por el rey y sus ministros.» Y a pesar de todo, «resultaría difícil imaginarse un efecto operístico» mayor al de esta fiesta. «La juventud de Köln entusiasmaba cantando la marcha de Düppel, el pueblo suspiraba a la vista de cosas tan bellas y el monarca se sentía lleno de alegría.»

En realidad, los intereses políticos de Nietzsche eran, en esta época, muy escasos; lo que decididamente le irritaba era la autocomplacencia y falta de ideas de sus hermanos de corporación. En la misma carta escribe igualmente: «Nosotros, es decir, los francones, juntamente con las otras dos corporaciones, *Helvetia* y *Marchia*, acabamos de celebrar una convención conjunta. ¡Ay! ¡Cuánta felicidad! ¡Ay! ¡Cuánto no habrá hecho la corporación! ¡Ay! ¿No somos acaso el futuro de Alemania, la semilla de los parlamentos alemanes? Qué difícil no ponerse, a la vista de todo ello, a escribir sátiras, decía Juvenal.»

Detrás del espíritu de libertad flotante en la corporación no veía nada a lo que considerar suficiente. Vislumbraba, simplemente, el vacío. «Cuánto engaña la libertad. El hombre tiene que vivir bajo la sujeción para poder saborear la libertad a pequeños sorbos, a sorbos robados al momento. Dormimos con la buena libertad, por así decirlo, en la trivial cama matrimonial. Qué tiene, pues, de extraño que en ocasiones nos parezca un tanto insulsa y aburrida. Para vosotros esa buena dama aún es una querida ardiente.» Eso escribía a finales de junio de 1865 a su antiguo compañero de Pforta Oskar Wunderlich, casi como si sintiera nostalgia de Pforta. Con el celo pedagógico que le caracterizaba intentaba llevar a cabo refor-

mas en la corporación. El 6 de julio escribía a Pinder sobre ello: «Los antiguos alumnos de Pforta hemos dado vida ahora a una dirección científica; le hemos sacrificado una tarde de cervecería... Nuestro objetivo es: luchar contra toda clase de anacronismos en la corporación. Quedan así eliminados todos los comentarios de taberna.» Está claro que tales intentos le minaban toda simpatía en la mayor parte de sus cofrades; las aspiraciones espirituales de éstos no iban más allá de lo marcado por sus necesidades profesionales, y su afán de libertad se agotaba en esa placidez de las cervecerías que Nietzsche tanto odiaba.

A pesar de todo, consiguió evitar todo conflicto abierto a lo largo del semestre, y el 5 de agosto de 1865 podía escribir a su madre y hermana que le había sido ofrecido en *Franconia* «un homenaje con ocasión de su despedida, con cinta incluida», cosa que muy posiblemente no sea cierta. Deussen da, basándose en sus recuerdos, otra versión[73]: «Nietzsche abandonó Bonn en agosto de 1865, sin dar cuenta de ello a la corporación ni devolverle las insignias. Se le dio, en consecuencia, de baja, cosa que, por su parte, soportó con la mayor tranquilidad.» Junto a ambos testimonios, tan contradictorios, hay que poner una carta de Nietzsche, fechada el 20 de octubre de 1865 en Leipzig, que se opone a uno y otro, en la que anuncia a *Franconia* su salida en tono brusco, comunicándole asimismo la devolución de su cinta.

Pasó los últimos días de Bonn amargado por dolores físicos crecientes. Ya vimos cómo en los días del Festival de Música de Köln se quejaba de reúma, que en realidad le hacía sufrir desde las vacaciones de Pascua. El 10 de julio insiste nuevamente sobre ello: «El reúma me causa enormes molestias», y en la carta a Gersdorff del 4 de agosto de 1865 leemos: «Las últimas semanas he estado constantemente enfermo y no me he levantado casi de la cama... Sufro de un violento reúma, que va desde los brazos hasta el cuello, de ahí a las mandíbulas y a los dientes, causándome ahora, además, día tras día dolores casi insoportables de cabeza. Estoy muy disminuido por culpa de estos constantes dolores y mi apatía frente a las cosas del mundo exterior es muy notable.» Sólo en Ems tuvo algunos días de paz. Acaba la carta con estas palabras: «Perdóname, querido amigo, carta tan desagradable. Pero esta molestia terrible en la cabeza me veda toda coherencia.» Y al día siguiente, en carta a su madre y hermana: «Tengo en estos momentos tantos y tan frecuentes dolores, que a pesar de lo severo de mi dieta y de lo mucho que me cuido creo poder decir que estoy peor que nunca. Una fiesta como ésta me excita demasiado y me obliga a contravenir, en mayor o menor medida, mi dieta... Arregladlo, por favor, de tal modo que me encuentre durante todo el tiempo lo mejor instalado posible, sin verme atormentado por compañías que no deseo. Tenemos tantas cosas que contarnos. Y si estoy de mal humor, no me lo toméis a mal. Cuando uno se encuentra como yo me encuentro ahora, es difícil no resultar fastidioso y cargante.»

Se repite, pues, algo que ya hizo su irrupción en Pforta, y después habría aún de hacerlo con frecuencia mayor: la coincidencia de una grave crisis interior y de la enfermedad, coincidencia que traía siempre consigo la necesidad de un tiempo de reflexión y de reordenación interior. Llama la atención, de todos modos, que ya ahora fueran asumidas la excitación y los fallos en la dieta como causas; en los años siguientes volverían, ciertamente, a serlo.

Cuando abandonó Bonn el 9 de agosto de 1865 había encontrado en su camarada Hermann Mushacke un nuevo amigo, llamado, por supuesto, a desaparecer pronto de su vida. A Deussen, por el contrario, su viejo amigo, le abandonó con sentimientos contradictorios. «Cuando una tarde de agosto de 1865», escribe este mismo[73], «acompañé a Nietzsche al barco de vapor en el que partía, se apoderó de mí un doloroso sentimiento de soledad. Y a la vez respiraba aliviado, como alguien a quien se quita una gran presión. La personalidad de Nietzsche había ejercido sobre mí una poderosa influencia a lo largo de los seis años de nuestra convivencia. Se había interesado siempre sinceramente por mi situación, pero había mostrado también una inclinación a corregirme en todo, a ejercer su magisterio supremo sobre mí y, en ocasiones, casi hasta atormentarme literalmente, que en nuestra ulterior correspondencia tal vez vendría, puestos a ser sinceros, a resultar todavía más evidente.»

El propio Nietzsche escribió sobre esta despedida algo más de dos años después, en una *Visión retrospectiva de mis dos años de Leipzig*[4] lo siguiente: «Me fui de Bonn como un tránsfuga. Cuando hacia la medianoche mi amigo Mushacke me acompañaba a la orilla del Rhin, donde teníamos que esperar la llegada del barco de vapor que venía de Köln» —Deussen ha desaparecido enteramente de su recuerdo, como puede verse, o éste se equivocaba en el recuerdo arriba citado, o bien, como ocurre en otras ocasiones, Nietzsche confunde aquí en el recuerdo a Deussen con Mushacke— «nada había en mí de sentimientos melancólicos por abandonar un lugar tan bello y un país tan floreciente y por tenerme que separar de un grupo de camaradas jóvenes. Más bien eran estos últimos quienes me hacían huir. No quiero ser injusto, de todos modos, *a posteriori* con aquellas buenas gentes, como tantas otras veces lo he sido. Pero mi naturaleza no encontró la menor satisfacción en ellos; yo mismo estaba encerrado en mí con timidez excesiva y no encontraba la fuerza necesaria para jugar un papel en aquel mundo. Todo me venía como forzado; no llegaba a ser dueño de lo que me rodeaba. En los primeros tiempos todo mi esfuerzo apuntaba a adecuarme a las formas y a convertirme en eso que se llama un estudiante animado. Pero como esto me salía siempre mal, como el hálito de poesía que parece rodear todo este ir y venir se agostó bien pronto para mí y lo que me saltaba al rostro era el burdo talante filisteo que era realmente el propio de todo aquel beber, armar bronca y cargarse de deudas, algo comenzó a agitarse lentamente dentro

de mí; con gusto cada vez mayor fui retirándome de aquellas diversiones vacías para buscar placeres naturales sencillos o estudios artísticos desarrollados en compañía, sintiéndome cada vez más extranjero, desde luego, en esos círculos de los que, de todos modos, no podía evadirme del todo. A ello hay que unir los dolores reumáticos cada vez más tenaces, y en no menor medida el sentimiento, que me atormentaba, de no haber ganado nada desde el punto de vista de la ciencia y poco desde el de la vida, pero sí muchas deudas. Todo ello me forzaba a la huida, y ese era el sentimiento en mí dominante a bordo del vapor en aquella noche húmeda y lluviosa, cuando miraba borrarse las pocas luces que a lo lejos subrayaban el perfil de Bonn en la orilla.»

Del 9 de agosto al 1 de octubre Nietzsche se quedó en Naumburg, gozando con los suyos del deseado modo de vida presidido por el sosiego y la tranquilidad, un sosiego y una tranquilidad sólo turbados por un breve viaje a Gorenzen y a la «vega dorada». Lentamente fue curándose de su reúma, aunque aún necesitó de un mayor tiempo para ajustar cuentas consigo mismo en lo relativo a su año en Bonn. Muy característica respecto de su talante es una carta a su nuevo amigo Hermann Mushacke del 30 de agosto: «Espero poder registrar este año positivamente, desde el punto de vista del recuerdo, como un eslabón necesario de mi evolución.» Esta necesidad de llegar a la armonía con sus vivencias, y de establecer la armonía entre ellas, que ya se había dejado ver en Pforta, es la forma más temprana de su *amor fati*. Ni en su existencia ni en su pensamiento pudo soportar nada falto de sentido. He aquí el siguiente paso de la carta: «De momento no me resulta posible. Todavía me parece como si hubiera dilapidado erróneamente el año en algún sentido. Mi permanencia en la corporación se me representa —dicho sinceramente— como un *faux pas*, sobre todo en lo que hace al último semestre de verano. Porque al permanecer todo ese tiempo en ella fui infiel a mi principio de no entregarme a las cosas y las gentes más allá de lo necesario para conocerlas. Y esos errores llevan en sí su penitencia. Estoy molesto conmigo mismo. ¡Este sentimiento me ha echado en cierto modo a perder el verano y hasta ha enturbiado mi juicio objetivo sobre la corporación!» Destaca aquí nítidamente otro rasgo esencial: su hambre espiritual, el impulso del investigador es más fuerte que la costumbre y que esa fidelidad mezquina de la que tantos seres humanos se sienten orgullosos. Pero su crítica continúa implacable: «Con mis estudios... tampoco puedo estar contento... No puedo menos de mirar con ironía los trabajos que he llegado a acabar en el periodo de Bonn. Helos ahí: un ensayo para la Unión Gustav-Adolf, otro para la velada de la corporación, y un tercero para el Seminario. ¡Repugnante! Pensar en ellos me llena de vergüenza. Cualquiera de mis trabajos de colegial era mejor.

De los cursos poco es lo que, si se exceptúan algunas cosas aisladas, he aprendido. Estoy agradecido a Springer por *placeres;* podría estar

agradecido a Ritschl de haberle utilizado con mayor aplicación. Pero en términos generales, no me siento demasiado desgraciado por ello. Doy especial importancia al autodesarrollo, y cuán fácilmente no puede uno verse determinado y llevado por hombres como Ritschl precisamente por caminos que quedan lejos de lo que uno realmente es. Haber ganado mucho en orden a la comprensión de mí mismo es lo que considero hoy como el beneficio mayor de este año, y haber ganado un amigo capaz de participar con el corazón en mis cosas, tampoco lo juzgo escaso. Son cosas que van, para mí, necesariamente juntas. Haber podido atraer a mí un ser humano tan amable y valioso con todo mi natural desgarramiento y mis frívolos juicios despectivos es cosa que por un lado me llena de extrañeza, pero por otro de esperanza en que esté ahí el motivo; sólo en los momentos en que el espíritu lo niega todo me pregunto si mi querido amigo Mushacke no me conocerá aún demasiado poco.»

Había, pues, evitado más que buscado a Ritschl a lo largo de este año, en un intento de evadirse de la fascinación personal, de una fascinación capaz de arrastrarle a una materia por la que interiormente aún no se había decidido.

En las vacaciones quedó definitivamente abandonado el plan de Elisabeth de unirse ambas, ella y su madre, a Nietzsche en su instalación en Leipzig. Según cuenta la hermana, la madre tuvo miedo del traslado y —¡curiosamente *ella* y no el propio Nietzsche!— pensó, además, que sería mejor para su hijo ir acostumbrándose a caminar por sus propios pies.

En la segunda mitad de septiembre Nietzsche tenía ya definitivamente claro el asunto de su relación con la corporación. Escribía a Granier, que tras un año de separación le había enviado, desde una situación de soledad muy similar a la que Nietzsche creía estar viviendo, una carta llena de cordialidad y de humor: «Parece, efectivamente, que nuestra juventud no piensa demasiado. La vida de la corporación se ve amenazada por ese constante peligro que representa para ella el escollo de las superficialidades, de las formalidades, de los vacíos mentales de todo tipo, y esta amenaza puede llevarla al fracaso. Esa clase de "grato cobijo" se me aparece, en el recuerdo, como algo insoportable; la inteligencia política estaba en unas pocas cabezas aisladas; el sentido corporativo era lo dominante, un sentido que la mayoría creía tener que traducir prácticamente en la bebida, en los duelos y en las apelaciones constantes a gozar del hermoso periodo de la juventud. Sobre la situación moral, bien triste de por sí, prefiero no decir nada.

Hay un germen de filisteísmo desmesurado en esta masa: ... esa falta de entusiasmo, esa torpeza disfrazada de seriedad, esa vulgaridad, esa reducción del espíritu a lo cotidiano, que se revela del modo más desagradable en la embriaguez, ¡dioses, qué contento estoy de haberme librado de esa soledad chillona, de esa abundancia vacía, de esa juventud senil!

Tienes toda la razón, mi querido Granier. Los hombres a los que se puede amar y respetar, o mejor aún, los hombres que nos comprenden, difícilmente pueden resultar risibles. Pero somos culpables de haber venido al mundo con un retraso de veinte, de treinta años —aunque acaso todo sea, simplemente, un espejismo, que hace que aquellos tiempos de espíritu vivaz se nos aparezcan bajo una luz incomparable—, porque nosotros, pobres hombres, nos equivocamos siempre, nos equivocamos cuantas veces encontramos hermoso algo del pasado; nuestra felicidad es espejismo y los más felices son los que más profunda y radicalmente se engañan.

Me he preguntado a menudo si la felicidad es realmente lo que más merece que los hombres tiendan a ello, porque de ocurrir así, el último tonto sería el más hermoso representante de la humanidad y nuestros héroes espirituales, "en la medida en que el pensar aflige", serían por lo menos locos, monos decadentes de la especie o semidioses, y esto último constituiría el peor destino. Porque nuestros científicos naturales nos hablan con predilección de los monos y destruyen cuanto es supraanimal como ilógico. Y por Zeus, mejor un mono que la falta de lógica. Por dondequiera que mires, por cualquier línea o dirección de la ciencia, del arte, el mono se muestra en todo su esplendor, pero ¿dónde queda el dios?»

Lentamente recuperaba, pues, su sentido del humor. Pero no estaba del todo libre del sentimiento de no haber encontrado aún realmente su camino y del sentimiento de culpabilidad por haber malgastado un año.

Para muchos estudiantes, el primer sementre o año es —en lo que hace a su profesionalización universitaria como tal— un semestre perdido, pero tiene un gran valor de cara a la evolución de su personalidad. Algunos, que saben con toda exactitud lo que quieren —«seré médico» o «voy a ser abogado»— invierten celosamente demasiadas horas y pierden pie en una materia a cuyo dominio global aspiran prematuramente; han oído mucho, pero no han aprendido nada, no se han apropiado de nada. Otros están todavía dudosos en lo que hace a su materia. Se dejan tentar por las muchas cosas interesantes que se ofrecen en una Facultad, oyen esto y aquello y se equivocan cuando creen que tienen ya a la vista su objetivo. Los hay que cambian de Facultad; y de ellos, algunos vuelven con decisión mucho más firme que la que inicialmente les llevó a ella. Han escogido al fin realmente, por fin han tomado una verdadera decisión. Con el certificado de madurez en el bolsillo tienen aún que madurar. En la escuela se encontraron con un programa fijo, meditado y desarrollado durante generaciones; el alumno lo que tenía que acabar dominando era su *Pensum*, esto es, una suma de tareas y materias que se le ofrecían y ordenaban, lo estipulado desde el principio al fin. Sin preparación, sin transición, el alumno se ve entregado a la «libertad académica», y ahora es él quien escoge y se elabora un *Pensum*, el suyo. Para ello necesita una madurez y una experiencia de las que carece. Si las hace suyas en el primero o incluso en el segundo semestre, ganará más de cara a la vida de lo que podría realmente ganar si la Universidad fuera la simple continuación, sin problemas ni fisuras, de la escuela.

Y esta era precisamente la fase que el antiguo alumno de Pforta Friedrich Nietzsche tuvo que vivir en Bonn, cumplidos ya sus veinte años. No era, pues, un genio precoz, de esos que conocemos a través de la historia de la música, por ejemplo. Su proceso de maduración y de elección y elaboración de una vocación fueron consumándose lentamente y, sin duda, tarde; y ello con dificultades e inhibiciones internas y externas indecibles y dependiendo de las más extremas causalidades. Es más, ni siquiera puede decirse que el final de la carrera y la consecución de la cátedra supusieran la llegada, para él, a un puerto definitivo. Como estudiante del primer semestre asistió a estos cursos y aquéllos, oyó aquí y allá, y sólo maduró una negación: la opuesta a su proyectada conversión en teólogo. Y en cuanto a Leipzig, también era una duda lo que le acompañaba al llegar a su Universidad: la relativa a su vieja y aún no resuelta opción entre la filología y la música. ¿Cuál le atraía más vivamente? Y ni siquiera el haber retomado activamente su antigua línea de investigación sobre Teognis le ayudó demasiado a salir de esta inseguridad paralizante. De ahí sus comentarios a Mushacke sobre su existencia del momento en carta fechada el 20 de septiembre de 1865: «Disfruto de la paz y de la elevación de una ciudad provinciana y miro laboriosamente el aire azul y puro y mi nada espiritualmente estimulante Teognis. A la hora del café como algo de filosofía hegeliana, y si tengo poco apetito, tomo una píldora de Strauss, *Los todos y las mitades*, por ejemplo. Si de vez en cuando me entran ganas de hacer el tonto, voy a Pforta y me llevo a Corssen a Almrich, donde vamos de cervecerías y practicamos el juego Ritschl, este último con los dedos más espirituales imaginables, por supuesto. En este vegetar sin cambios ni novedades el alma se interioriza, por lo general, tanto, que estoy seguro de que Berlín me causará la mayor de las impresiones imaginables. Anteayer fui a un teatro de aficionados en Naumburg, no sabes qué acontecimiento tan inusual. La mujer de un encuadernador interpretaba el papel principal, un aprendiz de zapatero hacía de consejero municipal y un viejo alumno de la escuela catedralicia de Naumburg, de par de Francia...

Cada día me percibo a mí mismo más como una tranquila y silenciosa tarde de otoño, tranquila, sí, pero ¡por Zeus, también aburrida, y del más plácido de los aburrimientos, además!»

Continúa así razonando sobre los filisteos de Naumburg, sobre su vino ácido, sobre el ir y venir de las maniobras, sobre sí mismo, y firma «Teognis, antiguo habitante de una pequeña ciudad fuera de servicio.»

Del 1 al 17 de octubre Nietzsche se trasladó a Berlín, invitado por el padre de Mushacke, maestro superior de profesión. Era su primera visita a Berlín, a la que sólo seguirían unas pocas, todas ellas muy breves.

He aquí lo que escribió a su madre sobre esta visita el 22 de octubre: «La vida berlinesa me ha parecido excepcionalmente amable y placentera. El viejo Mashacke es el hombre más amable que he conocido. Nos llamamos de tú. El día de mi cumpleaños brindamos con champaña a vuestra salud.» Pero en realidad, por estas fechas estaba del peor humor, como bien hizo constar dos años después en su ya citada *Mirada retrospectiva*[4]: «En Berlín interpreté por aquellas fechas el papel del descontento..., por lo que supongo que a mi amigo, al que obligué a asistir a mis constantes lamentaciones, debí de resultarle un tanto cargante. Por supuesto que no dejé de generalizar el clásico descontento sobre la situación de los estudiantes tan característico de Bonn, ni omití la pesada queja sobre las corporaciones estudiantiles alemanas. De ahí lo penoso que me resultó encontrarme con gentes de esa raza en un concierto de Liebig; y fui lo suficientemente maleducado como para quedarme sin decir palabra en mi sitio durante toda la noche una vez hechos los saludos más imprescindibles. Cuando a pesar de todo uno de ellos me invitó, cumpliendo con lo que creía que era su obligación, a su cervecería, acepté en atención a mi amigo Mushacke, pero permanecí tan silencioso e inaccesible como en un principio, por lo que considero imposible haber motivado conceptos positivos sobre mis dotes y mi forma de vida, dado que, además, apenas bebí cerveza ni fumé. Tampoco me encontraba entonces en condiciones, por otra parte, de contemplar y valorar Berlín con mirada libre de prejuicios, aunque no quiero dejar de subrayar que a pesar de lo insatisfactorio y desasosegado de mi estado de ánimo, Sanssouci y los alrededores de Postdam me causaron, con su hermoso ropaje otoñal, una poderosa impresión... Nuestras charlas no dejaron, por otra parte, de alimentar mi amargado humor; los sarcasmos del excelente Mushacke, sus agudos juicios sobre la administración escolar superior, las críticas que le inspiraba el Berlín judío, sus recuerdos de la época de los jóvenes hegelianos, en fin, toda la atmósfera pesimista de un hombre que ha sabido mirar mucho entre bastidores, no dejaban de servirme de renovado incentivo a mi estado de ánimo. Aprendí entonces, y no sin agrado, a ver las cosas negras, sobre todo porque a mí mismo todo me había ido así, y, además, sin culpa por mi parte, según creía entonces.»

Este nuevo encuentro con miembros de las corporaciones estudiantiles es lo que llevó, sin duda, a Nietzsche, que quería verse libre en el futuro de tales coacciones, a comunicar el 20 de octubre de 1865, de un modo tan brusco como torpe, su salida de la *Franconia:* «Tengo que comunicar a la Junta de Franconia, a la vez que le hago llegar mi cinta, mi abandono de esa corporación. Al hacerlo no dejo, desde luego, de valorar altamente el espíritu que ha orientado y presidido las corporaciones estudiantiles. Lo único que deseo dejar claro es que la forma como actualmente toma cuerpo ese espíritu no me resulta agradable. Es posible que la culpa sea, al menos parcialmente, mía. Me ha resultado difícil resistir un año entero en *Franconia*. Pero creí que mi obligación era conocerla. Ningún vínculo sagrado me une hoy a ella. Por eso puedo decirle adiós. Ojalá le sea dado a *Franconia* superar el momento de su evolución en el que actualmente se encuentra. Ojalá no figuren en ella en el futuro sino miembros de talante veraz y moralidad elevada.»

Los francones se sintieron llenos de indignación ante «el tono magistral y el complejo de superioridad» de esta carta de despedida; la Junta privó a Nietzsche, a iniciativa de su antiguo padrino Haushalter, de la cinta y le dio de baja de la corporación. Por su parte probó su seriedad al hablar de su alta valoración de la idea de las corporaciones estudiantiles cuando, en la primavera de 1872, siendo aún catedrático, dio en Basilea unas conferencias *Sobre el futuro de nuestras instituciones educativas*, en las que a la corporación primigenia de 1815, presentada por él como la más hermosa expresión de virtud alemana y de «renovación interior y estímulo de las más puras fuerzas morales» después de las guerras de liberación, le hacía un panegírico como ésta «nunca conoció otro, ni antes ni después», por decirlo con palabras del propio Scheuer, poco adicto, por lo demás, al estudiante Nietzsche.

En estas conferencias podemos encontrar, asimismo, un balance maduro y definitivo de esta época de Bonn. Nietzsche caracteriza este año* como «un año que por esa ausencia de cualesquiera posibles planes y objetivos y esa falta de toda perspectiva de futuro en él dominantes tiene para mi sensibilidad de hoy con un carácter casi onírico, dado, además, que se trata de un año enmarcado, por un lado y por otro, en su antes y en su después, por periodos de vigilia. Ninguno de los dos tuvimos demasiados problemas, a pesar de habernos tenido que mover día a día en el seno de una corporación nutrida, cuyas motivaciones y aspiraciones no coincidían, en definitiva, con las nuestras... Pero este mismo juego con un elemento opuesto a uno tiene ahora, para mi sensibilidad actual, un carácter que no deja de resultar parecido al de algunas de esas paralizaciones que todos vivimos en sueños, cuando creemos, por ejemplo, que nos es posible volar, pero que algún obstáculo desconocido nos lo impide».

La miseria interior y la falta de perspectivas de este primer año universitario —que aún son, por cierto, bien conocidas, pasado ya un siglo, por los estudiantes mejor dotados— son explicadas aquí por Nietzsche en orden a razones más profundas. En orden, concretamente, a que los profesores universitarios no son con frecuencia los líderes espirituales de los jóvenes que buscan, los líderes capaces de hacerles ver el sentido de sus estudios en el marco superior de una cultura genuina. Y en nombre de estos jóvenes formula su queja**:

---

* Primera Conferencia, 16 de enero de 1872.

** En la Quinta Conferencia, 23 de marzo de 1872.

«Debiérais comprender el lenguaje secreto con el que este inocente culpable se habla a sí mismo, el discurso al que en su fuero interno se entrega y cuyo único destinatario es él mismo. Entonces comprenderíais también la esencia íntima de esa autonomía o independencia tantas veces ofrecida a la contemplación del mundo exterior. Ninguno de los jóvenes noblemente dotados ha dejado de padecer esa miseria cultural insistente, fatigosa, enervante y generadora de errores, como no ha dejado tampoco de expiar mediante dudas y tormentos constantemente renovados esa gigantesca ilusión de libertad por él alentada en un mundo burocrático y servil en el que, durante algún tiempo, él parece ser el único libre. Siente que no puede dirigirse, que no puede orientarse a sí mismo, y se entrega vacío de esperanzas al mundo cotidiano, al trabajo diario, y ello de un modo tal, que acaba por verse abrumado por la laboriosidad más trivial, por el entumecimiento de los miembros. De repente se yergue de nuevo: percibe que la fuerza capaz de mantenerle en pie aún no ha enmohecido. Toman cuerpo y crecen en él decisiones nobles y cargadas de orgullo. Le llena de terror percibir cuán tempranamente se ha visto cogido en una mezquina y limitada especialización, y busca soportes y columnas que le ayuden a no dejarse arrastrar por ese camino. ¡En vano! Estos apoyos ceden, porque se había equivocado tomando por mármoles lo que no eran sino frágiles cañas. Ve entonces con desolación cómo se frustran sus planes; su situación le parece horrible e indigna; se alternan en él los momentos de actividad febril y los de abulia melancólica. Pasa a sentirse fatigado, perezoso, vacilante ante el trabajo y ante todo cuanto puede parecer grande; lleno, en fin, de autoodio. Atomiza sus capacidades y cree verse en estancias vacías o caóticamente llenas. Se despeña después desde las alturas del soñado autoconocimiento al escepticismo irónico... Y así, este activismo ciego y la falta de un guía en su proceso de formación le llevan de una forma de existencia a otra: duda, elevación, miseria vital, esperanza, desaliento, todo le arroja de un lado a otro, en todo percibe la señal de que las estrellas que podrían permitirle dirigir su barco se han extinguido sobre su cabeza. Esta es la imagen real de esa célebre autonomía, de esa libertad académica tal y como se refleja en las almas mejores y más verazmente sedientas de aumentar su cultura, unas almas frente a las que esas naturalezas groseras y despreocupadas que se alegran de su libertad porque la usan bárbaramente carecen de toda importancia y no merecen que uno se detenga en ellas. Porque si en su conducta mezquinamente autosatisfecha y en su limitación de especialistas estos seres a quienes ninguna otra cosa interesa se encuentran en su elemento, ¿qué podemos oponer a ello? Su autocomplacencia no compensa, en cualquier caso, el sufrimiento de un solo joven vocado a la cultura y necesitado de guía espiritual que, descorazonado, se desmoraliza, pierde el dominio de sí mismo y comienza a autodespreciarse. Este es el culpable inocente, porque ¿quién le ha impuesto la carga insoportable de encontrarse solo? ¿Quién

le ha incitado a la emancipación y la autonomía en una época en la que la entrega a grandes guías y el entusiasmo por seguir las vías trazadas por los maestros acostumbran a ser necesidades naturales y urgentes?» Consecuencia de todo ello son a menudo «hombres que un día aspiraron a formarse, degenerados y extraviados, en quienes palpita una desesperación interna y un odio rabioso a la cultura, a una cultura que les ha sido inaccesible porque nadie les dio a conocer los caminos que llevaban a ella. No son los peores ni los menos; volvemos a encontrarnos con ellos como periodistas y gacetilleros, metamorfoseados por la desesperación», formando parte de una grey literaria como la de la «Joven Alemania», con «sus epígonos que hasta el momento no dejan de crecer».

Nietzsche tenía ante sí bien clara la tarea: encontrar el guía o los guías a los que el corazón juvenil infatigable y ansioso de admirar y su espíritu hambriento pudieran entregarse, para a través de él, o de ellos, dar al fin consigo mismo y con su tarea. Su instinto y su destino le llevaron a ello en el momento justo, en una hora de cuyo carácter decisivo era perfectamente consciente.

«Sabéis bien» —escribía a comienzos de su primer trimestre en Leipzig a sus tías *— «que cada siete años el cuerpo humano se renueva total y completamente. De ahí la importancia del 7, del 14 y del 21. Comienzo, pues, a verme por cuarta vez en un cuerpo nuevo. Pero ¿qué ocurre con nuestra alma? ¿Se ha transformado ésta ya asimismo tres veces? ¿Tienen nuestras características, nuestras capacidades, tan escasa consistencia que desaparecen también cada siete años y dejan su sitio a otras nuevas? No, no estamos sometidos a semejante circulación del alma; porque ésta se agranda, ciertamente, y gana fuerza, pero sus componentes esenciales permanecen, siguen siendo los mismos. ¿Acaso el amor que existe entre nosotros no sigue siendo el mismo, queridas tías?

Pero ¿qué es lo que me va a ocurrir en este cuarto círculo de siete años? Todo tiene que decidirse ahí; una vez transcurrido, el hombre habrá quedado terminado; la estructura de su edificio estará ya ahí, consumada; podremos seguir adornando la cosa, pero la edificación quedará ya atrás.»

En lo que hace al propio Nietzsche, esta reflexión resulta mucho más cierta de lo que hasta el momento se ha pensado en el marco de las concepciones superficiales de sus «metamorfosis». Respecto de sí mismo responde, como puede verse, a la vieja pregunta por la identidad, por el ser en el flujo de los fenómenos, por el núcleo de la personalidad. Y no estará de más retener que como prueba de este último componente que permanece se remite al amor, a un amor capaz de durar por encima de los cambios; a ese amor vinculante, en fin, a propósito del que otros vendrían a decepcionarlo tanto.

* A Friederike Daechsel y Rosalie Nietzsche, finales de octubre/comienzos de noviembre de 1865, desde Leipzig.

Capítulo 7
LOS PRIMEROS DOS AÑOS DE LEIPZIG



El 17 de octubre de 1865 llegó Nietzsche con su amigo Mushacke, provinientes ambos de Berlín, a Leipzig. Aquí vivió hasta la primavera de 1869 —con interrupciones debidas a su servicio militar— sus años decisivos de estudiante universitario y aquí vivió también sus encuentros espirituales determinantes, esos encuentros a partir y en virtud de los que vino a dar al fin consigo mismo y con su tarea.

Comenzó su tercer trimestre como quien comienza una nueva vida. Primero se libró, según vimos ya, con su carta de dimisión a los francones de todas las obligaciones que, como hubo de percibir de inmediato ya en los primeros días de Leipzig, hubieran caído necesariamente sobre él de seguir perteneciendo a la corporación.

Aún le dominaban el talante deprimido y la inquietud espiritual, rayana en la desesperación, propios de su estado de ánimo por las fechas en que «huyó» de Bonn. Sólo que esta vez estaba decidido a oponerse a ellos con todas sus fuerzas. La dura escuela de Pforta le impidió caer un solo momento seriamente en el peligro de la inactividad o de la bohemia infructuosa que acechaba, por el contrario, a tantos jóvenes dotados a los que la Universidad no ofrecía el alimento adecuado a su hambre espiritual. El trabajo y el rendimiento habían sido y siguieron siendo su elemento vital. Y, por otra parte, vino a creerse ya en posesión de un conocimiento importante: el del punto de arranque genuino para su fuerza. En su necesidad de optar por una profesión se había decidido por la filología, por mucho que por aquellas fechas fuera ya consciente de que ésta no podía ser para él un fin último, sino sólo un medio. Y, sin embargo, se lanzó a ella como si lo fuera. En los dos primeros años de Leipzig estuvo aún lejos de percibir cuál era, para él, este fin último. Los impulsos filosóficos de su naturaleza descansaban por estas fechas, como si estuvieran madu-

rando y ganando en densidad para el salto definitivo. Cuando le urgían o hacían notar en él su presencia, Nietzsche procuraba satisfacerlos recurriendo a la obra de otro, recurriendo a la obra de alguien capaz de absorber toda su fuerza admirativa y convertirse, a la vez, en el instrumento en el que le fuera dado interpretar, en un primer paso, las melodías de su vida. Que este instrumento cayera en sus manos en el momento oportuno es lo que dio a estos años de su vida equilibrio y sentido.

La filología sólo le ofrecía imágenes de un mundo grandioso, pero indefectiblemente muerto; era un campo adecuado para su orgullo intelectual, y como ninguna otra ciencia, le daba la oportunidad de desarrollar su impulso educativo, su indomeñable voluntad pedagógica. Pero sin el apoyo que encontró en la filosofía de Schopenhauer, difícilmente hubiera podido soportarla durante tanto tiempo como contenido de su vida, de modo similar a como esta filosofía tuvo, a su vez, que caer para él el día en que su propia fuerza productiva desbordó el marco schopenhaueriano. Por otra parte, a fines del periodo de Leipzig una nueva vivencia vino, como es sabido, a tomar cuerpo en el filólogo Nietzsche, una vivencia capaz de hacerle creer que el gran mundo antiguo, ese mundo que él tanto amaba, no era definitiva e irremediablemente irrepetible, sino que iba a encontrar su renacimiento en el arte alemán. Se trata, claro es, de la vivencia de Wagner.

Dio al celo filológico de Nietzsche, un celo en cierto modo ya declinante, un nuevo impulso —llamado a operar en él durante años— a partir del espíritu de la música, el máximo impulso del que cabría, tal vez, hablar en la filología alemana del periodo postclásico. Un impulso en orden al que esta disciplina vendría, ciertamente, a desbordar su marco originario, convirtiéndose, con su fuerza interpretativa y creadora de normas, en una imagen del mundo; pero una imagen que no estaba, a su vez, sino al servicio de una penetración intelectiva más alta, y que tendría que morir en el momento en que dejara ya de resultarle útil, de servir a la causa de esta visión y esta penetración de cuño superior.

Al aprendizaje y a la enseñanza de la filología dedicó Nietzsche una parte muy importante de su vida. Hasta el año 1879 le fue profesionalmente fiel. Su vida y su pensamiento resultan inimaginables sin ella. En la transmisión y mediación literaria de la Antigüedad la filología vino a procurarle la materia con la que dio vida a algunas de las imágenes centrales y a alguno de los problemas de su filosofar tardío. Por lo demás es evidente que en la exactitud científica del modo de pensar y de investigar de la filología encontró más bien una vía para adiestrar y disciplinar su sentido de la verdad que un objetivo último; su fantasía y su capacidad intuitiva actualizadora desbordaron una y otra vez, sin temor alguno, los límites que la filología estricta imponía y se autoimponía. Se aproximaba a los problemas filológicos cuando veía en ellos y podía tomar de ellos fuego, y siempre con ojos de artista. Por supuesto que aprendió la técnica

tempranamente, llegando a dominarla como pocos de los especialistas de su tiempo —él mismo lo reconocía—, pero cuantas veces sus trabajos filológicos permanecían a ese nivel de puro ejercicio técnico, como en el caso de la prosecución de su ensayo sobre Teognis, se sentía profundamente insatisfecho. El trabajo filológico detallado y paciente no procuraba el debido alimento a su impulso productivo. Ya las conjeturas a las que se entregaba el alumno de sexto curso en Pforta tendían, según Deussen[73], «a mejorar no sólo la tradición, sino al propio autor», de tal modo que Deussen, un filólogo auténtico y más bien pedante, un erudito de pura raza, se vio en la obligación de llamarle la atención sobre algún error. Tampoco después llegó a importarle a Nietzsche la filología sino en la medida en que más allá de las transmisiones literarias le era dado acceder, gracias a ella, al portador de estas transmisiones, al hombre antiguo, del que se sentía mucho más próximo, sin duda, que cualquier otro hombre del siglo XIX.

En la medida en que la filología no era para Nietzsche simplemente el campo de su orgullo juvenil y su forma de ganarse la vida, su profesión efectiva, era, por decirlo con pocas palabras, un medio del que se servía y al que recurría para conocer al hombre antiguo. Para conocer lo que para él era el hombre de una gran cultura cerrada, que era, además, la sola cultura digna de tal nombre, por lo que en la imagen de ese hombre podía ver un medio de autoconocimiento y un instrumento capaz de ayudarle en la crítica de la cultura de su propia época. Cuanto la filología como profesión pudo exigirle más allá de estos límites, se convertiría para él muy pronto en un peso opresor y entorpecedor, del que un día tendría que librarse por completo.

Pero en un principio no era tal, en absoluto, el caso. Necesitaba, por el contrario, carga para que su barco no se convirtiera en un juguete de los vientos y zozobrara. Necesitaba un trabajo capaz tanto de ayudar a su espíritu inquieto a concentrarse, como de devolverle el sentimiento de autoseguridad y rendimiento que había perdido en Bonn en tan gran medida.

Se entregó así a sus estudios filológicos con celo de todo punto ilimitado, a unos estudios para los que iba provisto de los mejores presupuestos, tanto por lo que hacía a la masa de su herencia —la herencia de sus antepasados humanistas—, como por los resultados de su aprendizaje en Pforta. De todos modos, no deberíamos olvidar que estos estudios eran para él algo decisivo únicamente en la medida y en el sentido citados. De ahí que sólo en esta medida y en este sentido se convirtieran en algo importante para su vida y su obra. Precisamente por esto nos afectan aquí menos de lo que cabría suponer a la vista de la duracion que en la vida de Nietzsche tuvieron tanto el aprendizaje como la enseñanza de la filología.

Si se considera globalmente la obra de Nietzsche, parece imposible

ignorar, en efecto, que por mucho que enriqueciera su imagen del mundo y de la cultura, la filología vino a limitar también las posibilidades de desarrollo y alimento de su afán cognoscitivo. Una vez llegado a la cumbre de su fuerza creadora, el propio Nietzsche se lamentaría de que la filología no le hubiera dejado el tiempo que él hubiera deseado para los estudios científico-naturales. O, cuanto menos, el tiempo suficiente como para ejercitarse en ellos en la medida que un día pasaría a juzgar como necesaria para la elaboración de sus puntos de vista.

El espectro de intereses espirituales de Nietzsche era de envergadura poco común, como la tensión misma de su ánimo. Porque si por un lado se sabía, y en qué medida, próximo a la Antigüedad, por otro no dejaba de ser un hijo de su era científico-natural. No dejaba de serlo y de saberlo, como después vendrá a revelársenos con toda claridad. Esta parte de su ser no encontró, sin embargo, en la época más receptiva de su vida, en la que su entrega a la filología era prácticamente total, el alimento necesario, y hubo de abrirse camino después, sin la enorme acumulación de saber que Nietzsche llegó a procurarse en el ámbito de la filología, casi en el vacío, por así decirlo. Lo que no dejó de conferir, ciertamente, a su lucha una grandeza bastante superior a la media de su siglo científico-natural. En la medida en que partía de la Antigüedad, la obra de Nietzsche venía vinculada al gran pasado clásico del pensamiento alemán, pensamiento que prosigue y se prolonga en su concepción de la cultura en medida mucho mayor de la que hoy acostumbra a reconocerse. Y por otra parte, dicho punto de partida salvaguardaba su obra de los huecos y de la alienación respecto de la existencia humana y de la continuidad histórica en los que el siglo XIX, siglo científico-natural por excelencia, vendría a perderse en algunos de sus mayores representantes.

Pero en un comienzo, en los años de Leipzig, estos problemas aún no resultaban visibles: Nietzsche era filólogo con pasión y energía.

Después de una larga búsqueda por las habitaciones, especialmente miserables, que se ofrecían en Leipzig en alquiler a los estudiantes, Nietzsche y Mushacke alquilaron una en un suburbio de la ciudad, en la Blumengasse (hoy calle de Scherl), en el número 4, a un librero de viejo llamado Rohm, «que aparte de libros tiene también, por desgracia, hijos pequeños, que gritan mucho. El aire es puro, la casa está rodeada de huertos llenos de flores, hay un silencio casi solemne, sólo roto por los ruidos de una fábrica de cajas fuertes y de los ya citados hijos pequeños», según escribía dos días después de la llegada, el 19 de octubre, al padre de Mushacke. Y añadía: «Hoy hace cien años que se matriculó el estudiante Wolfgang Goethe.» Un recuerdo escrito dos años después coincide si no exactamente con la fecha, sí con este acontecimiento[4]: «Fue el 17 de octubre de 1865 cuando llegué a la estación de Leipzig, proviniente de Berlín, con mi amigo Mushacke... Al día siguiente me apunté en la secretaría de la Universidad; se trataba, precisamente, del día en el que se cumplían los cien años de la inscripción de Goethe, un día que la Universidad celebraba con la edición de un libro conmemorativo y con la concesión solemne de los últimos doctorados. No puedo decir lo agradable que me resultó este casual acontecimiento; lo asumí como un buen presagio de cara a mis años de Leipzig, y el futuro tuvo buen cuidado de que hoy pueda, efectivamente, ratificarlo como un buen presagio. El rector de entonces, Kahnis, nos intentó hacer ver... a todos los recién ingresados que todo genio sigue su camino propio y específico, por lo que no teníamos por qué tomar la época de estudiante de Goethe como un modelo a seguir. Dimos respuesta con una sonrisa furtiva a la alocución de aquel hombrecillo vivaz y redondo como una bola y formando un círculo en torno suyo que se disolvió en seguida fuimos dándole el usual apretón de manos. Más tarde nos dieron nuestros papeles.»

Nietzsche se matriculó, pues, en la Universidad de Leipzig el 18 o el 19 de octubre. No dejó de añadir a la carta al padre de Mushacke la siguiente glosa humorística: «Alimentamos la modesta esperanza de que dentro de cien años se conmemore asimismo la fecha de nuestra matrícula.»

El 25 de octubre tuvo lugar la lección inaugural de Ritschl, sobre la que Nietzsche informa como sigue en el recuerdo arriba citado: «El primer acontecimiento grato que viví fue la primera aparición en público de Ritschl, que había desembarcado con toda felicidad en su nueva costa. De acuerdo con la costumbre académica tenía que dar su lección inaugural en el Aula Magna abierta a cuantos quisieran asistir. Había gran expectación en torno a la aparición de hombre tan famoso, de un hombre cuyo comportamiento en los asuntos de Bonn había puesto su nombre en todas las bocas y hasta lo había llevado a los periódicos. La comunidad académica hizo, en consecuencia, acto de presencia en su práctica totalidad, así como numerosos no estudiantes que se fueron procurando un lugar en el fondo de la sala. Apareció Ritschl acto seguido en la gran sala, deslizándose sobre sus grandes zapatos de fieltro*, aunque, como era de esperar, con un impecable traje de ceremonia con fajín blanco. Fue dirigiendo su mirada alegre y desenvuelta a su nuevo entorno y no dejó de descubrir pronto rostros que le eran familiares. Según iba adentrándose por la sala llegó incluso a exclamar: "Ah, ahí está el señor Nietzsche", haciéndome una señal vivaz con la mano. Pronto reunió en torno suyo todo un círculo de discípulos de Bonn, con los que intercambió amablemente unas palabras, mientras la sala se iba llenando cada vez más y los dignatarios académicos ocupaban sus sitios. Al advertir esto último, subió con gesto jovial y desenvuelto a la cátedra y pronunció su hermoso discurso en latín sobre la utilidad y el valor de la filología. Lo espontáneo y vivaz de su mirada, la enérgica juventud de su palabra, el fuego interior que daba intensidad a sus gestos, todo ello asombró al auditorio. Luego le oí decir, por ejemplo,

* Ritschl padecía de una enfermedad en los pies.

a un viejo y simpático sajón: "¡Cómo domina este hombre la cosa!". Cuando su primera lección de curso en el aula número 1, la asistencia de público fue también desusada. Comenzó a hablar sobre la tragedia de Esquilo *Los siete contra Tebas*, cuya parte principal le había oído yo ya y le había copiado.»

Ritschl era, en buena medida, el más adecuado maestro imaginable para Nietzsche. Lleno de un entusiasmo infatigable por su materia, conseguía comunicar también este entusiasmo, de un modo personal y convincente, a sus discípulos. Lo importante para él no era que éstos se mataran trabajando, desde luego. Pero de sus discípulos —de los que a los particularmente inteligentes integraba en su círculo más íntimo— exigía un trabajo intensivo y esa capacidad para combinar e interrelacionar que tanto le caracterizaba a él mismo. Como objetivo y finalidad últimos de estudio no veía la mera acumulación de saber, sino el desarrollo del sentido crítico y la propia actividad productiva.

Nietzsche asistió a sus cursos, al igual que a los de su discípulo y joven colega Georg Curtius. Cursos de epigrafía latina, de historia de la tragedia griega, sobre el *Miles gloriosus* de Plauto, así como de gramática latina. Pero no llegó a llenar un solo cuaderno de apuntes de un curso completo. Le interesaban otras cosas.

«En ocasiones me sentía desasosegado e inquieto por esta falta de regularidad mía, pero pronto encontré la fórmula salvadora. En definitiva, de la mayoría de los cursos lo que me interesaba no era la materia, sino la forma como el maestro académico comunicaba a otros seres humanos su sabiduría. Mi participación más viva incidía, pues, en el método; y no dejaba de extrañarme de lo poco que en orden a los contenidos materiales se aprende en la Universidad y de lo mucho que, por el contrario, es valorada esta función de la misma. Vi, pues, con claridad que lo ejemplar y modélico del método, el modo de manejar un texto, etc., constituían, precisamente, el punto del que partía la irradiación capaz de ejercer una verdadera influencia. De ahí, pues, que me limitara a observar cómo se enseña, cómo se allega a un alma joven el método de una ciencia. Siempre me ponía yo en el lugar de un maestro académico y daba, desde este punto de vista, mi asentimiento o mi veredicto a los esfuerzos de conocidos docentes. Me esforcé, pues, más en aprender cómo se llega a ser un maestro que en aprender lo que normalmente se enseña en las universidades. Al hacerlo me alentó y mantuvo siempre en pie la consciencia de que no me faltarían nunca los conocimientos que rigen normalmente a un académico, así como la confianza en la capacidad de mi naturaleza para hacerse, llevada de su propio impulso, con un sistema propio que acogiera cuanto merece saberse. Y mi experiencia ha abonado, hasta el momento, tal confianza. Como objetivo tengo ante mis ojos el de convertirme en un maestro realmente práctico; un maestro capaz de despertar, ante todo, en los jóvenes el necesario discernimiento y la capacidad autorreflexiva

que les ayude a no perder jamás de vista el ¿por qué?, el ¿qué? y el ¿cómo? de su ciencia.»[4]

Estas frases fueron escritas durante la época del servicio militar, o sea, dos años después del comienzo de los estudios de Leipzig, cuando Nietzsche alentaba, evidentemente, el proyecto de convertirse en catedrático universitario. Revelan, en cualquier caso, que en sus estudios filológicos le guiaba un temprano y poderoso impulso pedagógico. Que parezca que desde un principio se vivió más como profesor futuro que como estudioso y que descuidó los contenidos materiales, es cosa que sólo con muchas restricciones y puntualizaciones cabría aceptar. Resulta, por una parte, innegable que llevaba consigo un bagaje nada común de sus años de alumno de Pforta —un bagaje no demasiado inferior al de un filólogo medio al cabo de toda una carrera especializada—; pero, por otra, tampoco cabe la menor duda de que sus trabajos de éste y de los siguientes años muestran que de hecho supo muy bien, en sus trabajos especializados, hacerse con «cuanto merece saberse».

Por supuesto que las dotes y los rendimientos filológicos de Nietzsche incidieron siempre, tanto ahora como después, más en lo profundo que en lo extenso; como tampoco trabajó nunca, primero como estudiante y luego como catedrático, sino una parte relativamente pequeña del legado literario de la Antigüedad, pero ésta, en cualquier caso, con una penetración y una fuerza de visión incomparables.

La asistencia a las clases fue haciéndose cada vez más laxa y ocasional. No así su ritmo de estudio, sino muy al contrario, tanto en su casa como en los círculos de trabajo más restringidos que Ritschl reunía en torno suyo y cuya capacidad conformadora de escuela se reveló también en Leipzig como extraordinaria.

Pero antes de dedicarse con todas sus fuerzas a su objetivo filológico —un objetivo sólo muy recientemente asumido al fin, como se recordará—, Nietzsche tuvo una vivencia espiritual llamada a ejercer sobre él una impresión duradera.

El mismo escribe sobre ello en el recuerdo de la decepción de Bonn, a continuación de los párrafos arriba citados[4]: «Me sentía por aquellas fechas colgado del aire, solitario, sin principios, sin esperanzas, sin un recuerdo grato, y con algunas experiencias dolorosas y decepciones. Construirme una vida propia, una vida adecuada a mí mismo, era mi aspiración de la mañana a la noche... En el feliz apartamiento de mi vivienda alcanzaba a concentrarme, a adentrarme en mí mismo, y cuando me encontraba con amigos, éstos eran siempre Mushacke y von Gersdorff, quienes, por su parte, alentaban objetivos muy similares a los míos. Creo que no será difícil imaginar la impresión que, en esta situación, tenía por fuerza que causarme la lectura de la obra principal de Schopenhauer. Encontré un día este libro en la librería de viejo del anciano Rohm. Ignorándolo todo sobre él, lo tomé en mis manos y me puse a hojearlo. No sé

qué demonio me susurró: "Llévate este libro a casa". Ocurrió, en cualquier caso, contra mi usual costumbre de no precipitarme en la compra de libros. Una vez en casa me arrojé con el tesoro recién adquirido a un ángulo del sofá y comencé a dejar que aquel genio enérgico y sombrío influyera sobre mí. Toda línea gritaba en él renuncia, negación, resignación; tenía ante mí un espejo en el que podía contemplar el mundo, la vida y mi propio ánimo con una grandeza deprimente. Un espejo desde el que el ojo solar del arte me miraba desde su absoluta falta de intereses. Vi enfermedad y curación; destierro y refugio; infierno y paraíso. La necesidad de autoconocimiento, incluso de automasticación, se apoderó de mí con fuerza indomeñable; testigos de aquella mutación profunda son hoy todavía, para mí, las páginas desasosegadas y melancólicas del diario que llevé por aquellas fechas, con sus autoacusaciones inútiles y su desesperada búsqueda de salvación y reconformación del entero núcleo humano. En la medida en que procedí a someter todos mis rasgos y todas mis aspiraciones al tribunal de un sombrío autodesprecio, mi talante estaba lleno de amargura, poseído de un odio injusto y desenfrenado contra mí mismo. Ni siquiera renuncié a las mortificaciones corporales. Me obligué, en efecto, durante catorce días seguidos a acostarme a las dos de la noche y a levantarme exactamente a las seis de la mañana. Una excitación nerviosa muy singular se apoderó así de mí, y quién sabe hasta qué grado de locura no habría llegado de no haber operado, frente a aquel estado de ánimo mío, los atractivos de la vida, las sirenas de la vanidad y el imperativo de volver a mis estudios regulares.» Esta primera lectura de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer debió tener lugar entre finales de octubre y comienzos de noviembre de 1865; ya una carta a su madre y hermana del 5 de noviembre acusa, en efecto, los efectos de esta obra, y para Navidades de ese mismo año Nietzsche mostraba sus deseos de leer tanto *Parerga y Paralelipomena* como el libro recién publicado por Haym sobre Schopenhauer y su filosofía.

La mirada retrospectiva que esbozó, al modo de recuerdo, dos años después revela ya cierta distancia respecto de esta vivencia originaria, aunque todavía refleja su entera potencia. El libro de Schopenhauer correspondía enteramente a los estados de ánimo que dominaban a Nietzsche a finales del año 1865; de ahí que su influencia fuese, ante todo, moral: como un reflejo de su yo y de su circunstancia. El desprecio de los hombres, el evangelio de la negación y de la renuncia, que predica Schopenhauer, unido a ese otro evangelio de la redención por un arte «libre de todo interés», cuya forma más pura cifra Schopenhauer precisamente en la música, en esa música que Nietzsche tanto amaba, tenían que encontrar en él un eco poderoso. La falta de sentido de la existencia es lo que más fuertemente le increpaba desde estas páginas, y, dada su intensidad y su decisión de llegar siempre, y en todo, hasta las últimas consecuencias, era inevitable que se entregara al autoflagelo, a esas formas de automorti-

ficación que son el autoanálisis implacable y el autocastigo. No veía otro camino para sí que el ascetismo, y además, el ascetismo en su forma corporal más dura.

Por desgracia, no conservamos las páginas del diario de esa época, *El libro de las observaciones*, pero la citada carta del 5 de noviembre procura una impresión inmediata del estado de ánimo que por aquellas fecha le dominaba. No comprende que su madre y hermana soporten tan fácilmente «esta existencia tan contradictoria, en la que lo único que está claro es que todo está oscuro». «"¡Cumple con tu obligación!". Bien, queridas mías, cumplo con ella o me esfuerzo, al menos, por hacerlo; pero ¿dónde acaba? Además, supongamos que viviera hasta el último resquicio de acuerdo con mi obligación. Pues bien, ¿es acaso el animal de carga más que el hombre, porque cumple mejor que éste lo que se le ordena? ¿Se hace justicia a la humanidad propia por el exclusivo camino de satisfacer puntualmente las exigencias a que se ve uno sometido en las circunstancias en que le ha tocado nacer? ¿Quién nos obliga a dejarnos determinar por las circunstancias? ¿Y si no queremos hacerlo? ¿Y si nos decidimos a no atender sino a nosotros mismos y a obligar a los hombres a asumirnos tal y como somos? ¿Qué pasa en tal caso? ¿Qué podríamos buscar actuando así? ¿Se trata acaso de construirse una existencia lo más soportable posible? En realidad, queridas mías, sólo hay dos caminos: o se esfuerza uno y se acostumbra a vivir todo lo limitadamente que pueda, sujeta la mecha de su espíritu lo más a ras de tierra posible, y una vez situado así busca riquezas y cultiva los placeres del mundo. O: se hace uno consciente de lo miserable que es la vida; toma uno nota de que cuanto más queramos gozar de ella, más esclavos suyos somos, renuncia, en consecuencia a los bienes de este mundo y se ejercita en la austeridad; es uno duro para consigo y amable para con los otros —precisamente por la compasión que nos inspiran, compañeros nuestros, al fin, de miserias—, vive uno, en una palabra, de acuerdo con las exigencias del Cristianismo primitivo, no del actual, dulzón y diluido. Porque el Cristianismo no es cosa que uno pueda "cultivar" así *en passant* o porque está de moda.

¿Viene a resultar así la vida soportable? Sí, porque la carga es cada vez menor y no hay ya vínculos que nos aten a ella. Es soportable, porque puede ser rechazada ya sin dolor.»

La madre le contestó que a «tales puntos de vista y tales razonamientos» prefería, con mucho, una «carta como Dios manda». Porque leyendo semejantes cosas se llenaba de preocupación por él, a quien acababa por ver preso «de desgarramientos interiores y de descontento». Más le valía entregar su corazón a Dios y sólo a El, ante quien nada vale la entera sabiduría del mundo, incluida la recogida en esos gruesos volúmenes en los que su hijo se sumergía. La gran tarea de su vida no era otra que ser para su madre, y luego también para su hermana, un buen punto vital de apoyo. Que pensara en eso. De ahí que Nietzsche optara por ocultarle

sus estados de ánimo, pasando a responderle con la narración, para que pudiera entretenerse «con un *ragout* de sus vivencias», como él mismo dice, de cosas sin importancia, salvo, tal vez, la notificación de que en los siguientes domingos pensaba participar en diez *matinées*, en las que sólo se interpretaría «música del futuro», Wagner, Liszt, Berlioz.

No parece, de todos modos, haberse mantenido durante mucho tiempo en un talante tan ascético y dado a la renuncia. Sus instintos vitales, nunca aletargados, no tardaron demasiado en hacer sentir su presencia, y tanto más cuanto que comenzaba ya a tomar pie en la filología. Cuando en Navidades fue a su casa y se encontró con que su hermana, que había asumido hasta la caricatura sus ideas, se le presentaba con faz lóbrega, le hizo notar en seguida que prefería cien veces que siguiera siendo la que siempre había sido. Su risa le servía de alivio.

Pronto reconoció que de la filosofía schopenhaueriana no eran las apelaciones a la renuncia y a la huida del mundo lo más acorde con su propia naturaleza, sino la personalidad misma del filósofo y su moral creadora. Schopenhauer fue convirtiéndose cada vez más, para él, en un educador, «capaz de elevarle a uno sobre la insuficiencia propia de la miseria de nuestra época y enseñarle a ser de nuevo *sencillo* y *honrado*, en el pensamiento y en la vida, esto es, inactual, tomando esta palabra en su sentido más profundo; porque los hombres se han hecho hoy tan fragmentados y complejos, que tienen que faltar a la honradez cuantas veces hablan, sientan afirmaciones y actúan a tenor de éstas», como vino a formularlo él mismo nueve años después *. Lo que tan poderosamente atrajo a Nietzsche de Schopenhauer no fueron sus tesis, sino su lucha implacable, ajena a todo compromiso y a todo temor, por la verdad. La propia aspiración nitzscheana a la veracidad encontró y vio expresado en Schopenhauer el gran modelo heroico, ese modelo que años después cifraría con tanta convicción en el «Caballero con muerte y demonio» de Durero. No otra cosa es lo que al cabo de nueve años pudo hacerle aún escribir: «Pertenezco a esos lectores de Schopenhauer que, desde que han leído la primera página de su obra, saben con certeza que la leerán entera y escucharán cada una de sus palabras. Mi confianza en él fue inmediata, y no ha variado en los nueve años transcurridos. Le comprendí como si hubiera escrito para mí: para expresarme de una manera inteligible, aunque inmodesta y necia» *(op. cit.)*.

Nietzsche se apropió, con la entera pasión de su naturaleza, del pesimismo de Schopenhauer, en el que vino, en su primer encuentro con él, a cifrar la revelación filosófica del contenido trágico de la vida, un contenido cuya potencia ingente fue revelándosele cada vez más y cada vez más intensamente con los medios y por la vía del arte, y en el corazón mismo de una tradición, la de la tragedia griega, con la que por su trabajo

* 1874: *Schopenhauer como educador*, § 2.

científico estaba en estrecho contacto. Su naturaleza pasó a desarrollarse así en la tensión, grande, peligrosa y rica, entre los polos del conocimiento trágico y el «a pesar de todo» del sí incondicional a la vida; una tensión en la que hunden sus raíces y a la que se deben los frutos mejores de los hombres modernos.

No hay, obviamente, que pensar que este camino transcurriera tan lisa y trilladamente como puede parecer a la mirada retrospectiva. Cuando haciendo acopio de toda su pasión vital Nietzsche luchó años después una y otra vez contra el ensombrecimiento de su siglo, sabía bien contra qué luchaba. En los últimos años de Bonn y en estos años tempranos de Leipzig tuvo ocasión de conocerlo y de superarlo. De superarlo en lo que no fue sino una primera superación a la que aún seguirían muchas otras.

De estos procesos internos él mismo no era, en un principio, sino muy escasamente consciente, aunque poco a poco fue siéndolo más; pero lo cierto es que en Schopenhauer encontró ese punto de apoyo espiritual para su afán de admirar y venerar sin el que no le era posible vivir desde que el dios de sus padres y de su infancia muriera para él. Había vuelto a adquirir la confianza en los hombres y, a la vez, en sí mismo. Que desde un punto de vista cognoscitivo se entregara a la vez, y temporalmente, a un pesimismo ilimitado es cosa que en modo alguno acabó con su fuerza vital ni con su capacidad de rendimiento. Que todos los hombres jóvenes de impulso creativo tengan que pasar por este estadio de negación y de rechazo, prevaleciendo en él, y que el pesimismo sea siempre el reverso de una medalla, en cuyo anverso viene grabado el rostro de la grandeza, es, sin duda, uno de los secretos de la vida.

El 4 de diciembre de 1865 Ritschl invitó a cuatro de sus estudiantes, a los que ya conocía de los tiempos de Bonn, a una velada. Eran Richard Arnoldt, Wilhelm Roscher, Wilhelm Wisser y Friedrich Nietzsche. Después de una conversación general, en la que también se habló de música y de Wagner, con una participación particularmente vivaz de Nietzsche, Ritschl propuso a sus invitados la fundación de una Asociación Filológica, destinada a hacer posible a cada uno el desarrollo, más allá de las clases y de los seminarios, de ámbitos especiales de trabajo, con la consiguiente comunicación a los restantes miembros, y para su beneficio, de los resultados obtenidos, resultados que éstos quedaban, obviamente, obligados, a su vez, a criticar en un sentido constructivo. Semejante idea resultaba de lo más acorde con las ambiciones de Nietzsche y, sobre todo, con la forma como él mismo entendía que tenía que llevar a cabo sus estudios. De ahí que la acogiera, juntamente con sus otros compañeros, con el mayor entusiasmo. Fue en seguida posible conseguir más filólogos serios para la asociación, y ya al cabo de ocho días pudo celebrarse la primera «asamblea regular». Primero se trató de una asociación informal, pero el 15 de mayo del año siguiente asumió forma fija gracias a la aproba-

ción de sus estatutos por el Juez de la Universidad y a la obtención de la correspondiente sanción oficial.

La segunda conferencia, pronunciada el 18 de enero de 1866, corrió ya a cargo de Nietzsche. Habló en el restaurante *von Löwe*, en la calle Nikolai, sobre «la última redacción de la Theognidea». Para ello recurrió a su trabajo de final de bachillerato sobre Teognis, extendiendo y ampliando sus investigaciones hacia la historia textual y de cara a la ordenación de las colecciones transmitidas por la tradición. Tuvo un éxito deslumbrante.

«En aquella habitación abovedada, y una vez superada la timidez de los primeros momentos, pude expresarme con énfasis y con fuerza, y conseguí el éxito de que mis amigos manifestaran el mayor respeto por lo escuchado. Extraordinariamente aliviado regresé, en lo hondo ya de la noche, a casa, y me senté en mi pupitre a escribir palabras amargas en el *Libro de las observaciones*, palabras destinadas a borrar, en la medida de lo posible, de la pizarra de mi conciencia la vanidad en la que me había complacido.»[4] El éxito obtenido en la Asociación le dio el valor necesario para someter el manuscrito al juicio del propio Ritschl. «Algunos días después me pidió que le visitara*. Me miró pensativo y me pidió que me sentara. "¿Qué piensa hacer usted con este trabajo?", me preguntó. Le dije lo que me pareció más lógico, a saber, que una vez leído como conferencia en la Asociación había cumplido ya su objetivo. Acto seguido me preguntó por mi edad, por el tiempo que llevaba estudiando, etc., y una vez le hube informado, me dijo que nunca había encontrado nada parecido en cuanto a rigor metodológico y capacidad para establecer relaciones en un estudiante del tercer semestre. Dicho esto me instó vivamente a reelaborar y transformar la conferencia en un pequeño libro, prometiéndome toda clase de ayudas. A raíz de esta escena mi confianza en mí mismo se elevó a la estratosfera. Por la tarde dimos los amigos juntos un paseo hasta Gohlis, con un tiempo maravillosamente soleado; la felicidad me desbordaba. Cuando al fin nos sentamos en la venta de la localidad, ante unas tazas de café y unos pasteles, no pude contenerme más y conté a mis amigos, que me escucharon con tanto asombro como falta de envidia, lo que me había ocurrido. Durante algún tiempo viví como presa de un vértigo; fue la época en la que nací como filólogo; sentía el aguijón de la loa, una loa que me era dado cosechar por ese camino.» A partir de ese momento, Nietzsche entró en una relación más estrecha con Ritschl, acerca de quien ya el 15 de enero escribió a su tío Edmund Oehler, subrayando lo poderosamente que le atraía su personalidad, lo altamente que se había sentido valorado por él y la buena disposición que le había mostrado: «Casi un par de veces por semana iba a verle al mediodía, y le encontraba siempre dispuesto a entablar conversación, seria o jovial.»[4]

* El 24 de febrero de 1866.

En estas conversaciones Ritschl actuaba del modo más natural, no privándose de someter a crítica toda clase de interioridades de la vida universitaria, pero haciendo bromas también sobre sí mismo e instando en todo momento a su discípulo a profundizar en su trabajo científico, por el que siempre le hacía notar su interés. Nietzsche admiraba de él «su total libertad respecto de cualquier posible credo científico» y el hecho de que «le disgustara especialmente la entrega incondicional y acrítica a sus propios resultados». Pero pronto advirtió Nietzsche también los límites del ámbito en el que se movía Ritschl y, con ello, el peligro que para él podía derivarse de esta relación. «Sobrevaloraba, sin duda, la materia en la que estaba especializado, lo que le llevaba a ver con malos ojos que los filólogos se preocuparan por cuestiones filosóficas. Procuraba, por otra parte, poner a sus discípulos en condiciones de rendir científicamente lo más rápidamente posible; de ahí que tendiera fácilmente a tensar al máximo la vena productiva de cada cual.» Nietzsche oscilaba, pues, entre la admiración y la crítica, fascinado, casi cautivado por aquel hombre importante que le mostraba una inclinación tan evidente y que no dudaba en preocuparse por él con solicitud verdaderamente paternal, con una solicitud que siempre le había, en cualquier caso, faltado, y con cuyo hueco tanto había sufrido en secreto. Intentó, de todos modos, liberarse varias veces del hechizo, pero jamás tuvo fuerzas para ello. De ahí, por ejemplo, el sorprendente paso de una carta a su tío Edmund Oehler del 15 de enero de 1866: «Hasta San Miguel me quedaré todavía aquí, porque no puedes figurarte lo que me cautiva la relevante personalidad de Ritschl y lo difícil, casi insoportable, que me resultaría separarme de él. Pienso trasladarme luego a alguna de las universidades prusianas, aunque no a Berlín, donde únicamente hay una serie de banales enemigos de Ritschl, pequeños vocingleros descorteses; tampoco a Halle, porque allí la filología no tiene demasiado buena fama; tampoco a Bonn, por motivos muy comprensibles; tampoco a Greifswald, porque allí hay cinco filólogos. A alguna de las restantes, pues. Al cabo de 1-2 años comenzará para mí el periodo del *frack**, con compañía obligada del birrete de doctor, en el supuesto de que sea capaz de esta última vanidad.»

Dedicarse por entero a la filología y renunciar a la filosofía, como deseaba Ritschl, no era cosa que entrara en los pensamientos de Nietzsche. Para eso la vivencia de Schopenhauer latía aún demasiado fuertemente en él. Y así, a la vez que se entregaba afanosamente a la filología y a su Asociación Filológica, aprovechaba cualquier posible ocasión para hacerle a Schopenhauer la mejor propaganda entre todos sus amigos. Precisamente en los días de mayor entusiasmo por su éxito con el trabajo sobre Teognis escribía, con fecha 31 de enero de 1866, a su madre: «Gersdorff

* Exámenes a los que había que presentarse vestido con esta prenda.

y yo hemos llegado al acuerdo de reunirnos una tarde por semana a leer griego juntos; con él y con Mushacke otra tarde cada dos semanas para Schopenhauer. Este filósofo ocupa un lugar muy importante en mis ideas y en mis estudios, y mi respeto por él aumenta de modo incomparable. Hago propaganda también a favor suyo, y no dejo incluso de restregárselo a algunos por las narices, como, por ejemplo, al primo.»

Llama la atención, como una curiosidad en esta laboriosidad filológica y filosófica, el regalo que hizo a su madre con ocasión de su cumpleaños el 2 de febrero de 1866: una composición, concretamente un *Kirie* para solos, coro y orquesta; orquesta otra vez —como en el Oratorio de Navidad— sólo en partitura para piano. Sobre la extensión y forma de esta pieza es bien poco lo que podemos decir, dado que sólo se han conservado la hoja con el título y la primera página de la partitura[125]. Pero como Nietzsche interpretó ante su madre la obra siguiendo su propia partitura, es de suponer que existió como un todo. Hay, de todos modos, en la carta de felicitación y de acompañamiento a la madre del 31 de enero de 1866 una frase que vuelve aún más problemático este *intermezzo* musical y volcado a la composición: «Ten en cuenta que este *Kirie* es un fenómeno raro, porque hace más de un año que no he compuesto nada y si me he decidido a volver a ejercitarme en esta actividad es únicamente por tu cumpleaños.»

Vista globalmente la existencia de Nietzsche, es evidente que este dato concreto nos remite a un rasgo raramente insincero de la misma: dada su ruptura ya consumada con el Cristianismo, componer un *Kirie* es cosa que no deja de resultar, cuanto menos, inadecuada, y sólo asumible como maniobra ocultadora de su verdadera posición ante su madre. La insistencia en la singularidad de la composición no resulta convincente. Su última canción, *Joven pescadora*, databa sólo de medio año antes, y sus últimos ensayos, en términos absolutos, los esbozos para una musicalización de las *Canciones hebreas* de Byron («Sol de los insomnes» y «Oh, llorad por ella»), incluso sólo de un mes[125]. Sus mismos esfuerzos por brillar ante su maestro y sus compañeros como filólogo genuino, cuando la filología no era ya para él sino una vía para la filosofía, pueden ser igualmente retrotraídos a esta misma duplicidad de su existencia. Cuando en las vacaciones de Pascua pareció entregarse con todo ardor a la reelaboración del trabajo sobre Teognis que le había recomendado Ritschl, no dejó, sin embargo, de reconocer al mismo tiempo a Gersdorff, en carta del 8 de abril de 1866, lo siguiente: «No es posible, de todos modos, ignorar que no acabo de comprender del todo esta preocupación que me he autoimpuesto, que me distrae de mí mismo (y por añadidura de Schopenhauer, que tantas veces viene a ser lo mismo), que en sus consecuencias me expone al juicio de la gente y que hasta me obliga a asumir la máscara de una erudición de la que carezco.»

Se trata de la primera queja sobre las consecuencias de su dedicación a la filología, a una filología que le distraía de lo esencial. Y eso ya en la

época más temprana y feliz de su trabajo filológico. Esta queja se repetiría muchas veces. Durante todo el tiempo, en cualquier caso, de su cultivo de la filología.

A pesar de todo siguió trabajando de buena gana en su ensayo sobre Teognis, que apuntaba realmente a sentar las bases de una nueva edición de este autor. La noticia de que dos eruditos estaban trabajando ya en una edición crítica de Teognis vino, sin embargo, a perturbar el final del libro. De todos modos, Ritschl le propuso, a la vista de esta noticia y de lo avanzado del trabajo de Nietzsche, reunir sus resultados, a cuyo redondeamiento dedicó aún el semestre de verano de 1866, en su propia revista, *Rheinisches Museum für Philologie*, bajo el título de «Para una historia de la colección de sentencias de Teognis». La publicación tuvo lugar en el volumen correspondiente a 1867.

La investigación sobre Teognis llevó a Nietzsche a la *Suda* bizantina, una enciclopedia tardohelenística del siglo x d. C., atribuida por aquellas fechas (y en parte aún hoy mismo) a un lexicógrafo llamado Suidas. Su segunda conferencia en la Asociación, pronunciada el 1 de junio de 1866, versó sobre este autor. En ella llegaba a una conclusión que él mismo no dudó en caracterizar como un auténtico «paradoxon»*: «Suidas es, indiscutiblemente, la fuente más importante para la época clásica de la literatura griega, aunque sea posterior a ella en milenio y medio.»

Su Teognis estaba dispuesto ya para su publicación en el *Rheinisches Museum* en agosto de 1866. Pero Nietzsche no estaba demasiado contento con este trabajo primerizo. «Nunca he escrito con tanta desgana», comunicaba a finales de agosto a Gersdorff; «al final he devanado la materia del modo más monocorde.» Cuando de la imprenta le hicieron llegar las galeradas, escribió el 1 de octubre a Mushacke: «Encuentro no pocos huecos, bastantes fallos y no pocas ignorancias que me duelen en lo más hondo.» En lugar de adormecer su sentido autocrítico, el éxito vino más bien a agudizárselo; en este caso como en los demás. A comienzos del semestre de invierno de 1866-67 ingresó Nietzsche en la *Societas philologica*, en la que Ritschl tenía totalmente asumida —a diferencia de lo que ocurría en la Asociación Filológica, que funcionaba autónomamente— la dirección de sus estudiantes, que no dejaban, por otra parte, de ser miembros también, en su mayoría, de la Asociación.

En agosto de 1866 hizo Ritschl a Nietzsche la propuesta de elaborar una enciclopedia sobre Esquilo, muy bien pagada, desde el nivel último de la investigación filológica al respecto. Se trataba, en realidad, de un trabajo para Wilhelm Dindorf, colega de Ritschl, de quien, en última instancia, emanaba el encargo. «He reflexionado y creo que puedo apren-

* *Paradoxon*: algo que irrumpe contra toda expectativa. Sobre la *Suda* dice Albin Lesky[151]: «Para nosotros el último rincón polvoriento, en buena parte cuestionable, pero indispensable, de las enciclopedias antiguas de motivos y autores.»

der mucho, que acabaré conociendo íntimamente a Esquilo..., que tendré una oportunidad cómoda, casi la necesidad, de prepararme una pieza, las *Coéforas*, por ejemplo, con vistas a alguna clase futura. Todas estas reflexiones son las que me han llevado a aceptar», escribía Nietzsche a finales de agosto a Gersdorff. Comenzó también a preparar y trabajar en algunas páginas de prueba, sobre todo en las vacaciones, pero no salió nada de este trabajo, fundamentalmente porque la personalidad de Dindorf le repelía sobremanera. Así, pues, al cabo de una nueva discusión con él la cosa quedó reducida al encargo de un mero índice, lo que hubiera acabado siendo, pues, más un trabajo de erudito aplicado que una investigación filológica autónoma. Convendría, de todos modos, subrayar que Nietzsche aprovechó la ocasión para hacerse con un conocimiento particularmente intenso de Esquilo, que luego le resultaría de la mayor importancia de cara a su propia concepción de la tragedia griega y, sobre todo, del papel que en ella le corresponde a Esquilo; incluso el plan, concebido en esta ocasión, de dar una clase universitaria sobre las *Coéforas* vino a ser realizado luego por él en Basilea. La idea de dedicarse a la carrera universitaria había cobrado ya, pues, forma fija en Nietzsche en el verano de 1866.

Tan escasamente simpática como Dindorf, pero psicológicamente mucho más interesante le resultaba a Nietzsche la ψυχη ποικιλη (= el alma multicolor) del teólogo y paleógrafo Tischendorf. Este erudito le incitó a estudiar con detalle viejas impresiones y manuscritos, e incluso a descifrar autónomamente palimpsestos * de la Biblioteca de Leipzig.

En noviembre de 1866 pudo experimentar Nietzsche nuevamente la especial solicitud de Ritschl. En sus investigaciones sobre la *Suda* se había visto llevado también a reparar en los diez libros de Diógenes Laercio [77] de la época del 200 d. C. sobre las vidas y doctrinas de los filósofos griegos, libros formados por textos mal ordenados o incluso problemáticos, pero que como Nietzsche —que se sintió muy atraído por ellos en el marco de su trabajo filológico— vio en seguida, constituyen una de las fuentes fundamentales de la filosofía griega, desde las leyendas de los Siete Sabios hasta las escuelas postplatónicas de los peripatéticos, la Stoa y Epicuro. Ya había, por otra parte, hablado a menudo con Ritschl acerca de su interés por este autor. Tanto más gratamente tuvo, pues, que verse sorprendido al saber que el próximo tema propuesto a los filólogos por la Universidad a certamen rezaba: *De fontibus Diogenis Laertii* (= sobre las fuentes de Diógenes Laercio); un tema entonces apenas trabajado y de importancia capital: ¿por la vía de qué tradiciones y cribadas a través de qué interpretaciones habían llegado al laborioso coleccionador Diógenes las doctrinas de filósofos que habían vivido medio milenio y aún más antes que él? Ritschl había escogido y tipificado, pues, el tema a premiar pen-

* Palimpsestos: manuscritos sobre los que se escribe un nuevo texto después de haber borrado el primitivo, lo que impone el trabajo de descifrar éste.

sando enteramente en los trabajos preparatorios y los planes de Nietzsche. Éste se entregó de inmediato con el mayor ardor al trabajo, tanto más cuanto que éste le ponía en contacto con todo el complejo de la filosofía griega, por lo que podía aparecérsele como un camino hacia un objetivo de mayor alcance. Ya el 20 de febrero de 1867 escribía, en efecto, a Gersdorff: «En el trasfondo alienta el proyecto de una historia crítica de la literatura griega.»

Pero el trabajo avanzó lentamente. El 20 de abril de 1867 se quejaba a Hermann Mushacke: «La verdad es que tropiezo sobre todo con un obstáculo en el que antes apenas había reparado; porque me encuentro con que carezco de estilo en alemán, por mucho que aliente en í el deseo de llegar a poseer uno. Como me he propuesto llevar a cabo mis investigaciones sobre Laercio dando cuerpo, con todo cuidado, a sus resultados en alemán, antes de sacar el extracto latino de las mismas, he tenido que topar por fuerza con estas cuestiones de estilo. Cuando uno hace el Bachiller escribe, como es sabido, sin estilo alguno; como estudiante universitario no se ejercita uno nada en ello; lo que uno escribe son cartas, es decir, desahogos subjetivos que en absoluto pretenden asumir una forma artística. Y así hasta que llega necesariamente una época en la que la *tabula rasa* de estas técnicas estilísticas comienza a pesarnos en la conciencia. Eso es lo que me pasa a mí ahora y por eso voy tan lentamente en mi trabajo.»

El escritor había despertado en él: «Se me cae la venda de los ojos: durante demasiado tiempo he vivido en plena inocencia estilística. El imperativo categórico "Debes y tienes que escribir" me ha despertado.» Las diferentes prescripciones estilísticas —fueran las de Lessing, las de Lichtenberg o, por supuesto, las de Schopenhauer— le extraviaban. Pero estas mismas autoridades le servían de consuelo, en la medida en que le permitían comprobar la posibilidad de hacerse con un estilo. «La verdad es que no quiero seguir escribiendo de manera tan torpe y tan seca, tan obediente al corsé lógico como cuando mi trabajo sobre Teognis, por ejemplo: ninguna gracia le acompañó en su cuna... Ante todo tengo que volver a liberar en mi estilo algunos espíritus joviales, tengo que aprender a usarlo como un teclado, pero como un teclado en el que no se tocan viejas piezas ya sabidas, sino en el que se improvisan fantasías libres, aunque no exentas, por supuesto, de lógica y de belleza.» * He ahí, pues, lo que su amor propio le proponía: plantar en el suelo árido de la filología las flores del *feuilleton*, cuyas artes cegadoras aún tendrían que seducirle largamente mucho tiempo después, cuando su estilo había hecho ya suyas esa lucidez y esa musicalidad que tan específicamente lo caracterizan.

La energía con la que Nietzsche se volcó desde un principio a los problemas sólo resultaba comparable a la lentitud con la que avanzaba su

* Carta a v. Gersdorff, 6 de abril de 1867.

trabajo. De ahí que tuviera, presionado por el plazo de entrega, que recurrir incluso a las noches para poder acabar en el último momento, el 31 de julio de 1867, su manuscrito. Le antepuso un *motto* de Píndaro que sería durante mucho tiempo el *motto* de su vida y, luego, el de Zaratustra: *ένοι' ἐνοϊ' οίος ἐσσί*[2] («Llega a ser el que eres»)* y obtuvo frente a un competidor en el cambio de rectorado de 1867 el premio, que le fue otorgado con los más halagüeños reconocimientos y alabanzas por parte de Ritschl. En cuanto a él, la verdad es que tenía otra opinión sobre su trabajo: «¿Qué te parece, amigo mío, *tant de bruit pour une omelette*? ¿No es cierto? Pero así somos, nos reímos de todas esas alabanzas, sabemos muy bien lo que hay ahí o, mejor, lo que hay detrás; y sin embargo, nuestro rostro no duda en deformarse con una mueca complaciente. En estas cosas nuestro viejo Ritschl es un alcahuete; *his laudibus splendissimus*** intenta mantenernos presos en las redes de la dama filología» (1-3 de febrero de 1868 a Erwin Rohde). Cuando escribió estas líneas a su amigo Rohde Nietzsche era ya soldado en Naumburg; cuando el trabajo vio la luz en el *Rheinisches Museum*, le asqueó de modo muy similar a como en su día pudo hacerlo su ensayo sobre Teognis. «¡Cómo me repele todo ese trabajo!... En muchas cosas es realmente falso, aún más, puro tartamudeo audaz, y el conjunto expresado inmaduramente» (8 de octubre de 1868 a Erwin Rohde).

Sabía bien que por la vía de la filología no llegaría a ser el que era. Pero le ayudó a encontrar lo que necesitaba. «¿Qué es para nosotros Diógenes Laercio? Nadie gastaría una sola palabra sobre la pedantesca fisonomía de este amanuense de no ser casualmente Diógenes Laercio uno de esos guardianes insignificantes a los que se encomienda velar sobre tesoros cuyo valor desconocen. Es el centinela de la historia de la filosofía griega: no es posible penetrar en ella sin que Diógenes Laercio le de a uno la llave.»***

La tercera conferencia de Nietzsche en la Asociación Filológica, pronunciada en enero de 1867[2], venía asimismo dedicada a las fuentes de la filosofía antigua, a la *πίνακες*, los índices de escritos aristotélicos transmitidos por la tradición. Nietzsche tomaba como punto de partida de la misma el libro de Valentin Roses sobre Aristóteles, un libro que a pesar de su forma plúmbea estaba lleno de sugerencias filológicas, así como también de incitaciones a estudios de amplitud mayor sobre Demócrito, que ya ahora, y mucho más después, se revelarían como particularmente fructíferos para su propia filosofía. Del libro de Roses tomó también el *motto «sibi quisque scribit»* (cada cual escribe para sí), que más tarde pondría

* Píndaro[194] *Pit.* II v. 73; la cita completa reza así: *ένοι' οἷος ἐσσὶ παθῶν* (llega a ser como aprendes a ser).

** Con alabanzas tan generosas.

*** En apuntes y escritos ulteriores sobre las fuentes de D. L. del invierno de 1868/69[2].

a menudo emblemáticamente al frente de sus ideas modificándolo en los siguientes términos: *«mihi ipsi scripsi»* (he escrito para mí mismo).

En la primavera y el verano de 1867 el interés filológico de Nietzsche vino a incidir sobre otro campo muy específico: la cuestión homérica. Le preocupó tan intensamente durante algún tiempo, que el redondeamiento final del trabajo premiado sobre Diógenes Laercio se vio notablemente retrasado. Comenzó su trabajo con cautela; renunció, en efecto, a entrar directamente en el problema de la personalidad de Homero, investigando, por el contrario, en un primer paso la cronología de los épicos antiguos, entre los que junto a Homero y Hesiodo le interesaban también Orfeo y Musaeo como «representantes de una nueva línea, de la línea que podríamos llamar pesimista, en el mundo griego» (Mette). A esta línea le había, por otra parte, remitido también Gersdorff en una carta del 31 de marzo de 1866 escrita bajo la influencia de sus comunes preocupaciones schopenhauerianas[14]: «Cuando hayas acabado tu Teognis, comienza a escribir, por favor, sobre el pesimismo en la Antigüedad; suena de un modo muy distinto a la nostalgia de Cristo entre los filósofos y poetas de Grecia y de Roma.» Al hilo de estas impresiones vino a hacerse ya Nietzsche con algunos de los puntos de vista fundamentales que más tarde tomarían cuerpo expresivo grandioso en *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*.

En julio de 1867 Nietzsche pronunció su última conferencia, «Sobre la guerra de aedas en Eubea», en la que venían, en cierto modo, a tomar cuerpo provisional algunos de los resultados de sus estudios homéricos, en la Asociación Filológica. Se ocupaba en ella de un escrito de la época del emperador Adriano sobre la presunta competición entre Homero y Hesiodo, que correspondía, en su opinión, a una tradición preperipatética. Su tesis final era que Homero debía ser considerado como el primer poeta-artista de los griegos, el creador del epos artístico, al que había precedido la canción heroica y popular. Aún más: «Cabría asumir como documentado que Homero y Hesiodo fueron cantores de himnos y, a la vez, Hesiodo el poeta de los *Ἔργα* (= *Los trabajos y los días*), y además simultáneamente.»[2] Digno de ser subrayado en esta conferencia resulta también el hecho de que Nietzsche se oponga en ella apasionadamente a la consideración de la rivalidad entre Homero y Hesiodo como mero símbolo de dos líneas artísticas diferentes. Ve más bien en el *ἀγών*, en la competición, un rasgo esencial de los griegos. Frente a la concepción dominante llega a la conclusión de que «el trasfondo histórico del *ἀγών* está bien documentado y el *ἀγών* mismo es un elemento efectivo e influyente desde los tiempos más antiguos de la historiografía griega»[2]. En el *agon*, en la competición, situaba Nietzsche ya uno de los rasgos decisivos de su propia imagen de la cultura griega, una imagen que tanta y tan decisiva importancia habría de tener para su visión del mundo. Sobre el método de trabajo utilizado por él en este estudio filológico intensivo escribía a Deussen

el 4 de abril de 1867 lo siguiente: «Ensamblar el material en bruto es un trabajo agradable, por mucho que en ocasiones tenga algo de artesanal. Pero la expectativa del cuadro mágico al fin desvelado nos mantiene despiertos. Lo que más desagradable me resulta es el último toque, la reelaboración final; muchas veces se me acaba la paciencia.» Pero en su trabajo venía a percibir también un sentido más profundo, más general: «Todo trabajo de cierta envergadura... tiene una influencia ética. El esfuerzo por concentrar una materia y configurarla armoniosamente es una piedra que cae sobre nuestra vida anímica: el pequeño círculo inicial deja paso a otros muchos, cada vez más amplios.» Da cuenta así de lo importante que viene a ser para él la configuración armoniosa del material elaborado: «Encontrarás risible el celo con el que saco brillo a los colores y me esfuerzo absolutamente por conseguir un estilo pasable. Pero dado lo mucho que me he descuidado, es necesario. No deja de obligar también bastante a la autosuperación. Porque mucho de lo *superfluum* tiene que ser eliminado, aunque a uno le guste sobremanera. Una exposición estricta de los argumentos probatorios, en forma fácil y grata, eliminando, en lo posible, esa seriedad morosa y esa obsesión erudita por las citas que tan fáciles resultan: he ahí mis deseos. Encontrar la conexión global de motivos y razones, en una palabra. El trazado del edificio, eso es siempre lo más difícil. Es un trabajo que muchas veces se lleva a cabo mejor en la cama o paseando (¡) que en la mesa de estudio.» Lo que le importaba no era, pues, tanto acumular conocimientos como desarrollar un trabajo productivo: «Lo que más me gusta es encontrar un nuevo punto de vista, y más de uno, y reunir y recoger para esta materia. A mi estómago cerebral le fastidia toda sobrealimentación. Mucho leer embota de modo lamentable la cabeza. La mayoría de nuestros sabios serían más valiosos incluso como tales sabios de no saber tanto. No comas platos demasiado pesados.» Aún más claramente se expresaba sobre sus objetivos en una carta a Gersdorff del 6 de abril de 1867: «No debemos ignorar que a la mayoría de nuestros filólogos les falta toda visión global estimulante de la Antigüedad porque se quedan demasiado cerca del cuadro y se limitan a investigar tal o cual mancha de aceite en lugar de admirar y —lo que aún vale más— gozar de los rasgos grandes y audaces de la pintura en su conjunto... La verdad es que nuestro modo de trabajar es, en su totalidad, deprimente. Los cien libros que hay sobre mi mesa son otras tantas tenazas que esterilizan el nervio del pensamiento autónomo.» Se rebela contra «esas formas necesarias de enfermedad que generan tanto la sobrecarga de la actividad erudita como el predominio excesivo de la corporal y que se dan por igual en el erudito y en el más torpe de los labradores. Por mucho que en éste se manifiesten, lógicamente, de modo distinto a como pueden hacerlo en aquél. Los griegos no eran eruditos, pero tampoco gimnastas sin espíritu. ¿Tenemos que elegir tan necesariamente entre uno y otro lado, o podemos pensar tal vez que también en este punto le ha sido impuesta a la naturaleza humana por el "Cristianismo" una escisión que el pueblo de la armonía desconocía? ¿Acaso no tendría que avergonzar a todo "erudito" la imagen de un Sófocles que sabía bailar con elegancia y jugar a la pelota a la vez que mostraba no poca habilidad en el ámbito del espíritu?»

En lo específicamente filosófico Nietzsche no fue productivo en estos dos primeros años de Leipzig. Se enfrascaba, como ya vimos, en Schopenhauer, y más allá de ello aspiraba a hacerse con conocimientos de orden histórico-filosófico general. Pero no optó por seguir el camino que le quedaba más próximo: asistir a los cursos de esta materia que se impartían en su universidad. Los apasionados ataques de Schopenhauer a los filósofos de cátedra y el encuentro personal con Schaarschmidt en Bonn, ante quien Nietzsche y Deussen se miraron con asombro preguntándose: "Así, pues, ¿esto es un filósofo?", le habían quitado todo deseo de frecuentar a los maestros oficiales de filosofía, y en consecuencia se atuvo a los libros.

Sus puntos de partida no eran, originariamente, sino los siguientes: un ajuste de cuentas con la teología y la clarificación de la esencia del arte y, en concreto, de la música.

Ya en la época de Bonn, en Pascuas de 1865, había leído y debatido a David Friedrich Strauss con su hermana; paralelamente leyó asimismo a Eduard Hanslick, el musicólogo vienés, enemigo acérrimo de Wagner. En la época entre Bonn y Leipzig se dedicó pasajeramente a Hegel, que bien pronto fue enteramente sustituido por Schopenhauer; permaneció fiel, en cambio, a Emerson. En agosto de 1866 hizo un nuevo descubrimiento, de gran peso para él: la *Historia del materialismo* de Friedrich Albert Lange[149], al hilo de la que Demócrito pasó a interesarle sobremanera. Con ello quedaba decidida su tarea vital. Los estudios sobre Diógenes Laercio le llevaron totalmente a la temática filosófica. La ampliación de sus lecturas a Kant y a Dühring no tuvo lugar hasta su servicio militar, en el invierno de 1867-68.

Respecto del Cristianismo vino a tomar por estas fechas una distancia fría y tolerante, bajo la influencia, precisamente, de Schopenhauer, pero también por delicadeza para con su amigo Deussen, a quien estimaba altamente como persona, tan altamente que cuando le vio tomar en Göttingen, con sus estudios teológicos, el camino falso, no se lo tomó en consideración. Pero también con Gersdorff discutía epistolarmente estas cuestiones. Así, por ejemplo, en una carta fechada el 7 de abril de 1866 le comentaba: «Oí hoy un ingenioso sermón de Wenkel sobre el Cristianismo, "la fe que ha salvado el mundo"; insoportablemente arrogante para con los pueblos que no son cristianos, y al mismo tiempo, lleno de astucia. A cada instante sustituía la palabra "Cristianismo" por alguna otra cosa, con lo que el sentido de lo que decía quedaba a salvo, incluso desde nuestro punto de vista. Si cambiamos, pongamos por caso, la frase "El Cristianismo ha

salvado el mundo" por esta otra: "El sentimiento de pecado o, dicho más brevemente, una necesidad metafísica ha salvado el mundo", nada hay en ello que pueda repelernos. Deberíamos exigir, simplemente, coherencia; esto es, que se dijera "los verdaderos hindúes son cristianos" y también "los verdaderos cristianos son hindúes"». Su amigo Deussen, que en un principio se cerraba frente a Schopenhauer, para pasar luego a ser, durante el resto de su vida, el más acendrado de sus profetas, sustentó siempre esta concepción. Las doctrinas de Platón, Cristo y los Upanishads tenían para Deussen exactamente el mismo contenido, un contenido que había encontrado su forma última y perfecta en Kant y Schopenhauer. Nietzsche, por su parte, proseguía: «En realidad, cambiar unas palabras y conceptos como aquéllos, que fueron fijados ya de una vez por todas, por estos otros, no es del todo honrado; los débiles de espíritu pueden quedar conturbados. Si como "Cristianismo" hay que entender "fe en un acontecimiento histórico, en una personalidad histórica", entonces nada tengo yo que ver con este Cristianismo. Si aquello a lo que se remite es, dicho brevemente, a una necesidad de salvación y redención, entonces lo valoro altamente.»

Lo que a Nietzsche le atrajo desde un principio de Schopenhauer no fue su sistema dogmático sino, como ya quedó dicho, su personalidad ética. Lo que en un principio hizo suyo de su doctrina no fue sino el pesimismo, pero bien pronto lo utilizó activamente como punto de partida para sus propios desarrollos. Ya el 12 de julio de 1866 escribía a Hermann Mushacke: «Desde que Schopenhauer nos ha quitado la venda del optimismo de los ojos, las cosas se ven más agudamente. La vida es más interesante, aunque también más fea.» El psicólogo Nietzsche fue liberado por Schopenhauer. La negación schopenhaueriana de la voluntad como exigencia ética atrajo intensamente al joven Nietzsche, enfebrecido por los impulsos de su voluntad, por unos impulsos tan fuertes como no conscientes aún de sus objetivos. Al mismo tiempo, cuando en un paseo por el Leusch se le hizo patente, como ya vimos, en la tormenta, la voluntad pura, no deformada por ninguna ética ni por ofuscamiento intelectual alguno, pasó a ejercitarse en «las horas de la contemplación serena, cuando en una mezcla de alegría y de tristeza se está por encima de la propia vida, como en esos hermosos días estivales, tan maravillosamente descritos por Emerson, que caen ancha y dulcemente sobre las colinas; días en los que la naturaleza alcanza, como él mismo dice, su entera perfección y nosotros nos sentimos libres del hechizo de una voluntad cada vez más devoradora, para no ser ya sino un ojo puro, contemplativo, libre de todo interés.» (A Gersdorff, 7 de abril de 1866.)

Y la obra de Schopenhauer dio vida en él a ese «talante dolorido, pero feliz, que también cuando oímos música verdadera se apodera de nosotros». Sí, este fue el primer efecto, el efecto genuino de Schopenhauer sobre Nietzsche: el de una música capaz de mitigar todo desasosiego, un talante y un consuelo. Este efecto consolador fue tan decisivo para él, que el 16 de enero de 1867 escribió a Gersdorff —cuyo hermano había sufrido una herida de guerra—, que si Schopenhauer no despertara este talante dolorido en ellos dos, nada querría saber ya de su filosofía. Y se sintió feliz cuando Gersdorff le confirDó que también a él le procuraba Schopenhauer este consuelo. En estos dos primeros años de Leipzig la vivencia schopenhaueriana fue para Nietzsche un motivo de felicidad, de la más pura felicidad; sólo a partir del otoño de 1867 comenzó a ajustar cuentas conscientemente con esta felicidad, con sus raíces y con su sentido, y con ello a liberarse también, como veremos, de dicha vivencia.

Tal cosa vino, en no escasa medida, a resultar posible gracias a un libro que tuvo una importancia tan grande, si no mayor, para la evolución del pensamiento filosófico de Nietzsche como la que un año antes le correspondió a Schopenhauer, aunque la fuerza liberadora de éste fuera para él de efectividad muy superior. Me refiero a la *Historia del materialismo* de Friedrich Albert Lange que Nietzsche conoció en el verano de 1866, inmediatamente después de su publicación.

La impresión que le causó este libro fue tan grande, que en noviembre de 1866 escribía en un apéndice a una carta muy larga a Hermann Mushacke: «La obra filosófica más importante del último decenio es, sin duda, la de Lange..., sobre la que podría escribir un discurso laudatorio de un montón de páginas. Kant, Schopenhauer y este libro de Lange. No necesito más.»

La obra de Lange[149] figura todavía hoy entre los mejores libros histórico-filosóficos. Lange no era un especialista típico, un filósofo de cátedra. Nacido en 1828 como hijo de un teólogo, sólo en 1870 llegó a ser catedrático de filosofía en Zurich, pasando en 1872 a Marburg, donde murió en 1875. En la época de elaboración de su libro era profesor de instituto y escritor de la izquierda burguesa. Formaba parte, pues, de un grupo de demócratas alemanes, injustamente olvidados, como Johann Jacoby y otros, que eran conscientes de las mutaciones sociales de su época y que ponían de manera no dogmática su espíritu libre, ricos conocimientos y una conciencia social despierta al servicio de objetivos sociopolíticos. Tal empeño les puso a menudo en estrecho contacto con el movimiento obrero emergente; en cualquier caso, hasta que la dirección socialdemócrata-marxista del mismo acabó con su influencia.

Lange partía de un kantismo muy libre y no se limitaba a exponer el mundo ideal de los viejos y de los nuevos pensadores con un escepticismo sensato, libre de toda tentación dogmática, sino que entraba asimismo en los problemas de la vida moderna, tal y como éstos podían encontrar plasmación en el darwinismo, en el capitalismo, en el «liberalismo superficial», etc. Es posible que esa seriedad profundamente honrada de su exposición, que le llevaba a censurar, por ejemplo, con irritación innegable, «la existencia de un ámbito específico de la vida para la actuación según

intereses y de otro para el ejercicio de la virtud» fuera una de las cosas que más atrajeron a Nietzsche del libro de Lange.

Lo que Nietzsche obtuvo de la obra de Lange es bastante más que una mera orientación en cuestiones histórico-filosóficas o sobre las «conceptualizaciones tradicionales», como opina Jaspers[126]. Se encontró con un pensador imparcial y veraz, cuyo realismo positivista tenía por fuerza que encontrar un eco en algunos instintos nitzscheanos, y cuyas exposiciones libres de todo prejuicio le procuraban numerosas incitaciones y confirmaciones. Los problemas de la época eran interrelacionados asimismo en esta obra en un todo espiritual de gran aliento, lo que confería a la exposición de Lange una viveza y una actualidad poco comunes. Es lógico que Nietzsche pasara a sentirse interesado por los problemas de su tiempo con todo su sistema nervioso, tan fácilmente excitable, y con todo su espíritu. En estas páginas entró por vez primera en contacto con el darwinismo, con las corrientes económicas y políticas de su época, y se sintió asimismo enriquecido con no pocas ideas nuevas de cara a sus estudios sobre Demócrito, que era uno de los favoritos más claros de Lange. También pudo hacerse por este camino con una imagen cabal de la obra de Kant, que completó con la lectura del libro en dos tomos de Kuno Fischer sobre él[85] y con el estudio de la *Crítica del Juicio* (¡estética!) entre finales de 1867 y enero de 1868. También vino a conocer a los positivistas ingleses, que durante su llamada época positivista jugaron un papel muy importante para él. A diferencia de lo que tantas veces se ha dicho, no fue Rée quien le puso en contacto con ellos, sino Lange.

Pero en Lange encontró asimismo confirmaciones decisivas de uno de sus instintos filosóficos básicos. Lange traza una línea de demarcación abrupta y de principio entre el conocimiento empírico en cuanto verdad científica y todo tipo de metafísica como poesía conceptual, y rechaza, a la vez, cualquier posible identificación entre ser y pensamiento del tipo de las ensayadas por Platón y Hegel. Este talante crítico-epistemológico de Lange vino a reforzar una convicción latente ya de modo muy profundo en el joven Nietzsche, a saber, la de la existencia de una discrepancia insuperable entre la infinitud de la vida y de su realidad concreta, por un lado, y la limitación del entendimiento, por otro. O lo que es igual, que la vida y el mundo son, por su naturaleza misma, alógicos y se resisten a todo intento de ser captados y dominados por la vía del entendimiento puro. La interpretación de lo real como lo alógico e irracional por definición le había golpeado ya como una verdadera revelación en Schopenhauer. En la atmósfera un tanto más templada de Lange vino a sentirse confirmado en ella.

De ahí que de la primera lectura de Lange sacara la siguiente conclusión, expuesta en una carta a Gersdorff fechada a finales de agosto de 1866: «Tenemos que habérnoslas con un kantiano e investigador de la naturaleza sumamente culto e inteligente. Sus resultados pueden sintetizarse en las

siguientes tres proposiciones:

1. El mundo de los sentidos es el producto de nuestra organización.
2. Nuestros órganos visibles (corporales) son, al igual que todas las restantes partes del mundo fenoménico, meras imágenes de un objeto desconocido.
3. Nuestra verdadera organización viene, pues, a quedar para nosotros tan desconocida como las cosas externas reales. Lo único que tenemos siempre ante nosotros es el producto de ambas.

Así, pues, la verdadera esencia de las cosas, la cosa en sí, no sólo nos es desconocida, sino que el concepto de la misma no es ni más ni menos que la creación última de un objeto condicionado por nuestra organización, del que no sabemos si fuera de nuestra experiencia tiene o no algún significado. De ahí, opina Lange, que haya que dejar en libertad a los filósofos, a conciencia de que siempre intentarán edificarnos. El arte es libre, sobre todo en el ámbito de los conceptos. ¿Quién quiere refutar una composición de Beethoven, a quién interesa achacar un error a la Madonna de Rafael?

Como ves, incluso a la luz de este punto de vista severamente crítico queda en pie nuestro Schopenhauer, hasta con más fuerza que nunca.»

Encontramos aquí, pues, la primera confrontación con la «cosa en sí» de Kant, una confrontación que jugará un papel muy importante en las reflexiones crítico-epistemológicas de Nietzsche y que llevará al pensador maduro a proponer soluciones que aún no han sido, ni siquiera hoy, suficientemente valoradas. Pero también podemos tomar nota, al hilo de estas reacciones, de lo poco que lo estrictamente conceptual le importaba en la filosofía. La vivencia de Schopenhauer no fue para él una vivencia ideal y conceptual, sino la vivencia de una totalidad, de una obra de arte ante la que lo puramente conceptual tenía que ceder. De ahí que pudiera entregarse con toda pureza a esta vivencia, al menos hasta que su propio sentimiento vital dejó de identificarse con el de Schopenhauer.

Nietzsche se enfrascaba una y otra vez en el libro de Lange. El 16 de febrero de 1868 escribía nuevamente a Gersdorff: «Si tienes ganas de hacerte con un conocimiento cabal del movimiento materialista de nuestros días, de las ciencias naturales con sus teorías darwinistas, su *camera obscura*, etcétera, y a la vez del materialismo ético, de las teorías manchesterianas, etc., no se me ocurriría recomendarte nada mejor que... F. A. Lange, un libro que da infinitamente más de lo que el título promete y al que conviene mirar como un verdadero tesoro al que se vuelve una y otra vez. Dada la orientación de tus estudios, no sé de nada mejor para ti. Me he propuesto, por lo demás, entablar una relación personal con este hombre, y pienso enviarle mi trabajo sobre Demócrito como signo de agradecimiento.»

De todo ello, como del trabajo mismo, no salió nada. Y aunque durante dos años estuvieron muy cerca el uno del otro —Nietzsche en Basilea,

Lange en Zürich—, no llegaron a entrar en contacto. Pero en 1887 Nietzsche aún se hizo con la nueva edición del libro de Lange, y lo releyó íntegro, para acto seguido, en la cumbre de su inmoralismo, encontrar su pensamiento, como no podía ser de otro modo, demasiado religioso-moral[6].

A pesar de la riqueza e intensidad de todos estos estudios, Nietzsche no fue, en los años de Leipzig, precisamente un ratón de biblioteca o un ermitaño sedentario. Todo lo contrario: en ninguna otra época de su vida, ni siquiera en los primeros años de Basilea, dejó, posiblemente, que incidieran tanto sobre él todas las corrientes y hechos del día, de la política y del arte, ni fue tan sociable, ni se movió en un círculo tan amplio de gentes.

Como testimonio de sociabilidad alegre e intensamente sentida podemos asumir su composición *Días soleados de otoño*[125], sobre un poema de Emanuel Geibel, para cuarteto vocal mixto y piano. Una nota del Archivo precisa así: «compuesto por Friedrich Nietzsche el segundo día de la festividad de Pascua de 1867 (22 de abril), en la vivienda de su prima Mathilde Schorn, nac. Nietzsche, en Weimar». De esta prima no sabemos nada más y en ningún otro lugar ha quedado documentada tampoco esta presunta excursión a Weimar durante sus vacaciones de semestre, pasadas en abril en Naumburg. En su sencillo romanticismo cosmopolita esta pieza parece hecha directamente para ser cantada *prima vista* en un círculo no precisamente turbulento, pero sí alegre.

Por fin ahora podía llevar Nietzsche la vida de estudiante libre que tanto le atraía. Se levantaba muy temprano, como en su época escolar y como, en realidad, seguiría haciendo siempre, trabajaba toda la mañana, y por regla general en lo que le interesaba personalmente, comía a mediodía con amigos y compañeros de estudios en Mahn, cerca del Teatro Viejo, iba después al Café Kintschy, donde leía los periódicos y discutía, para luego ir a algún curso o a la biblioteca. Por las noches, cuando no iba al teatro o a algún concierto —cosa que ocurría muy a menudo—, se reunía en el local de Simmer con sus amigos, discutiendo nuevamente; no hacía ascos, desde luego, al vino, aunque tampoco le daba demasiada importancia; sí prescindía, en cambio, del tabaco, por lo que prefería el Café Kintschy, donde estaba prohibido fumar, a cualquier otro local.

Es posible que por debajo de esta aversión al tabaco hubiera alguna prohibición médica. Porque parece estar claro que por estas fechas Nietzsche estuvo en Leipzig en tratamiento médico a causa de una infección sifilítica. No ha quedado claro si esta infección le afectó primero aquí o si fue cosa del año anterior en Bonn. De él mismo proviene, en cualquier caso, el dato que figura en su historial médico de Jena del año 1890[197]: 1866 infección sifilítica. Benda[48] ha llamado la atención sobre la carta del 4 de agosto de 1865 a Gersdorff —a la que por nuestra parte hicimos ya referencia—, interpretando los síntomas que Nietzsche

enumera en ella: «fuerte reumatismo que va desde los brazos hasta el cuello, de ahí a la mandíbula y a los dientes... los más violentos dolores de cabeza... muy decaído y por lo general de lo más apático...» como síntomas de una temprana meningitis luética, de una inflamación aguda, no supurante, de la corteza cerebral blanda. A esta hipótesis se unió Lange-Eichbaum[150]. Este dice, en cualquier caso, poco antes —lo que no deja de hacerle entrar en contradicción con dicha hipótesis— lo siguiente: «Un conocido médico berlinés del sistema nervioso me comunicó que Nietzsche había cogido, en su época de estudiante, una infección luética en un prostíbulo de Leipzig y que había sido tratado contra la sífilis por dos médicos de Leipzig. Se conocen sus nombres. También Möbius, que vivía en Leipzig, guardaba cartas de ambos, que luego fueron destruidas. Por otra parte, un conocido autor patográfico escribió en 1930 al *Semanario Médico Alemán* que el hermano de Möbius y el hijo de uno de los dos médicos le habían confirmado el dato.»

Por mucho que el momento de la infección siga sin poder ser determinado con exactitud, no podemos, ciertamente, poner en duda el testimonio de un psiquiatra tan serio como Lange-Eichbaum. Que la parálisis ulterior de Nietzsche *sólo* pudo tener su causa en una sífilis es cosa que a tenor del estado actual de la investigación médica podemos asumir como cierta, dado, además, que el hecho de que Nietzsche fuera sometido a tratamiento antisifilítico en Leipzig queda documentado por esta nota de Lange-Eichbaum. Por otra parte, parece plausible suponer que los médicos que trataron a Nietzsche no acabaron de darse cuenta del carácter maligno de su enfermedad y de las consecuencias que en un futuro podía reportarle; de lo contrario, que hasta 1890 no encontremos referencia alguna a la misma es cosa que resultaría difícilmente explicable, salvo que lo realmente ocurrido fuera que en el Archivo de Nietzsche se hubiera procedido a borrar y destruir toda huella, o bien que éstas estén aún por descubrir.

No parece que este tratamiento en Leipzig causara en Nietzsche una conmoción profunda. Es de suponer que de acuerdo con la hipocresía burguesa y con la insuficiencia médica entonces dominantes, lo percibiera y asumiera, como tantos otros, al modo de un episodio sin importancia y sin mayores consecuencias, sobre todo porque en la época inmediatamente posterior no padeció en su salud o en su vida mental molestias dignas de ser tenidas en cuenta, con *una sola* excepción, de todos modos, a la que aún habremos de referirnos.

La vida social de Nietzsche se desarrollaba fundamentalmente en casa de Ritschl, cuya esposa sentía gran simpatía por él, en quien veía un estudiante sumamente dotado y de intereses polifacéticos. Aquí y gracias al trato personal con otras estrellas de la Facultad, como Dindorf y Tischendorf, vino a hacerse, facilitándole también la tarea la sinceridad de Ritschl, con una imagen clara del trasfondo de la vida universitaria, de lo humano,

demasiado humano, del olimpo académico. Una imagen que no dejó, desde luego, de apagar en él alguna que otra ilusión sobre el tipo humano del erudito alemán; por lo demás, la lectura de Schopenhauer había agudizado su sentido crítico al respecto. Totalmente intacta quedó, de todos modos, su veneración por Ritschl, aunque no dejó de percibir en seguida cuánto le separaba de este filólogo puro, ajeno a toda preocupación filosófica, en la concepción básica de su profesión. Todavía el 4 de abril de 1867 le escribía a Deussen: «No puedes imaginarte lo atado que estoy personalmente a Ritschl, tanto que ni quiero ni puedo liberarme... No puedes figurarte lo que este hombre hace y se preocupa por aquellos a quienes quiere y lo que piensa en ellos; cómo se las ingenia para satisfacer mis deseos, deseos que yo mismo no me atrevo muchas veces a expresar, y lo libre que está el trato con él de toda esa arrogancia pedante y ese prudente distanciamiento que tanto caracterizan a buen número de figuras del saber... Es el único hombre cuyas críticas escucho a gusto, porque todos sus juicios son tan fuertes y sanos, y están llenos de tanto tacto respecto de la verdad, que es una especie de conciencia científica para mí.» Años después aún se mantenía esta veneración personal, incluso cuando los caminos espirituales de Nietzsche se separaron de los de Ritschl.

En un principio el círculo de amigos de Nietzsche se había limitado a Mushacke y Gersdorff, hasta que este último tuvo que irse a la guerra en julio de 1866. Fueron «los primeros a los que dirigí todo el fuego de una batería schopenhaueriana, porque me daba buena cuenta de su receptividad al respecto. En lo sucesivo los tres nos sentimos unidos en la magia de ese nombre. No dejábamos, por otra parte, de buscar otras naturalezas a las que atraer a esta misma red. Una muy digna de ser considerada era la de Romundt, de Stade/Hannover. En un primer momento asustaba a la gente con su voz penosamente chillona. Y eso mismo me ocurrió a mí, hasta que me acostumbré a superar esta impresión externa. Se encontraba en una situación poco feliz. Su bien dotada naturaleza no alcanzaba a percibir por parte alguna un objetivo determinado al que aspirar. Vivían inhóspitamente mezclados en él elementos de investigador, de poeta y de filósofo, y esta mezcla le causaba una insatisfacción eterna. Que sus ojos se sintieran fascinados también por el nombre de Schopenhauer es cosa que va, pues, de suyo»[4].

La amistad con Heinrich Romundt duró muchos años, en buena parte porque Romundt vio desde un principio en Nietzsche al ser superior, plenamente seguro de sí, en tanto que él mismo padeció siempre de indecisión e indeterminación espirituales, y siempre se sintió desgarrado por ellas.

Nietzsche había confiado en que el último de sus amigos de Pforta, Deussen, le siguiera pronto a Leipzig. En lugar de ello Deussen se dejó arrastrar por su enérgica madre, mujer de fuerte temperamento religioso, a la carrera teológica —que hizo en Tübingen—, a pesar de cuanto le inclinaba a la filología. Nietzsche intentó, con toda clase de buenas razones, disuadirle de su decisión, sobre todo porque creía ver claramente que las dotes reales de Deussen tenían su ámbito efectivo de ejercicio en la filología y en la lingüística comparada. Con su posterior carrera como especialista en sánscrito Deussen vino, ciertamente, a probar lo acertado que iba Nietzsche en este punto. «No es ninguna pequeñez», le escribía Nietzsche en septiembre de 1866, «eso de no ver claro en la segunda década de la vida la profesión a la que hay que dedicarse. Los humanos disponemos de unos pocos años productivos: y éstos huyen inevitablemente con esa misma década. Los puntos de vista originales que desarrollamos, reforzamos con ejemplos y experiencias, y hacemos fructificar a lo largo de toda nuestra vida posterior nacen en estos años. Y como nuestra profesión nos acompaña a lo largo de nuestra vida entera, es preciso que esas intuiciones y esos puntos de vista sean encontrados en *ella*.» Y en la determinación de la profesión no hay que dejarse influir ni coaccionar por nadie.

En estas cartas lo que a Deussen le saltaba ante todo a la vista era el domador que había en Nietzsche, por decirlo con su misma expresión. El tono de superioridad de Nietzsche —un tono del que éste no podía liberarse— le causaba un temor evidente. De ahí que se limitara a escribirle largas y ambiciosas cartas, llenas de circunloquios, que no tomaban cuerpo, según su propia confesión, sino al cabo de varios esbozos, cuidándose mucho, desde luego, de seguirle a Leipzig, cosa que no hizo ni siquiera al abandonar su carrera teológica. Pero Nietzsche no podía darse por satisfecho con la falta de vitalidad y el poco gusto por la audacia espiritual de su joven compañero, y le contestaba forzando de nuevo el tono magistral. Sólo una vez que el «papá» Deussen —como le llamaban ya sus condiscípulos de Pforta y le llamábamos nosotros, sus alumnos, cincuenta años después— supo encontrar paulatinamente su propio objetivo vital como erudito y hombre de estudio, ganó en cordialidad su relación con Nietzsche. De otros compañeros que Nietzsche hubiera frecuentado en sus años de estudio en Leipzig no quedaron huellas sólidas en su vida, salvo en el caso de Rohde, de quien aún tendremos que ocuparnos. Durante algún tiempo vivió muy cerca de la casa de Nietzsche el hermano de su tío Moritz Schenkel, Rudolf Schenkel, que estudiaba Derecho. Los primos, como se llamaban, se reunían a menudo, pero Nietzsche no tenía demasiadas cosas que decirse con Schenkel. Cuando intentó «schopenhauear» también con él, se vio en seguida forzado a reconocer que la cosa no iba a dar mucho de sí; «porque», como escribía a su madre el 31 de enero de 1866, «para un buen sajón, "*primum vivere, deinde philosophari*", primero vivir, luego filosofar».

En la Asociación Filológica y en las horas vespertinas en el Café se reunía gustosamente con Windisch, que luego se haría un nombre como orientalista, con Roscher, el hijo del conocido economista, con Rudolf Kleinpaul, y algunos otros, sobre los que al final de este periodo hizo

un esbozo analítico, no exento de una penetración psicológica un tanto corrosiva, y en el que se percibe el gusto por lo artístico[4]. Podemos leer así sobre Gottfried Kinkel, el hijo del poeta revolucionario de 1848: «Quiero decir algo sobre esta extraña lechuza. Un pequeño hombrecillo débil, barbilampiño, de rostro aviejado. A ello únase una suavidad de movimientos que recordaba, en muchos momentos, a las mujeres. Una indiferencia anglosajona y apatía respecto de cuanto no quería percibir. Lo curioso es que aunque se movía en círculos muy restringidos e incluso como filólogo no hacía apenas otra cosa que trabajos semimecánicos, lo miraba todo a través de lentes de aumento, sobre todo a sus amigos. Cuando comenzaba a describirnos a alguno de nosotros nos veíamos entre carcajadas convertidos en seres hiperbólicos... Es posible que él mismo se soleara cómodamente en el esplendor de sus soles autoconstruidos. Nos invitábamos a menudo entre nosotros, musicábamos juntos y discutíamos sobre los objetivos de la filología. Identificado siempre con los principios políticos de su padre y dedicado a pronunciar charlas en las asociaciones obreras, quería a toda costa que nada estuviera libre de objetivos políticos, en tanto que yo defendía a mi manera la dignidad desinteresada de la ciencia. De repente se sentía inquieto, se levantaba, tomaba mi mano derecha entre las suyas y me juraba que viviría en adelante de acuerdo con mis principios. Nuestro trato con él era un complejo de respeto, compasión y asombro... Sé que además escribía poemas y en ocasiones hubiera deseado enseñarme sus criaturas, a no ser porque yo no dejaba de manifestarme con toda decisión contra todos esos desahogos líricos juveniles. La verdad es que a propósito de todo joven yo acostumbraba a fechar la época del autoconocimiento precisamente en el momento en que éste arrojaba sus poemas al fuego, exactamente como hice yo mismo en Leipzig. ¡Paz también para estas cenizas!»

No deja de llamar la atención en esta divertida caracterización que se lleva a cabo en los párrafos anteriores el total rechazo nitzscheano de los muchos arranques y desahogos líricos de su temprana juventud.

Pero su crónica de las figuras de aquella época con las que tuvo algún trato no acaba aquí. En este mismo lugar caracteriza, en efecto, con agudeza no menor a otros compañeros de la Asociación Filológica con los que se relacionó por entonces. Por ejemplo, al bajoalemán Wilhelm Wisser, a quien intentó convertir en vano en un schopenhaueriano: «llamaba en él la atención ante todo un amor propio que le abrasaba sin descanso... al mismo tiempo sentía una inclinación entrañable por los niños y los ancianos, a los que frecuentaba gustosamente; donde mejor se encontraba, desde luego, era en ambientes rurales sencillos, en los que podía valer algo». El propio Wisser lo reconoció luego; y la verdad es que a su habilidad para tratarse con el pueblo debemos todavía hoy el tesoro aún no agotado de su gigantesca colección de cuentos populares bajoalemanes.

Otro compañero de debates de Nietzsche de aquellas fechas era el grueso, rubio, desinhibido y burlón filólogo moderno Franz Hueffer: «Un hombre lleno de talento, al que la naturaleza había negado el concepto del talle, que cultivaba las bellas artes y, especialmente, la música con el mayor interés, que traducía ágilmente del francés y que gracias a su sólida fortuna podía tomarse con tranquilidad las cosas e incluso nadar contra corriente en el mundo de la literatura. En lo que hacía a la música andábamos siempre a la greña; cuantas veces salía, sobre todo, a colación el problema de la importancia de Wagner, se nos exaltaba infinitamente la bilis y no dudábamos en levantar una y otra vez la voz. Pero la verdad es que mirando la cosa retrospectivamente me creo obligado a reconocer que su juicio y su sentimiento musicales eran entonces más finos y estaban, sobre todo, más sanamente desarrollados que los míos. Pero por aquellas fechas me negaba a aceptarlo y su oposición implacable no dejaba de causarme algún daño.» Hueffer era un wagneriano apasionado, en tanto que Nietzsche aún tenía, por entonces, una posición crítica frente a Wagner.

Fueron Hueffer o Wisser, sin duda, quienes pusieron en contacto a Nietzsche con un joven camarada con el que habría de sellar una amistad que le acompañaría a lo largo de su vida: Erwin Rohde.

Rohde había estudiado por las mismas fechas que Nietzsche en Bonn, y había seguido a Ritschl a Leipzig; había sido, pues, desde un principio, discípulo de Ritschl. De ahí que en Leipzig procediera a ingresar también, y en seguida, en la Sociedad de Ritschl —cosa que hizo incluso antes que Nietzsche—, aunque según parece no pasó a ser miembro de la Sociedad Filológica, en la que Nietzsche era figura dominante, hasta el verano de 1866. En junio tuvo ya un primer contacto con Nietzsche en Mahn, después del teatro, y a partir de ese momento el trato entre ambos fue cada vez más frecuente, como atestiguan el *Diario* de Wilhelm Wisser y la carta de Nietzsche a Mushacke del 12 de junio de 1866. De todos modos, todavía a finales de agosto de 1866 escribía Nietzsche a Gersdorff simplemente que Rohde, «una cabeza sumamente inteligente, pero obcecada y testaruda», había pasado a convertirse en miembro ordinario de la Asociación Filológica.

Sólo el 20 de febrero de 1867 vino Nietzsche a notificar a Gersdorff: «Paso todos los días un rato en Kintschy con Kohl y Rohde, que son las personas con quienes me relaciono ahora más íntimamente.» En el verano de este año se desarrolló hasta su total plenitud la amistad entre ambos. Todas las tardes aprendían juntos, de cuatro a cinco, a montar a caballo, bajo la supervisión del caballerizo Bieler, y practicaban juntos también el tiro de pistola. Cuando después de una hora de montar a caballo iban, enteramente frescos y con la fusta en la mano, al curso de gramática latina de Ritschl, llamaban tanto la atención entre los otros filólogos, jóvenes sedentarios y apacibles en su mayoría, que sin haber cumplido todavía ninguno de ellos los veinte años se habían dejado ya barba, de acuerdo

con la moda de la época, como se distinguían por su sobresaliente capacidad filológica.

Erwin Rohde, cuyo padre era médico, había nacido el 9 de octubre de 1845 en Hamburgo; era, pues, un año más joven que Nietzsche. De muchacho —un muchacho nada fácil de manejar, muy temperamental y sensible— había sido enviado por sus padres, entre 1852 y 1859, a recibir su primera formación sistemática al Instituto Stoy de Jena, donde, de acuerdo con sus propias palabras, había sido «más adiestrado como un recluta que realmente educado». Vino así a convertirse en un solitario sumamente obstinado y cerrado sobre sí mismo. Sólo en el Johanneum de Hamburgo, donde cursó los últimos años del bachillerato, pudo desarrollarse libremente. Desde muy pronto aprendió a amar la música, sin aprender técnicamente de ella más que lo suficiente como para cantar un poco con su voz sonora. Al igual que Nietzsche —a quien por entonces no conocía, desde luego—, había participado en el Festival de Música de Bonn.

Lo que a Nietzsche le atrajo en un principio de Rohde no fue su extraordinaria capacidad filológica, a la que se unía una facilidad extraordinaria para los idiomas —Rohde leía fluidamente francés, italiano, español y se ejercitaba con gran interés en el inglés, siendo, por otra parte, capaz de imitar magistralmente los más variados dialectos, y muy especialmente el sajón—; Nietzsche admiraba en él ante todo su gran apertura espiritual y su flexibilidad, que le permitía adentrarse siempre, con seguridad poco común, más allá de los confines de lo meramente filológico. Por lo desgarrado de su naturaleza Rohde era un romántico genuino, oscilante entre una entrega absoluta a todo lo bello y lo grande, y una inteligencia irónica, incluso sarcástica, que le hacía vacilar entre la «testarudez ergotista» que Gersdorff le reprochaba siempre y una no menos pronunciada y mortificante pusilanimidad. Su rica vida espiritual se cerraba frente al mundo y se replegaba sobre sí misma tras una muralla protectora de brusquedad. Su apasionamiento podía hacerle desbordar toda contención; era extraordinariamente vulnerable y en lo más profundo de su ser estaba animado por una necesidad de amor y una dulzura casi femeninas. Dada su gran sensibilidad artística, sufrió mucho desde un principio a causa de su propia improductividad, de la que siempre fue consciente. De ahí que la vida no le resultara nada fácil, aunque en ocasiones pudiera vérsele rebosante de juventud radiante.

Nada tiene, pues, de extraño que Rohde encontrara muy pronto el camino hacia Schopenhauer, y con ello se hiciera enteramente con el corazón de Nietzsche, quien frente a su nuevo amigo —del que pasó a esperar, como de sí mismo, lo más alto— nunca asumió, a diferencia de lo que pudo hacer con otros, un tono de superioridad. Con Rohde Nietzsche desarrolló toda su capacidad para la amistad. Tanto a la hora de dar como a la hora de exigir, Nietzsche era un amigo apasionado. La felicidad de la

amistad es, posiblemente, lo único que en definitiva buscaba. Los documentos de esta amistad, tal y como vienen representados en las cartas que ambos amigos se intercambiaron pertenecen, efectivamente, aún a la época clásica de valoración máxima de la amistad, a una época de la que luego sería ya vano buscar huella alguna.

En el verano de 1867, en el que al final acabaron viviendo en la misma casa, gozaron ambos en su plenitud la dicha de esta amistad. Todavía bajo esta impresión escribía Erwin Rohde, el 29 de noviembre de 1867, a Wilhelm Wisser: «Este último verano me trajo tantas cosas buenas que cuando vuelvo la vista a él no puedo menos de considerarlo como uno de los periodos más importantes de mi existencia. La amistad de Nietzsche es, ciertamente, un gran bien con el que me obsequió. Nunca tuviste un trato muy íntimo con él, pero estoy seguro de que habrás percibido el gran valor de su naturaleza. De ahí que no pueda felicitarme y maravillarme lo bastante de la felicidad de haber encontrado un amigo en este hombre profundo y tierno. Y la verdad es que con la palabra "amigo" he sido siempre de lo más ahorrativo. Durante todo el verano llevamos una existencia maravillosa, como en un círculo mágico lleno de movilidad, en modo alguno inamistosamente cerrado, pero sin casi otro trato que el nuestro. Buena parte del día, e incluso días enteros, lo pasábamos juntos complaciéndonos en una pereza sagrada, que no nos impedía —o que no me impedía a mí, al menos— sacar el máximo provecho de esta inactividad a dos, muy superior, en cualquier caso, al que cabe esperar del usual ajetreo filológico. Schopenhauer nos unió, sin duda, pero lo que sobre todo ha operado en nosotros ha sido una vena simpática que ha hecho posible esa profunda corriente de entendimiento mutuo. Conozco demasiado bien mis faltas capitales y, aún más, las deficiencias de mis manifestaciones externas, que encubren las partes mejores, como para no poder menos de estar íntimamente atónito y conmovido por ese regalo puramente inmerecido y para mí casi inexplicable que es la amistad de Nietzsche.»

A finales de junio de 1867 Nietzsche se forjó el proyecto de trasladarse a Berlín el semestre siguiente, cumpliendo allí también, si no había otro remedio, el año de servicio militar. Escribió a Mushacke proponiéndole fundar juntos en Berlín una Asociación Filológica y volver los dos a montar a caballo. Y entretanto tomó también la decisión de llenar las vacaciones haciendo un viaje con Rohde por los bosques de Bohemia.

Después de muchas fiestas de despedida de Leipzig, a donde ninguno de los dos pensaba volver, iniciaron el viaje el 8 de agosto. De este viaje, que hicieron en su mayor parte a pie, nos han quedado pocas informaciones del propio Nietzsche. En sus cuadernos sólo encontramos algunos nombres de lugares, notas de gastos, versos de los libros de huéspedes y un dibujo caricaturesco de un monumento de Regensburg, que revela, por cierto, una mano nada inhábil y esa misma seguridad para lo gráfico

de la que dan testimonio su letra y los hermosos esbozos que luego haría para las portadas de sus propios libros. En este viaje no escribió ninguna carta. Rohde, por el contrario, escribió medio año después con todo detalle y con gran número de observaciones poéticas, las impresiones de los primeros días. En párrafos como el siguiente de estas notas parece inevitable reconocer un eco de sus conversaciones con Nietzsche a lo largo de sus excursiones por los bosques[2]: «Qué digno de reflexión resulta que en los cuentos populares jamás haga acto de presencia la idea de un Dios extraterreno; digno de reflexión no sólo en orden a las creencias originarias del pueblo, sino también porque de ello se deduce, con toda evidencia, que precisamente esa visión profunda de la naturaleza animada e inanimada que el pueblo que hace los cuentos y las narraciones es capaz de percibir en las manifestaciones llenas de secretos del campo, del bosque y del riachuelo, nada sabe de una división de las cosas en categorías inconciliables de acuerdo con las ocurrencias de un creador todopoderoso, del tipo del que adora la necia locura judía, con su burda insensibilidad para las dulces voces que nos hablan desde la naturaleza y que, a quien sabe entender, le advierten: *tat twam asi*.» (= «Esto eres tú»; esta expresión fue introducida, posiblemente, por Deussen en el círculo de amigos; en cualquier caso, encontramos significativamente citado este lema indio en una carta de Deussen a Nietzsche fechada el 29 de junio de 1866.)

Al final del viaje visitaron Meiningen. «Tenía lugar allí», escribió Nietzsche a Gersdorff el 1 de diciembre de 1867, «una gran fiesta musical de cuatro días de duración, organizada por los futuristas, que celebraban aquí sus raras orgías musicales. Presidía al abate Liszt. Esta escuela se ha lanzado ahora con pasión a Schopenhauer. Un poema sinfónico de Hans von Bülow, *Nirwana*, contenía como programa un mosaico de frases schopenhauerianas; la música era horrible, de todos modos. Liszt, por el contrario, consiguió transmitir muy bien, en algunas de sus composiciones para iglesia, el carácter de ese nirwana indio, sobre todo en sus *Bienaventuranzas*, *Beati sunt qui*, etc.» Nietzsche no se cerró, pues, en firme a los nuevos tonos, que en un principio había rechazado. El investigador que había en él intentaba profundizar en ellos. Difícilmente podía suponer, de todos modos, que un día se repetiría con él lo que ahora consideraba entre irónico y divertido: lo que Bülow hacía aquí con frases de Schopenhauer es algo que años después haría Richard Strauss en el poema sinfónico *Zaratustra*, por más, sin duda, que con habilidad musical algo superior.

De Meiningen partieron ambos amigos el 28 de agosto camino de la Fiesta de Wartburg, donde Liszt iba a dirigir su *Santa Isabel*. Luego se separaron en Eisenach. Nietzsche se quedó, en un principio, a proseguir sus vacaciones en Naumburg; Rohde se trasladó a Hamburgo, dado que se proponía estudiar el semestre siguiente en Kiel.

Este viaje acabó, pues, con un placer artístico que, según parece, no

fue totalmente del gusto de Nietzsche; no vino, de todos modos, a constituir ninguna novedad, dado que Nietzsche había seguido durante aquellos dos años de Leipzig la vida artística y sus procesos y avatares, salvo en lo que hacía a las artes figurativas. El mismo cantó en el coro de Riedel y dedicó muchas de sus veladas a conciertos y representaciones teatrales, disfrutando, como en Bonn, dicho sea de paso, bastante acríticamente de cuanto se le ofrecía; sólo a propósito de la *Africana* de Meyerbeer, el gran éxito de la temporada de 1866, escribió a su madre y hermana el 29 de mayo de ese mismo año: «La música es lamentablemente mala, las personas tienen un aspecto detestable y al final de la pieza uno está ya convencido de que el hombre desciende del mono.» De acuerdo con una noticia que se ha conservado* es posible —aunque no seguro— que oyera *Tannhäuser*, la única ópera de Wagner que se representó por entonces; en cualquier caso, Rohde sí asistió a su representación, probablemente con Franz Betz en el papel de Wolfram, ya a partir de ese momento guardó para siempre en su memoria la canción al lucero de la tarde. Nietzsche oyó *La flauta mágica*, *Las alegres comadres*, *La bella Elena*, de Offenbach; a Theodor Wachtel en *El trovador* y en el *Tell*, de Rossini. Instó fervorosamente a su madre y hermana para que se trasladaran a Leipzig y asistieran a la representación de la *Pasión según San Juan* de J. S. Bach, pero no tuvo éxito. Fue mucho al teatro, pudiendo ver, entre otros, a Emil Devrient en el papel de Hamlet y del conde Wetter von Strahl (en *Käthchen von Heilbronn*); durante los días de Königgratz participó en el vértigo de entusiasmo que desató Hedwig Raabe, después de haber sido conmovido «como nunca» por Marie Niemann-Seebach en los papeles de Gretchen, Julia y María Estuardo.

Hedwig Raabe le encantó muy especialmente en la insignificante comedia de Müller von Königswinter *Ella descubrió al fin su corazón*. Perdió, sin embargo, la ocasión de conocer personalmente al «ángel rubio», aunque vivía en casa de unos parientes suyos, los Nitzsches, en el pequeño castillo de Gohlis. En lugar de ello, le escribió una carta en junio, de la que ignoramos si llegó a enviársela. Es la primera carta que se conserva de Nietzsche a una mujer que no era de su familia.

«Mi primer deseo es», le escribía, «que no me tome usted a mal la insignificante dedicatoria de canciones insignificantes. Nada más lejos de mi ánimo que querer llamar la atención de usted sobre mi personalidad con esa dedicatoria. Si otras gentes han mostrado su complacencia en el teatro con sus aplausos y sus voces exaltadas, yo intento hacérsela llegar con un par de canciones; otros lo harán, y sin duda más expresivamente que yo, con poemas. Pero a unos y a otros nos anima un solo y mismo sentimiento: hacerle ver a usted cuán felices hemos sido un momento de

* En los *Mignonnes musicales*[2].

nuestra existencia, con cuánta dicha guardamos el recuerdo de esas miradas soleadas de una vida plena. No crea usted que estos homenajes hacen justicia a su naturaleza, extremadamente noble y amable. En el fondo del corazón tanto yo como, sin duda, todos veneramos sus interpretaciones: con la dulzura y el dolor con los que mi propia infancia irrumpe ante mi alma como algo perdido, pero que un día fue mío, así pienso yo también en sus figuras genuinas, bondadosas y vitalmente veraces: por escasamente que a lo largo del camino de mi vida me encuentre con estas figuras —y hace bien poco ni siquiera creía ya en su realidad—, mi fe en ellas se ha visto ahora reforzada. Y esto es algo que realmente debo agradecerle a usted y sólo a usted; espero que después de esta confesión no me tome usted a mal la libertad de esta carta. ¡Qué pueden importarle a usted los éxitos momentáneos, los aplausos estruendosos de una masa exaltada! Pero saber que muchos de esa masa llevan consigo un recuerdo benefactor, que muchos que lanzaron largamente sobre la vida y los hombres una mirada empañada, prosiguen hoy su camino con faz más clara y una esperanza más firme, tiene que ser un sentimiento sobremanera reconfortante.

Es mi deseo, en fin, que en los tonos de las canciones que le adjunto perciba usted estos sentimientos cálidos y llenos de reconocimiento.»

Ignoramos si Nietzsche tomó las canciones dedicadas a Hedwig Raabe del grupo de las composiciones dedicadas en 1864 a Marie Deussen y a su hermana, haciendo de ellas una copia nueva, o si la gratitud que tan vivaz y sinceramente sentía le llevó, con su fuerza, a hacer unas composiciones nuevas. De haber ocurrido esto último, se trataría de unas composiciones perdidas. En cuanto a que Nietzsche se hubiera enamorado «totalmente» de Hedwig Raabe, como escribe su hermana, la verdad es que esta carta no permite inferirlo. De haber alentado en él un sentimiento elemental por la actriz, éste no resulta demasiado visible en estas reflexiones nada directas sobre el carácter «benefactor» de sus logros teatrales. Apenas se habría tratado de algo más que de uno de esos artificiosos entusiasmos románticos por una actriz célebre que todo estudiante ha sentido alguna vez. Volvió a experimentar algo parecido cuando apareció la sentimental Susanne Klemm, a la que Nietzsche y Rohde vieron repetidas veces interpretar papeles de adolescente, y de la que los dos amigos llegaron incluso a comprar un retrato para colgarlo en su habitación. También este entusiasmo lleno de ensoñación por la *γλαυκίδιον* (= la pequeña lechuza), como entre sí la llamaban los dos filólogos amigos, desapareció sin dejar rastro ante nuevas vivencias, por mucho que Nietzsche llegara incluso a conocer después personalmente a Susanne Klemm.

Resulta muy revelador respecto del Leipzig de aquella época que la guerra alemana de 1866 apenas introdujera alteraciones en su vida normal, no resultando perceptible salvo en los lugares directamente convertidos en escenario de la conflagración. El entusiasmo teatral por Hedwig Raabe alcanzó su punto culminante el 5 de julio, precisamente el día en el que

llegó a Leipzig la noticia de Königgrätz. Hedwig Raabe interpretaba aquel día, en el que Nietzsche fue también al teatro, el papel de Jane Eyre en *La huérfana de Lowood*, una pieza sentimental de Birch-Pfeiffer, en tanto que Emil Devrient interpretaba el de Lord Rochester.

Las manifestaciones de Nietzsche sobre los sucesos políticos y militares de este año revelan antes a alguien atento e interesado, pero más bien frío a la hora de dejarse llevar por el entusiasmo, que a un jóven prusiano dispuesto a intervenir activamente. Los acontecimientos ocuparon más su cabeza de lo que pudieron exaltar su corazón. El 29 de mayo de 1866, cuando la movilización prusiana había llegado ya a su final, aún escribía a su madre y a su hermana: «Toda nuestra esperanza está en un Parlamento alemán.» Todavía confiaba, pues, en una clarificación de la atmósfera por medios parlamentarios. Se oponía, como es lógico, a cualquier posible intervención extranjera: «Deseo al Congreso de París una gloriosa defecación.» Aún tenía dudas, de todos modos, sobre el éxito definitivo de Prusia y la justificación de la política de Bismarck después del 16 de junio, cuando los prusianos ocupaban ya Kurhessen, Hannover y Sajonia y las tropas prusianas estaban en Leipzig, con el rey Juan huido a Bohemia. En cualquier caso, tomó inequívocamente partido por la causa de Prusia.

«El peligro en el que está Prusia es inmensamente grande. Que mediante una victoria completa le sea dado imponer y realizar su programa, es cosa de todo punto imposible. Fundar el estado unitario alemán por esta vía es una pieza fuerte de Bismarck: posee valor y una coherencia implacable, pero infravalora las fuerzas morales del pueblo. De todos modos, los últimos movimientos de piezas han sido espléndidos: ha sabido, sobre todo, cargar buena parte de la culpa, si no la mayor, sobre las espaldas de Austria.

Nuestra situación es muy simple. Cuando una casa arde, lo primero que se hace no es preguntar quién ha causado el fuego; se intenta apagarlo. Prusia arde. Ahora lo que importa es salvarla. Ese es el sentimiento general.

En el momento en que comenzó la guerra todos los miramientos secundarios pasaron a un segundo término. Soy un prusiano tan fanático como sajón fanático, por ejemplo, es el primo*.. Al final va a resultar que el modo prusiano de quitarse de encima a los príncipes es el más cómodo del mundo. Es casi una suerte que Hannover y Kurhessen no se hayan unido a Prusia; de lo contrario no nos habríamos librado nunca de esos señores.

Vivimos, pues, en la ciudad prusiana de Leipzig. Hoy se ha declarado el estado de guerra en toda Sajonia. Poco a poco se va viviendo como en una isla, dado que las comunicaciones telegráficas y postales, así como los ferrocarriles, se ven sometidos a interferencias constantes...

* Rudolf Schenkel.

En la Universidad los cursos continúan, de todos modos, como si tal cosa...

La verdad es que en lo que a mí hace, estoy seguro de que se aproxima el día de mi llamada a filas. Y no me parece mal, porque estar sentado en casa mientras la patria comienza su lucha a vida o muerte no es cosa precisamente honrosa.

Informaos en la oficina local sobre cuándo se hará la llamada a filas de los voluntarios por un año y comunicádmelo lo antes posible.» En un apéndice rechazaba la petición de su madre de pasar con ella en Naumburg aquellos días críticos: «Voy a quedarme aquí y la verdad es que en los tiempos que corren refugiarme en un nido un tanto somnoliento, donde no hay periódicos y la gente vive de espaldas a la encrucijada de nuestros días, no es lo que más me apetece.»

Aunque sus amigos Gersdorff y Krug se apresuraron a empuñar las armas y su viejo antiguo padrino de corporación Krämer cayó en Königgrätz, no se apuntó voluntario. A este propósito escribía el 5 de julio a Wilhelm Pinder: «De momento pienso que nuestras fuerzas, la tuya y la mía, serán echadas bien poco en falta... si el destino de la guerra diera un vuelco tampoco creo que estuviéramos nosotros ahora en condiciones de encauzarlo otra vez. Sin olvidar que con nuestros estudios no dejamos de servir también a la patria, que de los suyos exige bien esto, bien lo otro, rendimientos físicos o espirituales. Cada cual da, en cualquier caso, lo mejor de sí. "Porque amando", como dice Hölderlin, "da el mortal de lo mejor." *Ergo*, no nos hagamos mala sangre por quedarnos en casa a buen recaudo mientras los jóvenes aptos para empuñar las armas se ganan condecoraciones y distintivos salpicados de sangre.

La contemplación del espectáculo general no deja de resultar, por otra parte, de lo más interesante: sobre todo desde que pasó ya el primer momento de preocupación agobiante y la guerra se ha acelerado tanto que avanza, como dice la prensa de Viena, "con velocidad de monos". Mi vida en la ciudad prusiana de Leipzig me procura materia para no pocas observaciones psicológicas. Los sajones cultivados son casi tan insoportables como la masa. Porque no son en el fondo lo suficientemente valientes como para tomar partido definitivo con sus simpatías. Se ponen gustosamente del lado prusiano, muestran cierta ilustración al insistir en que los prusianos son los inevitables amos futuros de Sajonia; porque ésta es una necesidad que perciben todos. Pero su espíritu mezquino les incita a un tiempo a mirar de reojo y con desdén nuestros éxitos, a levantar pequeñas calumnias y a entregarse a críticas anecdóticas.» En una carta a Gersdorff del 13 de julio caracterizaba así a los naturales de Leipzig: «Aquí la gente no es capaz de un odio vivo ni de una inclinación viva. Está a gusto en todas las situaciones y aprende rápidamente a acomodarse.»

Su acuerdo con el proceder de Prusia y de Bismarck era ahora total, aunque aún latiera en él un resto de ese viejo *ethos* del 48 que había hecho suyo en Pforta: «Los prusianos residentes en Leipzig hemos comprobado, por el contrario, con la mayor alegría que los pasos que nuestro gobierno ha dado en las últimas seis semanas cuentan con nuestro aplauso incondicional. Cuánto hay que lamentar que este ministro tan espléndidamente dotado y tan enérgico esté demasiado marcado por su pasado; un pasado inmoral. A estas alturas no hay ya quien lo ponga en duda. No es posible conseguir lo mejor con medios malos. Los franceses, de todos modos, están en lo cierto al caracterizarle como un revolucionario.

Se puede aprender mucho en estos tiempos. El suelo que parecía firme e inquebrantable, vacila; las máscaras caen de las caras. Los instintos egoístas muestran sin el menor disimulo su feo rostro. Y lo que sobre todo puede observarse es el poco poder que tiene el pensamiento.» (A W. Pinder en el «Naumburg prusiano», 5 de julio de 1866.)

La guerra había hecho, pues, de Nietzsche un «prusiano fanático», aunque en el futuro inmoralista aún alentaran reservas morales contra Bismarck, y tanto más cuanto más percibía su grandeza. Precisamente allí donde el demonio de la voluntad de poder se le enfrentaba por vez primera, retrocedía bajo el peso de su entero pasado cristiano, aunque no dejara de percibir ya con toda claridad «el poco poder que tiene el pensamiento» al lado de las fuerzas más profundas de la vida.

«¿No se tiene acaso la extraña sensación de que un terremoto ha vuelto inseguro un suelo que parecía inconmovible? ¿No se diría que al cabo de un estancamiento de decenios la historia se ha puesto de repente a rodar, aniquilando con toda su potencia incontables situaciones? ¿ habrá sido realmente la cabeza de un solo hombre, desde luego muy importante, la que ha puesto la máquina en movimiento...? La verdad es que con el simple toque de silbato de un niño, edificios caducos se derrumban estruendosamente. Hay que tener buen cuidado, de todos modos, en que esta caída no le arrastre también a uno.» Cosa que, por supuesto, no desea; su instinto le indica, en efecto, que sus decisiones tienen que ser tomadas en un ámbito distinto y que ante cuanto está pasando no puede asumir otro papel que el de espectador. Y así prosigue: «Todo esto podría ser experimentado de modo más puro de no verse uno urgido, al mismo tiempo, por un interés personal, esto es, patriótico, a asistir lleno de tensión al espectáculo actual. Qué felices somos los que hasta ahora hemos podido gritar bravo y aplaudir. No estoy, de todos modos, seguro de que el drama no acabe por convertirse en una tragedia para nosotros. También nosotros dos podríamos vernos obligados, al hilo de todo esto, a asumir uno de los incontables papeles de comparsas.» (A H. Mushacke, el 12 de julio de 1866.)

En semejante situación sus estudios no podían menos de presentársele a una luz un tanto ridícula, pero en seguida pasaron a reclamar de nuevo toda su atención.

En su siguiente carta, escrita el 13 de julio a Gersdorff —vástago

de una familia de la nobleza terrateniente prusiana y ahora teniente en activo—, su prusianismo viene aún más enérgicamente subrayado. Por otra parte, ya empieza a sacar consecuencias políticas de esta guerra: «Debemos estar orgullosos de tener un ejército como el que tenemos, incluso —*horribile dictu*— de tener un gobierno como el que tenemos, que no se limita a defender el programa nacional sobre el papel, sino que lo mantiene firme y lo traduce a hechos con la mayor energía, con enorme dispendio de dinero y de sangre, incluso frente al gran tentador francés *Louis le diable*. En el fondo, todo partido que ratifica estos objetivos de la política es un partido liberal, de ahí que en la importante masa conservadora de los diputados no pueda ver yo sino un nuevo matiz del liberalismo.» Percibe ya el absoluto sinsentido de las ficciones partidistas en las confrontaciones políticas elementales, y hace suyo el maquiavelismo de toda gran política —ese maquiavelismo que poco antes aún había rechazado en Bismarck—: «Que el nombre "conservador" sea conservado para nuestra forma de gobierno es cosa que no tiene la menor importancia. Para los entendidos es un simple nombre; para los prudentes, una ficción; para nuestro excelente rey, en fin, una especie de manto de esos que vuelven invisible a quien lo lleva, un manto que le vela a él mismo sus ojos y le permite seguir avanzando con tranquilidad por su camino tolerante y asombrosamente audaz.»

Pero no deja de ver claramente lo que serán las ulteriores consecuencias políticas de la lucha: «En cualquier caso, lo que ahora —que el extranjero comienza a inmiscuirse del modo más preocupante— viene es la gran época de prueba, la prueba de fuego para la seriedad del programa nacional. Ahora averiguaremos cuánto de intereses puramente dinásticos se oculta bajo este rótulo. Una guerra contra Francia tiene que producir, por fuerza, la unidad de los espíritus en Alemania; y una vez que las poblaciones estén unidas, entonces ya puede ir el señor von Beust, junto con todos esos pequeños príncipes, al embalsamador. Porque su época ha pasado ya.

Nunca desde hace cincuenta años estuvimos tan cerca de la satisfacción de nuestras esperanzas alemanas. Comienzo a comprender lentamente que no había otro camino, un camino menos duro que el terrible de una guerra de destrucción.» Pero Austria todavía se ve apoyada por la tesis de Napoleón III del equilibrio, de un equilibrio cuyo centro ha de estar en París. «Mientras París sea el centro, todo seguirá igual en Europa. A nuestras aspiraciones nacionales no podrá, pues, serles ahorrada la transformación de las circunstancias europeas o, cuanto menos, el intento de transformarlas.» Y añade estas palabras directamente referidas a su aristocrático amigo: «Si la cosa fracasa, es de esperar que tengamos ambos el honor de morir en el campo de batalla a consecuencia de una bala francesa.»

Cuando el 5 de agosto de 1866 el rey Guillermo formuló en su discurso de la Corona la propuesta de indemnidad del gobierno, Nietzsche escribió, a finales de ese mismo mes, a Gersdorff: «Jamás me he sentido tan feliz ante una acción de nuestro rey... Sentirme por una vez enteramente de acuerdo con el gobierno actual es cosa que no deja de procurarme —dicho abiertamente— un placer tan raro como nuevo. Hay que dejar en paz, desde luego, a unos cuantos muertos; hay que dejar claro, además, que la política de Bismarck ha sido extremadamente audaz, que una política que se atreve a gritar *va banque* puede ser, después del éxito, tan maldecida como venerada. Pero por esta vez ha habido éxito: lo que se ha conseguido es una gran cosa. Por un momento intento liberarme de la consciencia del tiempo, de las simpatías subjetivas naturales por Prusia, y lo que veo ante mí es el espectáculo de una gran acción estatal y determinante, un espectáculo hecho de la materia misma de la que se crea la historia, en modo alguno moral, pero bastante bello y edificante para el espectador.» En aquel momento Nietzsche estaba ya también a favor de la «anexión incondicional» de Sajonia por parte de Prusia.

En la estela de guerra Nietzsche asistió en enero de 1867 a asambleas y se pronunció en la primera y segunda vuelta de las elecciones para el Parlamento noralemán celebradas en 1867 a favor del segundo alcalde nacional-liberal de Leipzig Stephani —quien, por cierto, fue derrotado— y contra el particularismo sajón. Pero en líneas generales puede decirse que el mundo de la política perdió muy pronto todo interés para él. No era su mundo. O, por lo menos, no podía serlo durante mucho tiempo. Sus decisiones vinieron a tomar cuerpo en seguida en ámbitos distintos. Unicamente algunos comentarios ocasionales a Gersdorff, cuyo interés por la política conocía, revelan cierta participación secundaria en la cosa pública, cuya importancia, por lo demás, no desconocía. Lo que vino a quedar fue el interés por la efectividad de ciertos hombres y un cambio en su posición respecto de Bismarck. Eliminó sus reservas morales y pasó a gozar, en adelante, estéticamente de su figura como quien goza de un trozo de la naturaleza.

De ahí que al cabo de un año, el 16 de febrero de 1868, escribiera a Gersdorff, después de hablarle de su hallazgo filosófico, sobre todo de Lange, en los siguientes términos: «Dirás que no corren ahora tiempos para filosofar. Y tienes razón. La política es hoy el órgano del pensamiento global. Los acontecimientos que estamos viviendo me llenan de estupor y sólo puedo asimilármelos centrándome en la efectividad de ciertos hombres a los que aíslo del flujo del todo y contemplo adecuadamente particularizados. Bismarck me procura un placer muy singular. Leo sus discursos como quien bebe un vino fuerte: retengo la lengua para no beber demasiado rápido y prolongar el placer todo lo posible.» La verdad es que si se recuerda lo poco dado que era Nietzsche a beber vinos fuertes, parece imposible no valorar altamente el contenido vivencial de esta imagen.

Desde el punto de vista de la salud le fue a Nietzsche extraordinariamente bien durante estos dos primeros años de Leipzig, mucho mejor que en cualquier otra época de su vida, con la excepción del ya citado episodio. Sólo en la primavera de 1866 tuvo que quejarse de una «fuerte tos» y de una afonía que apenas le permitía hablar. Tampoco pudo trabajar en aquella ocasión al ritmo deseado por tener asimismo «la cabeza muy pesada». La cosa duró unas cuatro semanas, con un estado general variable. Aparte de esto, sólo estuvo otra vez enfermo tres días en junio de 1866 y a finales de enero de 1867, en que tuvo que aplazar por una semana una conferencia en la Asociación Filológica a consecuencia de un catarro. Nada sabemos de otras posibles dolencias a lo largo de estos dos años.

Se libró del cólera, que se extendió a consecuencia de la guerra muy vencido ya el verano de 1866 y llegó hasta Naumburg, donde Nietzsche pasaba, desde finales de agosto, las vacaciones de verano, trasladándose con su madre a Kösen, lugar no afectado por la epidemia, donde permaneció del 15 de septiembre al 13 de octubre. Su hermana fue llevada a casa de unos parientes en Vogtland. En Naumburg ni siquiera la casa de su madre se vio libre del cólera: el fabricante de peines Lurgenstein, que vivía en los bajos del edificio, murió a consecuencia del mismo. Es posible que ésta sea la fuente de una anécdota que narra su hermana —quien por estas fechas no vivía, de todos modos, con él—[88]: «Mi hermano ha conservado un recuerdo terrible del cólera; solía incluso afirmar que había sido víctima por dos veces de esa epidemia, llegando sólo a dominar los ataques y salvarse a fuerza de beber constantemente agua caliente y sudar. Una noche que pasó en la misma casa que el cadáver de una de las víctimas del cólera le quedó grabada en la memoria.» De todos modos, el propio Nietzsche no nos ha dejado referencia alguna a todo esto en sus cartas ni en ningún otro lugar. Le impresionó, no obstante, la noticia de la muerte de dos profesores de filosofía de la Universidad de Leipzig, a los que, según parece, conocía: los profesores C. H. Weisse, el 21 de septiembre, y L. F. Flath, el 4 de octubre.

Capítulo 8
SERVICIO MILITAR Y ULTIMA EPOCA DE ESTUDIANTE

Desde muy pronto y durante toda su vida Nietzsche encontró una singular complacencia en elaborar planes, incluso a conciencia de que apenas saldría nada de ellos. Así había elaborado, por ejemplo, ya el 4 de abril de 1867, cuando su celo filológico y su devoción a Ritschl estaban en su punto culminante, un plan para los próximos años acerca del que escribía a Deussen: «Mis perspectivas de futuro están aún abiertas, lo que las hace más favorables. Porque sólo la seguridad es terrible. Aspiro a ganar anualmente de un modo honroso y con escaso dispendio de tiempo un par de cientos de táleros, garantizándose así para un montón de años la libertad de mi existencia. Me gustaría mucho ir, por ejemplo, a París a comienzos del año próximo y trabajar allí un año en la biblioteca.» Pero pocas semanas después —en Pascuas de 1867— escribía ya a Mushacke: «Tengo tantos planes fantasiosos que buena parte de los mismos se hundirán en el mar.»

A comienzos de 1867 tomó la decisión firme de trasladarse a Berlín para cursar allí el próximo semestre de invierno, y de hacerlo, además, ya a finales de agosto. Preparó a Mushacke y a Deussen para su llegada, alegrándose de la posibilidad de fundar con ellos una Asociación Filológica y de poder volver a montar a caballo. En todo ello no dejaba de jugar, obviamente, un papel la consideración de que era Berlín el sitio donde prefería cumplir su año de servicio militar como voluntario, de no tener otro remedio, precisamente porque allí le era posible seguir en contacto con la vida universitaria.

Originariamente Nietzsche no rechazaba la idea de ser soldado. Ya el 6 de diciembre de 1863 había escrito a su madre desde Pforta: «No me será fácil librarme, puede que ni me sea factible» y el 13 de marzo del año siguiente sobre su certificado militar: «Se hace referencia a la debilidad

de mis ojos; en todo lo demás se me caracteriza como sano y fuerte y, en consecuencia, como hábil para el servicio militar.» Pero inmediatamente después de la salida de Pforta no había querido hacer su servicio militar. «¡Primero Pforta y luego los suboficiales! No. El animal del desierto ama la libertad.» En una carta a su madre de finales de febrero de 1865 desde Bonn, en la que le manifestaba este estado de ánimo, expresaba la decisión de trasladarse el otoño de este año a Berlín para hacer allí el servicio, porque la vida era más barata y el trato de los suboficiales más llevadero que en Halle. Pero pronto renunció a esta idea a favor del traslado a Leipzig.

Durante la guerra prusiano-austriaca de 1866 prefirió, como vimos, no ser llamado a filas que verse obligado a empuñar las armas, aunque todavía con fecha 7 de abril de 1866 había escrito a Gersdorff: «Desde el punto de vista individual me había familiarizado ya con la idea militar. Muchas veces deseaba verme arrancado de mis monótonos trabajos, estaba ansioso de las contradicciones de la excitación, del curso vital agitado, del entusiasmo», y el 22 de abril de 1866 a su madre y hermana:

«*Saludad a todos los conocidos*
con un recuerdo mío
y decidle a las viejas tías
que podría perderme un día
como granadero prusiano.
Alguien dispuesto a ir a la guerra.»

Una vez acabada la guerra sin haberse visto obligado a participar en ella, intentó librarse provisionalmente del tiempo de servicio. El 6 de agosto de 1867 escribía en este sentido a su madre: «Ojalá encontremos una manera de arreglar favorablemente el asunto de mi servicio militar: de momento no tengo tiempo para eso.»

El 26 de septiembre tuvo que pasar revisión otra vez y fue encontrado nuevamente hábil. Cuando el 30 de septiembre se disponía a viajar de Naumburg a Halle para asistir a una Asamblea de Filólogos que iba a celebrarse en esta última ciudad se encontró en la estación al comandante de la sección del Regimiento de Artillería número 4 que estaba de servicio en Naumburg. Este le comunicó que contara con que tendría que incorporarse el 9 de octubre. Cuando Nietzsche le replicó que prefería servir en Berlín, el comandante le prometió extenderle un certificado con este objetivo, que a su regreso de Halle tendría que presentar en uno de los Regimientos de Guardia en Berlín, en el que haría su servicio. Participó, pues, del 1 al 3 de octubre en la XXV Asamblea de Filólogos y Especialistas Alemanes que se celebró en Halle, donde formó un alegre grupo con buena parte de sus amigos de Leipzig, y el 5 de octubre partió para Berlín. Allí tuvo, sin embargo, que tomar nota de que, para preocupación

suya, los Regimientos de Guardia no admitían ya voluntarios para un año. Tuvo, pues, que incorporarse el 9 de octubre de 1867 en Naumburg a la segunda batería de la sección a caballo del Regimiento de Artillería número 4, para «abrazar los cañones del lugar, con más rabia que ternura», como había escrito a Mushacke el 4 de octubre.

Vino a encontrarse así, con la decisión que le era propia y que la disciplina de Pforta le había reforzado, y con su disposición a asumir las necesidades y cumplirlas con todas sus fuerzas, sin quejas ni protestas, de lleno en un servicio que sin duda no le resultaba fácil ni le era familiar. Y no le fue del todo mal. Los esfuerzos físicos disminuyeron también pronto, ya que de acuerdo con los usos de entonces los voluntarios por un año no tenían que cuidar ellos mismos de su caballo más que las seis primeras semanas, pudiendo buscarse luego un mozo que les hiciera todo el trabajo sucio y pesado. En la medida en que cumplía con sus obligaciones diligente y voluntariamente, tampoco tuvo que aguantar mucho de los suboficiales. Ponemos, pues, en duda lo correcto de la visión de éstos que transmite su hermana, que tampoco podía estar muy versada en los asuntos de la «milicia» prusiana, cuando escribe[88]: «Fritz les invitaba todas las mañanas a desayunar, lo que les ponía en una disposición excelente y les animaba a menudo a decir al señor voluntario algo agradable, no pocas veces un tanto chuscamente. Cuando, por ejemplo, uno de ellos explicaba un día a un artillero, que llevaba ya dos años de servicio, por enésima vez el funcionamiento de una pieza, terminó con las siguientes palabras: "Schulze, es usted más tonto de lo normal, hasta el voluntario Nietzsche lo ha comprendido ya." Como el suboficial se obsequió a sí mismo con el añadido "al que yo se lo expliqué sólo una vez", lo que estaba pensado como un halago se quedó en algo un poco más dudoso.»

Nietzsche se lanzó con aplicación y no sin buen humor al servicio, tarareando para sí melodías de *La bella Elena*, de Offenbach, que le había entusiasmado en Leipzig —como entonces, por lo demás, a todo el mundo—, y sacando hasta algún placer de las prácticas con su «brioso y enérgico Balduino», aunque le costara olvidar velozmente cuanto había aprendido en el picadero de Leipzig. Tuvo incluso que dejar pasar dos meses antes de encontrar el ocio necesario como para contestar a su amigo Rohde, que le había escrito una primera y hermosa carta el 10 de septiembre. Rohde —normalmente tan retraído— le había hecho llegar un retrato de Schopenhauer, «a cuyas doctrinas debemos, por suerte, el haber estado tan excepcionalmente de acuerdo en todas las cosas fundamentales», mostrándole así su gratitud «por el generoso interés que has mostrado por este tipo repulsivo y testarudo y que yo siento tanto más profunda y cálidamente cuanto que sé demasiado bien lo poco que mi manera de ser incita a preocuparse por mí. El último medio año, en el que en realidad casi no nos tratamos más que el uno con el otro, como en una especie de taburete aislante, fue para mí el periodo de vida universitaria más

feliz e incitante que he vivido hasta el momento, con sus veladas en el club de tiro, los ejercicios de equitación y las placenteras visitas al teatro, y con todas esas conversaciones agradables sobre todas las cosas que interesan a un hombre cabal; y, sobre todo, pienso con alegría en las tardes en que, ya oscurecido, tocabas el piano para mí: sentía la distancia entre una naturaleza productiva y los espíritus malignos que me querían reducir a la impotencia, pero el alma se abría con los tonos y tomaba un paso *somewhat* más elástico.»[7]

Rohde se sentía, pues, desde un principio como el que tenía que estar agradecido, como el inferior; y la inferioridad que sentía era la más difícil de sobrellevar, porque era la del improductivo frente al productivo. Pero dada la nobleza de carácter de Rohde, jamás se tradujo en envidia alguna. Sin que por ello tenga que inferirse que le fuera menos difícil de sobrellevar; cada vez lo era más, por el contrario, dado que Rohde tenía el suficiente amor propio y la suficiente autoconsciencia como para no asumir una actitud obsequiosa o servil.

Cuando Nietzsche encontró, por fin, un momento de ocio respondió a Rohde, el 5 de noviembre de 1867, con una larga carta en la que le hablaba detalladamente de los amigos de Leipzig, le daba la noticia de que su trabajo sobre Diógenes Laercio había sido premiado —cosa de la que sólo pocos días antes, el 31 de octubre, se había enterado—, le informaba sobre la Asamblea de Filólogos celebrada en Halle, así como sobre sus propios trabajos filológicos y —no sin un humor un tanto rígido y crispado— sobre la marcha de su servicio, para acabar manifestándole, de modo meditado y consciente, sus sentimientos amistosos.

«Te aseguro que... mi filosofía tiene ahora la oportunidad de servirme prácticamente. Hasta ahora no me he sentido en ningún momento humillado, aunque muchas veces he tenido que sonreírme ante lo que veía, más propio de un cuento que de la realidad. A veces cuchicheo escondido bajo la barriga del caballo "¡Schopenhauer, ayuda!"*; y cuando vuelvo agotado y sudoroso a casa, una mirada al retrato que hay sobre mi mesa de trabajo me serena; o abro los *Parerga*, que hoy me son, junto con Byron, más simpáticos que nunca... Ya sabes, querido amigo mío, por qué se ha retrasado tanto mi carta. No he tenido literalmente tiempo. Y muchas veces tampoco el estado de ánimo adecuado. Porque uno no escribe cartas a un amigo al que se quiere tanto como yo te quiero a ti en un estado de ánimo cualquiera.» Acto seguido vuelve la mirada a los días de Leipzig: «Una vida autodeterminada del modo más libre, un goce epicúreo de la ciencia y de las artes, en un círculo de personas animadas de idénticas aspiraciones, cerca de un maestro digno del mayor aprecio y —lo que ha quedado para mí como lo más noble a lo que me cabe referirme cuando

* Tal vez une perífrasis del «¡Samid, ayuda!» del *Freischütz*.

hablo de aquellos días— en contacto diario con un amigo que no es sólo un camarada de estudios o alguien que se siente unido a mí por vivencias comunes, pongamos por caso, sino un ser cuya seriedad vital muestra realmente el mismo grado que mi propio sentido, un ser cuya valoración de las cosas y de los hombres sigue aproximadamente las mismas leyes que la mía, cuya naturaleza entera ejerce sobre mí, en fin, un efecto fortificante y robustecedor. Nada echo, ciertamente, tanto de menos como aquel trato constante; y me atrevo a pensar que si hubiéramos sido condenados a caminar juntos bajo este yugo, arrastraríamos con más alegría y dignidad mayor nuestra carga; en tanto que ahora yo no puedo recurrir sino al consuelo del recuerdo. En los primeros tiempos estaba casi maravillado de no encontrarte a mi lado como compañero de destino; y aún así, cuando vuelvo, cabalgando, la cabeza hacia el otro voluntario, creo verte a ti sobre el caballo.» Estaba solo en Naumburg, y se entregaba a los recuerdos, como, por ejemplo, al de la fiesta de despedida con los amigos en Leipzig y al de «nuestro monumento conmemorativo en la orilla de aquella corriente de Leipzig, al que bautizamos con el nombre de Nirwana y que por mi parte lleva las palabras solemnes, que se han revelado como victoriosas, *γένοι' οἷος ἐσσί*[194].

Si cierro mi carta aplicándote a ti, querido amigo mío, estas palabras, es porque quiero cifrar en ellas lo mejor que llevo en el corazón para ti. Quién sabe cuándo el cambiante hado volverá a unir nuestras rutas: que sea bien pronto; pero ocurra cuando ocurra, siempre volveré con alegría y orgullo la mirada hacia una época en la que gané un amigo *οἷος ἐσσί**.

Friedrich Nietzsche.»

Llegados aquí tenemos que detenernos un momento en Nietzsche como escritor de cartas. El curso posterior de su amistad con Rohde prueba lo auténticos y profundos que eran los sentimientos de los que habla en esta carta. Pero ¡de qué manera tan poco elemental toman cuerpo expresivo en ella! ¿Acaso no parece más bien como si en todo momento estuviera asimismo por encima de ellos? Se los expone a su amigo con gesto concluyente, corregidas sus palabras, cabría decir, hasta haberlas dejado casi listas para la imprenta, casi como si su formulación, su captación conscientes, fueran más importantes a sus ojos que los sentimientos mismos. En ningún lugar habla el sentimiento de modo inmediato, sin haber pasado previamente por el cerebro y la mano ordenadora. No es ningún azar, y se nota en todos ellos que Nietzsche hiciera un borrador de la mayoría de sus cartas, que luego pasaba a limpio, con su escritura de rara belleza, sin tachar ni cambiar nada, a pesar de lo impulsivo de su temperamento. E incluso aquí, que quien está en juego es el amigo de su vida, el amigo con el que menos recurrió a su usual tono magistral, no puede

* «Como tú eres uno».

menos de acabar mostrándole que el suyo es un amor exigente. La máxima exigencia que se autoimpone —¡llega a ser el que eres!— es la exigencia misma que impone a su amigo, al que ama, de todos modos, tal como es. Y ¿qué ama en él? La «seriedad vital», que «muestra realmente el mismo grado que mi propio sentido», su «valoración de las cosas y de los hombres», que coincide con la suya propia, y el «efecto fortificante y robustecedor» que sobre él ejerce su naturaleza entera. Se ama, pues, a sí mismo en el amigo y ama, también, la confirmación de sí mismo en él. Lo otro que hay en Rohde, lo extraño, le es ajeno. No lo ve o no lo toma en consideración. Busca al compañero de ruta, se esfuerza por pasar de la soledad a uno a la soledad a dos, pero su ser no se transforma y conmueve por la vivencia del ser humano, ni en el caso del amigo ni en el de la mujer, sino que se limita a reflejarse en ellos y a endurecerse. En ésta como en cualquier otra de las amistades de su vida el punto de mira y el objetivo último no eran otros que tensar y ampliar al máximo el arco del espíritu. Incluso lleva siempre la ventaja de su gran capacidad para conseguir variaciones en el teclado de los sentimientos. Siempre comprende. Pero a esta comprensión le falta esa emoción sencilla, arreflexiva, que constituye tanto la esencia de la vida entre el yo y el tú, como excluye la plenitud en el espíritu. La necesaria soledad de Nietzsche, esa soledad que llevaba escrita en su destino y que luego sería para él felicidad y cruz a un tiempo, nos viene dada ya en el intento de esta primera apertura de su ser ante el tú, hacia la amistad como única posibilidad suya de vida con los humanos. De ahí que esta soledad no pudiera sino aumentar, fueran cuales fuesen los caminos una y otra vez tomados para acabar con ella, y a la vista de este dato fundamental hay que subrayar que se pasa de largo ante la realidad profunda de lo que aquí está en juego cuando en la evolución ulterior de las relaciones humanas de Nietzsche, y a la vista de tal o cual giro en ellas, se busca un culpable. Porque estas relaciones eran tan decisivamente «inocentes», tan inocentes por su carácter de «destino», que no pueden ser aprehendidas por el análisis microscópico de los datos individuales, ni menos por las interpretaciones morales de observadores tan unilaterales y de un solo registro como su hermana.

Pasado algún tiempo Nietzsche llegó incluso a obtener algunas alegrías en su servicio militar. El 1-3 de febrero de 1868 comentaba con orgullo a Rohde que de entre treinta reclutas era considerado como el mejor jinete, y que le querían bien «tanto el capitán como los artilleros». Llegó a percibir la vida militar —que tanto le apartaba, por otra parte, de lo que realmente podía importarle— como «una llamada constante a la energía de un hombre y... como ἀντίδοτον (= antídoto) contra el escepticismo paralizador, acerca de cuyos efectos hemos podido observar los dos alguna que otra cosa». Y a Mushacke el 13 de febrero, que veía en el año militar «un antídoto eficaz contra la manía erudita, pedante, fría, estrecha de miras..., esa manía contra la que lucho cuantas veces tengo la desgracia de encontrarme». Sería su deseo que los filólogos tuvieran algo más de dril militar también en su trabajo. Su verdadero foco de interés se centraba, de todos modos, en sus problemas filológicos, que cada vez iban mutando más en filosóficos, como viene a revelar con toda claridad la evolución de sus estudios sobre Demócrito. Antes de su servicio militar los había desarrollado desde un punto de vista enteramente filológico, centrándose en una serie de investigaciones sobre la autenticidad de unos trescientos manuscritos atribuidos a Demócrito. Pero ahora, en los ratos de ocio que le dejaba su servicio, sintió acrecentarse notablemente su interés por la personalidad de Demócrito. Se enfrascó de nuevo en el libro de Lange, donde se presta una atención particularmente detallada a este filósofo —el «Humboldt del mundo antiguo», como lo llama el propio Nietzsche en una ocasión—, pasando en seguida a reconstruir por sí mismo todas las huellas de Demócrito y de su pensamiento con un ambicioso objetivo a la vista: «Tengo un raro deseo», escribía a Rohde en la carta del 1 de febrero, «de decir en mi próximo trabajo*, escrito *in honorem Ritscheli***, unas cuantas verdades amargas al filólogo. Tengo muchas esperanzas puestas en él: he conseguido dotarle de un trasfondo filosófico muy superior al alcanzado en cualquiera de mis otros escritos. Todos mis trabajos acaban, por otra parte —sin proponérmelo yo mismo, pero procurándome, tal vez por eso, un placer muy particular—, orientándose en un determinado sentido; todos remiten, como postes de telégrafos, a uno de los objetivos de mis estudios..., una historia de los estudios literarios en la Antigüedad y en la época moderna. De momento no son los detalles lo que más me importa; lo que me atrae ahora es lo humano general, cómo se forma la necesidad de una investigación histórico-literaria y cómo toma cuerpo bajo la mano conformadora del filósofo. Que todas las ideas clarificadoras capaces de arrojar una luz en la historia de la literatura nos han venido de un número bien corto de genios...; que, al mismo tiempo, lo creador en la investigación literaria es cosa debida a personas poco o nada dedicadas al cultivo profesional de estos estudios; que, por el contrario, todas las obras famosas en este campo han sido elaboradas por gentes desprovistas de toda llama creadora; todas éstas son las consideraciones, fuertemente pesimistas, y en las que late, además, cierto culto al genio, que me ocupan de modo persistente y me inclinan a investigar, tomándolas como punto de referencia, la historia. Es una prueba que me impongo a mí mismo y con cuyo espíritu me siento identificado; sé bien, por lo demás, que en las líneas que llevo escritas percibirás irremediablemente el aroma de la cocina schopenhaueriana.»

El escrito al que Nietzsche alude aquí —planeado para un *Homenaje* de la «Escuela de Leipzig» a Ritschl— no fue terminado, ya que la ma-

* *Sobre el trabajo literario de Demócrito.*
** En honor de Ritschl.

yoría de los restantes colaboradores falló y el plan fue abandonado, en su conjunto, en el verano de 1868. Pero nos han quedado una serie de trabajos preparatorios, fechables entre octubre de 1867 y marzo de 1868, en los que el viraje al que alude el propio Nietzsche resulta perfectamente evidente. Al hilo de este viraje vinieron, además, a tomar cuerpo puntos de vista que mantendrían su entera validez también para el Nietzsche posterior.

Así, por ejemplo, contra los filólogos de su tiempo: «La mayoría de los filólogos son obreros industriales al servicio de la ciencia. La tendencia a aprender y reelaborar un todo de dimensiones superiores o a poner en el mundo puntos de vista más amplios, se extingue. Casi todos ellos trabajan, por el contrario, con laboriosa perseverancia en un pequeño tornillo.»[2] «Los esfuerzos de la nueva generación de filólogos deberán concentrarse, al fin, en hacer un balance y asumir el gran legado del pasado... Que se acerque la ciencia a las aspiraciones de los hombres de hoy, que no se vuelvan a preferir y privilegiar los trastos del desván. Hay que acabar con tanta ruina..., nuestros filólogos tienen que aprender a enunciar juicios de amplitud mayor para trocar el regateo en puntos concretos y muy determinados por las grandes consideraciones de orden filosófico. Si se quieren obtener nuevas respuestas, se tendrá que estar en condiciones de plantear nuevas preguntas.»[2]

Acto seguido se vuelve con toda energía contra el usual historicismo de los alemanes, dando así los primeros pasos en una lucha que prolongaría en el futuro. «Remítase ante todo ese ilimitado y reblandecedor abuso de la historia a sus justos límites. La humanidad tiene algo mejor que hacer que cultivar la historia. Pero si lo hace, que busque los puntos dotados de mayor valor formativo... Que algo haya ocurrido no es pretexto suficiente para investigarlo; si tiene que importarnos es porque fue mejor que lo de hoy y puede, en consecuencia, asumir una función de ejemplo y modelo.» «El historiador "orgánico" ha de ser poeta; algo se pierde, por lo menos, si no lo es.»

Respecto de los estudios histórico-literarios llega a la siguiente conclusión: «El igual reconoce a los iguales. Cabe probar cómo toda gran penetración literaria resulta, en definitiva, retrotraíble a una serie de grandes ingenios de naturaleza muy similar; lo que no dejaría de procurar también una hermosa prueba de lo lamentable de la condición del intelecto común. Un intelecto incapaz de crear obras grandes, incapaz incluso de percibirlas y reconocerlas... Las cabezas medias precisan gran cantidad de material para "comprender" a sus escritores, porque en realidad ni quieren ni pueden comprender otra cosa que lo material... Se inclinan a los conocimientos "históricos", esto es, sitúan y clasifican a las grandes cabezas en una larga fila, formada por cabezas similares a las suyas. No quieren admitir diferencias absolutas, sino sólo graduales. Acto seguido procuran probar la existencia de una gran cabeza como "necesaria", esto

es, no sólo explicable a partir de la época y del medio, sino como surgida de modo obligado; y al hacerlo violentan el ingenio de manera nada agradable. Finalmente intentan descifrar, en la medida de lo posible, cuanto hay de débil, perecedero y perverso en el gran individuo; también, como dicen, para comprenderlo en su totalidad; en realidad, para acercarlo a ellos mismos.»

Viene aquí, pues, a tomar cuerpo ya con toda claridad, y por vez primera, el aristocratismo del espíritu y el culto al genio que durante años dominarían a Nietzsche. Al «trabajo de fábrica» filológico y al «mal gusto que se limita a investigaciones sueltas de detalle» opone su propio método, un método que en su condición de filólogo y observador de la historia le resultará válido hasta el resto de sus días: «Mi método es: para un hecho aislado enfriarse tan pronto como se insinúa el horizonte más amplio... El resultado de una investigación excita nuestro entendimiento, pero nuestro núcleo esencial permanece frío. Al fin tropezamos, de todos modos, con concepciones, analogías, etc., que nos ponen en movimiento. En la investigación científico-natural tampoco ocurre de otro modo. Lo que realmente impulsa son esos dominios lejanos y desconocidos en los que percibimos el acorde profundo entre la vida y los resultados de la investigación.»

Entre estas frases figuran unas palabras que podrían asumirse como *motto* caracterizador de la vida y del pensamiento enteros de Nietzsche: «Nuestro continuo esforzarnos es un viaje a lo desconocido con la inagotable esperanza de encontrar alguna vez un objetivo en el que poder al fin descansar.»[2]

Y ya irrumpe la crítica al intelecto, que sería otro de los temas que ocuparían a Nietzsche durante toda su vida: «Lentamente... se ha formado un método crítico que se presenta de modo claro y transparente como un resultado del sano sentido común humano y que ha llegado incluso a verse identificado con este sentido. Con él se cree tener algo consistente, algo capaz de perdurar a través de todos los tiempos, de tal modo que de nacer ambos de esa raíz común, unos juicios de Pericles y otros de Bismarck, pongamos por caso, tendrían que coincidir necesariamente. ¡Grave error que la historia de toda disciplina científica refuta! Aquel sano sentido común humano, como se le llama, es más bien un *perpetuum mobile*, una cosa inaprehensible, una especie de graduador de las capacidades lógicas de un periodo, de un pueblo, de una ciencia, de un ser humano. El alemán y el francés, el fabricante y el sabio, el investigador de la naturaleza y el filólogo, la mujer y el hombre, todos se sirven de esa expresión y cada uno quiere decir algo diferente con ella.»[2] Ya había comenzado hacía tiempo, de todos modos, a dudar del intelecto: «Querido amigo», escribía el 3 de abril de 1868 a Rohde, «has transcrito y formulado algo que llevo en el corazón: en el intelecto, lo mejor es el instinto.»

A lo largo de estos dos primeros años de Leipzig el diario trabajo

filológico fue afirmando, pues, su presencia en la vida de Nietzsche, y se hicieron notar en ella también con fuerza renovada sus instintos filosóficos. Paralelamente a ello le sobrevino un accidente que pareció tener las peores consecuencias para su salud, pero que no dejó a la vez, sin embargo, de liberarle de la coerción militar, dándole el ocio necesario para consumar el viraje espiritual. Por primera vez irrumpió, pues, la enfermedad en la vida de Nietzsche como elemento perturbador y salvador a un tiempo.

A comienzos de marzo de 1868 le salió mal un salto de su caballo cuando hacía uno de sus ejercicios de equitación. Se golpeó fuertemente el pecho con el borrén delantero de la silla de montar, y sintió un violento dolor. A pesar del incidente siguió cabalgando —duro como era para consigo mismo—, sin atender al dolor, aunque éste iba en aumento. Por la tarde, a la hora de la instrucción, perdió por dos veces el conocimiento y tuvo ya que acostarse. «Pasé diez días amarrado al duro lecho, en el peor sentido de la palabra, es decir, inmóvil, como clavado y atado con cuerdas, con terribles dolores, fiebre continuada, sin poder descansar ni de día ni de noche, con compresas de hielo», escribía el 3 de abril de 1868 a Rohde. «A eso vino a unirse, como funesto compañero, una tenaz gastritis catarral.»

Por primera vez nos encontramos, pues, aquí con una alusión a una dolencia gástrica de Nietzsche, dolencia que tanto tendría que ocuparle después. A qué pudiera deberse el «mal estado general» que, de acuerdo con una carta a Ritschl, le obligó a permanecer inmóvil en su habitación durante varios días ya en febrero es cosa que, de todos modos, ignoramos. La gastritis catarral fue, por supuesto, superada sin mayores complicaciones, pero no deja de resultar asumible como prueba de cierta debilidad gástrica que habría afectado a Nietzsche con anterioridad, incluso, a la afección que vino a contraer al hilo de la guerra de 1870.

Las consecuencias del accidente fueron más graves. En la carta citada venía a decir también: «Al cabo de esos diez días me hicieron por fin unos cortes en el pecho y desde ese momento he tenido el placer filoctético de una fuerte supuración. Con el desgarramiento de aquellos músculos se concentró mucha sangre en el interior del pecho, y ésta dejó paso a la supuración. Si te digo que se han sacado ya cuatro y cinco tazas de pus de esa herida, no exagero un punto. Desde entonces he dejado alguna vez la cama, pero mi estado es de lo más lamentable: extenuado como una mosca, estropeado como una vieja solterona, delgado como una cigüeña.

Une a eso que cada vez que quiero levantarme cuando estoy tumbado tengo que pedir ayuda; tengo el pecho como oprimido, y todos los ligamentos, músculos y tendones me duelen. Anteayer salí por vez primera un rato al aire libre, y para dar un solo paso tenía que arrastrar las piernas como un inválido; al cabo de un cuarto de hora estaba muerto de cansancio.» En los primeros días, cuando el dolor era más intenso, Nietzsche

tomaba «todas las noches opio»; a comienzos de abril todavía le fatigaba tanto escribir una carta, que tenía que volver a la cama en seguida. Seguía teniendo, de modo continuado, dolores, en ocasiones acompañados de convulsiones, y la herida seguía supurando. Que el 1 de abril le nombraran cabo no es cosa que, a decir verdad, le alegrara demasiado: «Maldita sea, mejor me hubieran declarado desde un principio exento.» *

Su estado general mejoró, desde luego, pero la herida supurante no acababa de cerrarse, ya que a lo que parecía, además del desgarramiento del músculo se había visto afectado también el esternón. «La supuración ha comenzado ya», escribía el 26 de mayo a Ritschl, «a infiltrarse también en el hueso, hasta el punto de que el otro día vi, para mi asombro, asomar un trozo de mi osamenta, un huesecillo. Así, pues, de momento me dedico a regar intensamente el hueco interior de la supuración con manzanilla y una solución de nitrato de plata. Me baño además tres veces por semana con agua caliente.» ¡Y esto todavía dos meses y medio después del accidente!

El 6 de junio temía (según comunicaba a Rohde) «que el golpe más duro tal vez esté aún por venir. La supuración continúa, el esternón se ha visto atacado, y hoy el médico me ha llegado incluso a anunciar una operación en fecha muy próxima. Se trataría de extraer todo un trozo de hueso; para ello sería preciso abrir cortando las partes blandas y acto seguido incidir en el hueso atacado; o sea "reducir" el esternón, como decía el médico, *scilicet* "serrarlo". Sólo que cuando uno está bajo el cuchillo o la sierra del operador, la cosa esa que llamamos vida cuelga como de un hilo muy frágil». Pero de momento no ocurrió nada más, hasta que el 22 de junio comunicaba su decisión a Deussen: «Del canal supurante no paran de salir huesecillos, lo que indica lo dañado que está el esternón. El próximo jueves consultaré en Halle al famoso operador Volkmann; esperemos que me dé una respuesta satisfactoria.»

El 25 de junio se presentaba, en efecto, en Halle, en la consulta de Volkmann, el famoso cirujano, autor, bajo el pseudónimo Laender, de unas *Charlas ante chimeneas francesas* que todavía tienen hoy lectores. Volkmann le recomendó unos baños en el balneario de aguas salinas de Wittekind.

Antes de trasladarse a Wittekind visitó, entre el 25 y el 29 de junio a sus viejos amigos en Leipzig, fue tres tardes al teatro, asistió por tres veces a los cursos de Ritschl, que le invitó a almorzar el domingo, y pasó una noche en la habitación de Roscher, de donde le hicieron huir las chinches; se instaló, pues, en un hotel, donde pasó las dos noches siguientes, para hospedarse las dos últimas en casa del «maravilloso y estrafalario» Romundt, que quería conquistar por entonces la escena de

* Nietzsche se sirve de los términos *Gefreiter* (cabo) y *Befreiter* (exento) jugando con ellos de un modo imposible de reproducir en castellano. *(N. del T.)*

Leipzig con la tragedia *Mariana y Herodes*, que no debió gustar nada a Nietzsche, a juzgar por sus palabras a Rohde en carta del 6 de agosto: «La llama poética de nuestro amigo no alcanza a matar bueyes, pero sí a llevar al sueño a cualquiera. Le he pedido, por tanto, que renuncie a sus peligrosos fuegos de artificio. Va a volver, pues, a ser ante todo filólogo.»

En un primer momento Volkmann pensó que la cura en el balneario de Wittekind no iba a poder ahorrar a Nietzsche una operación. Pero su fuerte constitución acabó por imponerse y la supuración cesó. Una serie de pinceladas diarias con yodo en la clínica de Volkmann en Halle, que eran muy dolorosas, hicieron el resto. Del 19 al 23 de julio pudo participar Nietzsche nuevamente de manera satisfactoria en la Asamblea de artistas tonales celebrada en Altenburg, y cuando a su regreso vía Leipzig se presentó de nuevo a Volkmann en Halle, éste le dio de alta. Tras cinco meses de enfermedad regresó a Naumburg el 2 de agosto.

Según parece se tomó su estancia en Wittekind con buen humor y los días que pasó allí transcurrieron armoniosamente. Ya al tercer día, el 2 de julio, escribía a su «maternal amiga» la señora Sophie Ritschl —la esposa de su maestro—: «Anteayer a mediodía llegué a este lugar un tanto petulante que es el balneario de Wittekind; llovía intensamente y las banderas que habían sido desplegadas con ocasión de la fiesta de la fuente colgaban sucias y flojas. Mi casero, un timador declarado con gafas azules de esas que no transparentan nada, salió a recibirme y me acompañó a la habitación que había alquilado con seis días de antelación. Un cuarto con un sofá totalmente mohoso y más triste que un calabozo. En seguida me enteré de que para dos casas llenas de huéspedes, esto es, para unas veinte a cuarenta personas, este casero sólo tenía a tiempo completo *una* muchacha de servicio. Al cabo de una hora recibí ya la primera visita, pero tan desagradable que sólo pude quitármela de encima recurriendo a una enérgica cortesía. La atmósfera con la que me encontré era, en fin, en rasgos generales fría, lluviosa y deprimente.

Ayer inspeccioné un poco la naturaleza y la humanidad del lugar. En la mesa tuve la suerte de sentarme al lado de un señor sordomudo y de algunas figuras femeninas maravillosamente formadas. El lugar no parece malo; pero de tanta lluvia y humedad no hay quien dé un paso ni vea nada con gusto.» Y a Rohde le escribía el 6 de agosto esbozando retrospectivamente este episodio de su vida: «he vuelto a componer; influencias femeninas». Y: «cura en el balneario de Wittekind y *cour*».

El 8 de agosto comunicaba a Gersdorff: «Va de suyo que no puedo proseguir ahora mi servicio militar; en principio voy a ser declarado "inútil temporal"; la verdad es que puesto que me ha sido imposible pasar a oficial de reserva, lo que quiero es desaparecer poco a poco de las listas de los sujetos al servicio militar obligatorio.»

Cuando a comienzos de octubre su capitán hizo constar en su certificado su cualificación para teniente de reserva en el caso de que aún sirviera un mes más y se apropiara de los conocimientos necesarios para maniobrar con tiros y troncos de caballos, le pareció haber conseguido algo muy favorable de cara a la guerra que de modo inevitable veía aproximarse. Pero lo dejó estar. Por otra parte, en el ínterin le llegó la oferta académica de Basilea. En cualquier caso, cuando el 15 de octubre, día de su cumpleaños, pudo «respirar en libertad» de modo ya definitivo, «sin la coerción del uniforme», se sintió muy feliz. (A Dietrich Volkmann en Pforta, el 14 de octubre de 1868.) Al día siguiente partió ya, sin más dilación, para Leipzig.

Hemos reconstruido con toda la riqueza de detalles que nos ha sido posible, y recurriendo siempre a sus propias palabras, esta enfermedad de Nietzsche, una enfermedad que llenó cinco meses de su vida, por considerar que estas manifestaciones pueden procurar al lector una imagen del modo como Nietzsche aceptaba sus enfermedades y reaccionaba frente a ellas. Se trata, ciertamente, de una enfermedad en cuyo origen hay un puro azar; pero asumir el azar, o el aparente azar, como destino y hacerlo fructificar en su ser y a su ser en él, es cosa que correspondió siempre al estilo vital de Nietzsche. En este caso —y luego mucho más— desarrolló una relación especial con la enfermedad. Por mucho que ésta pareciera obstaculizarle e incluso paralizarle temporalmente, supo sacar de ella, para su pensamiento y su sentimiento vital, esa miel delicada que el sano jamás consigue degustar. Buena parte de su extraordinaria clarividencia psicológica hunde aquí sus raíces. Psicólogos toscos han llegado incluso a hablar, a propósito de Nietzsche, de una «huida a la enfermedad» cada vez que quería evadirse de unas circunstancias insoportables. Llama, en cualquier caso, la atención que en todos los puntos de inflexión decisiva de su vida y de su pensamiento irrumpa la enfermedad; en ocasiones también, desde luego, rescatándole de situaciones de las que por su escasa capacidad para la acción sólo muy difícilmente hubiera podido liberarse. Pero si se interpreta esto como huida inconsciente a la enfermedad, se pasa por alto que la enfermedad fue su asidua compañera, parte incluso de su propia vida, con toda seguridad desde 1870 y muy probablemente desde su más temprana juventud. Nietzsche comprendió muy pronto *que* lo era e hizo de la misma algo fructífero para sí, sin huir por eso de ella ni en ella complacerse. La utilizó para aumentar la tensión de su espíritu y elevar su sentimiento vital, sin por ello dejar, por otra parte, de seguir siendo más señor sobre ella de lo que la mayoría de los sanos acostumbran a serlo sobre su salud. Supo comprender siempre la voz de la enfermedad, que no deja de ser asimismo una voz de la reflexión y una llamada a una salud superior, mejor que aquellos para quienes sólo significa perturbación y peligro. Supo tensar así su propio ser en esa interacción secreta entre enfermedad y destino que en tan gran medida caracteriza su vida y sin la que su hazaña espiritual no hubiera alcanzado toda su altura y profundidad. Aunque venía de una orilla muy distinta y atravesaba el mar del

conocimiento rumbo a muy diferentes metas, su bote llevaba también grabado el lema del maestro Eckehart: «El animal que con velocidad mayor os lleva a la perfección es el sufrimiento.»

Sólo una mirada de muy corto radio podría vislumbrar en el accidente que sufrió cuando cabalgaba en marzo de 1868 y a consecuencia del que estuvo durante varios meses enfermo una huida de Nietzsche a la enfermedad para evadirse del servicio militar: en muchas ocasiones el servicio le resultaba, ciertamente, pesado, pero en modo alguno insoportable. Se sometió a los esfuerzos corporales, y sobre todo a la práctica de la equitación, incluso con cierta complacencia, y le interesó más y puso más amor propio en acceder a oficial de la reserva de lo que pudo llegar a interesarle y del amor propio que pudo en su día poner en su vida estudiantil corporativa en Bonn, pongamos por caso. Ni el valor físico ni la resistencia corporal le faltaron en absoluto. El viraje que se consumó en él al hilo mismo de su enfermedad hundió sus raíces más bien en lo que veía como su problema central: su relación con la filología y la filosofía y la cuestión de su futura profesión.

Su productividad filosófica había descansado —si se prescinde de su estudio intensivo de Schopenhauer y de Lange— durante casi cuatro años. Aunque no sin dudas ni inquietud filosófica, lo cierto es que durante este periodo se había dedicado casi exclusivamente a tejer en los telares de la filología estricta. Y la adormecida vena filosófica exigía ahora de nuevo sus derechos. A propósito de sus notas y de los estudios sobre Demócrito de su periodo militar anterior a la enfermedad vimos cómo, en realidad, había ido avanzando ya en el sentido de allegar a la filología objetivos político-culturales y filosóficos de orden superior.

Estaba ahora seguro de dominar la filología tal como ésta era cultivada en su época y de haberse impuesto en ella más de lo normal en un estudiante. Era colaborador del *Rheinisches Museum*, una de las revistas especializadas más importantes del mundo académico alemán, y en la primavera de 1868 Friedrich Zarncke le invitó a colaborar en otra, el *Literarisches Centralblatt*. He aquí la respuesta que enviaba Nietzsche el 15 de abril a su carta, «tan amablemente seductora»: «El ámbito en el que creo haberme hecho con una especialización apreciable es el de la investigación de fuentes y la metodología de la historia de la literatura griega. Entre los nombres de los que me siento más próximo debería citar, además del de Hesiodo, los de Platón, Teognis, junto con todos los elegíacos, Demócrito, Epicuro, Diógenes Laercio, Estobeo, Suidas y Ateneo.» A la vez le envió un comentario del libro de Schönmann sobre la *Teogonía* hesiódica, que apareció ya el 25 de abril en la revista, y al que siguieron otros siete comentarios a lo largo del año 1868-69. Podía, pues, considerar como definitivamente acabado su periodo de formación propiamente dicho. Lo que ahora pasaba a primer plano era la necesidad de recoger la cosecha.

Nada más iniciado abril de 1868 Nietzsche comunicó a Rohde su proyecto de ir a París al año siguiente. Rohde se sintió entusiasmado con la idea de unirse a Nietzsche y hacer el viaje, a ser posible, ya a comienzos del próximo invierno. Pero para Nietzsche era demasiado pronto. El 3 de abril le escribía a Rohde que por firme que fuera su plan, no podía realizarlo antes del verano del año próximo; tenía que acabar aún varios trabajos, y, sobre todo, su tesis doctoral. El 16 de febrero de 1868 se había referido ya, en carta a Gersdorff, al posible tema de la misma: una investigación sobre la contemporaneidad de Homero y Hesiodo. Pero volvió a entregarse a estudios de tipo filosófico, sobre todo al *Kant* de Kuno Fischer[85] y al ya citado libro de Lange. Entre finales de abril y comienzos de mayo de 1868 escribía a Deussen bajo la influencia de estas lecturas, que habían nutrido extraordinariamente sus instintos antimetafísicos: «Quien... tenga a la vista el curso de las investigaciones pertinentes, sobre todo el de las de tipo fisiológico de Kant, no podrá alentar duda alguna acerca de lo segura e infaliblemente que vienen trazadas dichas fronteras, y ello de un modo tal que salvo los teólogos, algunos profesores de filosofía y el *vulgus* nadie se hace ya ilusiones al respecto. El reino de la metafísica, y con él la provincia de la verdad "absoluta", ha quedado irremediablemente del lado de la poesía y de la religión. Quien quiere saber algo se contenta hoy con una consciente relatividad del conocimiento, como, por ejemplo, todos los científicos de la naturaleza renombrados. Para algunos hombres la metafísica corresponde, pues, al ámbito de las necesidades espirituales, es de naturaleza esencialmente edificante; por otra parte es arte, el arte, concretamente, de la poesía conceptual. Debe quedar, en cualquier caso, bien sentado que la metafísica nada tiene que ver, ni como religión ni como arte, con eso a lo que se llama lo "verdadero en sí" o lo "que es en sí".

Cuando a finales de este año recibas, además, mi tesis doctoral, te encontrarás con no pocos pasos en los que este punto de los límites del conocimiento viene a quedar clarificado. Mi tema es *El concepto de lo orgánico desde Kant*, medio filosófico, medio científico-natural. Mis trabajos preparatorios están ya prácticamente acabados.»

En estas líneas epistolares y en el citado tema de su tesis encontramos ya el enfoque crítico-epistemológico y el crítico-científico. Otra parte de esta carta viene asimismo a iluminar aspectos de su relación con Deussen, una relación ya no exenta, en estos momentos, de tensiones: «Lo que más me ha gustado del escrito que me envías es el tono alegre, autosatisfecho, que contrasta muy favorablemente con el color sombrío de tus desahogos de Bonn y de Tübingen. Lo "senil" desaparece, por utilizar tu expresión —expresión bien característica— al respecto. Otros dirían que "lo adolescente desaparece". En fin, no vamos a reñir por ello.

En relación con este tono jovial me permito hacerte una propuesta. ¿Por qué no ponemos punto final a las maquinaciones filosóficas a que nuestras cartas han servido hasta ahora de escena? No hemos conseguido

ponernos de acuerdo. ¿Por qué tenemos que tocar siempre cuerdas llamadas a no coincidir?» Una y otra vez intentó Nietzsche mantener en pie las relaciones humanas por sí y en sí mismas, incluso cuando, o precisamente cuando, coincidían con puntos de vista opuestos en lo relativo a cuestiones fundamentales; intentó, en fin, mantenerlas al margen de las diferencias de opinión. Un intento en el que fracasaría de modo trágico a propósito de Richard Wagner, desde luego, aunque no a propósito, por ejemplo, de la comprensiva y bondadosa Malwida von Meysenburg.

Ya al cabo de pocos días se dio cuenta Nietzsche de que por mucho qua afectara a una de sus «materias centrales» este tema kantiano no era el más adecuado para su trabajo doctoral, «de no querer entrar en la cosa con más ligereza que una mosca», como escribía a Rohde el 3 o el 4 de mayo. Decidió, pues, ocuparse de «un problema filológico más limitado», por ejemplo, el de si los «papas», situados por los historiadores griegos de la literatura entre los poetas y filósofos, eran padres verdaderos o fingidos. Realizó toda clase de trabajos preparatorios, pero de su proyecto de tesis sobre este tema tampoco salió nada.

Al mismo tiempo comunicaba a Rohde en esta carta sus nuevas ideas —alentadas desde fuera— sobre los próximos pasos de su carrera en los siguientes términos reveladores: «Ritschl me comentó un día de pasada que siempre faltan profesores de filología. Que debe tener razón es cosa que prueban las rápidas promociones de Reifferscheid, por ejemplo, y hace muy poco de Riese en Heidelberg. Enfrentémonos, de todos modos, a este futuro académico sin hacernos demasiadas esperanzas. Considero, en cualquier caso, posible obtener y defender, siendo catedrático, un ocio suficiente para seguir investigando por cuenta propia; en segundo lugar, un círculo útil de influencia; y, por último, una situación suficientemente independiente tanto en lo político como en lo social. Esta última ventaja es, desde luego, mayor en nuestro caso que en el de cualquier otra carrera estatal, ya sea como jurista, ya como maestro de escuela.

¿Para qué necesitamos hacer, por lo demás, el así llamado y tristemente célebre examen de estado? Me chirrían los dientes de miedo ante semejante abuso de la memoria, de la capacidad productiva, del impulso evolutivo propio; tiemblo, en fin, ante la maquinaria de esta máxima gubernamental envejecida y niveladora. Sí, estoy convencido de que no puedo hacer este examen porque nunca querré hacerlo. Borremos, pues, también esta cosa del programa de nuestra música del futuro; no la necesitamos para nuestra carrera académica.—Bien, con ello quedan revisados todos los puntos a los que me ha llevado la carta de Windisch* (que te adjunto).»

Ernst Windisch, con quien Nietzsche se tuteaba desde los días de

* 1844-1918, importante especialista en indología y sánscrito, catedrático de la Universidad de Leipzig.

Leipzig sin que de su trato con él hubiera surgido una amistad tan profunda como la que le unía a Rohde, jugó en estos años de 1868 a 1869 un papel mucho mayor en la vida de Nietzsche de lo que hasta el momento se ha dicho. El fue quien sugirió a Zarnacke que invitara a colaborar en el *Literarisches Centralblatt* a Nietzsche, quien alentó, acto seguido, su decisión de convertirse en catedrático, y quien poco después le facilitó, asimismo, el conocimiento de Wagner. A su incitación o a su mediación se deben, pues, acontecimientos decisivos en la vida de Nietzsche, con quien en el plano humano no guardaba, ciertamente, otra relación que la de un científico joven con un prometedor compañero de estudios. Tampoco la visita que hizo al camarada enfermo en Naumburg el domingo de Pentecostés de 1868, en la que Windisch recomendó intensamente a Nietzsche que se habilitara, y además en Leipzig, vino a acercarles más, por mucho que Windisch le agradara sobremanera a Nietzsche por ser «una de esas naturalezas que se desarrollan plena y ampliamente, cuyas aspiraciones están absolutamente intactas y que producen, al ser contempladas, igual satisfacción que un árbol que crece con fuerza». (A Rohde, el 6 de junio de 1868.) El estilo sumamente activo de Windisch incitó y alentó, desde un punto de vista externo, por estas fechas, a Nietzsche mucho más de lo que pudo hacerlo la mistad con el propio Rohde.

El 2 de mayo de 1868 informaba Windisch a Nietzsche de su firme decisión de habilitarse en breve plazo en Leipzig. Le daba también toda clase de noticias sobre los planes de exámenes de otros camaradas de estudios[8]. El mismo día en que recibió esta carta Nietzsche escribió a Rohde que tenía que comentarle asuntos «de extrema importancia para nuestros planes de futuro», aunque Windisch nada sabía de ello. Pero para Nietzsche estaba claro que él y Rohde tenían que tomar la misma decisión. De ahí que escribiera a su amigo: «Te ruego, querido amigo mío, con la mayor sinceridad, que de una vez por todas y con la mayor resolución dirijas la mirada a una carrera académica en la que centrarte. Para ello *tienes*, pues, que tomar por fin una decisión firme. Todo autoexamen medroso está aquí fuera de lugar: y hemos de actuar así precisamente porque no podemos hacer otra cosa, porque no tenemos ante nosotros ningún otro camino vital más acorde con lo que somos, porque hemos excluido radicalmente de nuestro horizonte la posibilidad de otros puestos más útiles, porque no tenemos, en fin, otro medio de hacer rentables a nuestros semejantes nuestra constelación de fuerzas y puntos de vista que éste, el representado por el camino del que te hablo. Convendrás conmigo en que no podemos vivir exclusivamente para nosotros mismos.

Cuidemos, en la parte que pueda correspondernos, de que los jóvenes filólogos asuman una actitud suficientemente escéptica, libre de pedantería y sobrevaloración de su especialidad, propia, en fin, de cultivadores genuinos de los estudios humanísticos. *Soyons de nôtre siècle*, como dicen los franceses: un punto de vista que nadie olvida más fácilmente que el

filólogo futuro.» Tenían, pues, que preocuparse un poco por dar a conocer su nombre, por habilitarse pronto, pasados un año o año y medio, más o menos, en Berlín o en cualquier otro sitio, por trabajar como docentes privados y esperar la llamada, ya como catedráticos, de alguna Universidad, cosa para la que, según Ritschl, las perspectivas eran bien favorables. Nietzsche no veía, por supuesto, la necesidad de poner este plan en práctica en un futuro muy inmediato. De ahí sus siguientes palabras: «Nada deseo tanto en estos momentos como ver traducidas a realidad las hermosas imágenes de la vida parisiense.»

En esta carta a su amigo más íntimo viene ya presentida y expresada toda la problemática que caería sobre Nietzsche al asumir éste, mucho antes de lo que por estas fechas le era dado pensar, la carrera de docente universitario. La decisión nitzscheana de convertirse en catedrático ostentaba, desde un principio, todos los rasgos de un compromiso vital; de un compromiso ciertamente consciente, del que con necesidad inapelable se derivarían para un espíritu tan independiente como el suyo los más torturadores conflictos. Toda su argumentación a favor de esta profesión parte de la resignación: sabe que optó, con sus estudios, por un camino lleno de obstáculos y quiere sacar ahora el máximo partido de ello. Subterráneamente late en él la nostalgia por algo más libre, por algo mayor, pero, en definitiva, «no podemos vivir exclusivamente para nosotros mismos». Tiene que pensar también en su subsistencia material. El capital que en su día heredó no bastaba para garantizarle la independencia. Es más, de no haberle dejado su tía Rosalie —fallecida el 3 de enero de 1867— lo suficiente como para enfrentarse sin angustias económicas a la carrera de docente privado, hubiera tenido que hacer lo más rápidamente posible el odiado examen de estado, pasando acto seguido a convertirse —con igual obligatoriedad— en profesor de enseñanza media. Como catedrático de Universidad podía tener, al menos, una posición más independiente y respetada, así como el ocio suficiente como para entregarse a lo para él fundamental y más acorde con su propio ser.

Y esto no era ya la filología. En el momento en que eligió la filología como profesión vital, ésta ya no le satisfacía lo suficiente; de ahí su temprana decisión de educar a sus estudiantes en «una actitud suficientemente escéptica» y «libre de... sobrevaloración de su especialidad». Todos los instintos le llevaban a romper la cáscara filológica y ganar una mirada mucho más amplia sobre la esencia y el conocimiento de la época entera. De ahí que se aferrara a la idea de estudiar durante un año con Rohde en París, intentando ganar asimismo a Gersdorff, en carta del 8 de agosto de 1868, para «estudiar durante cierto tiempo en aquella Universidad de la existencia».

Por estas fechas estaba ya, por lo demás, firmemente decidido no sólo a dedicarse a la profesión de catedrático universitario, sino también a habilitarse en Leipzig; hacía proyectos para cursos universitarios, sobre

Las Coéforas de Esquilo, por ejemplo, o sobre la cuestión homérica, la investigación de fuentes de la historia de la literatura griega, Teognis, una introducción a Platón, o sobre el pesimismo en la Antigüedad. Según parece, ya entre la primavera y el otoño de 1868 le preocupó este tema, «importante para la historia de los filósofos y del drama», como escribió; una preocupación que le llevaría, sin duda, con fuerza creciente a las grandes concepciones de *El nacimiento de la tragedia*.

Su relación con la filología fue relajándose, pues, en estos momentos de enfermedad en proporción directa a la fuerza con que volvió a fluir en él su vena filosófica. Asumió, en fin, la profesión de docente de la filología como un destino ya inevitable, pero procuró enriquecerla filosóficamente de un modo tal que pudiera sacarle frutos propios. Para ello sintió asimismo la necesidad de una orientación más global sobre el ámbito entero de las concepciones filosóficas y procuró hacerse con ella por el camino de una lectura profunda y renovada de Lange y del *Kant* de Kuno Fischer.

Pero no menos necesario le resultaba clarificar su relación con Schopenhauer. Vino a percibir así con toda claridad que el momento liberador que Schopenhauer había supuesto para él no se cifraba en sus dogmas, sino en el carácter espiritual de Schopenhauer: en su veracidad, en su valor para pensar, en su amplitud fuera de lo común y en la fuerza artística de su estilo.

De ahí que escribiera, por estas fechas, a propósito de la obra fundamental de Schopenhauer[2]: «Un intento de explicar el mundo a partir de un factor hipotético. La cosa en sí recibe una de sus figuras posibles. Intento fracasado.» Schopenhauer venía a «poner en lugar de la X (cosa en sí) kantiana, la voluntad, generada sólo con la ayuda de una intuición poética». Y le allegaba «predicados demasiado determinados para una cosa simplemente impensable». El mundo no resulta tan fácilmente sometible al sistema. «Schopenhauer quería encontrar la X de una ecuación: y de un cálculo lo que resulta es que es igual a X, o sea, que no ha encontrado nada.»

Pero semejante rechazo del dogma fundamental de Schopenhauer nada dice contra el filósofo: «Nada más lejos de nosotros que atacar con esta crítica al propio Schopenhauer.» A pesar de ello, y precisamente por ello, sigue siendo el gran hombre que siempre fue, porque «los errores de los grandes hombres son dignos de ser venerados, porque son más fructíferos que las verdades de los pequeños». Lo que Nietzsche veneraba en Schopenhauer, y era, a sus ojos, lo que de forma esencial definía a un filósofo, es cosa a la que se refería, conclusivamente, en una nota a la tercera *Consideración intempestiva*[1]: «Primero creemos a un filósofo. Acto seguido decimos: puede que no tenga razón en la manera como dice sus proposiciones, pero éstas son verdaderas. Al final, sin embargo, es indiferente lo que estas proposiciones dicen; la *naturaleza* del hombre vale más para nosotros que cien sistemas. Como docente puede faltarle la razón cien veces, pero su esencia está bien, y a ello queremos atenernos. En un filósofo hay algo

que jamás podemos encontrar en una filosofía: la raíz de muchas filosofías, el gran hombre.»

Y Nietzsche veía en Schopenhauer la expresión más fuerte de su tiempo[2]: «Esta es la época de Schopenhauer; un pesimismo sano que tiene como trasfondo el ideal, una seriedad fuertemente viril, un rechazo de lo vacío, insustancial, y una inclinación a lo sano y sencillo. Frente a Kant es ingenuo y clásico... Tiene verdaderamente un estilo, cosa de la que la mayoría de los filósofos carecen... Schopenhauer es el filósofo de un clasicismo redivivo, de un helenismo germánico. Schopenhauer es el filósofo de una Alemania regenerada... Es el filósofo más veraz... para Schopenhauer la filosofía es un impulso arrebatado.»

Son frases que Nietzsche escribió en su última época de estudiante sobre Schopenhauer. Más tarde expresó su gratitud a su gran predecesor en el escrito *Schopenhauer como educador* (tercera «intempestiva»); un escrito que fue durante toda su vida uno de sus preferidos, incluso cuando reconoció que había hablado en él más de sí mismo que de Schopenhauer, ¡o tal vez por eso! También las tempranas frases antes transcritas dicen mucho más sobre Nietzsche que sobre Schopenhauer. El ideal de un helenismo germánico le resulta, en realidad, mucho más aplicable a él mismo: no a otra cosa que a una lucha a favor suyo dedicaría los años siguientes. Su propio destino se expresa, lleno de presentimiento, en las frases en las que se define al gran hombre como raíz profunda de la filosofía. Y mil veces más que a Schopenhauer le resulta aplicable la caracterización de la filosofía como un impulso arrebatado, un arrebatado impulso hacia una veracidad que siguió golpeándole con fuerza incluso mucho más allá, mucho, del punto en el que Schopenhauer optó por echar el ancla.

Nietzsche hizo desde un principio una lectura de Schopenhauer centrada en lo que le era más afín. De ahí la validez que para su relación con Schopenhauer tiene la frase que por estas fechas acuñó a propósito de Kant: «A Kant le resulta singularmente difícil expresarse en filosofemas ajenos, cosa muy característica de todo pensador original.»

Cuando regresó el 16 de octubre de 1868 totalmente curado a Leipzig, Nietzsche no se consideraba ya a sí mismo como un estudiante. El 8 de octubre había escrito a Rohde: «Un anuncio en el diario solicita un apartamento "distinguido" para un erudito soltero. Nuestros buenos conocidos locales han subido ya todos los escalones de la fama. Yo, pobre *homo literatus*, tengo que pensar también en conquistarme lo antes posible un grado académico. De lo contrario me tomarán como un *pecus** de los "literatos". Pienso, por otra parte, convertirme en una persona más sociable: he concentrado toda mi atención sobre una dama de la que me cuentan toda clase de cosas maravillosas. Me refiero a la esposa del profesor Brockhaus, hermana de Richard Wagner: el amigo Windisch (que me ha visitado) tiene una opinión magnífica sobre sus capacidades... Los Ritschl casi no frecuentan más que a la familia Brockhaus.»

* Carnero.

Le atraía, pues, el medio de Wagner en Leipzig. En octubre de 1866 todavía no había encontrado e interpretado la partitura para piano de la *Valkiria* con «sentimientos muy encontrados»: «Las grandes bellezas y hallazgos van a la par de las grandes fealdades y deficiencias. Según Riese y Buchbinder + a + (— a) dan o» (el 11 de octubre de 1866 a Gersdorff). Entretanto, y no en último lugar bajo la influencia de la lectura de Schopenhauer, vino a establecer una relación personal y espiritual con Wagner, a propósito de la que establecía las siguientes precisiones el 8 de octubre de 1868 en una carta a Rohde: «Recientemente leí también (y *primum*) los ensayos de Jahn sobre música, también el dedicado a Wagner. Hace falta algo de entusiasmo para hacer justicia a un hombre así y Jahn sólo siente una repugnancia instintiva por él y no le escucha sino con los oídos medio tapados. Le doy, de todos modos, la razón en bastantes puntos, sobre todo cuando define a Wagner como el representante de un diletantismo que absorbe y digiere todos los intereses artísticos. Y precisamente desde este punto de vista no puede uno asombrarse lo bastante de lo importantes que son todas y cada una de las disposiciones artísticas de este hombre, aisladamente consideradas, de la inagotable energía que en él se da cita con los talentos artísticos más polifacéticos, en tanto que la "cultura" por muy multicolor y universal que sea, irrumpe ordinariamente con mirada apagada, piernas débiles y riñones sin nervio.

Wagner tiene, por otra parte, una esfera de sentimientos para la que Otto Jahn está totalmente ciego. Jahn no pasa de ser un héroe convencional, un hombre sano para quien la leyenda de Tannhäuser y la atmósfera de Lohengrin son un mundo cerrado. Me gusta en Wagner lo que me gusta en Schopenhauer: el aire ético, el aroma fáustico, la cruz, la muerte y el túmulo, etc.»

Respecto del artista Wagner y, especialmente, en lo tocante a su «obra de arte del futuro», Nietzsche aún mantenía, pues, una actitud muy crítica, pero admiraba su energía y vitalidad y le atraía poderosamente la atmósfera sentimental de obras como *Tristán*, *Lohengrin* y *Tannhäuser*, y de ella —y no en último lugar— elementos de los que a nivel intelectual estaba ya lejos, como la cruz, la muerte y el túmulo, elementos que aún podían encontrar una respuesta en su corazón de músico deseoso de salvación.

Siguiendo el consejo de Windisch se instaló en Leipzig en la casa del profesor Biedermann, en la calle de Lessing. Como contrató con la familia Biedermann tanto habitación como manutención, se vio libre de la sombría existencia de las buhardillas para estudiantes y la comida de figón. Biedermann, que en otro tiempo fue miembro del Parlamento, era a la sazón redactor jefe de la *Deutsche Allgemeine Zeitung* y tenía toda clase de intereses políticos y artísticos. Su casa era frecuentada por la mayoría

de los artistas de la ciudad. Ahí volvió Nietzsche a encontrarse con la idolatrada Susanne Klemm, la *γλαυκίδιον*, la pequeña lechuza, y trabó conocimiento con Heinrich Laube, que trabajaba por aquellas fechas como director teatral en Leipzig. De todos modos, su pieza *El conde de Essex*, a cuya representación asistió Nietzsche con Romundt el 5 de noviembre, le desagradó profundamente. En ocasiones podía ir a conciertos y conferencias en calidad de representante, esto es, redactor de la *Deutsche Allgemeine Zeitung;* es más, la crítica de ópera estaba a su cargo. Tal era la consideración que sus conocimientos musicales merecían en los círculos académicos.

En esta situación, y con ocasión de un concierto celebrado el 27 de octubre en el *Euterpe*, fue por fin conquistado, de modo pleno, por la música de Wagner. Pudo oír aquí el prólogo al *Tristán* y la *Obertura* de los *Maestros cantores*. «Frente a esta música», escribía ese mismo día a Rohde, «me resulta de todo punto imposible adoptar una posición distanciadamente crítica; toda fibra, todo nervio se estremece en mí y hace mucho tiempo que no tenía un sentimiento de éxtasis como el que se apoderó de mí al escuchar esta última obertura.» Los *Maestros cantores* le darían asimismo la ocasión de conocer personalmente a Wagner.

El 6 de noviembre pronunció Nietzsche en su Asociación Filológica la conferencia de apertura del semestre de invierno de 1868 a 1869 sobre las sátiras de Varrón y el cínico Menipo. Habló sin otra ayuda que la de un pequeño guión, dejando, pues, libre su discurso y encargó previamente a Romundt que siguiera «con todo cuidado el acto» con vistas a informarle sobre «la calidad del lado teatral, o sea, de la conferencia como tal, de la voz, el estilo y la disposición del todo, así como sobre su efecto sobre el auditorio». Y «ya ves, todo salió *καλὰ λίαν**. Esta carrera académica va a marchar», escribía a Rohde el 9 de noviembre.

Al regresar a casa después de la conferencia se encontró con una nota de Windisch: «Si quieres conocer a Richard Wagner, ven a las tres y cuarto al *Café théâtre*.» Wagner estaba —totalmente de incógnito— de visita en casa de su hermana Ottilie, casada con el orientalista Hermann Brockhaus, con quien Windisch preparaba su habilitación. La señora Ritschl, antigua protectora de Nietzsche, tenía gran amistad con la señora Brockhaus. Cuando Wagner interpretó para las dos la canción del maestro de los *Maestros cantores*, la señora Ritschl le dijo que ya la conocía, gracias a un joven filólogo discípulo de su marido, Friedrich Nietzsche, muy dotado musicalmente. Wagner manifestó entonces su deseo de conocer a este joven. De ahí la nota de Windisch y el primer encuentro, después de algunas idas y venidas, entre Nietzsche y Wagner en casa del profesor Brockhaus la noche del 8 de noviembre de 1868. El propio Nietzsche

* Muy bien.

informaba sobre él a Rohde, al día siguiente, presa todavía de la excitación que había producido en él:

«Pensando que mis anfitriones habían organizado una velada al más alto nivel, decidí vestirme del modo más elegante posible. Por fortuna, mi sastre me había prometido tener acabado precisamente para el domingo un traje de etiqueta. El día salió lluvioso y friolento; llegó incluso a nevar. No daban, pues, las menores ganas de salir. De ahí que me alegrara tanto la visita del pequeño Roscher, que vino a primera hora de la tarde y me habló algo de los eleatas, del problema de Dios en la filosofía... Comenzaba a hacerse oscuro y el sastre no aparecía. Roscher se fue y salí con él para dar personalmente con el sastre. Me encontré con sus esclavos afanosamente ocupados con mi traje: me prometieron enviármelo en tres cuartos de hora. Me di por satisfecho, pasé por el *Kintschy*, leí el *Kladderadatsch*, encontrándome en él, no sin satisfacción, con la noticia de que Wagner estaba en Suiza, aunque en Munich se construía a la sazón una hermosa casa para él. Yo sabía, sin embargo, que aquella tarde le vería y que ayer recibió una carta del pequeño rey (Luis II de Baviera) con la siguiente dirección: "Al gran compositor alemán Richard Wagner".

Al llegar a casa no vi sastre alguno, ciertamente. Aún me dio tiempo para leer la disertación sobre la Eudocia, con ruidos penetrantes que me llegaban de vez en cuando de lo lejos y me intranquilizaban. Por fin tuve la seguridad de que había alguien delante de la venerable y familiar puerta de hierro de fuera, esperando. Estaba cerrada, igual que la de la casa. Grité a través del jardín al hombre aquél que diera la vuelta y entrara por detrás; imposible hacerse oír con el estruendo de la lluvia. La casa se puso en movimiento, por fin alguien abrió la puerta y vi ante mí a un anciano con un paquete. Eran las seis y media, hora, pues, de vestirme y acicalarme, dado lo apartado que vivo. El hombre traía, efectivamente, mis cosas; me las probé por encima y me iban bien. De pronto, un movimiento sospechoso. Presenta la cuenta. La acepto cortésmente. Quiere que se le pague a la entrega misma de las cosas. Lleno de asombro le hago saber que nada tengo que tratar con él, que es un mero empleado de mi sastre; que ya me arreglaré con este último, que es a quien di el encargo. El hombre se vuelve cada vez más apremiante, el tiempo apremia también; cojo las cosas y comienzo a ponérmelas, el hombre coge las cosas y me impide ponérmelas. Forcejeo, forcejea. Toda una escena. Lucho en camisa, porque quiero ponerme mis pantalones nuevos.

Al final, ostentación de dignidad, amenaza solemne; imprecación de mi sastre y de su auxiliar, juramento de venganza. Y al hilo de todo ello, el hombrecillo se va con mis cosas. Fin del segundo acto: me dejo caer en camisa sobre el sofá, perdido en mis meditaciones, y contemplo una chaqueta negra. ¿Será bastante para Richard?

Fuera cae la lluvia.

Son las siete y cuarto. Mi cita con Windisch es a las siete y media, en

el café del teatro. Me hundo en la lóbrega noche, también un hombrecillo negro yo mismo, sin fraque, pero en un estado de ánimo de lo más novelesco: la suerte me es favorable, hasta la escena del sastre tiene algo de extraño y desusado. Llegamos al muy agradable salón de los Brockhaus: nadie en él, salvo los miembros más allegados de la familia, Richard y nosotros dos. Soy presentado a Richard y le expreso, con breves palabras, mi veneración; se informa con todo detalle acerca de mi grado de familiaridad con su música, censura agriamente todas las representaciones de sus óperas, con la excepción de la famosa de Munich, y se burla de los directores que gritan a su orquesta en tono afable: "¡Señores míos, ahora pasión!", "¡Mis queridos amigos, un poco más de pasión todavía!". A Wagner le gusta mucho imitar el dialecto de Leipzig.

Espero poder contarte pronto lo que esta velada nos ofreció; verdaderamente, placeres de una naturaleza tan picante, que ni siquiera hoy estoy en mi estado normal de ánimo; ya ves, no tengo nada mejor que hacer que hablar contigo, querido amigo mío, y anunciarte la "buena nueva". Antes y después de la mesa Wagner interpretó para nosotros todas las partes importantes de los *Maestros cantores*, imitando muy bien las diferentes voces y con la mayor desenvoltura. La verdad es que es un hombre fabulosamente vivo y ardiente, que habla muy de prisa, lleno de ingenio y que sabe alegrar mucho una reunión íntima del tipo de la que te estoy hablando. Entretanto mantuve con él una larga charla sobre Schopenhauer; ay, no sabes qué placer fue para mí oírle hablar de él con un calor tan indescriptible, de lo que le debe, de cómo le considera el único filósofo que ha comprendido la esencia de la música. Acto seguido me preguntó por la actitud actual de los catedráticos para con él; se rió mucho del Congreso de Filosofía de Praga y me habló de los "mozos de comedor filosóficos". Después nos leyó un trozo de su autobiografía —a cuya redacción está entregado ahora—, una escena sobremanera divertida de su vida de estudiante en Leipzig, en la que ni siquiera ahora puedo pensar sin estallar en carcajadas; además, escribe con gran ingenio y soltura. Al final, cuando los dos anunciamos nuestra intención de irnos, me apretó con gran calor la mano y me invitó muy amablemente a visitarle para cultivar juntos música y filosofía; también me encargó que familiarizara a su hermano y demás parientes con su música, cosa que le he prometido solemnemente.»

Wagner, el gran mago también en el trato personal con los hombres, conquistó inmediatamente al mucho más joven Nietzsche. Los hombres valiosos e inteligentes que Nietzsche había conocido hasta el momento eran eruditos y literatos. En Wagner encontró por vez primera un artista creador de gran estilo, que desveló todos los sueños y deseos que en él latían, amortiguados y secretos. Lo que en esta ocasión descubrió Nietzsche, vástago de una familia de pastores, no fue tanto la aureola de gloria que rodeaba a Wagner, cuanto el poder de una personalidad realmente

independiente, llena de vitalidad y que se le ofrecía en su libertad más plena: un hombre cuyo entusiasmo y cuya voluntad apasionada se habían impuesto a una época de pobre y escasa creatividad artística, un hombre cuya música y cuya naturaleza misma tenían que conmocionar hasta lo más profundo los nervios sensibles y los sentidos del joven filósofo que se había visto obligado a mantener en el letargo sus intensos instintos musicales a favor de la vigilia del espíritu. Y este hombre tenía el mismo Dios que él: Schopenhauer, e igual desprecio por los poderes dominantes en el reino del espíritu, los «mozos de comedor filosóficos». Junto al poder de su música tenía, además, un gran objetivo espiritual: la renovación de la cultura alemana, un objetivo que ardía asimismo en el alma de Nietzsche. ¡Y cómo supo el viejo cazador de hombres ganar un aliado para su causa en este joven lleno de entusiasmo! ¿Acaso no vino a encontrarse Nietzsche aquí con lo que había vivido en la lectura de Schopenhauer: el gran hombre? ¿Un nuevo guía?

La estrechez del ambiente en el que se movía le repugnaba. Pero su nuevo modelo le ayudó a sobrevolarlo.

Cuando Rohde se sintió herido por Ritschl, Nietzsche le escribió el 20 de noviembre: «Ahora que tengo que ver otra vez de cerca el hormigueante criadero de filólogos de nuestros días, ahora que he de contemplar a diario toda esa laboriosidad de topos, los buches llenos y la mirada ciega, la alegría por el gusano apresado y la indiferencia frente a los problemas urgentes de la vida..., veo cada vez más claro que nosotros dos, de permanecer fieles a nuestro genio, no tendremos otro remedio que aguantar, en el curso de nuestras vidas, los más diversos choques e intrigas. Cuando el filólogo y el hombre no coinciden enteramente, las citadas crías se asombran primero ante el milagro, luego se fastidian y al final arañan, ladran y muerden... Por mi parte no dejo de vivir, todo sea dicho, en la segura esperanza de recibir pronto un anticipo de lo que todavía me espera en esta atmósfera infernal. Pero, querido amigo mío, ¿qué tienen que ver con lo que tú y yo hacemos y rendimos los juicios que los demás puedan emitir sobre nuestras personalidades? Pensemos en Schopenhauer y Richard Wagner, en la inagotable energía con la que mantuvieron firme la fe en sí mismos frente al vocerío de todo el mundo "culto".»

Con pasión pasó a leer Nietzsche ahora asimismo los poemas de Wagner y sus escritos estéticos de los años 1849-51, sobre todo la recién aparecida segunda edición de *Opera y Drama*, que intensificó su creencia en una posible renovación de la cultura. Ardía en deseos de llegar a una opinión común con su amigo Rohde sobre todas estas cosas; le satisfacía, de todos modos, que ambos estuvieran dedicados por estas fechas, con independencia uno de otro, a los románticos. Románticos en los que Nietzsche encontraba un «aroma evocador y familiar» y que para Rohde constituirían un punto central de referencia durante toda su vida. Rohde comenzaba ya, de todos modos, a reconocer que «en las teorías de Schopen-

hauer resulta, en realidad, perceptible una cristalización pura, intacta de todo cuarzo clerical, de los esfuerzos de esta época nuestra de juventud». Rohde se entregó también en seguida a la lectura de *Opera y Drama*, y aún no había pasado de la mitad del libro cuando tenía ya la «más feliz imagen» de la «naturaleza artística plena, insobornablemente creadora» de Wagner, subrayando que la «idea de un arte capaz de representar en una imagen pura el mundo entero, la voluntad y el intelecto a un tiempo» era «una concepción de todo punto grandiosa y, además, en absoluto una simple quimera inalcanzable»[7].

Así pudo Nietzsche confiar pronto en que «nos entenderemos perfectamente acerca de un genio que se me apareció en un principio como un problema insoluble y con vistas a cuya comprensión he ido haciendo, año va, año viene, esfuerzos renovados. Este genio es Richard Wagner. Aquí tienes, pues, un segundo ejemplo de cómo hemos venido a levantar, sin preocuparnos lo más mínimo por la opinión dominante precisamente entre los cultos, nuestros propios ídolos. Y cuando se trata de una segunda vez, el paso se da con más seguridad y autoconfianza.

Wagner es, tal y como lo conozco ahora, a partir de su Música, de sus poemas, de su estética, y no en menor medida de aquel feliz encuentro con él, la más viva ilustración de lo que Schopenhauer llama un genio; la verdad es que la coincidencia de todos y cada uno de los rasgos particulares salta a la vista. Cómo quisiera, ay, cómo me gustaría contarte un día plácidamente, a la caída de la tarde, los muchos pequeños detalles que conozco de él, gracias, sobre todo, a su hermana. Quisiera que pudiéramos leer juntos sus poemas (que Romundt estima hasta el punto de considerar a Wagner como el primer poeta, con mucha diferencia, de su generación, y sobre los que también Schopenhauer opinó, como el propio Wagner me contó, muy favorablemente); podríamos seguir el curso audaz, incluso vertiginoso de su estética revolucionaria y constructiva; podríamos, en fin, dejarnos arrebatar por el ímpetu y riqueza de sentimientos de su música, por ese mar tonal schopenhaueriano cuyo oleaje más secreto percibo y hago mío de un modo tal que puedo decir que mi audición de la música wagneriana es una intuición jubilosa, incluso una experiencia por la que, con intensidad asombrosa, me encuentro a mí mismo» (9 de diciembre de 1868, a E. Rohde).

Un nuevo sentimiento vital se había apoderado de Nietzsche, llenándole de una rara especie de felicidad. El 20 de noviembre se sentía en la «mitad del camino» de su vida, ardiendo de deseos de «palpar» con su amigo Rohde «una tras otra todas las cosas y situaciones, hombres, estados, estudios, historias mundiales, iglesias, escuelas, etc., con nuestros tentáculos» y de sacudirse con él en París, en la escuela de la vida, el polvo de la filología de Leipzig. Precisamente cuando esta filología le hacía suyo y le determinaba.

Había percibido, en efecto, con toda claridad que la filología le cerraba

el acceso a los problemas decisivos de su tiempo, y en el momento en el que lo que le tentaba era, precisamente, quebrar esta esfera, ésta se cerraba de nuevo y ahora de manera prácticamente insuperable.

Ya el joven Nietzsche había percibido la peligrosa unilateralidad de su formación humanista. Su espíritu despierto y la receptividad de sus nervios para todas las corrientes de su época le hicieron reconocer con toda claridad la importancia de las ciencias naturales. Lo que ahora sentía era el deseo intenso de penetrar con todas sus fuerzas en este mundo nuevo. El 16 de enero de 1869 aún escribía a Rohde: «la semana pasada me entraron ganas de proponerte que nos pusiéramos a estudiar juntos química, largando la filología al sitio que le corresponde: el desván de los antepasados». Pero el 10 de enero de 1869 recibió una noticia que le conmocionó tanto que ese mismo día sólo pudo escribir al propio Rohde: «Me tiembla todo el cuerpo y ni siquiera puedo liberarme descargando mi corazón en ti. *Absit diabolus!*» Había tenido que prometer, en efecto, un silencio absoluto a Ritschl.

A comienzos de diciembre de 1868 había quedado libre en Basilea, a consecuencia de la partida del profesor Adolf Kiessling, que había aceptado un puesto docente en el *Johanneum* de Hamburgo, una cátedra de Lengua y Literatura griegas. Para poder proponer un sucesor adecuado, Kissling se dirigió a Ritschl, con quien había estudiado en Bonn, pidiéndole informes sobre Nietzsche, cuyos trabajos en el *Rheinisches Museum* le habían llamado la atención.

«Con ser tantas las fuerzas jóvenes que desde hace ya más de treinta y nueve años he visto desarrollarse ante mis ojos, debo decir que *nunca* he conocido un hombre joven, o lo que es igual, nunca he intentado alentar con todo mi empeño por el camino de mi *disciplinе* a ningún joven que haya madurado *tanto* con *tanta* juventud y *tanta* celeridad como este Nietzsche... Si es constante y Dios le concede una larga vida, profetizo que llegará a situarse en el primerísimo rango de la filología alemana. Tiene ahora veinticuatro años: fuerte, robusto, sano de cuerpo y de carácter, adecuado para infundir respeto a naturalezas similares. Posee además el don envidiable de la elocuencia, es capaz de exponer con toda claridad, sin guión ni apunte alguno, de una manera tan sosegada como desenvuelta. Es el ídolo y (sin proponérselo) el jefe de fila de todo el mundo de filólogos jóvenes de aquí de Leipzig, que (siendo bastante nutrido), no puede contar con la expectativa de oírle como docente.»[242].

Kiessling pasó este informe de Ritschl al Consejero Educativo de la ciudad de Basilea, el profesor doctor Wilhelm Vischer-Bilfinger, que se había dirigido a seis renombrados eruditos alemanes, entre los que figuraban Usener de Bonn y Friedrich Ritschl de Leipzig, con el ruego de que le facilitaran nombres de algunos filólogos jóvenes adecuados para el puesto vacante.

También Usener escribió el 19 de enero a Vischer: «Entre la genera-

ción más joven destaca Friedrich Nietzsche, cuyos trabajos en el *Rheinisches Museum*... asombran por su frescura juvenil y su mirada penetrante.»

Vischer, que conocía ya los trabajos publicados por Nietzsche en el *Rheinisches Museum*, comenzó así a inclinarse por su candidatura, pero se dirigió antes de tomar la decisión de nuevo a Ritschl, con varias preguntas. Este le escribió el mismo día en el que hizo a Nietzsche la primera notificación, a la que ya hemos hecho referencia, o sea el 10 de enero de 1869:

«Nietzsche no carece de fortuna (lo que a mi modo de ver es muy conveniente para Basilea), y tendría, en realidad, que hacer antes de las próximas Pascuas viajes científicos a París e Italia... Nietzsche no es una naturaleza específicamente política; simpatiza, hablando en términos generales y muy simplificatorios, con la creciente grandeza de Alemania, pero no tiene —como yo mismo— la menor debilidad por el prusianismo. Se inclina, por el contrario, vivamente a favor de una libre evolución cívica y espiritual.»[242]

Esta aseveración de Ritschl permite inferir que desde su «fanático prusianismo» del año 1866 Nietzsche había evolucionado políticamente hacia el nacional-liberalismo: la idea del *Reich* había ganado fuerza; la prusiana, en cambio, la había perdido. Por lo demás, seguía sin ser una «naturaleza específicamente política». De su ideal —de inspiración wagneriana— de renovación político-cultural de Alemania no debió hablar demasiado a Ritschl. Este continuaba: «¿Qué más puedo decirle? Sus estudios se han centrado básicamente, hasta el momento, en la historia de la literatura griega (con tratamiento crítico y exegético de los autores incluido, por supuesto), con una especial atención, según creo, a la historia de la filosofía griega. Pero no me cabe la menor duda de que si se ve prácticamente motivado a ello, será capaz, dadas sus dotes excepcionales, de introducirse con éxito en cualquier otro dominio. Hará todo lo que se proponga.

Si por una u otra vía habla usted personalmente con él, no se deje llevar, por favor, por la primera impresión. Tiene algo que hace pensar en Ulises; reflexiona mucho antes de comenzar a hablar, pero cuando lo hace, su palabra es poderosa, efectiva, convincente y capaz de ganarse al auditorio. Si no me equivoco, será muy efectivo también como profesor de Enseñanza Media.» La cátedra de Basilea llevaba unida, en efecto, la obligación de dar clase de griego en el último curso del Instituto Pedagógico de la ciudad.

Que Nietzsche no se había doctorado ni habilitado, pero que estaba en ello, es cosa de la que Ritschl ya había informado a Vischer. Además de la cálida recomendación de Ritschl, Vischer recibió también un entusiástico informe sobre Nietzsche de un joven de Basilea, Bovet, que estudiaba en Leipzig y que, además, había hecho una encuesta entre los demás estudiantes.

El 16 de enero la cosa estaba ya tan madura que Nietzsche podía comunicar a Rohde: «Tengo la probable, e incluso segura perspectiva de recibir en fecha muy próxima la oferta de una cátedra por parte de la Universidad de Basilea. Tengo, pues, que disponerme a ser profesor académico a partir de Pascuas.

Mi título será, en principio, el de catedrático extraordinario; mi sueldo, 3.000 francos; y el puesto que ocuparé me obligará a dar seis horas semanales en el curso superior del Instituto Pedagógico de Basilea. Una vez puesto en marcha todo este asunto, la verdad es que sería de lo más excéntrico volverse atrás.»

Como es comprensible, Nietzsche se sintió en un principio lleno de orgullo ante esta oferta, pero inmediatamente se mezcló este orgullo con su pesar por haber tenido que renunciar a su viaje a París y con el sentimiento de que su juventud había quedado atrás: «La vida me sofoca», escribía en esta misma carta a Rohde, «siento algo así como la aproximación del verano.»

Algo le consolaba, de todos modos. Ahora podía estar más cerca de Richard Wagner. «Ultimamente me ha enviado Richard Wagner, para mi gran satisfacción, un saludo epistolar. Lucerna ya no me resulta inalcanzable. A finales de mes iré a Dresden, para oír los *Maestros cantores*.»

La primera representación tuvo lugar el 21 de enero. Para Nietzsche fue «el primer placer profundo que me ha traído este invierno. Bien sabe Dios que debo tener mucho de músico en el cuerpo, porque todo el rato tenía la más intensa impresión de estar como en casa, de estar en el más familiar de los medios, y todas mis otras actividades vinieron a representárseme como una niebla lejana de la que al fin había podido redimirme. Ahora me siento otra vez en medio de ella» (A Rohde, el 28 de febrero de 1869).

El 1 de febrero Nietzsche manifestó, por carta, a Vischer su decisión de aceptar una eventual oferta de Basilea. Como curso propuso: «Sobre *Los trabajos y los días* de Hesiodo, *priv.* e investigación de fuentes de la historia de la literatura griega, *publ.*» El 13 de febrero anunciaba definitivamente: «Los fragmentos de los líricos griegos», cuatro horas, *priv.*, e «Investigación de fuentes de la historia de la literatura griega», dos horas, *publ.* De hecho dictó en su primer semestre, en el verano de 1869, un curso de tres horas sobre *Las Coéforas* de Esquilo, y otro, de otras tres horas, sobre los líricos griegos.

Pasó el día 2 de febrero en Naumburg, con ocasión del cumpleaños de su madre, pero no dijo nada sobre la cátedra de Basilea, dado que aún le faltaba la confirmación definitiva. La oferta había sido propuesta por Vischer el 28 de febrero a la curaduría de la Universidad, que la había transmitido al Consejo Educativo. Este se decidió el 29 de enero a favor de la misma, previo informe al Pequeño Consejo (el gobierno del cantón), que debía dar su visto bueno definitivo. El pequeño Consejo tomó nota

del informe y de la oferta el 6 de febrero, y se decidió por ella el 10 de febrero de 1869. Tuvo, pues, que serle hecha ya en firme a Nietzsche el 12 ó 13 de febrero, de modo que debió llegar a sus manos el 13 o el 14. El mismo día envió a su madre una nueva tarjeta de visita, para que la diera a conocer: «Friedrich Nietzsche, catedrático extraordinario de filología clásica (con un sueldo de 800 táleros) de la Universidad de Basilea.»[242]

La dicha de su madre y de sus parientes no tuvo límites. De hecho, la oferta de una cátedra a un hombre de veinticuatro años, que ni siquiera era aún doctor, y no digamos ya *Privatdozent*, era un caso absolutamente sensacional, del que no podían encontrarse demasiados precedentes en la historia reciente de la Universidad alemana.

Nietzsche, por su parte, no se dejó llevar por el entusiasmo general, como ya vimos, sino en una medida mucho más modesta. Junto a la distinción que se le hacía percibía también —y con claridad no menor— la atadura y el compromiso en que se veía inmerso, que daban al traste con sus planes de cultivo y formación personal, así como la gran carga de trabajo que el «demonio del destino» echaba sobre sus hombros: no sólo tenía que doctorarse a toda prisa, sino que tenía que ponerse a preparar ya sus cursos. Además de éstos, tenía ante sí las seis horas de clase en el Instituto Pedagógico y la dirección del Seminario Filológico de la Universidad de Basilea. De ahí que optara por moderar los desbordantes sentimientos de sus parientes, que le resultaban penosos: «La verdad es que el entusiasmo que respiran vuestras cartas me ha asustado un poco», escribía en la segunda mitad de febrero a su madre y hermana. «En definitiva, lo único que ocurre es que hay otro catedrático más en el mundo; todo lo demás sigue perfectamente igual. Temo que en Naumburg encuentren un tanto cómica vuestra alegría... ¿Cuál es la sustancia de este accidente tan celebrado? Sudor y fatiga.» Nada hay en el joven catedrático, en su rechazo de los exagerados himnos de loa y en su consciencia de los lados sombríos de la distinción de que había sido objeto, de falsa modestia. Es perfectamente consciente de su valía y de su capacidad de rendimiento, y no se sintió un solo momento inseguro ante la tarea que le aguardaba. En seguida cobró vida en él, por otra parte, cierta tendencia a asumir un tren de vida distinguido, acomodado, al que fue fiel durante bastante tiempo. De ahí que rogara a su madre y hermana que le buscaran un criado al que poder llevarse a Basilea: «No tiene que ser demasiado joven; debe ser limpio y honrado. Estaría bien que hubiera sido soldado. Detesto el dialecto popular de Naumburg. Una excesiva torpeza mental me resultaría insoportable. Puede seguir con su oficio manual, si no ensucia ni causa malos olores.» Es de suponer que su madre, a quien tales extravagancias no le gustaban nada, discutiría con él a propósito de este capricho en su primera visita a Naumburg. Lo que no pudo fue, desgraciadamente, impedir que rompiera de un modo violento con Deussen.

Lo que por estas fechas pasaba por el corazón de Nietzsche es cosa que queda perfectamente clara en una carta que comenzó a escribir a Rohde el 22 de febrero, fecha, precisamente, del cumpleaños de Schopenhauer. Rohde le había deseado suerte, del modo más amable y comprensivo, el 15 de febrero: «Permíteme», leemos en esta carta, «que en el *diesfesta* te ensalce un poco en tu propia cara, pero nadie puede estar más convencido que yo de que estarás a la altura de tu nuevo puesto de un modo tal, que será una verdadera suerte para la *universitas Basileensis*. ¿Acaso no sé por experiencia propia que tu proximidad trae dicha y fortuna? Sé bien que en Basilea, y donde quiera que vayas, no te limitarás a allegar a la juventud razón y destreza filológicas, sino que dejarás, por imperativos de tu propia naturaleza, un "aguijón en su alma". Porque el hombre es, ciertamente, mucho más valioso aún en ti que el filólogo... En este *trivium** de nuestras rutas vitales permíteme decirte una vez más que nadie en la vida me ha hecho el bien que tú me has hecho, y que esto es algo que percibo con todas las fibras de mi ser... Es posible que nuestros intereses difieran en múltiples aspectos, pero en lo que hay de mejor en nosotros, en nuestro ser genuino, estamos hoy tan unidos como lo estuvimos siempre.»

A ello contestó Nietzsche el 22 de febrero: «Hoy, día en que se conmemora el cumpleaños de Schopenhauer, no tengo a nadie con quien poder hablar tan confiadamente como contigo. La verdad es que aquí vivo en la nube cenicienta de la soledad, y esto tanto más cuanto que he sido recibido con los brazos abiertos en muchos sitios y noche tras noche tengo que plegarme a la triste coacción de las invitaciones. En estas reuniones sociales escucho toda clase de voces y apenas me encuentro a mí mismo; ¿cómo resistir tan zumbante algarabía? O quizá es que la cosa me molesta porque tengo los oídos de Caliope. Aunque si a algo recuerda esa algarabía es al mosquito, y sabes muy bien que el mosquito es el animal musical κατ' ἐξοχήν**, porque dos mosquitos juntos cantan siempre en el más breve de los segundos. No tengo aquí seres con quienes me sea dado armonizar, seres cuyos parlamentos discurran en uno u otro sentido como hermosas terceras al lado de los míos, e incluso el bueno de Romundt, que, como observo, alienta el amable deseo de convertirse para mí en algo más que un grato conocido, me resulta —y aún ignoro por qué— de todo punto ajeno. No tendré, pues, que esperar a estar en Basilea para aprender lo que es la soledad.»

El 28 de octubre continuaba dándole la noticia de que con ocasión del cumpleaños de Schopenhauer había recibido como recuerdo del vinatero Wieseke, que admiraba sobremanera al filósofo, una fotografía del autor de *El mundo como voluntad y representación*. Wieseke había orga-

* Encrucijada de tres caminos.
** Por excelencia.

nizado una fiesta en su finca de Plaue, en la comarca de Brandenburgo, para celebrar dicho cumpleaños. Gersdorff había asistido también y se había bebido a la salud de Nietzsche, que acababa de convertirse en un catedrático schopenhaueriano. «¿No recuerda esto a las primeras comunidades cristianas, con su embriaguez debida al vino dulce?» La imagen rectora de las comunidades cristianas primitivas aún tendría que brillar repetidas veces con luz propia en el mundo de representaciones de Nietzsche.

A continuación le daba otros informes: «También en el día de hoy se rendirá homenaje a un maestro. He sido invitado, en efecto, a una cena privada en el *Hotel de Pologne*, para conocer personalmente a Franz Liszt. En los últimos tiempos he destacado algo con mis puntos de vista sobre la música del futuro, etc., y estoy de lo más solicitado por sus seguidores. Desean, claro es, que intervenga literariamente en el sentido de sus intereses, pero por mi parte no tengo las menores ganas de ponerme ya a carear públicamente como una gallina; lo que ocurre es que mis queridos hermanos en Wagner son en su mayoría muy tontos y escriben asquerosamente. En realidad, no tienen el menor parentesco de base con ese genio e, incapaces para penetrar en lo profundo, se quedan en la superficie. De ahí el sarcasmo de que la Escuela se imagine que el progreso en la música radica precisamente en las cosas que la naturaleza supremamente singular de Wagner introduce aquí y allá, como trompas, etc. Ninguno de estos tipos está maduro para leer *Opera y Drama*.»

Se separó de los wagnerianos con la misma intensidad con que fue sensible a la magia de Wagner y se dejó ganar por el entusiasmo ante su obra. Se sentía vinculado a Wagner en un sentido profundo, y de cara a unos objetivos de orden superior; de ahí, precisamente, que no pudiera soportar —ni ahora ni años después— el sectarismo inane de sus seguidores.

Acto seguido habla de su nueva tarea. Teme, especialmente, una cosa: «sobre todo la soledad, la soledad ἄφιλος ἄλυρος*. De momento vivo de manera dispersa y a la búsqueda, incluso, del placer; vivo, en fin, un carnaval desesperado ante el gran Miércoles de Ceniza de la profesión, del filisteismo. ¡Qué cerca estoy de esto último! Pero ninguno de mis conocidos de acá se da cuenta de nada; se dejan cegar por el título de catedrático y creen que soy el hombre más feliz bajo el sol.

Querido amigo mío, cada vez me resulta más doloroso que no podamos vivir cerca. Ambos somos virtuosos de un instrumento que los demás no pueden ni quieren oír, pero que a nosotros dos nos causa el mayor placer; y ahora estamos cada uno en una costa solitaria, tú en el Norte**, yo en el Sur, y ambos somos desgraciados porque echamos en falta la armonía de nuestros instrumentos y estamos llenos de nostalgia de ella».

* Sin amigo y sin música.
** Rohde quería doctorarse y habilitarse en Kiel.

Nada era para el hombre Nietzsche tan importante en esta época como la amistad, y con Rohde la sentía enteramente.

En casa del profesor Biedermann había conocido una vida familiar armoniosa, pero era perfectamente consciente de sus limitaciones: «No hay comparación posible con la altura, con la singularidad de la amistad. El sentimiento en batín, lo máximamente cotidiano y trivial bañados por este sentimiento confortable que empapa progresivamente la vida: eso es la felicidad familiar, algo demasiado frecuente para poder ser valioso. ¡Muy otra cosa es la amistad! Hay gentes que lo ponen en duda. Es un plato exquisito al que muy pocos tienen acceso, sólo esos caminantes fatigados cuya ruta vital es una travesía del desierto; como un demonio amable los consuela cuando yacen en la arena y alivia sus labios resecos con su néctar divino, el néctar de la amistad. Estos pocos cantan, así, en los abismos y en las cavernas, donde ajenos al ruido del mundo sacrifican a sus dioses, hermosos himnos, y el viejo sumo sacerdote Schopenhauer agita la pila de agua consagrada de su filosofía» (10 de enero, a E. Rohde).

La amistad era para él lo más sagrado, pero la veía también como un empeño y un deber, y su amistad era exigente y estimuladora. No permitía ningún dejarse ir, ningún desdibujamiento de formas; y, sobre todo, rechazaba esos arrebatos de envidia vital a los que luego sometería a crítica implacable bajo el concepto de resentimiento.

Cuando Deussen, que por estas fechas luchaba, como profesor de Enseñanza Media, duramente para conseguir abrirse paso hacia una carrera de erudito, no pudo reprimir, con ocasión del paso a catedrático de Nietzsche, un sentimiento de envidia, de fracaso personal, Nietzsche rompió del modo más brusco todo trato con él. Ya hacía mucho tiempo que le fastidiaba el modo de razonar de Deussen, por considerarlo «infinitamente insignificante y trivial»; ahora tuvo que experimentar cómo «venían a emparejarse una vulgaridad tal de pensamiento, una carencia tan poco filosófica de seriedad vital, y el orgullo, ese ridículo orgullo de campesino que no quiere reconocer la superioridad de nadie». Renunció a toda discusión, no envió un esbozo en el que se hacían las anteriores observaciones, y a fines de febrero se limitó a escribir bruscamente sobre una tarjeta de visita: «Estimado amigo, si tu última carta no se debe a perturbaciones mentales repentinas, tengo que rogarte que des, con la presente, por acabadas nuestras relaciones. Friedrich Nietzsche.»

Cuando Deussen —que aunque nunca llegó a comprender a Nietzsche en su verdadera naturaleza, le quería, sin embargo— se disculpó aterrado, Nietzsche asumió otra vez, el 16 de abril de 1969, un día antes de su partida para Basilea, una actitud de transigencia, sin introducir ningún cambio, de todos modos, en sus posiciones de fondo. «No nos lo tomemos demasiado trágicamente, no hay ningún motivo para ello. Aunque sí parece aplicable en tu caso el dicho del viejo Eurípides: "La pluma escribe y el

corazón de Deussen ni se entera". Esta pequeña y desesperante pluma tiene, ciertamente, una inclinación a hacer frases, y además, la vanidad de querer contar más de aquel corazón de lo que sabe y puede responsabilizarse. Es, sin duda, una pluma de ganso; la verdad es que yo la recortaría mucho o la tiraría entera y procuraría acostumbrarme a otra...» Le sugería que le visitara en Basilea, dedicando un recuerdo a los hermosos y largos días de evolución común. «Nuestra relación puede durar mucho, por supuesto, pero para ello es preciso que no me asustes ni desconciertes demasiado a menudo con *impromptus* como este último.» Y concluía: «como antes y siempre, tu viejo camarada».

Que no se ofendiera y que entendiera la altivez que ahí venía a expresarse no en el vulgar sentido moderno, sino en el originario del término, esto es, como caracterización de una naturaleza que se autoestima y eleva, es cosa que honra a Deussen.

Entretanto, el tiempo apremiaba. Antes de comenzar sus cursos en Basilea Nietzsche quería tener ya dados algunos pasos en su proceso de adaptación; para ello decidió instalarse en su nueva residencia —en cuya búsqueda contó con los buenos oficios de Kiessling y de Vischer— ya a mediados de abril. Antes tenía que conseguir su doctorado en Leipzig, claro es. Y para ello pensó en sus nuevas investigaciones sobre Diógenes Laercio. Pero la Facultad de Leipzig le liberó de esta necesidad: declaró unánimemente que los trabajos publicados por Nietzsche en el *Rheinisches Museum* bastaban de todo punto a tal efecto. Y así obtuvo su diploma de doctor el 23 de marzo, sin examen ni discusión algunos.

Aparte de la preparación de sus cursos para Basilea sólo le quedaba ya un trabajo muy pesado que ultimar, un trabajo que había aceptado a instancias de Ritschl: la elaboración de un *Indice* de los veinticuatro volúmenes del *Rheinisches Museum* —a volumen por año— publicados hasta ese momento. Lo llevó a cabo contando con la ayuda de su hermana. Antes de tomar posesión de su cátedra de Basilea le quedaba, de todos modos, un problema de conciencia que aclarar: siendo funcionario de la ciudad de Basilea, ¿iba a seguir ostentando la nacionalidad prusiana? Es evidente que las autoridades suizas le exigieron claridad al respecto. Porque Nietzsche escribió el 7 de marzo de 1869 a Vischer: «He reflexionado largamente sobre otro de los puntos a los que hace usted referencia. Al final creo que voy a tener que renunciar a mi nacionalidad prusiana. Porque aun contando con la posibilidad de oponerme con éxito a toda llamada a filas en tiempos de paz, no estamos inmunizados contra la posibilidad fatal de una guerra, y en tal caso sería inevitablemente llamado como artillero de caballería. En tales circunstancias creo que mi deber frente a la Universidad de Basilea me dicta no hacer depender mi actividad en la misma de la guerra y de la paz.»

Solicitó, pues, de las autoridades prusianas su expatriación, y el 17 de abril de 1869 recibió un documento de la oficina de Merseburg en el que

se lee: «El abajo firmante Gobierno Real certifica mediante la presente que al catedrático de Filología doctor Friedrich Nietzsche de Naumburg en el Saale le ha sido concedida, a petición propia y con motivo de su emigración a Suiza, la separación de la comunidad de súbditos prusianos.» A partir de ese día Nietzsche dejó de ser jurídicamente prusiano, e incluso alemán, para pasar a ser un hombre sin estado o, como se decía en Suiza, un apátrida, dado que nunca estuvo inscrito ininterrumpidamente en Basilea el tiempo suficiente como para obtener la ciudadanía suiza. Nada más acorde, desde luego, con él. Y eso es lo que fue ya siempre, dado que cuando aöos después abandonó Basilea, no solicitó su repatriación, ni a partir del derrumbe, en 1889, hubiera podido tampoco hacerlo. Se convirtió en un europeo. Y así permaneció[112].

En los mismos días de marzo de 1869 aún volvió a escribir Nietzsche otro breve *curriculum vitae* para la Oficina de Empleo de Basilea, y algunas reflexiones paralelas sobre sí mismo, y para sí mismo, en las que intentaba obtener cierta claridad sobre su relación con la filología[4].

«Siempre me ha parecido digno de atención el problema de los caminos individuales por los que alguien viene a acceder hoy precisamente a la filología clásica; porque, como es bien sabido, algunas otras ciencias tienen, por su capacidad productiva y el esplendor de su desarrollo, mayor derecho a atraer a los jóvenes talentos, llenos de fuerza fresca y de aspiraciones, que nuestra filología, disciplina que por mucho que aún avance con paso firme, muestra ya los rasgos ajados de la edad. Prescindo de las naturalezas a las que sólo el interés de sobrevivir económicamente lleva a tomar este camino; tampoco tienen demasiado atractivo aquellas que son encaminadas hacia esa meta por sus educadores filológicos, sin que por su parte ofrezcan la menor resistencia. A muchos les impulsa un talento nato para el estudio; pero tampoco para éstos es la ciencia otra cosa que un instrumento eficaz, no el objetivo último, un objetivo serio y contemplado con ojos llenos de deseo, de su discurrir por la vida. Existe una pequeña comunidad de seres dotados de gusto artístico, a los que el mundo de las formas griegas procura una singular complacencia; otra, aún más pequeña, está constituida por quienes piensan que los pensadores de la Antigüedad no han sido repensados hasta el fin, ni hasta el fin pensaron ellos mismos. No tengo motivos válidos para allegarme de manera exclusiva a ninguna de estas clases, dado que el camino por el que he llegado a la filología dista a un tiempo tanto de la cordura práctica y el egoísmo mezquino como del entusiasmo de quienes llenos de amor sostienen en vanguardia la bandera de la Antigüedad. Decir esto último no es fácil, pero es honrado.

Es posible que no pertenezca en absoluto, por otra parte, a los filólogos específicos a los que la naturaleza dibuja con un buril de hierro sobre la frente: este es un filólogo, y que con la ingenuidad de un niño avanzan, sin vacilar jamás, por el camino que les ha sido prefijado. En tal o cual

ocasión le es dado a uno cruzarse con uno de estos semidioses filológicos. Y entonces puede observar cuán diferente es lo que crea el instinto y la fuerza de la naturaleza de lo que sólo es fruto de la formación, de la reflexión e incluso de la resignación.

No quiero en modo alguno sugerir que pertenezco enteramente a estos filólogos por resignación. Pero si repaso mentalmente cómo he pasado del arte a la filosofía, de la filosofía a la ciencia, y ya en el ámbito de ésta, a un dominio cada vez más restringido, no puedo menos de percibir en todo ello algo parecido a una renuncia.» Y en las siguientes líneas resuena algo así como el temor de haber silenciado algo decisivo: «Debería pensar que un hombre de veinticuatro años ha dejado ya tras de sí lo más importante de su vida, por mucho que después pueda sacar a la luz y producir lo que conferirá un valor a su vida. Porque de todos los acontecimientos que vive y de todas las experiencias que hace aproximadamente hasta ese momento, el alma joven absorbe y hace suyo, ciertamente, lo típico, y nunca saldrá ya ni se verá fuera del mundo de estos tipos. Cuando más tarde esta mirada idealizadora del ojo se apaga, estamos en el círculo encantado de ese mundo de tipos que asumimos como el legado de nuestra juventud.»

Así estaba Nietzsche, pues, frente a su profesión: extremadamente lúcido en lo tocante a las voces todas de su interioridad y dispuesto a asumir con habilidad y valentía las tareas que le aguardaban, dedicándoles más parte de sí de lo que éstas le exigían, perfectamente autoconsciente y como poseído por el sentimiento de estar madurando un destino singular.

Como «fuerte, robusto, sano, valiente de cuerpo y carácter», había definido Ritschl a Nietzsche. Tampoco su hermana duda en subrayar con énfasis lo radiante de su salud en estos años. Y de hecho, nada se conoce, hasta hoy, de enfermedades serias en estos últimos años de Leipzig, salvo la causada por el accidente del caballo. Pero la gran edición histórica de las obras de Nietzsche reproduce, en la página 205 del volumen quinto, un «apunte autobiográfico» del que los editores observan que «debió ser, sin duda, escrito en un estado de notable excitación». Dice literalmente: «Lo que me llena de espanto no es la terrible figura que hay detrás de mi silla, sino su voz; y tampoco las palabras, sino el tono inhumano y terriblemente inarticulado de esa figura. Ay, si por lo menos hablara como hablan los humanos.»[4]

¿Qué significa esta nota que los editores sitúan en la época que media entre el otoño de 1868 y la primavera de 1869?

En ninguna carta, en ninguna de las diferentes manifestaciones de otro tipo dejadas por Nietzsche a lo largo de este período, así como tampoco en ningún testimonio salido del círculo de personas con las que vino a tratarse, encontramos referencia alguna a perturbaciones psíquicas de las que, según toda evidencia, debieron subyacer a este apunte.

¿Estamos obligados a suponer que se trató, simplemente, de una

pesadilla aislada, de un estado excepcional de carácter alucinatorio? Pero acordémonos de los fuertes estados de excitación perceptibles ya en el escolar de Pforta y pensemos, también, en el testimonio tardío del Nietzsche perturbado psíquico acerca de supuestos ataques epilépticos, sin pérdida de consciencia, sufridos por él en su juventud. No es que intentemos conferir un peso excesivo, en este lugar, a tales manifestaciones del enfermo. Pero tampoco estamos seguros de que la hermana, cuya falta de escrúpulos en relación con los documentos de la enfermedad del padre nos es ya conocida, no destruyera o eliminara del Archivo de Nietzsche otros apuntes como el que acabamos de transcribir, un apunte que figura, ciertamente, perdido en la penúltima página de un cuaderno (P I, 11; página 231) lleno de reflexiones filológicas y que, en consecuencia, bien pudo pasársele por alto. Cabe también la posibilidad, desde luego, de que a sus veinticuatro años Nietzsche sufriera en diferentes ocasiones, no sólo en ésta de la que él mismo da testimonio, alucinaciones que le perturbaron en lo más profundo y le llenaron de terror. Su claridad vigilante vino, en cualquier caso, a verse alucinatoriamente velada en una ocasión, en ésta, cuanto menos, en la que le asaltó la visión de una figura situada detrás de su silla, que le habló —al modo de un mensajero de aquel reino en el que entraría veinte años después— con una voz inhumana y espantosamente inarticulada.

Pero supo imponerse a esta voz. A nadie trascendió esta conversación con ella. El claro día la ahuyentó.

No sabemos cuántas veces afirmó su presencia el demonio, desde la profundidad más profunda o la altura más vertiginosa, detrás de la silla del hombre —todavía joven— de veinticuatro años, dedicado al trabajo y a la reflexión; no sabemos qué le susurró con aquel tono inhumano y espantosamente inarticulado que le sobrecogió hasta los tuétanos; no sabemos lo profundamente que este demonio pudo afectarle ni hasta qué punto siguió sintiéndolo subterráneamente durante el claro día; pero sabemos que luchó contra él, sabemos que lo venció y que durante veinte largos años lo tuvo encadenado. Pero hay que contar también con la nada remota posibilidad de que durante todo este tiempo jamás perdiera de vista a este demonio suyo, un demonio convertido, una vez enteramente reconocido por él, en el otro polo de una relación tan estrecha como la que se mantiene con el más secreto y familiar tú.

Cuando el 12 de abril de 1869 el cochero que ya en 1843 había llevado a su padre y a su madre, el día de su boda, a la iglesia, le condujo en su berlina a la estación, su madre y hermana le encontraron más sano que nunca.

Se tomó el viaje con calma. El primer día sólo llegó hasta Colonia. Al día siguiente optó por trasladarse, a la caída de la tarde, a Bonn, donde pasó toda una jornada «buscando viejos lugares perdidos en el recuerdo y encontrando nuevos conocidos», como escribió a su madre el 20 de abril.

En Bonn tomó un barco de vapor de los que hacían la ruta del Rhin, que le dejó en Bieberich, donde tomó el tren hasta Wiesbaden. De aquí partió al día siguiente camino de Heidelberg, donde «por la noche pude ver iluminadas del modo más bello las famosas ruinas del castillo, situadas en un lugar privilegiado. Me encontré también con algunos conocidos de Leipzig. Pasé allí todo el sábado, en una fonda sencilla pero buena, preparando mi Lección Inaugural. El domingo tenía decidido ir ya directamente hasta Basilea. Pero cuando faltaba apenas un cuarto de hora para llegar a Karlsruhe, me sentí trastornado. Habían subido, en efecto, al *coupé* algunos jóvenes que —según dijeron en seguida— tenían la intención de oír los *Maestros Cantores* en Karlsruhe. No pude resistir la tentación: bajé, hice que prorrogaran la validez de mi billete hasta el día siguiente, y me regalé por la tarde con una excelente representación de mi ópera preferida».

Así se despidió Nietzsche de Alemania: con un viaje por el Rhin, algo del romanticismo de Heidelberg y los *Maestros Cantores*.

Su Lección Inaugural sobre *Homero y la filología clásica*[4], que tenía que pronunciar el 28 de mayo en Basilea, había quedado, entretanto, ultimada en un hotel de Heidelberg.

En esta *Lección* se sirvió de la cuestión homérica como pretexto para desarrollar su concepción del sentido de la filología y procurar un testimonio personal sobre *su* propia posición respecto de la misma.

«Allí donde el hombre moderno cae en beata admiración ante sí mismo, allí donde la cultura helénica es considerada como un punto de vista superado y, por lo tanto, indiferente... los filólogos debemos contar siempre con la ayuda de los artistas y de las naturalezas artísticas, dado que sólo éstas están en condiciones de percibir que la espada de la barbarie pende siempre sobre la cabeza de cuantos pierden de vista la sencillez indecible y la noble dignidad de lo helénico.» Como ciencia la filología ni siquiera constituye, ciertamente, un cuerpo unitario; es el fruto de la mezcla de muchos ingredientes y está en una relación de reciprocidad inextricable con el arte. «La vida es digna de ser vivida, dice el arte; la vida es digna de ser estudiada, dice la ciencia. Esta contraposición nos revela la íntima y a menudo desgarradora contradicción contenida en el *concepto* y, por consiguiente, en la actividad de la filología clásica por él guiada.» Si el filólogo procede de modo puramente científico es posible que encuentre tesoros, pero al precio de «perder siempre lo maravillosamente formativo, incluso el aroma genuino de la atmósfera antigua», al precio, en fin, de «olvidar esa emoción nostálgica que con el poder del instinto —el más glorioso de los guías— llevó a nuestros sentidos y a nuestra capacidad de goce del lado de los griegos». La filología es un centauro, y «los esfuerzos artístico-científicos de estos singulares centauros se dirigen, todos ellos, con energía inconmensurable, pero con lentitud ciclópea, a colmar el abismo abierto entre la Antigüedad ideal —que acaso no sea

sino la floración más bella de la nostalgia germánica por el Sur— y la real; y con ello la filología clásica no aspira a otra cosa que a la definitiva perfección y culminación de su esencia más propia, al pleno desarrollo y a la integración de sus impulsos fundamentales, inicialmente enemigos y sólo unidos por la fuerza».

Proponerse tales objetivos puede resultar, sin duda, utópico, incluso escasamente lógico. Pero es este empeño, y sólo él, lo que ha llevado a la filología clásica a sus resultados más importantes. Ejemplo de ello puede bien procurárnoslo la cuestión homérica, de la que Friedrich August Wolff optó por ocuparse asumiéndola exactamente en el estado mismo en que la dejó la Antigüedad.

Durante mucho tiempo se pensó que el concepto de *poesía popular* podría llevar a la superación del problema de la misteriosa personalidad de Homero. «Una fuerza más poderosa y primitiva que la de cualquier individuo creador habría obrado aquí; el pueblo más venturoso en su más feliz periodo, en la suprema actividad de la fantasía y de la fuerza poética creadora, habría engendrado aquellos imponderables poemas.» Pero «no hay en la estética moderna contraposición más peligrosa que la propuesta entre *poesía popular* y *poesía individual* o *poesía artística*, como suele decirse. Esta es la reacción o, si se quiere, la superstición, que la aparición de la ciencia histórico-filológica, tan rica en consecuencias, trajo consigo: el descubrimiento y dignificación de *alma popular*. Sólo con ella quedaba, en efecto, preparado el terreno para una consideración científica aproximativa de la historia, historia que hasta ese momento, y en muchas de sus formas hoy mismo, no pasaba de ser una simple colección de materiales... Ahora ha venido, por vez primera, a comprenderse el poder largo tiempo sentido de las grandes individualidades y de las manifestaciones de voluntad que constituyen el mínimo evanescente de los diferentes seres individuales; ahora ha venido a comprenderse cómo todo lo verdaderamente grande y trascendente en el reino de la voluntad no puede tener sus raíces más profundas en el fenómeno efímero y pasajero de una voluntad individual; sólo ahora han venido, en fin, a percibirse los grandes instintos de las masas, los inconscientes impulsos de los pueblos, en su condición de genuinos portadores y palancas de la llamada historia universal. Pero esta llama recién encendida no ha dejado de lanzar sus sombras, y una de éstas es, precisamente, esa superstición a la que acabamos de referirnos, que opone la poesía popular a la poesía individual... Lo cierto es, sin embargo, que en la realidad no existe tal contraposición entre poesía popular y poesía individual: antes bien ocurre que toda poesía, incluida, por supuesto, la popular, precisa de un individuo particular que haga de mediador suyo. Aquella abusiva y confundente contraposición sólo tiene, pues, un sentido plausible individual se comprende una poesía que no ha crecido sobre el suelo del sentimiento popular, sino que se remite a un creador no popular, y a una atmósfera igualmente no

popular, a una poesía que ha madurado, en fin, en el cuarto de trabajo de un erudito... Nos encontramos, pues, con que no ganamos nada con la teoría de un alma popular poetizante, que en cualesquiera posibles circunstancias somos remitidos al individuo creador. Queda así planteada la tarea de aprehender lo individual y de distinguirlo con la mayor claridad posible de lo que en el curso de la tradición oral ha ido, por así decirlo, tomando cuerpo, y que no deja de constituir una parte considerablemente importante de los poemas homéricos».

Del examen de las leyendas populares homéricas y de la vieja fábula de la rivalidad entre Homero y Hesiodo llegaba Nietzsche a la siguiente conclusión: «Como poeta de la *Ilíada* y de la *Odisea* Homero no es un dato histórico, sino un juicio estético... Con ello no viene en modo alguno a decirse, sin embargo, que el poeta de las citadas epopeyas sólo sea fruto de la imaginación, en realidad una imposibilidad estética.» Lo individual y único es lo originario en ambas epopeyas. A ello se ha unido el crecimiento acumulativo por la transmisión oral, y sólo a partir de ahí ha quedado completado, planificadamente, el todo. He aquí la conclusión que saca Nietzsche: «Creemos en un gran poeta autor de la *Ilíada* y de la *Odisea; pero no creemos que Homero sea este poeta.*

Las vías resolutorias han quedado ya dibujadas. Aquella época, que inventó las innumerables fábulas homéricas, que imaginó el mito de la rivalidad entre Homero y Hesiodo, que consideraba toda la poesía del ciclo como homérica, expresaba el sentimiento de una singularidad no estética, sino material, al pronunciar el nombre de Homero. Homero figura en esta época en una serie jalonada por nombres como los de Orfeo, Eumolpo, Dédalo, Olimpo; en la serie de los descubridores míticos de una nueva rama del arte, a los que era natural que se dedicasen, con gesto agradecido, todos los frutos posteriores que las nuevas ramas iban a producir.

Y ciertamente, aquel admirable genio al que debemos la *Ilíada* y la *Odisea* pertenece a esta posteridad agradecida; también él sacrificó su nombre en el altar del padre remoto de toda la poesía heroica, de Homero.»

Nietzsche no quiso, pues, ocuparse de la cuestión homérica sino a gran escala. No era para él sino un medio para mostrar cómo a lo largo y por obra de un trabajo de casi un siglo la filología no había destruido, en modo alguno, sin piedad un gran concepto, sino que había venido, por vez primera, a conferir una fisonomía viva y convincente a un monstruo informe. Y ello sólo habría sido posible gracias a que «durante casi un largo siglo los filólogos habían convivido con poetas, pensadores y artistas». Como tampoco habría en absoluto que olvidar, sobre todo en aquellos casos en los que se siente una singular y enriquecedora complacencia ante las inmortales obras del genio helénico, «que todo este mundo encantado estuvo en otro tiempo enterrado, sepultado bajo enormes prejuicios..., que la sangre, el sudor y la más esforzada aplicación

mental... fueron necesarios para sacar a la superficie aquel mundo sumergido».

Acto seguido ponía fin —un tanto abruptamente— con una confesión muy personal: «Y basta. Aunque quiero decir aún dos palabras personales, que la ocasión de este discurso podrá, sin duda, hacer perdonar.

También un filólogo puede condensar la meta de sus esfuerzos y el camino que a ella conduce en la breve fórmula de una profesión de fe; y así lo haré yo, invirtiendo un dicho de Séneca:

«*philosophia facta est quae philologia fuit*»*.

Con esto quiero expresar que toda actividad filológica debe estar impregnada de una concepción filosófica del mundo, en la cual todo lo particular y singular sea condenado como algo desdeñable, y sólo quede en pie la unidad del todo. Y así, permitidme alentar la confianza de que, inspirado en esta tendencia, no sea un extraño entre vosotros...»

Es posible que al escribir, al hilo de su despedida de Alemania, estas líneas, destinadas al discurso con el que quería hacer su presentación en Basilea, presintiera o supiera ya, dado su conocimiento de sus colegas filológicos, cuán pronto y con cuánta necesidad tendría que encontrarse como un extraño entre ellos.

¡En filosofía tenía, pues, que convertirse, por la filosofía tenía que ser absorbida y en ella tenía que desembocar lo que como filología se había bastado hasta el momento! Lleno de presentimientos había escrito ya a Rohde que precisamente por pensar así tendría que tropezar con todos sus compañeros de oficio. ¿Y acaso su admirado maestro Ritschl no había rechazado en él siempre tal concepción? ¿Le habría recomendado tan cabalmente para la cátedra de Basilea de haber supuesto que terminaría por desviarse tan decididamente de la filosofía pura y autosuficiente?

Nietzsche estaba, ciertamente, decidido a entregarse con todo su sentido del deber y toda fidelidad a la tarea de cumplir con su puesto lo mejor posible. Pero su época de aprendizaje había pasado ya y no podía reducirse a ser un mero rumiante. No sólo su genio reformador y protoprotestante le incitaba a ir más allá de los límites de su especialidad, sino el sentimiento, también, de un estado de necesidad y de una tarea irrenunciable. En él vivía y ante sus ojos latía, aun cuando con contornos todavía difuminados, la imagen de una cultura por la que había que luchar. En este punto puede parecer emparentado con su contemporáneo Karl Marx. Común a ambos es el punto de vista de que la situación cultural hasta el momento dominante estaba agotada, y que vivían en una época de mutación, de transvaloración de los valores y de las fuerzas dominantes. Tam-

* «Se ha convertido en filosofía lo que un día fuera filología.»

bién Jacob Burckhardt tiene que ser situado en este cuadro, en condición de observador, cuando habla de una «época de revolución» como dato con el que hay necesariamente que contar. Pero tanto en el punto de partida como en el camino escogido Nietzsche y Marx están enfrentados.

Para Marx todo se basa en lo material y parte de lo material; la situación cultural es el resultado o el reflejo de las relaciones económicas: de ahí que se proponga transformar primero éstas para dar lugar seguidamente a una renovación cultural general. Frente a ello Nietzsche deja claro precisamente en este discurso suyo sobre Homero —y nunca se apartó de ello—, que lo primariamente necesario es una fuerza espiritual, un genio, capaz de modelar las circunstancias culturales, y que son los «inconscientes impulsos de los pueblos», o sea, potencias espirituales, los «genuinos portadores y palancas de la llamada historia universal». Despertarlos es la tarea que Nietzsche se autopropuso; quería activar las potencias espirituales, revolucionar las circunstancias culturales, a partir de las que las relaciones económicas se reordenarían automáticamente. En este sentido no percibía, ni percibió nunca, la llamada «cuestión obrera», por ejemplo, como un problema inmediato.

En la obra de Schopenhauer, y muy especialmente en la de Wagner, vio en un principio los sillares fundamentales de esta revolución suya, y en las profundidades del alma alemana y del espíritu alemán, el suelo eterno sobre el que levantarla, de igual modo como en el mundo helénico cifró su modelo eterno. Se sentía entregado a una misión en la que no creía estar solo. Y sin embargo, un saber más profundo le decía ya que se quedaría solo, aislado como siempre lo estuvo, y que su tarea, oscuramente latente aún en él, pero que mantenía ya sus nervios y su sangre en constante desasosiego, le aguijonearía en su carne y en su vida.

Cuando el 19 de abril de 1869 llegó a las dos de la tarde a Basilea, su juventud quedaba ya a sus espaldas. Y la obra comenzaba a mostrar su cabeza de medusa.

FUENTES

Para las indicaciones bibliográficas de tipo general se remite a las bibliografías especializadas[205]; aquí se consignan exclusivamente los textos que han sido utilizados para la elaboración de esta bibliografía. A las citas de los textos manejados se remite detallando el volumen (en cifras romanas) y el número de página (en cifras arábigas); en el caso de citas muy largas, se hace constar su lugar de origen entre paréntesis en el cuerpo mismo de la obra. Cuando se trata de citas de cartas es posible renunciar a estas indicaciones, dado que en el texto se explicitan siempre autor, destinatario y fecha, de modo que pueden ser fácilmente encontradas en cualquiera de las ediciones pertinentes. También en el caso de las citas y referencias a los escritos publicados por Nietzsche se hacen constar el título, el capítulo y el número del aforismo, de modo que su consulta en cualquiera de las ediciones disponibles resulta igualmente fácil. En cuanto a las citas de los póstumos, se remite —en la medida en que ello ha sido posible en la época de redacción de la obra— a la nueva edición crítica completa[6]; pero a menudo también a la edición GOA[1] y a la edición en tres volúmenes de Karl Schlechta[3, 4]. A HKG[2, 6] se recurre, por el contrario, sólo excepcionalmente, dado que apenas resulta ya accesible*.

La plena identificación y documentación de las citas e indicaciones bibliográficas de Blunck no ha sido siempre posible.

1. GOA: *Nietzsches Werke;* se trata de la llamada *Grossoktav-Ausgabe* en 16 (20) volúmenes; Naumann und Kröner, Leipzig, 1905-1911.
   31 (XIII, 289); 87 (XII, 256); 211 (X, 317 ss.).
2. HKG: *Friedrich Nietzsches Werke. Historisch-Kritische-Gesamtausgabe*, volúmenes 1-5. C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1934-1940.
   9, 23 (II, 60 ss., 54 ss.); 49 (I, 344 ss.); 51 (I, 374); 68 (II, 123 ss.); 68 (II, 427); 71 (V, 250); 74 (I, 55); 81 (II, 114); 84 (II, 312; I, 297); 84 (I, 290-299); 84 (II, 144 ss.); 85 (II, 281-312; III, 124); 87-91 (II, 54-61, 63); 92 (II, 10); 95 (II, 143); 96 (II, 215); 97 (II, 69, 70 ss.); 9z (II, 80); 102 (II, 190 ss.); 103 (II, 89); 107 (II, 374 ss.); 108 (III, 15, 56); 109 (III, 74; II, 428); 120 (III, 76 ss.); 125 (V, 471; III, 84 ss.); 168 (III, 212; III, 244, 243); 185 (III, 316); 200 (III, 329; 337 ss.); 201 (III, 336 ss.); 211 (III, 352 ss.); 212 (IV, 213).
3. Friedrich Nietzsche: *Werke* en tres volúmenes, edición de Karl Schlechta. Carl Hanser Verlag, München, 1954.
   Volúmenes 1 y 2.
4. Volumen 3 de la edición de Schlechta.
   13 (1409 ss.); 24 (466); 25 (252, 435, 913); 30 (422, 449 ss.); 42 (15, 92); 43 (17); 45 (109); 48 (109, 20 ss.); 49 (21, 13 ss.); 50 (25, 35); 51 (27, 34 ss., 10); 52 (23 ss.); 56 (38); 61 ss. (44 ss.); 63 (44, 58); 65 ss. (151 ss.); 66 (117); 76 (72); 77 (85, 179); 84 (102 ss.); 85 (103 ss.); 86 (115); 104 (110); 105 (113); 106 (151, 118); 111 (152, 722); 127 (119); 141 (128); 146 (128 ss.); 157 (132, 133); 162 (134, 139); 178 (137); 180 (135); 227 ss. (149 ss.); 228 ss. (148); 230 (157-174).

* Cuando hay traducción castellana de los textos de Nietzsche en las versiones publicadas por Alianza Editorial, nos mantenemos fieles a ella. En caso contrario, la traducción es nuestra. *(T.)*

88. Elisabeth Förter-Nietzsche: *Der junge Nietzsche* («El joven Nietzsche»), Kröner, Leipzig, 1912.
27 (7); 39 (14); 45 (28); 46 (28); 53 (27); 54 (47); 59 (82); 71 (107); 74 (90); 76 (97); 94 (114); 109 (129); 132 (44); 192 (186); 195 (198).

101. J. W. Goethe: *Faust*.
25.

112. Eduard His: *Nietzsches Heimatslosigkeit* («El desarraigo nitzscheano»), Basler Zeitschrift für Geschichte und Altertumskunde, Verlagsuniversitätsbibliothek, Basel, Jahrg. 40/1941.
I 227 (165).

115. Friedrich Hörderlin: *Der Tod des Empedokles* («La muerte de Empédocles»), Urfassung, her. von Hans Schumacher, Werber Classen Verlag, Zürich, 1946.
70.

116. Friedrich Hölderlin: *Hyperion*, E. A. Hofman Verlag, Zürich, 1944.
70.

120. Curt Paul Janz: *Probleme der Nietzsche-Biographie* («Problemas de la biografía nitzscheana»), en *Studia philosophica*, Verlag für Recht und Gesellschaft, Basel, 1964.
11 (138).

121. Curt Paul Janz: *Die Briefe Friedrich Nietzsches. Textprobleme und ihre Bedeutung für Biographie und Doxographie* («Las cartas de Federico Nietzsche. Problemas textuales y su importancia para la biografía y la doxografía»), Theol. Verlag, Zürich, 1972.
13 (43).

124. Curt Paul Janz: *Korrekturen und Nachträge zu Nietzsche-Brief-Ausgaben, nach den Handschriften* («Correcturas y adiciones a las ediciones de cartas de Nietzsche, según los manuscritos»), manusc.
13, 35.

125. Curt Paul Janz: *Friedrich Nietzsche. Der musikalische Nachlass* («F. N. El legado póstumo musical»). Herausgegeben im Auftrag der Schweiz. Musikforschenden Gesellschaft. Bärenreiter, Basel u. Kassel, 1976.
10, 26, 52, 98, 102, 103, 104, 110, 119, 121, 126, 164.

126. Karl Jaspers: *Nietzsche. Einführung in das Verständnis seines Philosophierens* («Nietzsche. Introducción a la comprensión de su filosofar»), Walter de Gruyter and Co., Berlín^{3}, 1950.
174 (36).

144. Ernst Kretschmer: *Geniale Menschen* («Hombres geniales»), Springer, Berlín^{5}, 1958.
28, 29.

149. Friedrich Albert Lange: *Geschichte des Materialismus* («Historia del materialismo»), Brandstetter, Leipzig^{10}, 1921.
173 ss.

150. Wilhelm Lange-Eichbaum/Wolfram Kurth: *Genie, Irrsinn und Ruhm* («Genio, error y gloria»), Ernst Reinhardt Verlag, München/Basel^{4}, 1961.
177.

159. Thomas Mann: *Nietzsches Philosophie im Lichte unserer Erfahrung* («La filosofía de Nietzsche a la luz de nuestra experiencia»), *Die Neue Rundschau*, Stockholm, 1947^{8}, páginas 359 ss.
122.

163. Wolfgang Menzel: *Geschichte der Jahre 1816-56* («Historia de los años 1816-56»), Krabbe, Stuttgart^{3}, 1865.
69.

164. Hans Joachim Mette: *Der handschriftliche Nachlass Friedrich Nietzsches* («El legado póstumo manuscrito de Friedrich Nietzsche»), Verlag Richard Haab, Leipzig, 1932.
229.

168. Paul Julius Möbius: *Ausgewählte Werke* («Obras escogidas»), vol. 5, *Nietzsche*, Barth, Leipzig, 1904.
34 (19); 41 (14); 116 (67).

5. *Friedrich Nietzsches Werke des Zusammenbruchs*, editadas por Erich Podach. Wolfgang Rothe-Verlag, Heidelberg, 1961.
101 (231).

6. Friedrich Nietzsche: *Werke, Kritische Gesamtausgabe*, edición al cuidado de Giorgio Colli y Mazzino Montinari, Walter de Gruyter u. Co., Berlín, 1967 ss.
24 (VII^{3}, 412); 25 (VII^{2}, 258); 30 (VII^{3}, 237).

7. Friedrich Nietzsche: *Gesammelte Briefe* («Cartas reunidas»), Insel Verlag, Leipzig. Volumen I^{3} 1902; Volumen 2 (Correspondencia con Erwin Rohde)^{2} 1903; Volumen 3^{2} 1905; Volumen 4 (Cartas a Peter Gast)^{2} 1908; Volumen 5^{1} y 5^{2} (Cartas a la madre y a la hermana), 1909.
7, 26, 196 (II, 4); 218 (II, 104).

8. Friedrich Nietzsche: *Briefe* («Cartas»). *Historisch-Kritische Gesamtausgabe*, volúmenes 1-4 (hasta el 7 de mayo de 1877). C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1938-1942.
9, 94 (I, 388); 209 (II, 448).

10. Friedrich Nietzsche: *Der musikalische Nachlass* («El legado musical póstumo»), herausgegeben im Auftrag der Schweizerischen Musikforschenden Gesellschaft von Curt Paul Janz.
Bärenreiter-Verlag Basel/Kassel, 1976. *Vid.* la entrada 125 Janz C. P.

12. Friedrich Nietzsche, Paul Rée, Lou v. Salomé: *Die Dokumente ihrer Begegnung* («Los documentos de su encuentro»), editados por Ernst Pfeiffer. Insel Verlag, Frankfurt, 1970.
13, 35.

14. *Die Briefe des Freiherrn Carl v. Gersdorff an Friedrich Nietzsche* («Las cartas del barón Carl v. Gersdorff a Friedrich Nietzsche»), editada por Karl Schlechta y Erhart Thierbach. Achte bis elfte Jahresgabe der Gesellschaft der Freunde des Nietzsche-Archivs. Weimar, 1934-1937.
135 (I, 17).

19. Georg Büchmann: *Geflügelte Worte*. Haude und Spenersche Verlagsbuchhandlung, Berlín, 1974.
7 («*Habent...*»: Los libros tienen su propio destino).

44. Théodore-Henri Barrau: *Geschichte der französische Revolution* («Historia de la revolución francesa»), *1789-1799*; 2 vols. A. Müller, Brandenburg, 1859.
69.

48. C. E. Benda: «Nietzsches Krankheit» («La enfermedad de Nietzsche»), en *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, Jahrg., 1926.
176.

54. Richard Blunck: *Notizhefte* («Cuadernos de notas»), inéd.
10.

73. Paul Deussen: *Erinnerungen an Friedrich Nietzsche* («Recuerdos de F. N.»), Brochaus, Leipzig, 1901.
74 (8); 75 (3); 82 (4); 100 (4 ss., 5); 117 (17); 121 (23 ss.); 128 (26); 140 (624); 141 (26); 153 (7).

77. Diogenes Laertius; ed. H. S. Long, Oxford, 1964.
166.

85. Kuno Fischer: *Geschichte der neueren Philosophie* («Historia de la filosofía moderna»), Volumen I, Parte 2: La Escuela de Descartes, Guelincx, Malebrache, Spinoza. Mannheim u. Heidelberg^{2}, 1865.
Volumen 3 y 4: *Immanuel Kant. Entwicklungsgeschichte und System der kritischen Philosophie* («I. K. Historia evolutiva y sistema de la filosofía crítica»). Mannheim, 1860. *Kritik der kantischen Philosophie* («Crítica de la filosofía kantiana»), München, 1883.
174, 207.

86. Elisabeth Förster-Nietzsche: *Das Leben Friedrich Nietzsches. Biographie* («La vida de F. N. Una biografía»). C. G. Naumann, Leipzig, 1895 (vol. 1), 1897 (vol. 2^{1}), 1904 (vol. 2^{2}).
9, 12 (I, 10); 42 (19); 64 (II, 55 ss.).

175. Friedrich August Ludwig Nietzsche: *Beiträge zur Beförderung einer vernünftigen Denkensart über Religion, Erziehung, Untertanenpflicht und Menschenliebe* («Aportaciones al desarrollo de un pensamiento racional sobre religión, educación, deberes de los súbditos y amor al prójimo»). Weimar, 1804.
31.
176. *Ibid.: Gamaliel, oder die immerwährende Dauer des Christenthums, zur Belehrung und Bereuhigung bei der gegenwärtigen Gärung in der theologischen Welt* («Gamaliel o la inextinguible duración del Cristianismo, para edificación y pacificación en el momento de inquietud que vive hoy el mundo teológico»), Leipzig, 1796.
31.
181. Adalbert Oehler: *Nietzsches Mutter* («La madre de Nietzsche»), C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1940.
48 (60); 64 (65); 129 (84).
182. Max Oehler: *Nietzsches Ahnen* («Los antepasados de Nietzsche»), 3 Wagner, Weimar, 1938.
30 (32).
194. Pindar, ed. de C. M. Bowra, Oxford[3], 1951.
168, 197.
197. Erich Podach: *Nietzsches Zusammenbruch* («El derrumbe de Nietzsche»), Kampmann, Heidelberg, 1930.
112 (126); 176 (118).
199. Erich Podach: *Der kranke Nietzsche. Briefe seiner Mutter an Franz Overbeck* («Nietzsche, enfermo. Cartas de su madre a Franz Overbeck»), Bermann-Fischer, Wien, 1937.
56.
205. Herbert W. Reichert y Karl Schlechta: *International Nietzsche Bibliography*, North Carolina Press, 1960.
15.
212. Meta von Salis-Marschlins: *Philosoph und Edelmensch* («Filósofo y hombre noble»), Naumann, Leipzig, 1897.
66.
242. Johannes Stroux: *Nietzsches Professur in Basel* («La cátedra de Nietzsche en Basilea»), Frommann, Jena, 1925.
219 (32); 220 (35); 222 (40, 43).